LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX

LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX



Manifestación en la Plaza de Oriente

El «cerco» al régimen de Franco

Fernando Díaz-Plaja,
escritor

El 12 de diciembre de 1946, la ONU recomendaba retirar de España a los embajadores y ministros plenipotenciarios. Con esta medida se pretendía presionar al Régimen para que renunciase a su actitud totalitaria y otorgase las libertades políticas. Días antes, el 9 de diciembre, se había celebrado una gran manifestación de apoyo a Franco en la Plaza de Oriente de Madrid.

El 9 de diciembre de 1946, unas setecientas mil personas se manifestaron en la Plaza de Oriente de Madrid para responder al llamado «cerco internacional» contra el Régimen y aclamar al Caudillo. Las potencias del Eje, principales soportes de Franco durante la Guerra Civil, habían sido derrotadas, y la URSS y las democracias occidentales querían poner fin a la dictadura. Por recomendación de la Asamblea General, la mayor parte de los miembros de la ONU retiraron a sus embajadores en Madrid.



EFE

La propuesta de Stalin en Potsdam

«El gobierno soviético presenta a la conferencia para su consideración la sugerencia siguiente.

En vista del hecho que:

1. El régimen de Franco no se originó como consecuencia del desarrollo de las fuerzas internas del país, sino como resultado de la intervención de los principales países del Eje, la Alemania de Hitler y la Italia fascista, que impusieron al pueblo español el régimen fascista de Franco;

2. Que el régimen de Franco constituye un grave peligro para las naciones europeas y sudamericanas amantes de la libertad;

3. Que en vista del brutal terror instituido por Franco, el pueblo español se ha expresado repetidamente contra el régimen franquista y a favor de la restauración del gobierno democrático en España.

La Conferencia considera necesario recomendar a las Naciones Unidas:

1. Romper todas las relaciones con el gobierno de Franco;

2. Dar apoyo a las fuerzas democráticas de España y permitir al pueblo español establecer un régimen que responda a su voluntad.» (Potsdam, 19 de julio de 1945. Tercera sesión plenaria.)





A la izquierda, desfile de trabajadores de la CNS ante el jefe del Estado con motivo de la fiesta de la exaltación del trabajo (18 de julio de 1944). La Ley de Ordenación Sindical de 1940 obligó a obreros, empresarios y técnicos a afiliarse a los sindicatos verticales bajo la disciplina de FET y de las JONS.

Arriba, Franco con Oliveira Salazar y Serraño Suñer en Sevilla (13 de febrero de 1942). El acuerdo sobre el Bloque Ibérico entre España y Portugal quiso reforzar la neutralidad entre ambos países.

A la derecha, Moscardó y Muñoz Grandes honran a los muertos de la División Azul en un cementerio próximo a Wolchow (1942). El envío de esta unidad a Rusia convirtió a España en un país beligerante.



EFE

El «amigo» de Franco

La acusación de «franquismo» hecha a Churchill se basaba en una sesión de la Cámara de los Comunes en la que el primer ministro británico matizó sus relaciones con Madrid.

«Algunos piensan que nuestra política exterior con España se expresa mejor dibujando caricaturas cómicas e incluso groseras del general Franco, pero yo opino que hay algo más que todo esto.»

Tras recordar el temor a que la Falange hubiera impuesto la alianza con una Alemania que prometía la devolución de Gibraltar una vez ganada la guerra, Churchill evocó los días preparatorios del desembarco aliado en el norte de África, cuando una poderosa fuerza aeronaval se concentró en Gibraltar, fuera incluso de las aguas jurisdiccionales británicas.

«De habernos ordenado que desplazásemos esos barcos, habríamos tenido las mayores dificultades. Realmente no tengo idea de cómo habríamos podido reunir y dirigir ese gigantesco convoy. Debo decir que yo consideraré siempre que España rindió entonces un servicio no sólo al Reino Unido, al Imperio británico y a la Commonwealth, sino a la causa de las Naciones Unidas. Por ello no simpatizo con quienes creen inteligente e incluso gracioso insultar y ofender al gobierno de España en cualquier ocasión... Los problemas internos de España son asuntos internos de los españoles. No nos corresponde a nosotros intervenir en ellos.»

*Dos diputados de la oposición destacaron entonces el diferente criterio que se aplicaba con Italia, ya salida de la guerra, a la que se había vetado claramente cualquier gobierno fascista. ¿Por qué se aceptaba entonces ese tipo de régimen en España? Churchill replicó entonces que la agresión sufrida por su país había partido de un tipo de gobierno, el fascista italiano, que, como el nazi alemán, no podía seguir existiendo en el mundo de la posguerra. Pero el asunto de España era distinto. «Evidentemente, cualquiera puede ver la diferencia entre un caso y otro. Hay toda la diferencia del mundo entre el hombre que te derriba de un puñetazo y el que te deja en paz. Hay que tener, lógicamente, un interés activo en el primero en caso de que sus inclinaciones vuelvan, pero nos cruzamos con mucha gente en la vida diaria sobre cuyos asuntos y peleas particulares no nos sentimos obligados a mantener un control continuo.» (*The Times, *Londres, 25 de mayo de 1944.)*



A.G.E.

El frenazo que España dio a la amistad con los países del Eje había empezado ya en 1942, pero sus muestras oficiales —el Pacto Atlántico con Portugal (diciembre de 1942), vieja y fiel amiga de Gran Bretaña, o la tardía ruptura de relaciones con Japón (abril de 1945)— no bastaron para cancelar la imagen que todo el mundo tenía de un régimen que saludaba brazo en alto. El gobierno de Franco había llegado al poder con la ayuda de Alemania e Italia, había proporcionado apoyo a los submarinos germanos, había enviado a Rusia la División Azul y había mostrado a través de su prensa y de su radio su simpatía por el Eje.

Por ello, apenas terminada la guerra, a las potencias aliadas contra el nazismo les llegó la hora de ajustar cuentas con quienes habían sido amigos de los vencidos.

Potsdam: los aliados tratan de España

La tempestad que se avecinaba sobre el régimen franquista se vislumbró por vez primera en la conferencia de Potsdam (febrero de 1945), cuando, terminada la contienda en Europa, los aliados trataban de establecer el nuevo *status* que debía regir en el continente. En aquella ocasión, el mayor enemigo ideológico de Franco, Stalin, presentó a los anglosajones la propuesta de romper las relaciones con Franco y apoyar a las fuerzas democráticas de España, lo que equivalía a una ayuda militar en caso de que estas fuerzas se sublevasen. Evidentemente, esto no podía gustarle a Churchill, que conocía la fuerza del partido comunista en la oposición, y sabía que podría convertir a España en una cabeza de puente soviética en el sur de Europa. Esta posibilidad era inaceptable para un hombre que muy pronto acuñaría la expresión «telón de acero» para bautizar gráficamente el que separaba la Europa socialista de la capitalista. Aunque, por otra parte, tampoco podía el primer ministro británico presentarse como defensor de un régimen hostil a los aliados y, especialmente, a la URSS, que había recibido la visita de la División Azul. En consecuencia, su negativa a la propues-

El respeto a la dignidad ajena

«(...) Fácil es desentenderse de todo y formular un juicio, más o menos severo, con respecto a España. Pero también "nosotros somos nosotros". También nosotros podemos alegar nuestro derecho a juzgar, en este caso, el panorama universal. O por lo menos ciertos aspectos de ese panorama. Y no alegamos ni ejercitamos nuestro derecho. No lo hacemos porque, colocados en la actitud en que quisiéramos ver colocados a los juzgadores aviesos de España, pensamos que, después de tan hondo estremecimiento como ha sufrido el mundo, sólo el tiempo —el tiempo y la buena voluntad— podrá mitigar, aplacar, tanto dolor, y hacer que, gradualmente, con prudencia, torne al mundo la serenidad, el espíritu ecuánime que debe existir para la concordia de todos. ¡Tiempo y buena voluntad! Con buena voluntad, sobre todo, un hombre, una nación pueden entenderse, sin hacer concesiones penosas e ilusivas. Sin buena voluntad será inútil todo, por más que tras una concesión se haga otra concesión. Y no siempre, con dignidad, se pueden —ni se deben— hacer concesiones. Cada cual en su sitio. Y cada cual con su derecho. Si la democracia es el respeto a la dignidad ajena, entre otras cosas, ¿cómo la democracia podrá ir contra la dignidad ajena?»

(FUENTE: Artículo de Azorín en ABC, 1 de octubre de 1946.)





EFE



España, años 40. *A la izquierda, Manolete, el sobrio torero cordobés que marcó aquella época con su personal estilo, místico y sobrecogedor.*

Arriba, «¡Al fútbol!» En los estadios, las estrellas del balompié hacían olvidar las amargas tribulaciones de una dura cotidianeidad.

A la derecha, «¡Ya hemos pasao!», un chotis de Celia Gámez que cantaba el triunfo de los vencedores en la Guerra Civil: las heridas abiertas tardarían aún tiempo en restañar.

En la página siguiente, arriba, a la izquierda, una cartilla de racionamiento. Los años 40 se caracterizaron por la autarquía, la inflación y el estancamiento. No pocos españoles conocieron el hambre y algunos se enriquecieron gracias al estraperlo.

En la página siguiente, arriba, a la derecha, la inefable «Frase Quincenal». Consignas de este tipo salpicaban los grandilocuentes discursos oficiales y las páginas de la prensa del movimiento.

En la página siguiente, abajo, bordadoras de la Sección Femenina del Frente de Juventudes. La Falange, monopolizadora de la vida política, era el único marco donde desarrollar actividades de carácter asociativo.

ta de Stalin fue envuelta en protestas antifranquistas, «a pesar de que alguien había intentado mostrarle como "amigo de ese caballero" por unas declaraciones hechas el año anterior en la Cámara de los Comunes».

La carta de Franco a Churchill

Churchill seguía pensando que las ejecuciones de hombres que habían estado más de seis años encerrados en las cárceles de Franco, así como otras crueldades perpetradas por su régimen «eran repugnantes y antidemocráticas». Recordó que cuando el dictador le envió a través del Duque de Alba una carta urgiéndole una alianza contra el nuevo enemigo de Europa, es decir, la URSS, él le había respondido secamente y, al mismo tiempo, había remitido copias a Stalin y al presidente de Estados Unidos. Efectivamente, Stalin recordaba esa carta, y Churchill, una vez aclarados sus sentimientos en ese asunto, pudo explicar por qué no creía conveniente romper las relaciones con Madrid. En primer lugar, eso irritaría al orgulloso pueblo español, uniéndole alrededor de Franco, y, sobre todo, al Ejército, que, apostado en las zonas montañosas del país, plantearía serios problemas a cualquier expedición militar. En segundo lugar, retirar a los embajadores significaría perder valiosos observadores en un momento delicado y, por otra parte, la conferencia de San Francisco había hecho hincapié en la no ingerencia en asuntos internos de un país soberano. Churchill creía que el régimen español cambiaría su postura antidemocrática lentamente y por propia voluntad.



EFE







Archivo Vendrell

Un «cáncer» en Europa

Truman intervino para declarar su animosidad hacia el franquismo, pero, como Churchill, temía la posibilidad de provocar otra guerra civil en la Península, y esperaba que se formara, por propia iniciativa, un gobierno de carácter democrático. Stalin se mostró totalmente pesimista ante tales expectativas respecto a un país que no sólo seguía dominado por Franco, sino que exportaba su ideología a organizaciones fascistas de otros países. Hacía falta, dijo, una declaración contundente de los «tres grandes», que habían luchado contra Hitler y Mussolini, para que el pueblo español supiera que sus amigos deseaban su liberación: «Si dejamos pasar en silencio este cáncer en Europa, significa que lo aprobamos.»

Churchill volvió a la diplomacia amable. Comprendía que Stalin tenía razones para odiar a un régimen que había mandado a sus soldados a luchar en Rusia. Un poco amostazado, Stalin le recordó que Franco también había hecho daño a Gran Bretaña al dar asilo y repostar a los submarinos alemanes, y que todos los aliados habían sido perjudicados por esa actitud española. Y, además, no se trataba de un asunto interno, como decía Churchill, sino de un peligro internacional; el de Franco era el único régimen dictatorial conservador que quedaba en Europa. «¿Y Portugal?», preguntó inocentemente el primer ministro británico. «Es muy distinto. Allí, Salazar subió al poder tras un proceso interno, mientras que Franco lo hizo sólo gracias a la ayuda de Hitler y Mussolini», respondió Stalin.

La convocatoria

La convocatoria a la manifestación en la Plaza de Oriente apareció en la prensa y en pasquines fijados en las calles de Madrid el día 7 de diciembre de 1946.

«Los ex-combatientes y ex-cautivos de nuestra Cruzada han solicitado autorización, que les ha sido concedida, para celebrar una manifestación que partirá el lunes nueve del corriente a las once de la mañana de la Plaza de Colón en protesta contra las ingerencias extranjeras en la soberanía de España, patrimonio inalienable de los españoles, y los ataques contra nuestra dignidad e independencia nacional. Los ex-combatientes y ex-cautivos invitan a todos los madrileños a sumarse a este acto de patriotismo.»

Anécdotas de la manifestación

Algunas frases que podían leerse en las pancartas se referían a las dificultades económicas: «Franco, con pan o sin pan, a tus órdenes.» Pero, en general, se enaltecía la virilidad española ante la llamada injerencia externa. Así, unas mujeres llevaban una pancarta que decía: «En España mandan nuestros hombres.» Y otro cartel decía: «En España manda Franco porque nos da la real gana.»

El resentimiento ante el extranjero se manifestaba en las abundantes alusiones a Rusia: «En la farsa se oye demasiado al apuntador.» Francia, a la que no se atacó cuando su derrota en la guerra mundial, también era objeto de reproches: «Fuimos hidalgos con Francia, ¿para qué?»

Entre los manifestantes, los periodistas descubrieron a José María Pemán, a Gregorio Marañón, a quien acompañaba su hijo «ex-combatiente de nuestra Cruzada» y a don Jacinto Benavente, el personaje más ovacionado, que aseguró a la prensa que entre el «no» y el «sí» a España él se apuntaba al «sí».

En el diario Madrid *(9 de diciembre de 1946) apareció este comentario: «Como prueba del entusiasmo de la multitud basta decir que en la tenencia de Alcaldía del Centro están depositadas a disposición de sus dueños innumerables prendas de vestir y veinte zapatos.»*





El discurso de Franco

«Combatientes, ex-cautivos y españoles todos: Necesitaríamos el solar de toda España para esta inmensa manifestación de entusiasmo, de unidad y de firmeza, que da la más expresiva y rotunda respuesta a quienes en el exterior especulan torpemente con vuestra lealtad y con nuestra paz interna. (Clamorosos aplausos.) Los que en la impunidad intentan injuriarnos, queriendo quitar a los españoles la gloria de su victoria (extraordinarios aplausos) y el mérito de sus sacrificios, para hacerlos recaer precisamente en un puñado de sus odiados enemigos (grandes aplausos), con la injusticia echan sobre sí mismos un baldón de ignominia. (Clamorosa ovación. Una voz: "Aquí estamos para impedirlo".)

»Lo que ocurre en la ONU no puede a los españoles extrañarnos (nueva ovación) cuando una ola de terror comunista asola a Europa y las violaciones, los crímenes y las persecuciones del mismo orden de muchas de las que vosotros presenciasteis o sufristeis preside la vida de doce naciones, ayer independientes, en la mayor de las impunidades, no debe extrañaros que los hijos de Giral y de la Pasionaria (clamorosos aplausos) encuentren tolerancias en el ambiente y apoyo en los representantes oficiales de aquellos desgraciados pueblos. (Grandes aplausos.) Mas una cosa es la licencia con la que se pronuncian algunos delegados y otra muy distinta la voluntad serena de las naciones. (Insistentes aplausos.)

»Mientras el concierto de las naciones del universo siga descansando sobre el respeto a la soberanía de cada pueblo, sin un organismo internacional que los dicte y unifique, nadie tiene derecho a mezclarse en lo que es privativo de cada nación. (Una ovación estruendosa impide durante unos segundos continuar al Caudillo sus palabras. Voces de "¡Franco, Franco, Franco!")

»El espíritu pacífico de España está suficientemente demostrado. Sus intereses no están en pugna con los honrados de otros países. Nuestra paz les viene sirviendo tanto como a nosotros mismos. Si nuestra libertad y nuestra soberanía peligrasen, nos convertiríamos en la verdadera manzana de la discordia. (Gran ovación.) Lo mismo que ellos defienden y administran su paz, nosotros administramos y defendemos nuestra victoria.

»La situación del mundo y sus vergüenzas llenan, una vez más, de contenido a nuestra gloriosa Cruzada. Hay que pensar lo que hubiera sido sin ella en estos tiempos calamitosos de Europa. Unamos a la gran fuerza de nuestra razón la fortaleza de nuestra unidad. Con ellas y la protección de Dios (una ensordecedora ovación interrumpe a Su Excelencia y gritos impresionantes de "¡Franco, Franco, Franco!"), nada ni nadie podrá malograr nuestra victoria. (Nueva y clamorosa salva de aplausos acogen estas palabras del Caudillo. Una voz: "¡España está contigo!" "¡Franco, Franco, Franco!")

»Volvemos en la historia a polarizar la atención del mundo. Millones de cartas de españoles esparcidos por el universo lo acusan con frecuencia. Por vosotros y por vuestros sacrificios se sienten de nuevo "hijos de algo". Prueba de nuestro resurgimiento es llevar al mundo colgado de los pies. Señal inequívoca de que en España empieza a amanecer... (Las estruendosas aclamaciones que suceden a las últimas palabras del Caudillo duran largo rato.)»

EFE



EFE

Tres momentos de la manifestación del 9 de diciembre de 1945, el llamado «plebiscito de la nación contra la intervención extranjera». A las 10 de la mañana habían cerrado bares, comercios, oficinas y fábricas. A las 12.30, unas 700.000 personas se habían concentrado en la Plaza de Oriente. Entre la muchedumbre podían verse uniformes falangistas y militares, pero también había una nutridísima presencia de obreros y empleados.



EFE



Franco con el arzobispo de Toledo y primado de España Pla y Deniel. A falta del refrendo del sufragio popular y del reconocimiento internacional, el Régimen buscó su legitimación mediante el apoyo de la Iglesia católica.

EFE

Eva Duarte y Franco en Madrid durante la visita de aquélla a España en el curso de su gira por Europa. En 1947-49, la llegada a España de considerables cantidades de alimentos argentinos mitigó los rigores de un severo racionamiento.

La discusión prosiguió infructuosamente. Churchill aseguró que sería el primero en congratularse del advenimiento de una monarquía constitucional y democrática en España, pero se negó a hacer cualquier declaración violenta contra Franco. Finalmente, Truman sugirió que, en vista de que no había acuerdo sobre el tema, era mejor pasar a otro punto de la agenda. Y así se hizo.

El informe del subcomité del Consejo de Seguridad

El gobierno español reaccionó indignado «ante la insólita alusión a España... consecuencia del falso clima creado por las campañas calumniosas de los rojos expatriados y sus afines en el extranjero» (de la prensa, 5 de agosto de 1945).

La segunda ofensiva política adoptada contra el régimen español en este sentido fue la resolución suscrita por Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos (marzo de 1946) y que decía textualmente: «Mientras el general Franco siga gobernando a España, el pueblo español no puede esperar una completa y cordial asociación con las naciones del mundo que en un esfuerzo común consiguieron la derrota del nazismo alemán y del fascismo italiano, los cuales ayudaron al gobierno actual español en su ascenso al poder y en los que este gobierno se inspiró.»

Poco después, en mayo de 1946, un subcomité del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas redactó un informe en el que se insistía en el carácter fascista del gobierno español y se pedían sanciones contra él. Ambas noticias levantaron una polvareda en Madrid. La nota de respuesta del gobierno de Franco, tras asegurar que «el pueblo español recibe con soberana indiferencia el parecer de quien no tiene título para juzgar su conducta», pasó a expresar largamente su desencanto, su irritación y, oscuramente, su miedo ante las noticias que le llegaban y que amenazaban con aislarlo del resto del mundo. Las quejas más escandalizadas fueron provocadas por el hecho de que «aquella subdelegación se convierta en portavoz de los criminales rojos de nuestra guerra».

La respuesta del Gobierno

Franco abría el paraguas antes de la tormenta, pero la suya no era una actitud exagerada. Efectivamente, otro golpe llegó en diciembre de 1946, al recomendar la delegación norteamericana que «el gobierno del general Franco sea excluido de todas las agencias internacionales de las Naciones Unidas» e insistir en que el general Franco «abandone el poder en manos de un gobierno provisional que respete la libertad de palabra, de religión y de asamblea. La indignación en Madrid fue en aumento, y hubo una nota de respuesta del Gobierno que denegó las acusaciones de forma bastante curiosa. Según esta nota, la libertad de palabra estaba asegurada, entendida como «seguridad callejera personal» (evidentemente protegida en la España dictatorial de la época); lo mismo ocurría con la libertad de religión, aunque el texto

matizaba que se protegía «el culto verdadero», es decir, el católico, único autorizado públicamente en el país; en cuanto a la libertad de asamblea, el redactor de la nota renunciaba lógicamente a afirmar que en España la hubiera, pero contraatacaba con el «más lo eres tú» de las disputas infantiles «En cuanto a las libertades políticas —decía la nota—, las que el Régimen reconoce son mucho más sinceras y están muy por encima de las fingidas declaraciones democráticas de algunos de los países que llevan la iniciativa de la acusación» (es decir, Polonia y la URSS).

Interviene la Iglesia

En un intento desesperado de buscar testigos para su justificación, Franco pidió ayuda a la Iglesia católica, confiando en la fuerza de esa religión en Estados Unidos, auxilio que, generosamente, le dio el cardenal primado Enrique Pla y Deniel. ¿Unión con los enemigos de los países democráticos? España no firmó el pacto Tripartito ni entró en la guerra. ¿Religión católica obligatoria? Si se condenaba la persecución de los judíos, ¿por qué no se recordaba la que hubo contra los católicos por parte del Frente Popular? ¿Ayuda del Eje a la España franquista? «Nuestra guerra terminó antes de que la guerra mundial hubiese empezado y la ayuda recibida de naciones vencidas en la guerra no tiene, por tanto, la trascendencia que quiere dársele... y si entonces ayudaron en pequeña proporción a la España nacional, ésta recibió también ayuda de otras naciones que nunca figuraron en el Eje.»

En lo referente a la democracia existente, Pla y Deniel no se atrevió a asegurar que, por el momento, existiera esa participación, pero esperaba que la hubiera en el futuro si se obraba, claro está, con prudencia. «No se exponga a la nación a nuevos bandazos que podrían conducirla al caos, pero ábranse sól.dos cauces a la manifestación de las opiniones legítimas por órganos naturales de expresión.»

La excepción argentina

La votación de la ONU fue aceptada por todos los países miembros de la Asamblea General, que procedieron a retirar a sus embajadores. Argentina, gobernada por el general Juan Domingo Perón, fue la sonada excepción a la regla. Efectivamente, el gobierno de Buenos Aires, en lugar de retirar a su representante, envió uno a la legación de Madrid.

La satisfacción española fue doble, porque al triunfo político se añadió el económico. Argentina era de los pocos países que en 1947 podía hacer llegar el trigo necesario para aliviar el hambre que se dejaba sentir en España. Por ello, la prensa española dio una bienvenida clamorosa al embajador José María Radío, destacando en primera página sus declaraciones:

«Llego a España en un momento excepcional de su vida diplomática, cuando el mundo se agita febrilmente buscando las ventajas de una paz duradera... Con este acto, el gobierno argentino no desafía a nadie. España es para nosotros única e indivisible desde los tiempos de los Reyes Católicos. No estamos con España para estar contra alguien. Estamos con ella porque es nuestro deber. Nos sentimos unidos indestructiblemente porque queremos participar en su destino.» (De la prensa, 16 de enero de 1947.)

Abajo, el ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo (sentado). Mediante su nombramiento, en julio de 1945, Franco esperaba obtener el apoyo de los católicos y dar una imagen más moderada para poder enfrentarse a la nueva situación internacional Martín Artajo militaba en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, conocida como «la santa casa» Sustituyó a José Félix de Lequerica, que era simpatizante de las JONS



EFE

España suprime el saludo brazo en alto

A pesar de sus bravatas, el gobierno español estaba preocupado por la campaña emprendida contra él por los países vencedores en la guerra. En un intento de borrar el pasado que le estaban echando en cara, el Régimen decidió suprimir el saludo brazo en alto, símbolo inequívoco de las concomitancias con los regímenes fascistas derrotados. En el preámbulo del decreto donde se disponía esta medida se aparentaba sorpresa ante la reacción que provocaba en el extranjero esa costumbre, «que surgió frente al puño cerrado» y era, además, «de rancio abolengo ibérico». «...Más circunstancias, derivadas de la contienda, han hecho que lo que es signo de amistad y cordialidad venga siendo interpretado torcidamente... esto aconseja que, en servicio de la nación, deban abandonarse en nuestra vida de relación aquellas formas de saludo que, mal interpretadas, han llegado a privar a las mismas, en muchos casos, de su auténtica expresión de amabilidad y cortesía.»

Del mismo modo que, a partir del 24 de abril de 1937, se hizo imprescindible el saludo brazo en alto, cesaba ahora su obligación por decreto de 11 de septiembre de 1945.



El saludo fascista fue un símbolo inequívoco de las simpatías ideológicas del régimen de Franco. El Tercer Reich y la Italia de Mussolini habían sido los aliados que ayudaron al Caudillo a ganar la Guerra Civil, pero, tras la derrota de las potencias del Eje, el Gobierno consideró conveniente suprimir el saludo brazo en alto

Plaza de Oriente, 9 de diciembre de 1946

Todos estos argumentos y maniobras fueron rematados con la que quiso ser pública manifestación de apoyo al Gobierno en varias ciudades de España. Lógicamente, la más importante fue la que, presidida por Franco, tuvo lugar en la Plaza de Oriente el 9 de diciembre de 1946.

Desde los primeros momentos en que se pensó en la concentración, los servicios de propaganda del Régimen se esforzaron en poner énfasis en los sentimientos primarios del pueblo español, en general, xenófobo. Más que desmentir las acusaciones de los extranjeros —algo difícil— había que rechazarlas precisamente porque procedían de extranjeros, es decir, de gentes ajenas al solar patrio. «¡Qué saben ellos!» «¡Que se preocupen de lo suyo y nos dejen en paz a nosotros!» «¿Nos van a decir cómo gobernarnos?» De comentario de café, estas frases pasaban a convertirse en consignas nacionales promulgadas desde lo alto. Por ello, *Arriba,* órgano oficioso del Gobierno, proclamaba en el titular, sobre la fotografía de la manifestación: «En el mismo escenario de 1808, Madrid levanta el viejo grito de la independencia nacional.» Y para remachar el significado que se pensaba dar a la manifestación se aprovechaba en la *manchette* del periódico la presencia en la Plaza de Oriente de una pancarta que rezaba: «En 1808, Móstoles dio el primer grito de la independencia. Aquí estamos los de Móstoles.» Para comentar: «Si no fuese pecado añadir una palabra más, nosotros diríamos modestamente: "Pues de Móstoles, camaradas, somos todos".»

De Móstoles y de otros muchos pueblos de la provincia y de la región acudieron a Madrid en autocares puestos a su disposición por las autoridades locales multitud de personas. Al empezar el acto, la Plaza de Oriente estaba totalmente llena. Además de la pancarta citada había otras que oscilaban entre afirmaciones de carácter machista —«Ellos tienen UNO. Nosotros tenemos dos»— y otras de más fina ironía. Entre estas últimas había una que contestaba a la acusación (realmente descabellada), hecha por algún delegado extranjero en la ONU, de que el peligro para la paz que España representaba se hacía evidente en la fabricación de material atómico en Ocaña (Toledo). La pancarta alusiva decía: «Atómicas fabricadas en Ocaña», y mostraba una ridícula escoba atada a un palo. Algunas muestras


Archivo Vendrell

escritas repetían las típicas consignas del momento: «Franco. Las falanges juveniles en la vida y en la muerte te juran lealtad.» Otras alcanzaban un tono épico-literario, recordando el verso clásico: «Que no puede esclavo ser pueblo que sabe morir.»

Los enemigos de España: «hijos de Giral y de la Pasionaria»

Aunque la votación definitiva en la Asamblea General de las Naciones Unidas no se había realizado todavía, Franco sabía ya que iba a ser condenado. Por ello no se preocupó, como había hecho su Gobierno en las semanas anteriores, en desmentir las acusaciones que se le hacían. Por el contrario se mostró desafiante desde su puesto de ganador de la Guerra Civil; habló de «los que en la impunidad intentan injuriarnos, queriendo quitar a los españoles la gloria de su victoria» y usó el lenguaje típico de las trincheras nacionales y de la prensa popular durante la Guerra Civil, al referirse a sus enemigos como «hijos de Giral y de la Pasionaria». Según él, la Cruzada salvó a España de la suerte calamitosa de Europa. Lo más curioso de su breve discurso fue la afirmación de que la atención a España, reflejada en primera página de la prensa internacional, demostraba positivamente que: «Volvemos en la historia a polarizar la atención del mundo.» Y terminó con la asombrosa asertación de que: «Prueba de nuestro resurgimiento es llevar el mundo colgado de los pies. Señal inequívoca de que en España empieza a amanecer.» Según los cronistas, sus palabras fueron interrumpidas por «clamorosos» y «grandes» aplausos, una «ovación ensordecedora» y «estruendosas aclamaciones». También se oyeron, aparte del ritual «¡Franco, Franco, Franco!», frases como «España está contigo» o «Aquí estamos para impedirlo».

La manifestación fue la primera convocada por el Régimen en la Plaza de Oriente, que desde entonces serviría de escenario a las concentraciones de los partidarios de Franco en varias ocasiones. La última —unas semanas antes de morir el Caudillo— sería convocada por el alcalde de Madrid, García Lomas, con la misma retórica de diciembre de 1946: «Madrileños: Una vez más se ha desencadenado un ataque contra España y contra su soberanía..., otra vez España es atacada injustamente por los enemigos de nuestra patria y de nuestra libertad» (de la prensa madrileña, 30 de septiembre del año 1975).



A.G.E.

Franco protesta por el rechazo de España en la ONU en un discurso dirigido a las Cortes (mayo de 1949). Con la «guerra fría», la actitud de los países occidentales –y la de la ONU–, se hizo más tolerante con el Caudillo y se restableció la normalidad diplomática

La condena de la Asamblea General de la ONU

Dos días despues de la concentración, el 11 de diciembre, los votos de condena caían pesadamente en la Asamblea General de las Naciones Unidas, apoyando la retirada de embajadores de Madrid para mostrar el repudio de las democracias al Gobierno de Franco. Francisco Casares, corresponsal de *Madrid* en Nueva York, habló de la conjura antiespañola reflejada incluso en el belga Paul-Henri Spaak que «desde la presidencia maniobró lo suficiente (...) Spaak preparó el terreno para que los dos últimos discursos largos fueran precisamente los más biliosos contra España, pronunciados por Gromyko, de la URSS, y Lange (Polonia). La votación definitiva dio como resultado 34 votos a favor de la propuesta, 6 en contra y 12 abstenciones.» (*Madrid*, 12 de diciembre de 1946.)

La retirada de embajadores

«En mayo de 1946 el subcomité del Consejo de Seguridad encargado de estudiar el caso de España proponía la ruptura de relaciones diplomáticas con Madrid, pero negándose a considerar la adopción de toda medida de fuerza o sanción coercitiva contra España. De conformidad con el espíritu de los aliados occidentales, la Asamblea General adoptó el 2 de diciembre de 1946 la resolución núm. 39, en la que, siendo todavía más prudente con la propuesta del subcomité del Consejo de Seguridad, se limitaba a pedir la exclusión del gobierno de Franco de todos los organismos conexos con ella, y de la participación en conferencias y otras actividades patrocinadas por las Naciones Unidas. En lugar de la ruptura de relaciones diplomáticas, la resolución 39 recomendaba sólo a los miembros la retirada de sus embajadores y ministros plenipotenciarios de Madrid. De conformidad con esta recomendación, la mayor parte de los miembros de la ONU retiraron sus embajadores, pero mantuvieron sus relaciones diplomáticas encabezadas por un simple encargado de negocios. En Madrid sólo quedaron los embajadores de Portugal, Argentina y la República Dominicana, amén de la Nunciatura apostólica. La retirada de embajadores no tuvo consecuencias en el plano comercial, aunque se produjo un cierto impacto moral, que Franco trató de capitalizar a su favor. Frente a las condenas de la ONU, el Gobierno organizó una gran manifestación popular en la Plaza de Oriente de Madrid, en la que se vitoreó a Franco y se derramaron toda clase de insultos contra los exiliados y sus supuestos amigos de Occidente.»

(FUENTE: *José Mario Armero,* La política exterior de Franco.)

El plan Marshall

La recuperación económica de Europa Occidental

Ramón Tamames,
economista e historiador

En los años 1946-47, la producción agrícola e industrial había descendido en Europa por debajo de los niveles anteriores a la guerra y era insuficiente para cubrir las necesidades de una población en rápido aumento. Gracias al plan Marshall, la economía europea pudo recuperar su pulso. En la fotografía, un empleado de Massey-Harris estampa en un contenedor el emblema de la ayuda americana

Entre los historiadores es común la opinión de que el mayor avance político norteamericano, desde que en 1823 se proclamó la doctrina Monroe («América para los americanos»), se produjo en 1947 con el plan Marshall, que en cuatro años contribuyó a cambiar radicalmente la faz económica y política de Europa Occidental y consolidó de manera espectacular la posición de Estados Unidos como primera potencia mundial. La importante inversión norteamericana salvó a muchos países europeos de un posible colapso económico y significó un freno a la influencia comunista.



Popperfoto

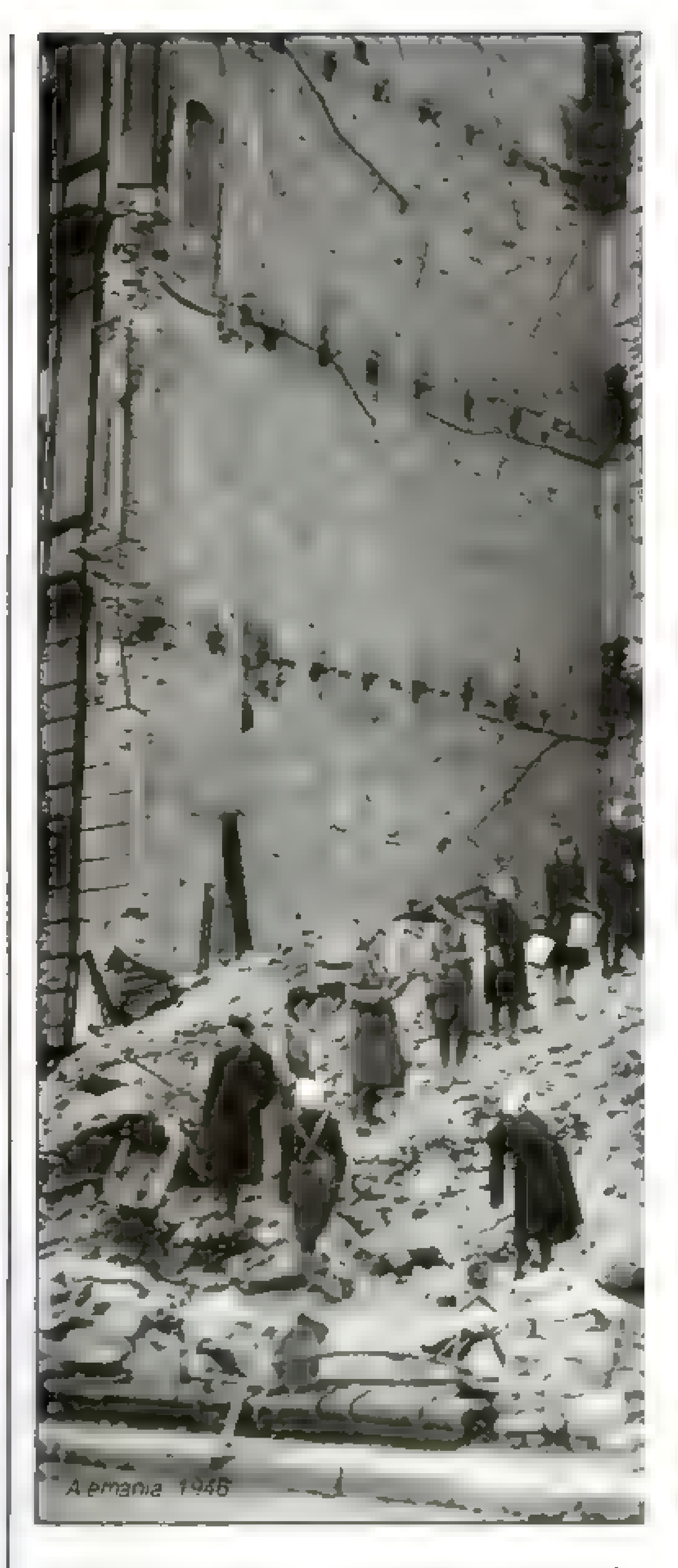


EFE

Europa había conocido la guerra más destructiva de su historia, ciudades reducidas a ruinas por los bombardeos, campos arrasados por el paso de los carros de combate, millones de deportados, de familias sin hogar, de mutilados y muertos. Con la vida económica paralizada y sin medios para activarla, el futuro ofrecía sombrías expectativas. La lucha contra el hambre y la reconstrucción de los hogares eran las más perentorias necesidades de aquellos que habían logrado sobrevivir. Vencedores o vencidos nadie escaparía a los rigores de la posguerra.



EFE



Una tensa posguerra

La prodigiosa aventura del plan Marshall empezó a última hora de la tarde del 21 de febrero de 1947. En Washington, en la Secretaría de Estado, se recibió una llamada telefónica de la embajada británica, solicitando una urgente entrevista con George Marshall, jefe de la diplomacia norteamericana. En ese momento, el general Marshall acababa de salir para su casa. Estaba cansado. Apenas había transcurrido un mes de su vuelta de China, y aún menos desde su nombramiento para el más alto puesto de la política exterior de su país. Su misión se estaba revelando muy difícil. Había en el ambiente muchas preocupaciones, y tensiones cada vez más graves con la URSS. Todo ello en el contexto de una impresión generalizada de que Truman carecía, como presidente, de la capacidad necesaria para responder a los grandes retos de la posguerra.

Las prisas de los británicos no eran injustificadas. Querían anunciar a Washington su firme decisión, recién tomada por el gobierno de Londres —presidido entonces por el calmoso Clement Attlee—, de suspender la ayuda militar que venían dispensando a Grecia y Turquía. En el verano de 1946, ocho meses antes, Gran Bretaña se había comprometido en París, en la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de los países aliados, a reforzar la línea de resistencia occidental formada por Grecia y Turquía (e Irán) frente a las presiones soviéticas. Ahora, Londres daba marcha atrás. La causa eran las graves dificultades económicas por las que atravesaba el propio Reino Unido.

El fin del Imperio británico y el nacimiento del Imperio norteamericano

En realidad, lo que se estaba produciendo era el reajuste inevitable de los intereses de las dos grandes potencias emergentes de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, Estados Unidos, no sin reticencias, estaba recogiendo el relevo de Gran Bretaña en el papel de superpotencia garante del hasta entonces indiscutido predominio anglosajón. El Reino Unido carecía ya de la fuerza económica y militar necesaria para afrontar por más tiempo los inmensos gastos del despliegue de todo un rosario de bases en el Mediterráneo (Gibraltar, Malta, Libia y Chipre), de un sistema militar protector de la línea de comunicaciones Suez-Mar Rojo-Adén-India y de posiciones militares en el Golfo Pérsico, con toda una flota en el Océano Índico e importantes prolongaciones en Singapur y Hong-Kong. Toda esa amplia presencia británica, inteligente y tenazmente afianzada a lo largo del siglo XIX, empezaba a resquebrajarse, tanto por las reivindicaciones nacionalistas como por las implicaciones económicas. Birmania era ya independiente desde 1946. In-



Popperfoto



Alemania, 1946

Francisco X. Rasos

dia, Pakistán y Ceilán alcanzarían su emancipación en 1948. En la península malaya había guerrillas. Y en el Oriente Medio, el mundo árabe se desperezaba con las convulsiones del nacimiento del Estado de Israel, un foco que ya no dejaría de generar tensiones.

Y mientras todo eso sucedía en el interior del otrora omnipotente Imperio británico, Estados Unidos se mantenía en una actitud más bien expectante, con importantes fuerzas políticas internas proclives al desarme, incluso abiertamente favorables al aislacionismo; una tesis que, evidentemente, era muy difícil de sostener en un mundo cada vez más revuelto. El cambio en esa actitud se produciría casi súbitamente. Con la doctrina Truman y el plan Marshall, nada volvería a ser igual. Estados Unidos asumió definitivamente las funciones imperiales que había venido eludiendo desde después de la Primera Guerra Mundial, y que todavía en 1945 la inmensa mayoría del pueblo norteamericano rechazaba por lo que podrían representar en términos de guerras, conflictos y sufrimientos.

La expansión de la URSS en Europa

Frente a ese nuevo protagonismo imperial, se erguía el poderío soviético, cuyo objetivo era lograr rápidamente la hegemonía en todo el Viejo Continente. Tal vez, de haber vivido Roosevelt hasta el final de su mandato en 1948, las cosas hubieran evolucionado de distinta forma. Las relaciones soviético-norteamericanas quizá se habrían mantenido más templadas por la buena relación de los dos prohombres: el uno, un líder democrático; el otro, un autócrata tenaz. Pero la muerte inesperada de Roosevelt pocas semanas después de Yalta, y la subida a la presidencia del hasta entonces oscuro vicepresidente Truman, seguramente suscitó en Stalin la definitiva convicción de que la posguerra podría ser para la expansión soviética aún más ventajosa que los resultados directos de la dura y cruenta guerra contra Alemania. El nuevo designio imperial de Estados Unidos no iba a ser precisamente fácil.

Al sur de Yalta: Grecia y Turquía

La decisión británica de suspender el apoyo a Grecia y Turquía fue aceptada con comprensión por Estados Unidos, como algo que inevitablemente habría de asumirse. La situación era grave. En Grecia, las guerrillas procomunistas presionaban en el norte del país contra el gobierno de Atenas, que se encontraba al límite de sus posibilidades. Aparte de ello, y haciendo aún más difícil el panorama, las circunstancias económicas eran de auténtico desastre, con una dramática penuria de alimentos que mantenía el hambre a niveles aún similares a los calamitosos de 1944, derivados de la destrucción ge-


EFE



neral que supuso la retirada alemana con sus prácticas de tierra calcinada.

En Turquía, a corto plazo, la situación no era tan seria. Pero la tormenta comenzaba a formarse. Desde 1945, la URSS reclamaba la reincorporación a su territorio de tres provincias fronterizas que habían sido rusas entre 1878 y 1920 (Dars, Ardahan y Artvin), planteando además al gobierno de Ankara, de la manera más contundente, la aspiración de un control «conjunto» turco-soviético de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos.

En definitiva, la posibilidad de una caída de Grecia y Turquía en la esfera soviética era algo que estremecía por igual a británicos y norteamericanos. Sobre todo, teniendo en cuenta que meses antes, en 1946, ya se habían producido graves incidentes en Irán, donde los soviéticos habían retrasado la salida de sus tropas de ocupación, que junto con las británicas habían asegurado una política iraní no pronazi durante la guerra mundial. En vez de desocupar el norte del país en la fecha prevista (2 de marzo de 1946), los soviéticos fueron demorando su salida hasta el mes de noviembre. Y sólo la llevaron a cabo por las duras advertencias de Estados Unidos y Gran Bretaña. Ese había sido el primer episodio de la larga «guerra fría», que empezaba así, en 1946, y no terminaría hasta después de 1953, tras la muerte de Josif Stalin.

Otros frentes de la «guerra fría»

Pero los problemas no se limitaban a esa especie de falla sísmica al sur de los acuerdos de Yalta. En realidad, la situación era mucho más compleja. Por la inmensa China avanzaban en 1947, sin contención posible, los ejércitos de Mao. En el Sudeste asiático, Hô Chi Minh pretendía terminar con los intereses coloniales de Francia. En la península de Malaca, los guerrilleros ponían en un brete al Imperio británico. Y en la propia Europa Occidental, los avances electorales comunistas y la presencia de ministros del PC en los gobiernos de Italia y de Francia, suponían una discrepancia fundamental en el planteamiento de un mundo occidental y colonial indiscriminadamente dominado por los anglosajones.

Por lo demás, la situación en Europa Occidental era grave. Los *stocks* de alimentos, prácticamente desaparecidos durante la guerra, apenas habían podido recomponerse a lo largo de los calamitosos años 1946 y 1947, por toda una secuencia de sequías y de inundaciones, de inviernos de una dureza sin parangón. En la propia Gran Bretaña, en el primer trimestre de 1947, llegó a suspenderse durante varios días el suministro de energía eléctrica debido a la insuficiencia de carbón. En definitiva, parecía como si toda Europa Occidental fuera a entrar en un colapso inevitable, con una Alemania que aun no había empezado a recuperarse de su derrota, y con un Japón, en el otro extremo, que era una sombra de miseria, de hambre y de toda suerte de dificultades adicionales.

La doctrina Truman

La respuesta de Estados Unidos a la petición británica no se hizo esperar, y el 12 de marzo de 1947, diecinueve días después de haberle llegado la solicitud del gobierno de Londres, el sucesor de Roosevelt en la Casa Blanca se dirigió solemnemente a una sesión conjunta del Congreso —Cámara de Representantes y Senado—, anunciando la nueva política exterior de Estados Unidos: «apoyar a los pueblos libres que están resistiendo el intento de ser sometidos por minorías armadas o por presiones exteriores».

En su discurso, Truman pidió a representantes y senadores autorización para conceder 400 millones de dólares de ayuda a Grecia y Turquía. E igualmente recabó el permiso de enviar efectivos civiles y militares a estos dos países y de recibir en Estados Unidos a personal griego y turco para su adiestramiento. Los congresistas no regatearon su aplauso al presidente Truman. El calor con que se recibió su mensaje fue exponente de la unanimidad en cuanto a establecer las primeras bases del nuevo Imperio norteamericano en Europa y en el mundo entero.

Veintiún minutos duró la intervención de Truman, que salió sonriente del


EFE

Capitolio en dirección al aeropuerto. Desde allí, a bordo de la *Vaca Sagrada* —como popularmente se conocía el avión de Roosevelt— voló hacia Key West, en Florida, para descansar de emociones, a la espera de la reacción pública a su mensaje. En los medios de comunicación norteamericanos, la respuesta no pudo ser más favorable.

Marshall en Moscú

La decisión de Truman del 12 de marzo de 1946 —que el Congreso instrumentó del modo más diligente— tenía un objetivo político directo: mostrar la firme actitud de Washington a Moscú en un momento en que allí se hallaba reunida la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de todos los países aliados en la Segunda Guerra Mundial. En esta conferencia, iniciada dos días antes, el 10 de marzo, y que no finalizaría hasta el 24 de abril, gradualmente fue poniéndose de relieve que la URSS no contaba entre sus intereses prioritarios con el de propiciar una rápida reconstrucción de Europa Occidental, y mucho menos de Alemania. Frente a esta actitud, en Estados Unidos se empezó a considerar la posibilidad de extender la doctrina Truman a Europa Occidental.

La conferencia de Moscú, de tan larga duración, permitió numerosos contactos de Marshall con sus colegas. Y a su vuelta a Washington, a fines de abril, destacó la circunstancia de que

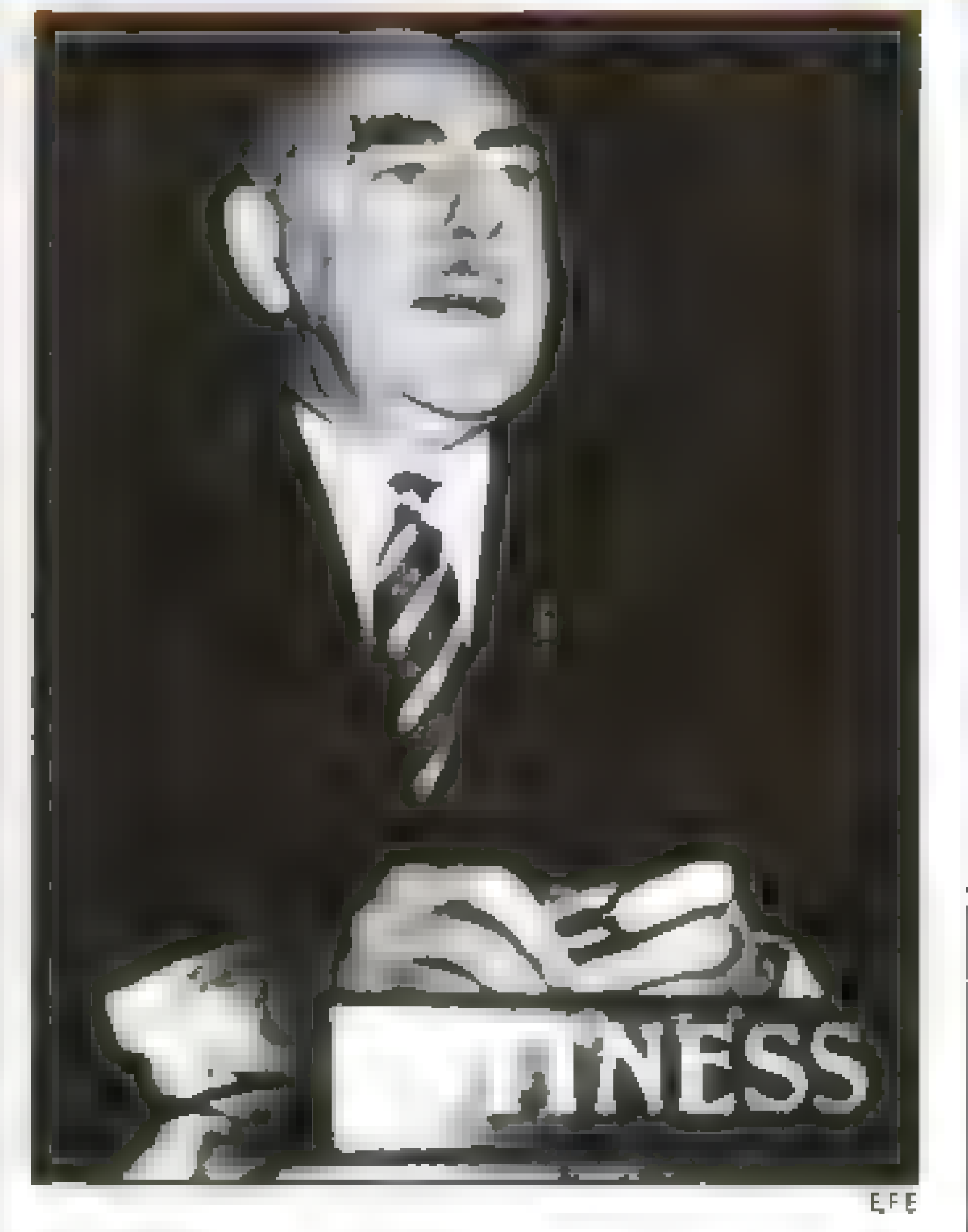
El general Marshall

George Marshall nació en 1880, en Uniontown, en el estado de Pensilvania. En su larga carrera militar, Filipinas fue el escenario de sus primeras actuaciones, entre 1902 y 1913. Ascendió a capitán en 1917 y combatió en la Gran Guerra en los frentes franceses. De 1920 a 1924 fue ayuda de campo del legendario general John Joseph Pershing, perseguidor de Pancho Villa en México y que luchó contra Aguinaldo en Filipinas. Más tarde, estuvo destinado durante varios años en China, como agregado militar a la embajada de su país, y en 1938 fue llamado al Estado Mayor del ejército de los Estados Unidos, del que fue jefe durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Pasó a la reserva como general en 1945, y seguidamente fue enviado como embajador a China, donde trató de convencer a Chiang Kai-shek de que saneara su Gobierno y su administración, y de que llegara a un acuerdo de paz con Mao Tse-tung. Pero sus propósitos no resultaron fructíferos, y ante una definitiva guerra civil, Marshall preconizó la política norteamericana de suspender el apoyo a Chiang Kai-shek. Salvó, seguramente, a cientos de miles de norteamericanos de ir a morir a China.

En 1948, una vez en marcha su plan, Marshall fue sustituido por Dean Acheson en la secretaría de Estado, y asumió la presidencia de la Cruz Roja norteamericana. Pero con la guerra de Corea (que se inició en junio de 1950) fue nombrado secretario de Defensa para, durante un año, dar un gran impulso a las fuerzas armadas y al programa de ayuda militar al exterior. Por su decisión de poner en marcha el plan que lleva su nombre, recibió el Premio Nobel de la Paz en 1953. Murió en 1959, en Washington, D.C.


Popperfoto



EFE


Keystone/F. X. Ratols

En la página anterior, guerrilleras comunistas griegas capturadas por las fuerzas gubernamentales durante la guerra civil. De acuerdo con la doctrina Truman, Estados Unidos intervino en el conflicto a partir del verano de 1947. El reparto de las zonas de influencia entre rusos, británicos y americanos decidió la suerte de la resistencia griega.

En ambas páginas, de izquierda a derecha George Marshall, Ernest Bevin, Georges Bidault y Vjačeslav Molotov en la conferencia de Moscú.

Arriba, a la izquierda, el general Marshall, impulsor del plan de rehabilitación europea a la derecha, Dean Acheson, sustituto de Marshall al frente de la secretaría de Estado desde 1949, abajo, James Byrnes, antecesor de Marshall en el departamento de Estado y decidido partidario de la unión económica de toda Alemania

La ayuda económica Marshall

El circuito mediante el cual se canalizó la ayuda norteamericana a Europa fue el siguiente:

1. Las empresas y entidades europeas interesadas solicitaban la consignación de dólares para un determinado proyecto que implicaba importaciones.

2. Este proyecto era examinado por las autoridades europeas y por la ECA. Si el proyecto le parecía conveniente, la ECA lo autorizaba y las autoridades europeas lo subautorizaban.

3. Una vez subautorizado el proyecto, la ECA pagaba en dólares al exportador, fuese norteamericano o no, y el titular de la subautorización depositaba el equivalente del valor de su moneda nacional en el Banco Central de su país. Y éste, cuando la ECA se lo requería, hacía la correspondiente transferencia a la cuenta especial de contrapartida de la ECA.

4. La contrapartida en moneda nacional se distribuía en porcentajes variables y para fines diversos. De un 10 a un 15 % se aplicaba a los gastos de las misiones norteamericanas en Europa, y el resto se entregaba como donación al Gobierno en cuestión, para la realización de obras públicas, mejora de ferrocarriles y carreteras, enseñanza técnica y otras actividades sobre las que la ECA hubiese dado su visto bueno.

Ayuda civil norteamericana a los países europeos desde 1946 hasta junio de 1961

	Préstamos (%)	Donaciones (%)	Millones de dólares
Portugal	50,0	50,0	79,9
Suecia	20,2	79,8	108,9
Dinamarca	18,0	82,0	303,3
Noruega	32,4	67,6	349,9
Bélgica-Luxemburgo	34,8	65,2	741,1
Austria	6,7	93,3	1.170,9
España	65,1	34,9	1.183,9
Holanda	31,6	68,4	1.228
Turquía	34,8	65,2	1.391,6
Yugos	32,9	67,1	

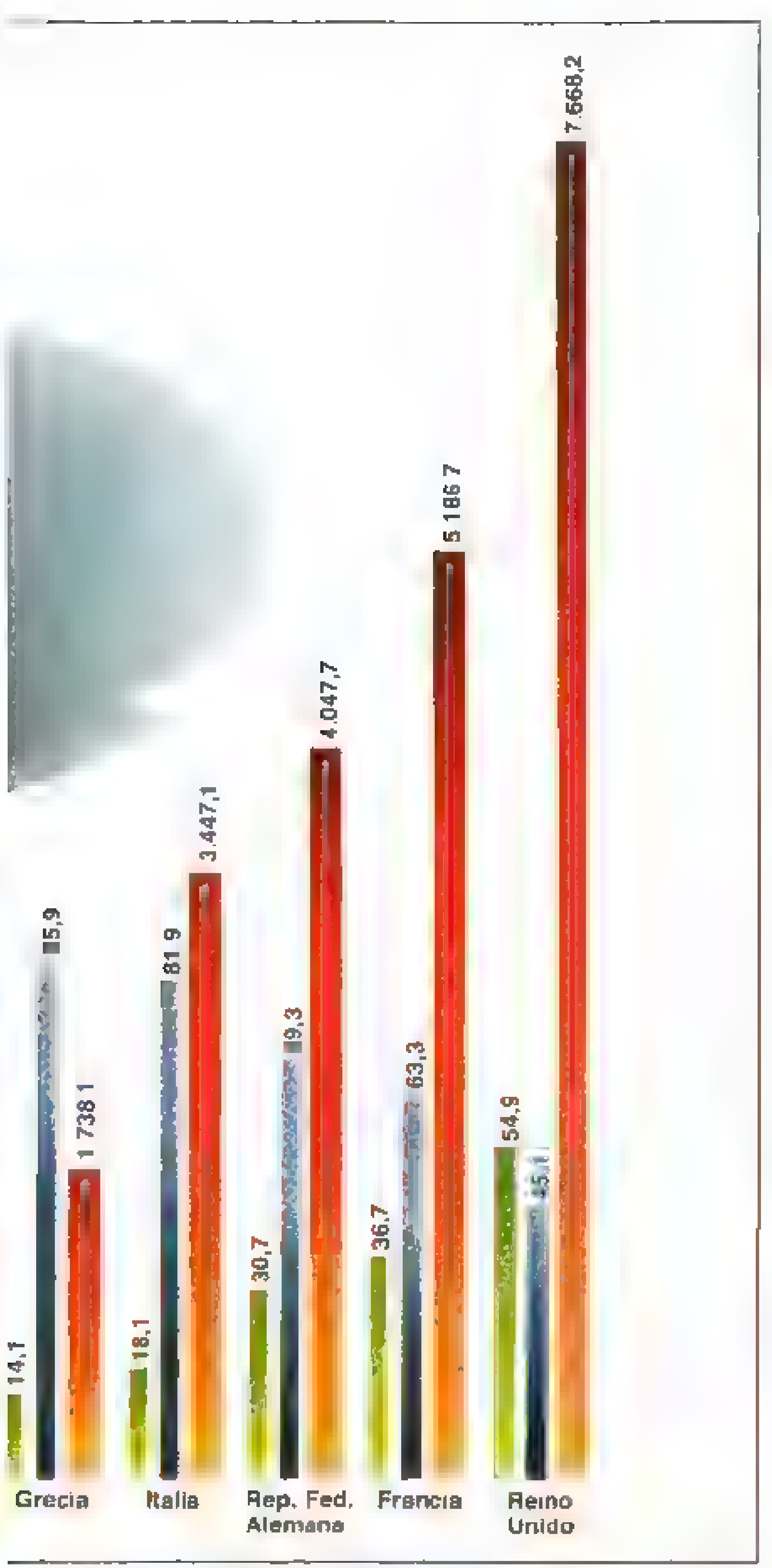
los temas más frecuentes de sus conversaciones en la capital soviética habían sido la escasez de alimentos y de combustible, y la falta de materias primas para reanimar la producción industrial de Europa Occidental. Marshall volvió de Moscú convencido de que si Estados Unidos no ayudaba, toda Europa podría quedar dentro de la esfera de intereses de la URSS.

Lo que después sería la propuesta de Marshall en la Universidad de Harvard comenzaba a perfilarse. E incluso empezó a abonarse el terreno para la siembra. Ya en Moscú debió decidirse el reajuste de los gobiernos tripartitos de Francia e Italia. El 4 de mayo de 1947 salían los comunistas del gabinete francés. Y el día 13 hacían lo propio los del gobierno de Roma.

El «Consejo del Delta»

Pero el terreno también había que abonarlo en la propia Norteamérica. Éste fue el sentido del discurso del subsecretario Dean Acheson ante una institución de granjeros del Sur de Estados Unidos conocida con el nombre de «Consejo del Delta», por referencia al delta del Mississippi. Allí, en la pequeña localidad de Cleveland y en el ambiente caluroso de una fiesta rural, el 8 de mayo de 1947, Acheson se dirigió a los productores de algodón, de cereales y de carne de una de las regiones agrícolas más prósperas de la Unión. En sus palabras puso de relieve que en aquel año Estados Unidos exportaría por valor de 16.000 millones de dólares, importando sólo por un monto de 8.000 millones. La diferencia, el déficit del resto del mundo cara a Estados Unidos, significaba para muchos países un sinfín de dificultades y frustraciones. Acheson manifestó que Estados Unidos, para garantizar el futuro aumento de sus exportaciones, debería utilizar todos los medios a su alcance. La reacción de empresarios y sindicatos fue positiva.

Las palabras de Acheson no eran ninguna casualidad. La participación del subsecretario de Estado en la preparación de lo que después se llamaría el plan Marshall difícilmente puede ser exagerada. Cuando aún estaban en discusión los términos de la doctrina Truman para Grecia y Turquía, el 11 de marzo de 1947 Acheson tomó la iniciativa de constituir un Comité tripartito —de los departamentos de Estado, de Guerra y de la Marina— para que en un período de tres semanas le preparasen un informe preliminar sobre qué países europeos necesitarían con urgencia la ayuda de Estados Unidos en términos económicos, financieros, de asistencia técnica y de envío de equipos militares. Los resultados de esos estudios, conocidos ya a principios de mayo en forma de avance, sirvieron de fundamentación para lo que Acheson dijo en Cleveland. Y, en definitiva, para la propia preparación del plan Marshall. La conclusión era bien sencilla. Para



Archivo Orbis



EFE

En ambas páginas, diagrama comparativo de las sumas concedidas por Estados Unidos a los países europeos en concepto de donaciones y préstamos. Reino Unido, Francia y Alemania Occidental fueron los mas beneficiados por el plan norteamericano.

Arriba, llegada al puerto de Burdeos del primer barco del plan Marshall procedente de Estados Unidos (10 de mayo de 1948). En una primera fase se prestó mayor atención al envío de alimentos, forrajes y fertilizantes, con el propósito de paliar la escasez de víveres y aumentar la producción agrícola, más tarde, se dio prioridad a las materias primas para la industria y a las manufacturas. El buen resultado obtenido por el programa empezó a observarse muy pronto en los sectores agrícola e industrial. A los dos años de vigencia del plan, la producción industrial ya se había incrementado en más de un 25 % en los países que recibieron la ayuda

Abajo, cartel de la ECA alusivo a la cooperación europea: «un poco de cooperación y todos comemos más». La ECA, agencia creada por la Foreign Assistance Act, tenía la misión de coordinar el plan de ayuda norteamericano



Popperfoto

salir de sus dificultades, Europa necesitaría una trasfusión norteamericana de no menos de 5.000 millones de dólares anuales a lo largo de varios años consecutivos.

Harvard, 5 de junio de 1947

Fue un luminoso domingo, el 5 de junio de 1947, cuando en la histórica Universidad de Harvard el secretario de Estado norteamericano George Marshall, especialmente invitado para su investidura como doctor *honoris causa*, pronunció el más memorable discurso de su vida. En él presentó las bases filosóficas de la necesidad de ayudar a Europa, todavía trágicamente traumatizada por los efectos de la guerra, con su tejido económico destrozado, sin recursos materiales y sin medios financieros. Y, lo que era aún más grave, sin confianza entre sus gentes respecto al futuro.

Marshall se refirió al deterioro de las relaciones campo-ciudad en Europa, con lo mucho que representaba para el abastecimiento de alimentos. Destacó la carencia de lo más elemental para la industria, y no ocultó que en estas condiciones la recuperación sería larga y llena de riesgos. Había, pues, que ayudar. Y si bien subrayó, entre líneas, que no habría ningún condicionamiento ideológico para ello, atacó duramente las pretensiones de poderío de la URSS. El secretario de Estado manifestó con toda claridad que era necesario un plan europeo de recuperación económica, que debía ser esbozado por los propios países del Viejo Continente, y al cual Estados Unidos daría todo su apoyo.

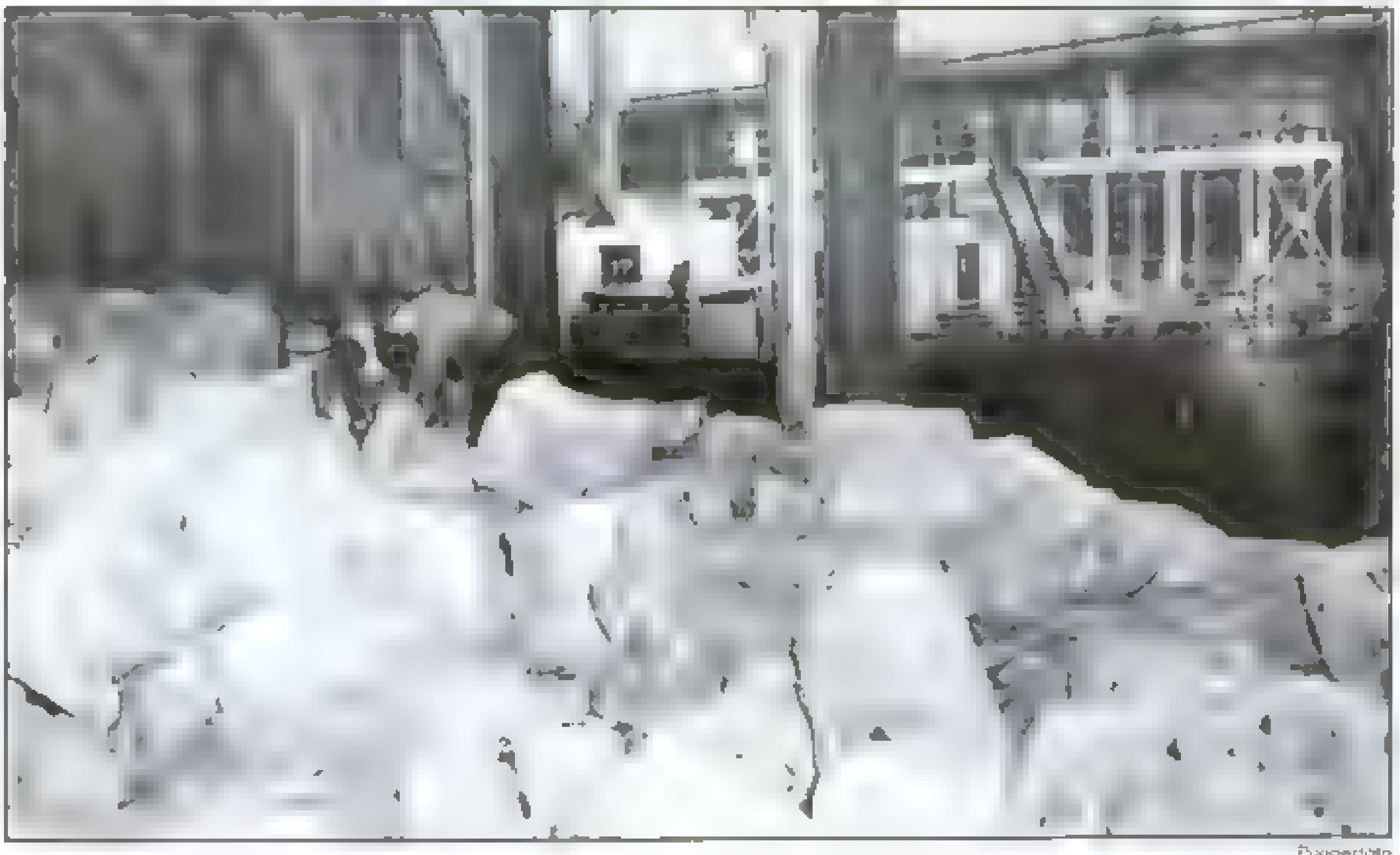
El mismo día en que Marshall pronunció su discurso, a las 9 de la noche hora de Londres el secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, leía el texto del mensaje de Harvard. Y, como se dice literalmente en inglés, se mostró decidido a «coger la oferta con las dos manos» y a convertirse en el principal mentor del plan Marshall en relación con los otros países europeos.

La cuestión de las dos Alemanias

No es inexacto decir que el proyecto del plan Marshall generó la máxima virulencia en las relaciones Este-Oeste. Sin embargo, la verdad es que con anterioridad ya se apreciaron graves tensiones, sobre todo por el hecho de que Estados Unidos y el Reino Unido asignaban gran importancia al mantenimiento de Alemania en el área capitalista. El rechazo del plan Morgenthau —que pretendía reconvertir a Alemania en un país rural— por parte de Roosevelt y la recomendación de Churchill a los generales británicos —desvelada sólo a la opinión pública en 1954— de que conservaran los *stocks* de armamento alemán en previsión de una posible confrontación con la URSS, fueron dos muestras de que la «guerra fría» estaba latente desde an-



EFE







tes del plan Marshall, incluso antes de terminar la guerra.

El muy distinto giro que tomaron los acontecimientos en las dos Alemanias confirmó esos primeros indicios. En la Occidental, los desmantelamientos industriales previstos se frenaron rápidamente, y con gran celeridad se convocaron elecciones para dar a los *Länder* y a los municipios instituciones representativas. También con notable rapidez se crearon las condiciones para la unión económica de las zonas americana y británica (la Bizona), a la que, poco después, se sumó la francesa (originándose de este modo la Trizona). En esa línea de actuación no es extraño que el secretario de Estado norteamericano —predecesor de Marshall— James Byrnes, anunciara el 6 de septiembre de 1946 la aspiración de consolidar la unión económica de toda Alemania.

Al año siguiente, en 1947, en la ya citada conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro grandes potencias (Moscú, 10 de marzo-24 de abril) se confirmó con toda nitidez la divergencia de puntos de vista sobre las dos Alemanias. En esas circunstancias, no es extraño que los soviéticos vieran en el plan Marshall un instrumento de penetración del capitalismo norteamericano. Y desde un principio no vacilaron en rechazarlo abiertamente. Actitud que tuvo su reflejo en un renacimiento limitado de la III Internacional comunista, reconstituida en 1947 con el nombre de «Oficina de Información Comunista» (Kominform).

El golpe de Praga, la reacción de Tito y el bloqueo de Berlín

Dentro del área soviética, Checoslovaquia pretendió enlazar con el plan Marshall. Y a ello básicamente se debió la crisis de Praga de febrero-marzo de 1948, que definitivamente situó a Checoslovaquia en el bloque del Este. En cambio, los soviéticos se refrenaron en cuanto a Yugoslavia. Tito se negó a acatar la nueva disciplina de la Kominform, y los yugoslavos no tardaron en empezar a recibir ayuda norteamericana. Ante esta situación, los soviéticos decidieron «cerrar filas», para lo cual se creó —el 25 de enero de 1949— el Consejo de Ayuda Económica Mutua (CAEM), más conocido con el nombre de COMECON, que vino a ser una especie de asociación económica para garantizar el predominio económico de la URSS frente a cualquier veleidad prooccidental en el Este europeo.

Los hechos demostraban el abandono definitivo de cualquier clase de política conjunta de la URSS con sus antiguos aliados. Ya no era ninguna fantasía que la «guerra fría» pudiera verse transformada en un auténtico conflicto «caliente». La primera ocasión en que tal cosa pudo suceder surgió a propósito de las presiones angloamericanas en pro de la incorporación de Berlín Occi-



Popperfoto



EFE



EFE

En la página anterior, arriba, el ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, Ernest Bevin (izquierda), firma la aceptación del plan Marshall por su país (6 de julio de 1948); abajo, balas de caucho bruto apiladas en el puerto de Nueva York tras ser desembarcadas por el primer barco británico del plan Marshall cargado con materias primas para ser transformadas por la industria americana (13 de octubre de 1948).

En ambas páginas, control británico en el límite entre Berlín y la zona de Alemania ocupada por los rusos. Los soviéticos vieron en la unión económica de las zonas británica, americana y francesa un peligro para el sistema socialista y rechazaron la posible ayuda a la Alemania del Este.

En esta página, arriba, harina de Estados Unidos para Yugoslavia; abajo, el mariscal Tito. En contrapartida por la exportación de materias primas y por haber retirado el apoyo a los rebeldes griegos (cierre de la frontera en 1949), Tito recibió el respaldo económico americano.

dental a la Alemania del Oeste. Concretamente, en 1948, la flamante República Federal, todavía bajo ocupación de las tres potencias occidentales, llevó a cabo —en el marco de la ayuda Marshall— la reforma monetaria que se plasmó en la creación del *Deutsche Mark* (DM). Y al pretender extenderse el área del DM a Berlín Occidental, se originó la más severa protesta de los soviéticos. El episodio dio lugar al cierre de las comunicaciones terrestres de Berlín Occidental el 23 de junio de 1948, *impasse* del que sólo se salió merced al puente aéreo que durante tres meses hizo posible el abastecimiento de la antigua capital del Reich. Con Berlín como trasfondo simbólico, la tensión alcanzaría nuevas cotas.

La OTAN, derivación política y militar del plan Marshall

Efectivamente, las relaciones entre la URSS y sus ex-aliados occidentales se deterioraron aún más con la firma del Pacto de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, el 4 de abril de 1949. La OTAN venía a ser en lo militar la contraprestación europea a la ayuda económica recibida de Estados Unidos a través del plan Marshall. Por lo demás, la OTAN no era sino una pieza del cinturón de seguridad norteamericano frente a la URSS, un cinturón formado por los pactos del CENTO (con el Reino Unido, Turquía, Irak y Pakistán), de la SEATO (con Tailandia, Francia, Filipinas y Reino Unido) y del ANZUS (con Australia y Nueva Zelanda).

En lo sucesivo, entre los dos sistemas —el capitalista y el comunista— se abrió una política de hechos consumados. A ello no fue ajena la muy importante circunstancia de que, a partir de 1949, la URSS ya se proclamó como potencia atómica, haciendo perder a Estados Unidos la exclusiva nuclear que ostentaba desde 1945. En marzo de 1949, la República Democrática Alemana promulgó su propia Constitución; en réplica a ello, el 23 de mayo del mismo año se publicó la Ley Fundamental Transitoria de la República Federal de Alemania, equivalente a la Constitución de la RFA. El proceso siguió adelante, y el 5 de mayo de 1955 condujo a la plena soberanía de la República Federal, que automáticamente ingresó en la NATO ese mismo día. La respuesta del lado soviético tampoco se demoró: el día 14 se firmaba el Pacto de Varsovia, ingresando en él la República Democrática Alemana en el mismo momento de su firma.

Las razones de fondo del plan Marshall

Económicamente, los países europeos salieron de la guerra con sus industrias destruidas en gran parte, sin *stocks* de materias primas, con deudas muy importantes frente a Estados Unidos (derivadas de la aplicación de la Ley de Préstamos y Arriendos) o con

Harry S. Truman

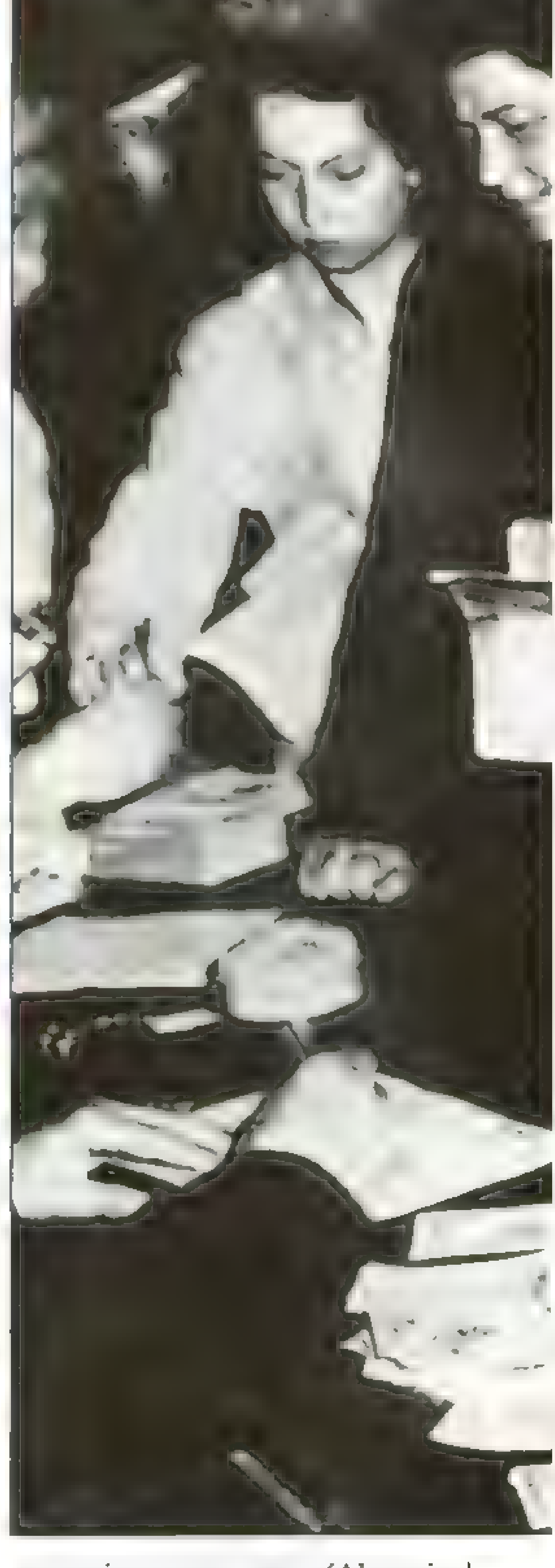
El que un día sería presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, nació en 1884 en Lamar, Missouri. Hijo de un tratante de mulas, su vida fue una azarosa sucesión de actividades, desde empleado de banca, y más tarde agricultor, hasta su entrada en la política, en la que su primer puesto destacado fue el de senador demócrata por Missouri (1934). Fue elegido vicepresidente de Estados Unidos el 7 de noviembre de 1944, con Roosevelt como presidente. Sucedió a éste tras su muerte el 12 de abril de 1945, menos de un mes antes del final de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Una de sus decisiones iniciales fue el lanzamiento de las dos primeras bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, «para terminar rápidamente la guerra en el Pacífico».

Truman prosiguió la política de New Deal de Roosevelt. Promulgó la Ley de Empleo de 1946, que representó la plena aceptación de las ideas keynesianas en Estados Unidos. Apoyó en parte a los sindicatos, y las empresas se hicieron definitivamente a la idea de las negociaciones colectivas y a la escala móvil de salarios. Pero, por otro lado, hizo aprobar una serie de leyes de carácter autoritario, como la Taft-Hartley, que le permitió declarar ilegales numerosas huelgas en las industrias básicas.

Tanto en el interior como en el exterior, Truman llevó a cabo una política marcadamente anticomunista. Afianzó la preponderancia de Estados Unidos en el continente americano con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR, Río de Janeiro, 1947) y con la creación de la Organización de Estados Americanos (1948), tantas veces conocida como el «Ministerio de Colonias de Estados Unidos». Impulsó la creación de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte, abril de 1949) frente al creciente poderío soviético, y durante el conflicto de Corea (1950) envió en ayuda de Corea del Sur a las tropas norteamericanas estacionadas en Japón a las órdenes de MacArthur, a quien, sin embargo, destituyó sin contemplaciones cuando éste se proponía bombardear las bases chinas en Manchuria (abril de 1951). Truman fue el artífice del expansionismo norteamericano de posguerra. La doctrina Truman y el plan Marshall fueron sus instrumentos más poderosos.

Murió en Kansas City el 26 de diciembre de 1972. Fue enterrado en los sótanos de la Biblioteca Truman de Independence, Missouri.





Arriba, el presidente Truman firma la Foreign Assistance Act (3 de abril de 1948): el plan Marshall tenía vía libre. Entre 1948 y 1952, el Congreso destinó más de 13.000 millones de dólares al programa de reconstrucción europea. En ambas páginas, los ciudadanos de la Alemania del Oeste cambian sus viejos Reichmark por nuevos Deutchmark (13 de junio de 1948). La reforma monetaria fue duramente condenada por las autoridades soviéticas

reparaciones por pagar (Alemania e Italia). Europa Occidental sólo podía encontrar dos salidas: o la ayuda de Estados Unidos, único país en condiciones de concederla; o una planificación socialista que, a costa de una fuerte reducción temporal en el consumo, permitiese una elevada tasa de inversión y una rápida recuperación. La primera opción fue adoptada por Europa Occidental, la segunda fue la



EFE

La cooperación europea

Una de las facetas más importantes del plan Marshall fue la de su incidencia en la cooperación intraeuropea. En este sentido, el convenio constitutivo de la OECE era, intencionadamente, algo más que un acuerdo para distribuir la ayuda Marshall. Y aunque las actividades de la OECE durante sus primeros dieciocho meses de vida se centraron en esa función, lo cierto es que ya durante la primera parte de la ejecución del plan no faltaron las declaraciones gubernamentales y las presiones de Estados Unidos en favor de una auténtica cooperación económica europea.

Pero sólo en el último trimestre de 1949 se decidió la ECA a polarizar su atención en la rúbrica de la cooperación. Esta decisión se hizo pública el 31 de octubre de ese año, cuando Hoffman, jefe de la ECA, habló en términos muy claros ante el Consejo de la OECE: «Dos tareas tienen que afrontar Europa y la ECA durante la segunda mitad del plan Marshall —dijo—. Europa tendría que equilibrar sus necesidades y recursos en dólares, lo que quiere decir aumento de las exportaciones y control de la inflación. Pero el cumplimiento de esta tarea no será significativo a menos que se cumpla la segunda tarea, la construcción de una economía de expansión en Europa Occidental, mediante la integración económica. En sustancia, esa integración sería la formación de un único y gran mercado dentro del cual desaparecerían las restricciones cuantitativas a la circulación de mercancías y las barreras monetarias a los pagos; y, eventualmente, los aranceles podrían ser suprimidos para siempre».

La propuesta Hoffman causó un gran impacto. Al subrayar la necesidad de suprimir las restricciones cuantitativas y las barreras monetarias a los pagos, trazó claramente un camino a seguir, dejando en un segundo plano el complejo problema de la Unión Aduanera. Los norteamericanos, que podían enjuiciar la situación de Europa más fríamente que los propios europeos, se dieron perfecta cuenta de que cualquier clase de ayuda no sería suficientemente eficaz si desde el mosaico de pequeños mercados separados del Viejo Continente no se evolucionaba hacia una mayor libertad de tráfico entre sus múltiples componentes. El solo anuncio del plan Marshall puso en marcha el primer convenio intraeuropeo de pagos. Ulteriormente, la Organización Europea de Libre Comercio (OECE), formada para coordinar la distribución de la ayuda americana, permitió realizaciones tan importantes como la Unión Europea de Pagos y la liberación del tráfico de mercancías y de invisibles. A la postre, el plan Marshall sería también lo que permitió que funcionaran el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT).

La ayuda Marshall tuvo consecuencias muy importantes en la ulterior conformación económica de Europa. Así lo reconoció Jean Monnet, llamado «Padre de Europa» por haber sido el máximo inspirador de la política de la integración. En 1963, refiriéndose a este tema, Monnet manifestaba que «desde el plan Marshall (...) el apoyo americano para la unión de Europa, jamás disminuyó (...) siendo del más grande valor en la acción que condujo al punto a que hemos llegado en la unificación de Europa». Con esto no se quiere decir que sin el plan Marshall no habría habido primero cooperación y después integración económica en Europa (la CECA, la CEE, y el EURATOM). Lo que significa es que, de hecho, el verdadero comienzo de la cooperación económica europea fue resultado de las condiciones impuestas por Estados Unidos en el momento de conceder su ayuda.

seguida en los países del Este, desde el punto y hora en que la URSS consideró que Estados Unidos no tenía nada que hacer en su esfera de influencia.

La ayuda a Europa le interesaba a Estados Unidos por dos razones esenciales. En primer lugar, porque ante la amenaza de una recesión de su propia economía, parecía de todo punto necesario mantener dentro de ella un nivel de actividad lo más elevado posible. Esto exigía una mayor demanda de mercancías norteamericanas, que era difícil que se produjese si los países seguían careciendo por completo de los dólares con los cuales financiar su importación. A escala internacional, Estados Unidos se decidió, pues, por una política keynesiana de cebar la bomba: promover la recuperación europea por medio de créditos y donaciones, hasta que su actividad se normalizara y pudiera seguir manteniéndose por sí misma sin necesidad de más ayuda.

La segunda razón de Estados Unidos no era menos evidente, ni menos importante: los avances electorales socialcomunistas en Francia e Italia, el proceso de nacionalización laborista en el Reino Unido y la situación económica sumamente precaria en toda Europa Occidental hacían meditar sobre la



Reunión de delegados del plan Marshall en París (20 de octubre de 1948). La Organización Europea de Cooperación Económica fue la agencia europea encargada de coordinar la distribución de la ayuda del plan Marshall.

EFE

viabilidad que tendría la pervivencia del sistema capitalista en caso de no recibirse ayuda de Norteamérica. Las palabras de Marshall, a propósito de su conferencia con Stalin en abril de 1947, fueron bien elocuentes. «Me pareció —dijo— que los soviets estaban haciendo todo lo posible para conseguir una completa quiebra en Europa. Es decir, estaban haciendo todo lo que ellos pensaban que podría crear una situación turbulenta. El mayor problema era, por tanto, contrapesar esta política negativa soviética, y restablecer la economía europea.»

La puesta en marcha del plan Marshall

Tras el discurso del 5 de junio en Harvard, la reacción del otro lado del océano fue inmediata. El 27 de junio, los ministros de la URSS, Francia y el Reino Unido tuvieron un intercambio de puntos de vista en el cual ya quedó clara la firme decisión de la URSS (que actuaba como «portavoz» de los demás países del Este) de rechazar la ayuda norteamericana. Tras la negativa soviética, el Reino Unido y Francia convocaron a los países de Europa Occidental (salvo España) a una conferencia de ministros en París. La conferencia se abrió el 12 de julio y en ella se constituyó un Comité Europeo de Cooperación Económica (CECE); es decir, el embrión de lo que sería la futura OECE.

El Comité trabajó durante todo el verano de 1947 para redactar un informe que expusiera y justificara las necesidades europeas de importación de la zona del dólar. Terminado el estudio —*Informe de París*—, la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores se reunió nuevamente para examinarlo. Una vez aprobado, se remitió —el 22 de septiembre de 1947— a las autoridades norteamericanas.

El Congreso de Estados Unidos también trabajó rápidamente, y el 3 de abril de 1948 el presidente Truman firmaba la *Foreign Assistance Act* dedicada a la ayuda a Europa, conocida con el nombre de *Programa de Recuperación Europea.* Así fue como el plan Marshall se inició oficialmente en esa fecha. (También oficialmente terminaría el 30 de septiembre de 1951, el mismo día en que se decretó la disolución de la Administración de Cooperación Económica [ECA], agencia federal creada por la *Foreign Assistance Act* para centralizar la ayuda.)

El 16 de abril de 1948, se firmó en París el convenio constitutivo de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), de la que sólo quedaron excluidas España y Finlandia. A partir de entonces, la OECE sería la agencia europea del plan Marshall, y el foro de nuevas iniciativas de cooperación.

La división de la India:

el precio de la independencia

Álvaro Abós,
periodista

Eran las 5.17 del 30 de enero de 1948. El cielo de Nueva Delhi era límpido. Los últimos rayos del sol iluminaban al esmirriado anciano que, como todos los días, iba a rezar ante una multitud que se apiñaba para oírle. Un fanático hindú se adelantó con una pistola en la mano y le disparó tres tiros en el pecho. El anciano cayó. Era Māhatmā Gandhi, de 78 años, padre y profeta de la India moderna. El 15 de agosto de 1947 había arrancado al Imperio británico la libertad de su país. Pero la independencia se obtuvo al precio de una cruel división en dos Estados: India y Pakistán.

El 15 de agosto de 1947, la India dejaba de ser la mayor colonia del Imperio británico y se convertía en un país independiente. El sueño de Gandhi se había cumplido, aunque a costa de la partición del subcontinente en dos Estados enfrentados por el antagonismo entre hindúes y musulmanes. En la fotografía, Nehru con la nueva bandera de la Unión India



Keystone F. x. Rafols

India bajo el imperialismo británico

***1599:** veinticuatro comerciantes de Londres fundan con un capital de 72.000 libras esterlinas la Compañía de las Indias Orientales. La reina Isabel I les concede autorización para comerciar en cualquier lugar del mundo al este del Cabo de Buena Esperanza*

***1600:** el 24 de agosto llega el primer buque inglés a la India. Es el* Hector, *una goleta de 500 toneladas que fondea en el muelle de Surat, al norte de Bombay*

***1756:** guerra franco-inglesa por la posesión de la India.*

***1757:** el 23 de junio, las tropas del general Robert Clive aniquilan en Plassey, aldea de Bengala, a las fuerzas del último nawāb local, abriendo paso a la conquista de la India del Norte*

***1763:** tratado de París que pone fin a las hostilidades entre Francia e Inglaterra. Se excluye a la primera de la colonización de la India.*

***1773-1818:** guerras contra los marāthas.*

***1857:** fecha de la primera rebelión de soldados indios* (cipayos) *al servicio de Inglaterra.*

***1858:** se disuelve la Compañía de las Indias Orientales: la soberanía absoluta de la India pasa a manos de la corona británica. El poder es ejercido por un virrey*

***1877:** la reina Victoria es proclamada emperatriz*

***1885:** se crea el Congreso Nacional Indio (Indian National Congress), partido nacionalista indio*

***1906:** se crea la Liga Musulmana, que agrupa a los musulmanes de la India*

***1919:** se sanciona la* Rowlatt Act, *ley que penaba severamente la prédica de la independencia india*

***1920:** primera campaña de desobediencia civil de Gandhi.*

***1929:** el partido del Congreso (National Congress) proclama como objetivo único procurar la independencia total.*

***1947:** el 15 de agosto termina el dominio británico, obteniendo su independencia dos Estados: India y Pakistán.*



Coll. particulière-Arch. Snark

Un credo de amor y de paz

Corría el año 1869. Nada hacía presagiar que el dominio británico en la India corriera peligro. Los esporádicos brotes nacionalistas no perturbaban aún la sólida *Pax Britannica*. El 2 de octubre, en la ciudad costera de Pōrbandar, al norte de Bombay, y en el hogar de un acomodado comerciante perteneciente a la casta de los *vaisas*, nacía Mohandas Karamchand Gandhi. Era un muchacho menudo que, al cumplir dieciocho años, fue enviado a Londres con grandes sacrificios familiares, para que estudiara la carrera de abogado.

Durante su primera juventud, Gandhi fue un ser tímido y opaco. Mal estudiante, con pésima dicción, regresó a su patria apenas obtuvo el título. Deambuló por Bombay durante meses sin conseguir que nadie le ofreciera el más miserable de los pleitos. Debió emigrar, siempre asistido por los suyos, a África del Sur, donde un pariente le encargó un juicio. En aquella tierra lejana y hostil, Gandhi permaneció veinticinco años. Allí se descubrió a sí mismo y forjó la personalidad que le convertiría en uno de los hombres más grandes del siglo XX.

Los años de Gandhi en África fueron de aprendizaje. Estudió a los tres autores que más influyeron en su pensamiento: Ruskin, Thoreau y Tolstoi. Defendió la causa de la minoría india (75.000 indios frente a 2.000.000 de negros y 750.000 europeos). Profundizó en el *Bhagavad-Gītā*, libro sagrado de la religión hindú, del cual extraería inspiración para su credo de amor y paz entre los hombres. Esposo amante y padre de tres hijos decidió, sin embargo, abrazar el voto de *brahmacarya*, el juramento de castidad: consideraba que al dominar sus sentidos alcanzaría una mayor potencia espiritual. Desde entonces, su vida fue de un total ascetismo. En Sudáfrica, Gandhi maduró los métodos de acción que luego desarrollaría genialmente en la India: la no-violencia y la desobediencia civil.

Luchar pacíficamente contra el Imperio británico

Regresó a su patria en 1914 con una idea muy clara: trabajar incansablemente por los débiles y los oprimidos. El poeta nacional indio Rabindranath Tagore le confirió el título con el que se le conocería desde entonces: Mahātmā («la gran alma, vestida con los harapos de los mendigos»). Durante la Primera Guerra Mundial, Gandhi, al igual que la mayoría de sus compatriotas, permaneció fiel a Gran Bretaña, confiando que ésta, terminada la contienda, concedería la independencia a su país. Pero se equivocaba. Cuando el Imperio sancionó la *Rowlatt Act*, una ley que reprimía cualquier acción independentista, Gandhi lanzó la primera de sus grandes acciones de protesta: una *hartāl*. Durante una jornada, toda India guardaría silencio, nadie trabajaría ni abriría su tienda ni saldría a la calle. También impulsó acciones de boicot a los productos británicos. En especial a los géneros que, con el algodón indio comprado a precios irrisorios, fabricaba la metrópoli para luego vender, ya manufacturados, a los propios indios. Gandhi erigió como símbolo a la modesta rueca, el instrumento manual con el que los indios hilaban el algodón para tejer el *khadi*, tela ordinaria que, en forma de túnica, fue la única prenda que vistió a partir de 1921. Todos los días dedicaba media hora a hilar, queriendo demostrar con ello su rechazo de las técnicas deshumanizantes del mundo moderno.

En 1930 dio otra prueba de su lucidez para hallar fórmulas de acción sencillas y fáciles de comprender inmediatamente por toda la población. La venta de sal era un monopolio de la administración y estaba gravada con un impuesto. Gandhi recorrió casi 400 km en una ruta que fue seguida con pasión por millares de compatriotas



Coll. particulière-Arch. Snark



Coll. particulière-Arch. Snark

En la página anterior, el joven Gandhi con su esposa durante su estancia en Sudáfrica, donde trabajó como abogado de la comunidad india entre los años 1893 y 1914.

Arriba, a la izquierda Gandhi encarcelado (1922-24) por su campaña de no-cooperación; a la derecha, Gandhi y Rabindranath Tagore abajo, Gandhi en 1947, año de la independencia



Coll. particulière-Arch. Snark

y que culminó en Dandi, en las costas del Índico, donde el Mahatmā, tras darse un baño ritual, recogió un puñado de sal y agitó su puño mostrando a la multitud el preciado montón de cristales blancos. Sus partidarios repartieron por todo el país octavillas enseñando a purificar la sal por medios caseros, a lo que el virrey respondió encarcelando a miles de indios y, entre ellos, al propio Gandhi.

Independencia sí, partición no

Al terminar los años 30, en Lahore, Gandhi había arrancado al Congreso Nacional Indio (Indian National Congress) el compromiso de luchar hasta el fin por *swarāj*, el autogobierno de la India. Este gran partido nacional indio había sido fundado en 1885. Gandhi nunca ocupó cargos en él, pero, debido a su indiscutido carisma, era su líder espiritual. Terminada la Segunda Guerra Mundial, la acción incansable del Mahātmā había rendido su fruto. El partido del Congreso era ya una organización fuertemente implantada, que contaba con cuadros importantes, entre los que sobresalía un brahmán educado en Inglaterra, de gran talento político y que sería el delfín de Gandhi: Jawāharlāl Nehru. La hora de la independencia había llegado.

Hindúes frente a musulmanes

India era un auténtico polvorín. Se superponían dos clases de tensiones sociales. El sistema hindú de castas generaba fuertes discriminaciones y reducía a millones de miserables, los *intocables*, a la condición de desechos sociales, despreciados y sin derechos. Por otra parte, en el país convivían trescientos millones de hindúes y cien millones de musulmanes. Los campesinos, que poblaban miles de aldeas, pertenecían a una u otra religión y se habían acomodado a una tolerancia relativa. Solían prestarse sus herramientas y ayudarse en los problemas cotidianos, aunque las familias no se mezclaban y había factores irritantes, como el respeto sagrado de los hindúes por las vacas, que en un país que sufría tanta hambre parecía aberrante a los musulmanes. Los británicos lograron mantener un precario equilibrio entre ambas comunidades, aunque beneficiándose de sus diferencias. En el inmenso caldero de injusticia y pobreza que era la India, la cuestión religiosa constituía una mecha lista para prender el incendio.

Ya se habían producido hechos violentos, como el del 16-17 de agosto de 1946 en Calcuta: los cadáveres de seis mil hindúes llenaron las alcantarillas y las sucias calles de la ciudad. Las



Magnum



represalias ensangrentaron el país. India vivía una guerra civil no declarada. En estas condiciones, Gran Bretaña estaba decidida a retirarse. Pero, ¿cómo hacer para evitar un baño de sangre? En enero de 1947, Clement Attlee, primer ministro laborista, nombró virrey general de la India a uno de los personajes más prestigiosos de la vida británica, un típico *gentleman*, descendiente directo de la reina Victoria y héroe de la guerra: el contraalmirante de la Royal Navy lord Louis Mountbatten, vizconde de Birmania.

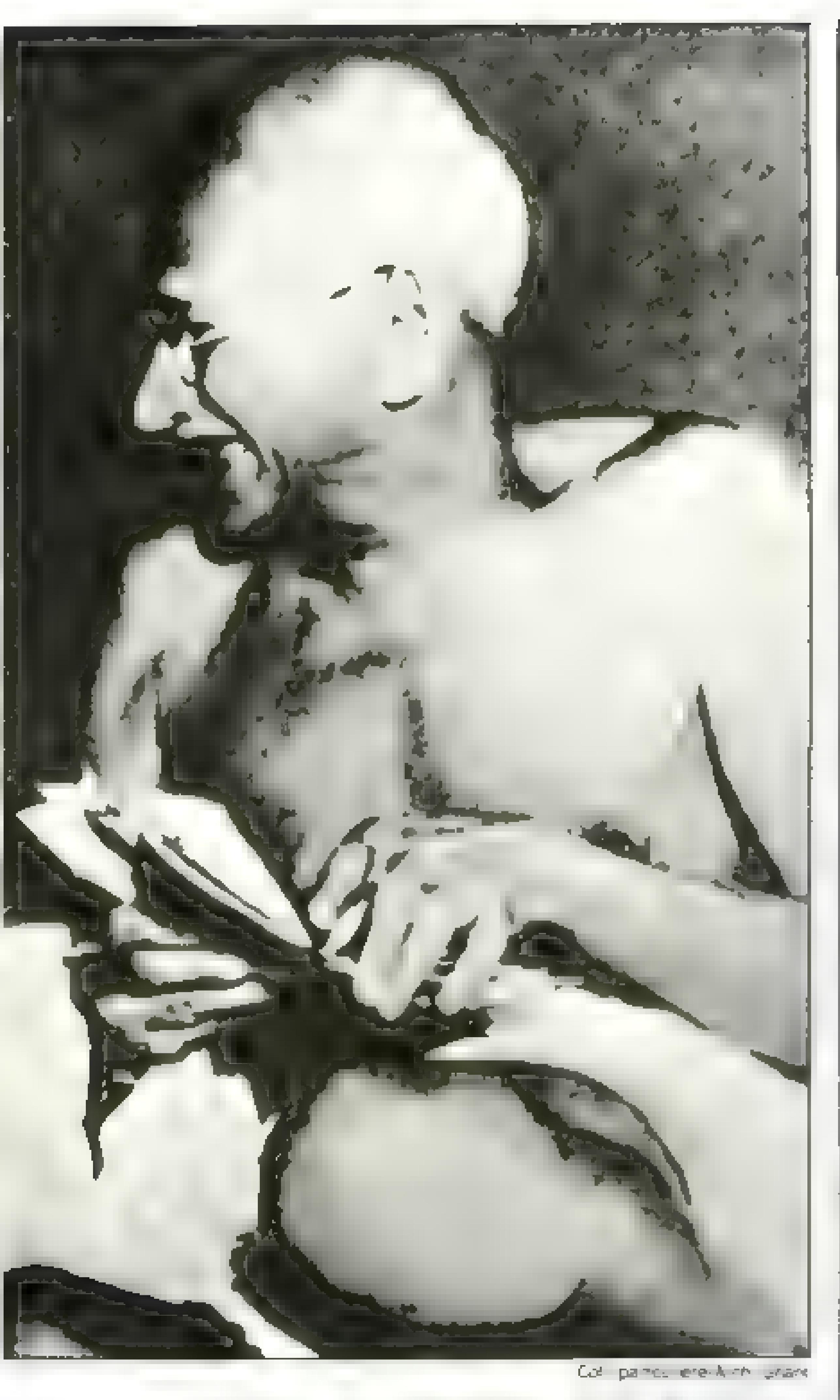
Apenas instalado en el fastuoso palacio virreinal de Nueva Delhi, lord Mountbatten, con pragmatismo y hábiles dotes diplomáticas, se sumergió en el problema colonial. Éste era el dilema de Gran Bretaña: ¿Se podía otorgar la independencia a la India sin una partición que separase las poblaciones hindú y musulmana? ¿Cómo evitar, sin la partición, una guerra civil? Y, de realizarse la partición, ¿cómo separar a hindúes y musulmanes, que convivían entrelazadamente a todo lo largo y lo ancho de la India?

Gandhi dice «no» a la partición

La poderosa Liga Musulmana postulaba desde 1933 la creación de un Estado musulmán autónomo, al que se llamaría Pakistán («el país de los puros»). Este Estado agruparía las provincias del noroeste, donde los musulmanes eran mayoría (Penjab, Cachemira, Sind y Beluchistán), y tendría una provincia oriental (Bengala). El dirigente máximo de la Liga, Mohammed 'Ali Jinnah, era un hombre con una voluntad de hierro, dispuesto a cualquier cosa para lograr su propósito. Los líderes hindues, el prosocialista Nehru y el procapitalista Vallabhbhai Patel, no veían con agrado la partición, pero la aceptaban como mal menor y, en el fondo, confiaban en que sería la solución para evitar males mayores. Además consideraban que valía la pena si, finalmente, se conseguía la independencia de la India, por la que luchaban desde hacía tanto tiempo.

La idea de la partición fue abriéndose camino. Pero había un gran obstáculo a vencer: la oposición de Gandhi —«Mientras viva, no aceptaré jamás la partición de la India», había dicho—. El profeta había recorrido las aldeas, las montañas y las llanuras de su país y se había sumergido durante más de tres décadas entre su pueblo, al que conocía como nadie. Gandhi sabía que hindúes y musulmanes convivían en un haz inextricable. La partición iba a exacerbar el odio latente entre ambas comunidades, lanzando a unos contra otros. Para Gandhi, la solución era la doctrina de tolerancia que trataba de imponer. Su pensamiento, aunque estaba totalmente impregnado por el hinduismo, si bien con un carácter heterodoxo e influido por las implicaciones igualitarias del cristianismo, no era rígido en materia religiosa. Al contrario, Gandhi conocía a fondo y admiraba el *Corán*, y siempre tendió la mano a los musulmanes, a los que protegió cuando eran perseguidos por el fanatismo hindú y defendió encarnizadamente. El sueño de Gandhi, su utopía de una India que ofreciera a un mundo enfermo de violencia el ejemplo de un pueblo espiritualmente revitalizado, exigía evitar esa partición que enfrentaría a las dos comunidades. Contra ella no vaciló el Mahātmā en emplear toda su influencia

A principios de 1947 convocó a la plana mayor del partido del Congreso. La reunión se realizó en una casa miserable del barrio más pobre de Nueva Delhi, Benghi Colony. (La vida itinerante del profeta lo llevaba a recorrer las aldeas y los campos pernoctando en las chozas más humildes. Cuando entraba en las grandes ciudades, tenía por norma hospedarse en los barrios po-



Col. particular e Archivo Urane



Keystone

En la página anterior el último virrey de la India, lord Mountbatten, y su esposa, Edwina Ashley. A Mountbatten le correspondió la delicada misión de liquidar la presencia británica en la India y de hacer aceptar a hindúes y musulmanes la partición del país.

En ambas páginas, Nehru y Gandhi. En 1930, Gandhi había confiado a aquél la presidencia del partido del Congreso, formación política de carácter nacionalista cuyo objetivo era lograr la independencia.

Al lado, el líder de la Liga Musulmana Mohammed 'Alī Jinna. A partir de 1940, tras su rechazo de la línea seguida por el partido del Congreso, Jinna adoptó una actitud radical y reclamó la creación de un Estado musulmán independiente.

Abajo, Clement Attlee, primer ministro del gobierno laborista de Gran Bretaña. En 1945 anunció que quería «llegar cuanto antes a la realización de la autonomía de la India».



Keystone

bres.) Mientras en las calles que rodeaban la vivienda pululaba una multitud de *intocables* cubiertos de llagas y harapos —Gandhi les llamaba *harijans* («hijos de Dios»)—, el Mahātmā argumentó durante horas. Fue en vano. Por primera vez, aquellos políticos que le debían todo a Gandhi iban a desobedecerle. Ni siquiera Nehru, el delfín, cuya veneración por Gandhi estaba fuera de duda, transigió. El partido del Congreso aceptaría la independencia aunque viniese acompañada de la partición en dos Estados.

Gandhi y el virrey

Pero Gandhi hizo algo más. Refractario al poder, prefería las chozas a los palacios, aunque había llegado a ser recibido en Downing Street. Esta vez acudió a ver al virrey para formularle una increíble proposición.

Los dos hombres no podían ofrecer un contraste más grande. A sus 47 años, el deportivo y apuesto lord Mountbatten era un Gary Cooper enfundado en elegante traje de hilo tropical. Le flanqueaba su esposa, la seductora e inteligente lady Mountbatten, su eficaz colaboradora. Frente a ambos se sentaba un anciano de 77 años y escasos 50 kg, vestido con un taparrabos y una rústica túnica. Cuando el ejército de sirvientes se dispuso a servir la fastuosa comida, Gandhi la rechazó. Manu, su sobrina-nieta de 19 años, que le acompañaba siempre, le alcanzó una modesta escudilla de bronce (recuerdo de la última prisión británica en la que había estado) y la única comida que ingería: una simple cuajada con unas gotas de limón. Pequeño, magro, con un rostro de una singular fealdad que embellecía, sin embargo, la dulzura de su mirada y tornaba atrayente el magnetismo de su personalidad, el profeta indio cautivó a sus sofisticados anfitriones. Y los sorprendió con sus palabras: Gandhi proponía que, antes de dividir el país, Gran Bretaña concediese la independencia a la India y entregase todos los poderes políticos a la Liga Musulmana y a su jefe, Jinnah. Si Mountbatten hacía semejante cosa, Gandhi se comprometía a apoyarlo con todo su prestigio para que esa solución fuera aceptada. Para Gandhi todo era preferible a la partición.

Penjab y Bengala, las víctimas

Pero la suerte estaba echada. El 18 de julio de 1947, el Parlamento británico aprobaba la ley que otorgaba la independencia de la India. La fecha del histórico acontecimiento se fijaba para la medianoche del 14 al 15 de agosto de 1947. Dos Estados nacerían del antiguo Imperio: la Unión India, con capital en Nueva Delhi, y el Pakistán. Este último estaría dividido en dos territorios: el Pakistán Occidental, donde estaba la capital del Estado musulmán, Karachi, y el Pakistán Oriental, provincia situada en el extremo opuesto, que abarcaba una parte de Bengala y cuya capital sería Dacca. Mil quinientos kilómetros separaban esta provincia del Pakistán Occidental.

Para realizar la partición, Gran Bretaña contrató a uno de los abogados más conocidos de Londres, sir Cyril

Coll. particulière-Arch. Snark



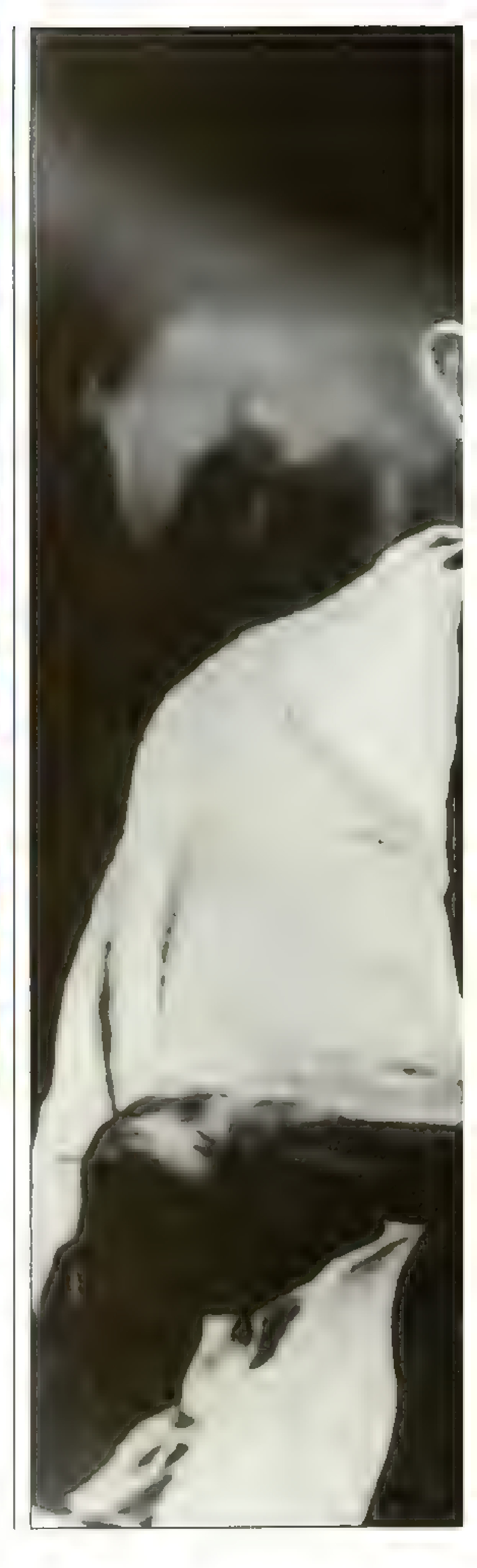


National Arch., Washington-Snark

Arriba, representación de la vida de Gandhi según la imaginería popular. Orlada por una secuencia de retratos que aluden a episodios de su biografía, la figura del Mahatma aparece en el centro en actitud de orar y con el cuerpo acribillado por los tres tiros que le causaron la muerte

A la izquierda, Gandhi apoyado en los hombros de sus dos sobrinas-nietas, Abha y Manu a las que cariñosamente llamaba sus «bastones»

A la derecha, un primer plano del hombre que hizo de la no-violencia el arma más eficaz para doblegar al Imperio británico y obligarle a abandonar la India. A pesar de su victoria Gandhi no pudo, sin embargo, ver realizado su deseo de una India unida. La desmembración de su país conllevó un sinfín de sangrientos enfrentamientos entre hindúes y musulmanes espoleados por un odio inextinguible. «La desunión significa nuestra inevitable caída –había escrito en La joven India–. No importa qué tercera potencia pueda reducirnos fácilmente a la esclavitud en tanto estemos dispuestos a degollarnos mutuamente.»




Roger Viollet

El pensamiento de Gandhi

La no-violencia: el camino de la verdad

«Gandhi debió gran parte de su influencia al hecho de ser considerado un hombre santo por muchos indios. Proclamaba su condición de hindú, pero también dijo en una ocasión que era cristiano, budista e incluso judío, y en los mítines-plegaria, que formaban parte habitual de sus campañas de no-violencia, así como en su vida diaria en los ashrams *o granjas que compartía con sus discípulos, se cantaban himnos de todas las religiones. En realidad, como hindú era bastante heterodoxo, y pasó gran parte de su vida intentando eliminar los abusos internos del hinduismo, tales como la segregación de las castas y el matrimonio de niños. No era un místico practicante; nunca pretendió poseer —aunque lo deseó fervientemente— una experiencia religiosa interior. Y, sin embargo, no comprenderíamos su vida de olvidar su insistencia en que la religión y la política estaban inextricablemente ligadas en la búsqueda común de la verdad. "Para mí —decía— la verdad es Dios y el único camino para encontrar la verdad es el de la no-violencia..."*

«La acción adecuada en el momento adecuado»

«En Gandhi, sentido práctico (que le ayudaba a forjar originales técnicas de acción revolucionaria) y falta de prejuicios (que le permitían una continuidad de acción y una aceptación sin precedentes en la India, con sus divisiones de casta, lengua y religión) se unían a una excepcional comprensión de la validez de los actos simbólicos para mover las mentes humanas y, como lo subrayaba Nehru, a "una curiosa intuición para llevar a cabo la acción adecuada en el momento adecuado". Recorrer —como hizo en el verano de 1930— más de trescientos kilómetros por los caminos polvorientos de la India, con una playa como destino y sin más objetivo que coger un puñado de la sal prohibida, desafiando así una ley irracional, era un acto simple, poético, pero unió al pueblo indio más que ningún otro acto anterior de hombre alguno y aceleró el fin del Imperio...»

(FUENTE: Gandhi, *George Woodcoch, Editorial Grijalbo, Barcelona.)*

Los otros protagonistas

Lord Mountbatten

Nacido en 1900, Louis Mountbatten era bisnieto de la reina Victoria, hijo del príncipe Louis de Battenberg y de la princesa Victoria de Hesse. Debido a los sentimientos antialemanes originados en la Primera Guerra Mundial, cambió su apellido alemán, Battenberg, por el de Mountbatten. En 1922 se casó con una rica y bella heredera, Edwina Ashley. Se convirtió en oficial de la Royal Navy y destacó en la práctica de los deportes, especialmente del polo. En la Segunda Guerra Mundial dirigió las operaciones combinadas contra las posiciones alemanas en las costas de Noruega y Francia (1942-43). En 1943 fue nombrado comandante de las fuerzas aliadas en el Sudeste de Asia y logró expulsar a los japoneses de Birmania y de Singapur (1945). En 1947 fue nombrado virrey de la India. En octubre de 1948 abandonó la antigua colonia, en buenos términos de amistad con los nuevos gobernantes. En 1955 se le nombró Primer Lord del Mar. Se retiró a la vida privada en 1965. Murió el 27 de agosto de 1980 mientras navegaba en su yate por las costas de Irlanda, víctima de un atentado perpetrado por terroristas del IRA.

Jawāharlāl Nehru

Nació en 1889 en Allāhabad, en Cachemira, hijo de brahmanes ricos. A los 16 años fue a Inglaterra. Estudió en Harrow, en Cambridge y en Oxford. Su formación era esmerada y poseía una vasta cultura. Orador elocuente, se distinguió también como fino escritor. A los 23 años abrazó la causa del nacionalismo indio, por la que fue encarcelado nueve veces. Fue un ferviente admirador y discípulo de Gandhi, a pesar de que, a diferencia de su maestro, Nehru era agnóstico y simpatizaba con las ideas socialistas. En 1947 era ya el delfín de Gandhi que lo distinguió con su aprecio. Ocupó el cargo de primer ministro de la India desde la independencia hasta su muerte el 27 de mayo de 1964. Junto a Tito y Nasser fue el principal propulsor de la conferencia de Bandung (1955), que dio origen al movimiento de la no-alineación. Se le llamaba «el hombre de la rosa» por su costumbre de llevar en el tercer botón de su chaleco una rosa roja. Su hija, Indira Gandhi (n. 1917), se convirtió en la principal dirigente del partido del Congreso y en 1966 llegó a la jefatura del Gobierno.

Mohammed ʿAli Jīnnah

Nació en 1876 en Karachi en el seno de una familia musulmana (su abuelo se había convertido al Islam). Como Gandhi y como Nehru, había estudiado en Inglaterra. A diferencia de éstos, prefirió vestir toda su vida trajes de corte europeo. Era un brillante abogado y perteneció, al igual que muchos otros musulmanes, al partido del Congreso hasta que, al fundarse la Liga Musulmana, ingresó en sus filas. Pese a convertirse en el jefe de un partido integrista, Jīnnah no observaba los preceptos de su religión: bebía alcohol y no frecuentaba la mezquita. El rasgo más destacado de Jīnnah —considerado en Pakistán el «padre de la patria»— era su obstinada voluntad y su fortaleza para la negociación. Permaneció soltero. Murió de tuberculosis en septiembre de 1948.



Keystone

Radcliffe, que en su vida había pisado la India. Él sería el encargado de trazar sobre un mapa la línea divisoria entre los dos países. Una de las mayores tragedias resultantes de esta decisión sería que dos regiones de clara entidad propia iban a ser brutalmente cortadas: Penjab y Bengala.

El Penjab («tierra de los cinco ríos») era llamado la «perla de la India». Extenso valle a orillas del Indo, en el noroeste del país, se extendía hasta la misma ciudad de Nueva Delhi. Era un auténtico vergel, un oasis en la aridez de la India, lleno de monumentos de exquisita belleza, con una historia le-

En ambas páginas, mapa de la división de la India. La partición creó el absurdo geográfico de un Pakistán roto en dos partes, distantes 1 500 km la una de la otra. Importantes minorías no musulmanas (30% en la parte occidental; 40% en la parte oriental) quedaron en Pakistán, en tanto que 25 millones de indios musulmanes siguieron esparcidos por todo el territorio de la India. En 1947, el mismo año de la independencia, Cachemira, con mayoría musulmana, fue objeto de la primera guerra entre India y Pakistán.

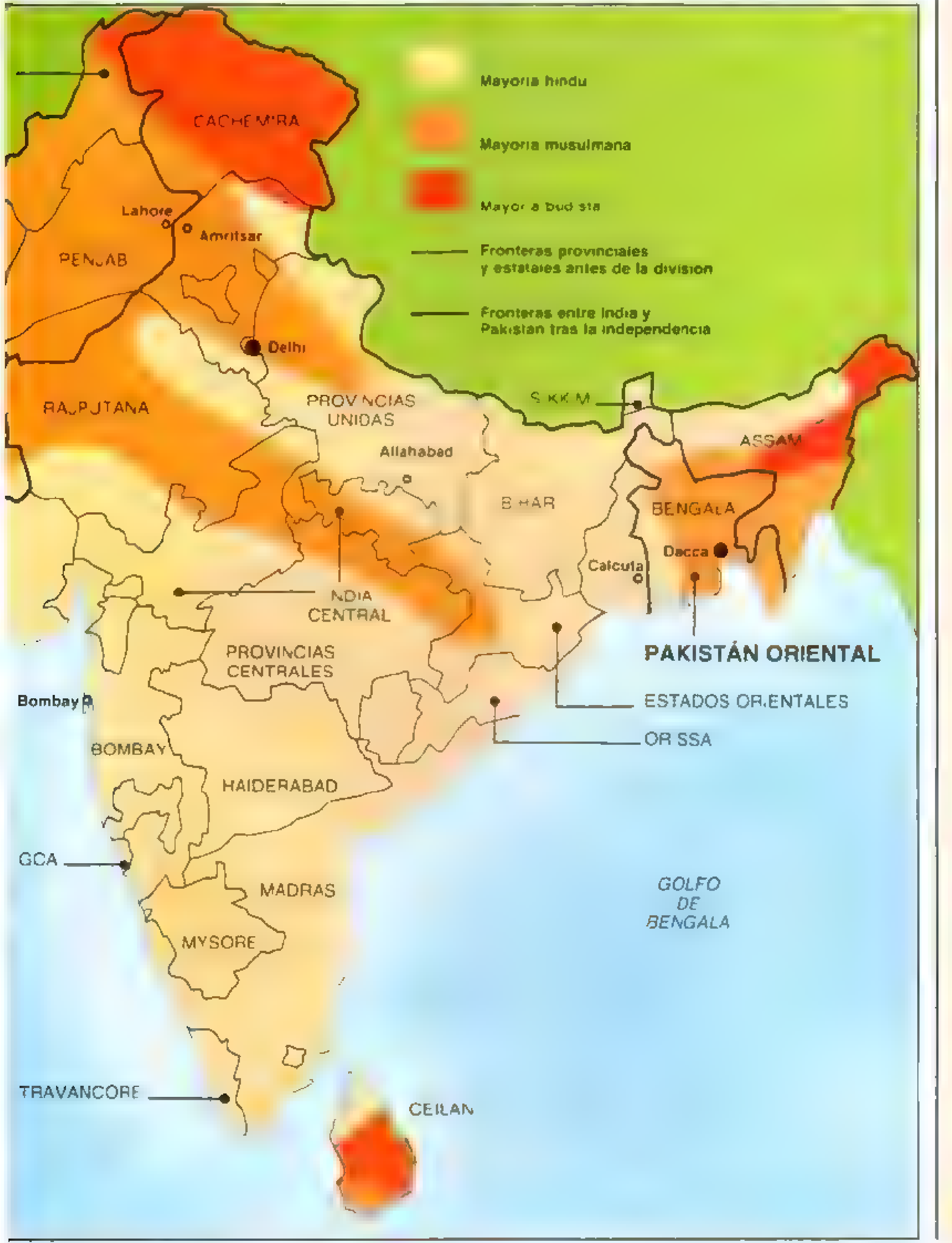




En la fotografía de esta página, conferencia preparatoria de la secesión de la India británica en dos Estados distintos. Sentados, de izquierda a derecha: Jawaharlal Nehru, vicepresidente del gobierno interno, lord Ismay consejero del virrey lord Mountbatten, el virrey, y Mohammed Ali Jinna, jefe de la Liga Musulmana. El gobierno interino, formado por representantes de la Liga y del Congreso, no era una auténtica coalición gubernamental sino dos bloques con una actitud inconciliable y en constante fricción.

gendaria, fecundada por la presencia de los persas de Darío, los macedonios de Alejandro, los califas del Islam, los mogoles y los sikhs. Allí convivían dieciséis millones de musulmanes y quince millones de hindúes y, aunque separados por la religión, compartían una misma lengua, unas mismas tradiciones y, sobre todo, el trabajo cotidiano. Región agrícola, granero de la India, el Penjab estaba surcado por una red de canales que formaban una unidad completada por carreteras y vías férreas.

No menos absurdo era separar Bengala. La integración era aún mayor que la del Penjab. En Bengala vivían treinta y cinco millones de hindúes y treinta millones de musulmanes, que compartían, pese a su diferencia religiosa, un mismo origen racial, una lengua y una cultura que había dado poetas como el premio Nobel Rabindranath Tagore y filósofos como Swamī Vivēkānanda. También Bengala sería dividida: su mitad norte pasaría a ser Pakistán Oriental; su mitad sur pertenecería a India, rompiendo así, artificialmente, una unidad profunda. A diferencia del Penjab, Bengala era una región pobre, pantanosa, tórrida, azotada por frecuentes tifones e inundaciones, rica sólo en arroz y en yute. Su vida giraba



Archivo Orbis

Castas y religiones en la India de 1947

Castas

Sistema de división de la población hindú en grupos endógamos, separados por barreras culturales y organizados según una jerarquía a partir de su pureza o su santidad. En un principio eran cinco: brahmanes, chatrias *(guerreros),* vacias *(comerciantes),* sudras *(artesanos) y* sin casta *o* intocables *(parias). En 1947 había cerca de 5.000 castas. Sólo 1.800 eran brahmanes. Los* intocables *eran unos 7 millones.*

Religiones

Hindúes *(280 millones)*

- *Provenían de la unión entre los aborígenes del Indo y las tribus arias llegadas de Irán.*
- *Sus libros sagrados son los* Vedas.
- *La religión hindú no tiene fundador, dogma, ni liturgia. Considera que Dios está en todos lados y puede asumir las formas del fuego, las plantas, los animales, la tierra, etc.*
- *La oración es solitaria: se reza a un dios personal.*
- *En los templos hindúes, las divinidades (más de 3.000) asumen formas muy diversas: serpientes, elefantes, jóvenes vírgenes e incluso parejas representadas en posturas eróticas.*
- *Creen en el carácter sagrado de las vacas, animales intocables.*
- *Socialmente, los hindúes ocupaban los principales puestos en la administración y el comercio.*

Musulmanes *(115 millones)*

- *Se esparcieron por la India tras las invasiones de mogoles musulmanes que abrieron las victorias de Gengis Khan y Tamerlán.*
- *Son monoteístas: creen en el profeta Mahoma.*
- *Su libro sagrado es el* Corán.
- *En las mezquitas está prohibido cualquier tipo de representación física de Alá.*
- *La oración es común: se reza en las mezquitas, salmodiando el Corán.*
- *Su religión favorecía las conversiones: muchos musulmanes eran antiguos* intocables *que abrazaban la fe de Mahoma para escapar a su marginación social.*
- *En el orden social, aunque había ricos burgueses musulmanes, eran en general campesinos y artesanos pobres.*



Keystone



En esta página, lord Mountbatten, de pie, procede a la lectura de la declaración de independencia de la India. El acto tuvo lugar la noche del 14 al 15 de agosto de 1945

En ambas páginas, arriba, un aspecto de Nueva Delhi tras las matanzas entre hindúes, musulmanes y sikhs que se sucedieron a raíz de la independencia. Hubo unos 250 000 muertos.

en torno a una ciudad-imán: Calcuta, el primer puerto de Asia, la segunda ciudad del Imperio después de Londres. Todas las plantaciones de yute (el 85 % de la producción mundial) quedaban en la Bengala musulmana, pero todas las fábricas estaban en la Bengala hindú. El absurdo de la creación del Pakistán Oriental resaltaría 24 años después, cuando una cruenta guerra la transformó en un Estado independiente: Bangla Desh.

15 de agosto: hora cero

Mientras en el gran reloj del Parlamento de Nueva Delhi sonaban las doce campanadas, los representantes de toda India (que hablaban 15 lenguas, 845 dialectos y tenían un solo idioma común, el inglés) prorrumpían en una gran ovación. Era la hora cero del 15 de agosto. La *Union Jack* era arriada y se izaba la nueva enseña: tres franjas horizontales de color azafrán, blanco y verde. Las multitudes se lanzaban a la calle en medio del júbilo. Al mediodía de ese 15 de agosto, Nehru ocupó su puesto de primer ministro de la India. Jinnah, mientras tanto, volaba hacia Karachi, donde era recibido en olor de multitud.

Pero no todo era alegría. En la hora de la gloria, cuando India saboreaba la libertad, el arquitecto de aquel colosal triunfo sobre el todopoderoso Imperio, mascaba su amargura. Mahatma Gandhi no participó en ninguna ceremonia. Su patria amada iba a ser desgarrada y él no había podido impedirlo. Sus discípulos habían desoído su voz; la partición se había consumado. No obstante, Gandhi decidió que tampoco se opondría al nuevo camino, ya irreversible.

«O habrá paz en Calcuta o yo estaré muerto»

El Mahãtmã se había refugiado en una modesta vivienda, en Calcuta. Iba a luchar hasta el fin por la paz. Aquella ciudad, donde convivían millones de hindúes y de musulmanes, era un infierno, azotado por una violencia desenfrenada. Sólo la presencia de Gandhi podía evitar una masacre. Su influencia sobre las dos comunidades bastó para conseguir el milagro. Mientras, en toda India, las matanzas se sucedieron con enorme crueldad. Lahore fue semidestruida por la furia de hordas fanáticas. Pero en Calcuta Gandhi evitó la violencia. Sin embargo, pasados quince días de paz, el falso rumor de que un joven hindú había sido asesinado en un tranvía recorrió la ciudad y los asesinatos comenzaron. Gandhi dijo a sus partidarios que difundieran esta voz de orden: «O habrá paz en Calcuta o yo estaré muerto.» El día 1 de septiembre inició una huelga de hambre. Tenía casi 78 años y un organismo minado por más de seis años pasados en prisiones y por dieciséis huelgas de hambre, dos de ellas con una duración de más de tres semanas, que lo habían llevado al borde mismo de la muerte. Muchos pensaron que su fin había llegado. Entonces se produjo la reacción: los más violentos arrojaron



National Arch. Washington Star

En ambas páginas, abajo, Pandit Nehru y Liaqat Ali Khan, que sucedió a Jinna en 1948, firman el acuerdo que condujo a la formación de la India y Pakistán. Gandhi hubiera preferido evitar la división, e incluso había propuesto entregar a la Liga Musulmana el control de toda la India para impedirla, pero la aceptó como un mal menor ante el peligro de una guerra civil.



India después de la independencia

1947: *primera guerra entre Pakistán e India, por la posesión de Cachemira (85 % de población musulmana).*
1948: *asesinato de Gandhi (30 de enero).*
1949: *alto el fuego decretado por la ONU en Cachemira. El territorio queda en poder de India salvo un extremo, en el noroeste, que domina Pakistán.*
1950: *se proclama la Constitución de la India*
1961: *el ejército indio se apodera de Goa, enclave colonial portugués en la costa del Mar Arábigo.*
1962: *guerra chino-india, precedida de conflictos fronterizos.*
1964: *el 27 de mayo muere Nehru, que había sido primer ministro desde la independencia. Le sucede Lal Bahadur Shastri. Guerra con Pakistán.*
1966: *muerte de Shastri. Le sucede como primer ministro Indira Gandhi.*
1971: *la provincia de Pakistán Oriental se rebela contra Karachi. Tras una guerra con las fuerzas de Pakistán Occidental, los rebeldes, con el apoyo de la India, forman un nuevo Estado: Bangla Desh.*
1975: *Indira Gandhi, acusada de fraude electoral, es apartada del Gobierno, dictándose medidas de excepción.*
1977: *vence en las elecciones el partido Janata y sube al poder Morarji Desai, que renuncia en 1979 y es sustituido por Charan Singh.*
1980: *vence en las elecciones la fracción del partido del Congreso (actualmente dividido) adicta a Indira Gandhi. Ésta vuelve a su cargo de primer ministro.*

a los suelos puñales, fusiles y barras de hierro para interesarse por la presión arterial del Mahātmā. Gandhi había ganado otra batalla.

La pesadilla de la partición

Un viento de locura se extendió por toda India. Lo que sucedía no tenía parangón en la historia del mundo. Cuatrocientos millones de indios veían trastornada su vida en un trasiego de bienes y personas asentados a lo largo de décadas o siglos sobre una misma tierra. Indios y paquistaníes debían trasladarse a sus nuevos destinos en un viaje sin retorno que, en algunos casos, era de 400 ó 500 km. En camellos, a caballo, en carros tirados por bueyes, en bicicletas, a pie, bajo el sol de un verano inclemente como pocos, las caravanas de hindúes y musulmanes cargados con los bártulos que conseguían llevar a cuestas ofrecían un espectáculo dantesco. Muchos de aquellos infelices habían dejado atrás las únicas tierras que habían conocido en su vida, otros abandonaban sus escasas posesiones. Casi todos marchaban hacia un mundo y un futuro desconocidos. Más de diez millones de personas cambiaron de domicilio en tres meses. A la desgracia de este éxodo masivo se agregó pronto la violencia descontrolada. La iniciaron los fanáticos de ambos bandos, siguieron las personas pacíficas, arrastradas ya por el odio, ya por la venganza, ya por la desesperación. Los trenes eran asaltados, las caravanas saqueadas, las aldeas y las ciudades asoladas por una brutal carnicería. Sólo en Penjab los muertos de aquellos meses habrían alcanzado el numero de medio millón.

Un país roto

A aquel drama humano debía agregarse el caos que supuso el repentino abandono de la administración que durante más de tres siglos habían detentado los británicos. Sólo pocos días antes de la independencia, lord Mountbatten había entregado a los nuevos gobernantes el mapa final de la partición. Nadie sabía muy bien dónde terminaba un país y dónde comenzaba el otro. En el Penjab, todas las cárceles habían quedado en uno de los territorios y el único manicomio en el otro. Había canales de riego que tenían sus compuertas de alimentación en un país y su red de distribución en otro. El límite solía atravesar una aldea, a veces cortaba en dos una casa. Había que repartir entre ambos Estados los bienes públicos, la moneda, la organización de los servicios, la policía, la justicia, el correo, las escuelas. El vacío de poder obligó a los dirigentes de ambos países a solicitar que lord Mountbatten continuase en la India, ocupando el cargo de gobernador general, como una manera de evitar que el desorden colapsara la vida de esa inmensa nación dividida.

Las consecuencias de aquel cataclismo fueron profundas. Ese mismo año de 1947, ambos Estados se enzarzarían en una guerra por la zona de Cachemira. A ella seguirían otros conflictos. India y Pakistán aún no han podido asegurar una convivencia pacífica.

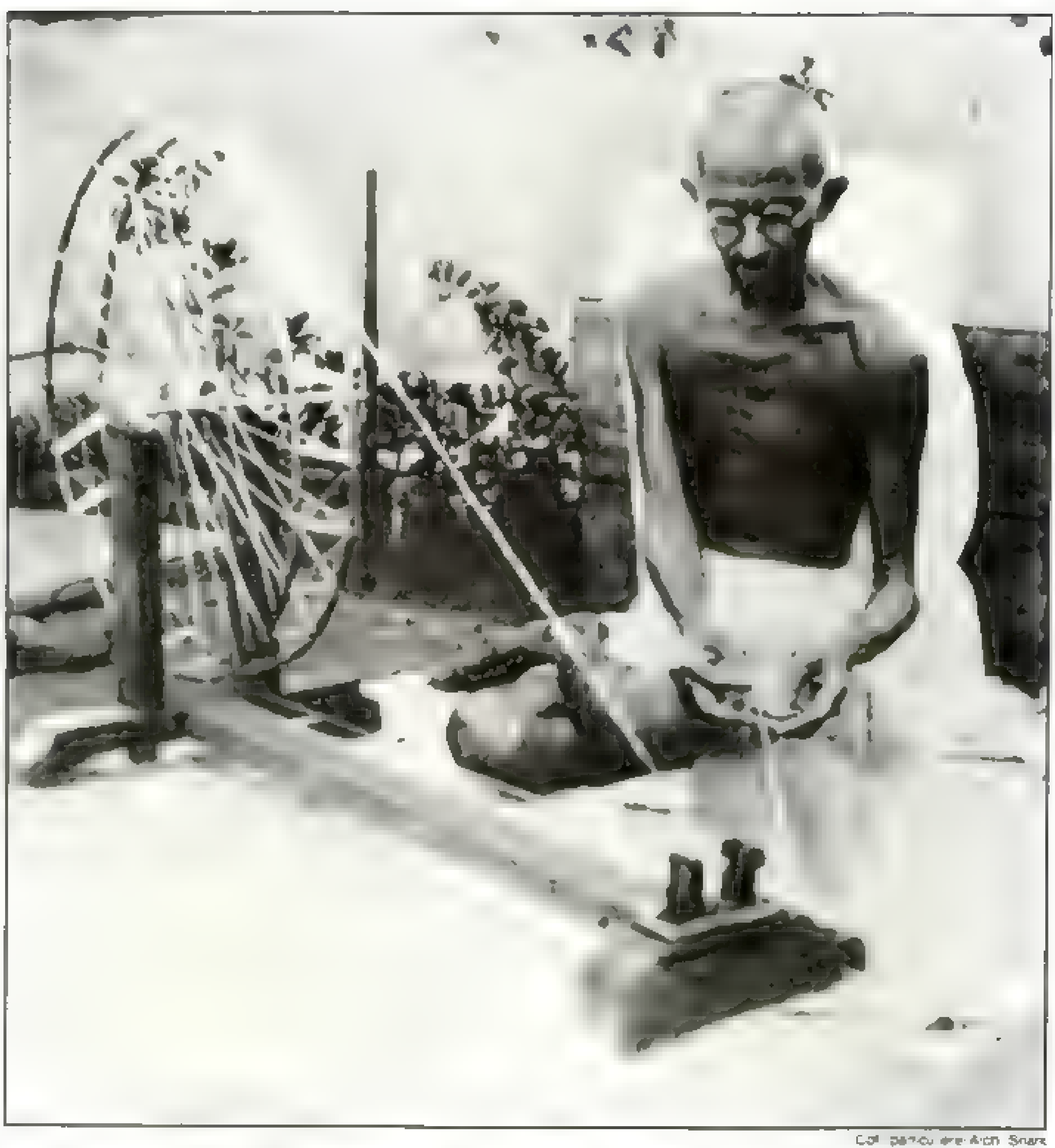
La última batalla de Gandhi

Tras haber impedido que la sangre corriese en Calcuta, Gandhi fue con el mismo propósito a Nueva Delhi. El 12 de enero de 1948 inició su última huelga de hambre, a fin de conseguir que todos los jefes políticos y religiosos hindúes se comprometieran a respetar la vida de cada musulmán que viviese en la India. Además exigía que el gobierno de Nueva Delhi pagase a Pakistán 550 millones de rupias pactadas en la partición y que India había congelado a causa del conflicto de Cachemira: para el Mahātmā era una indignidad no cumplir con lo prometido. Si no se accedía a sus pedidos, Gandhi se dejaría morir. En una nación en virtual estado de guerra con Pakistán, aquella huelga de hambre en favor de los musulmanes cayó como una bomba. El ayuno del profeta duró 121 horas y provocó graves polémicas entre sus propios partidarios. Pero, finalmente, cuando el estado del anciano rozaba la agonía, los hindúes accedieron a todo. Ahora, Gandhi, triunfante una vez más, acariciaba un ambicioso y peligroso proyecto: un viaje a Pakistán como embajador de la paz.

El crimen de un fanático

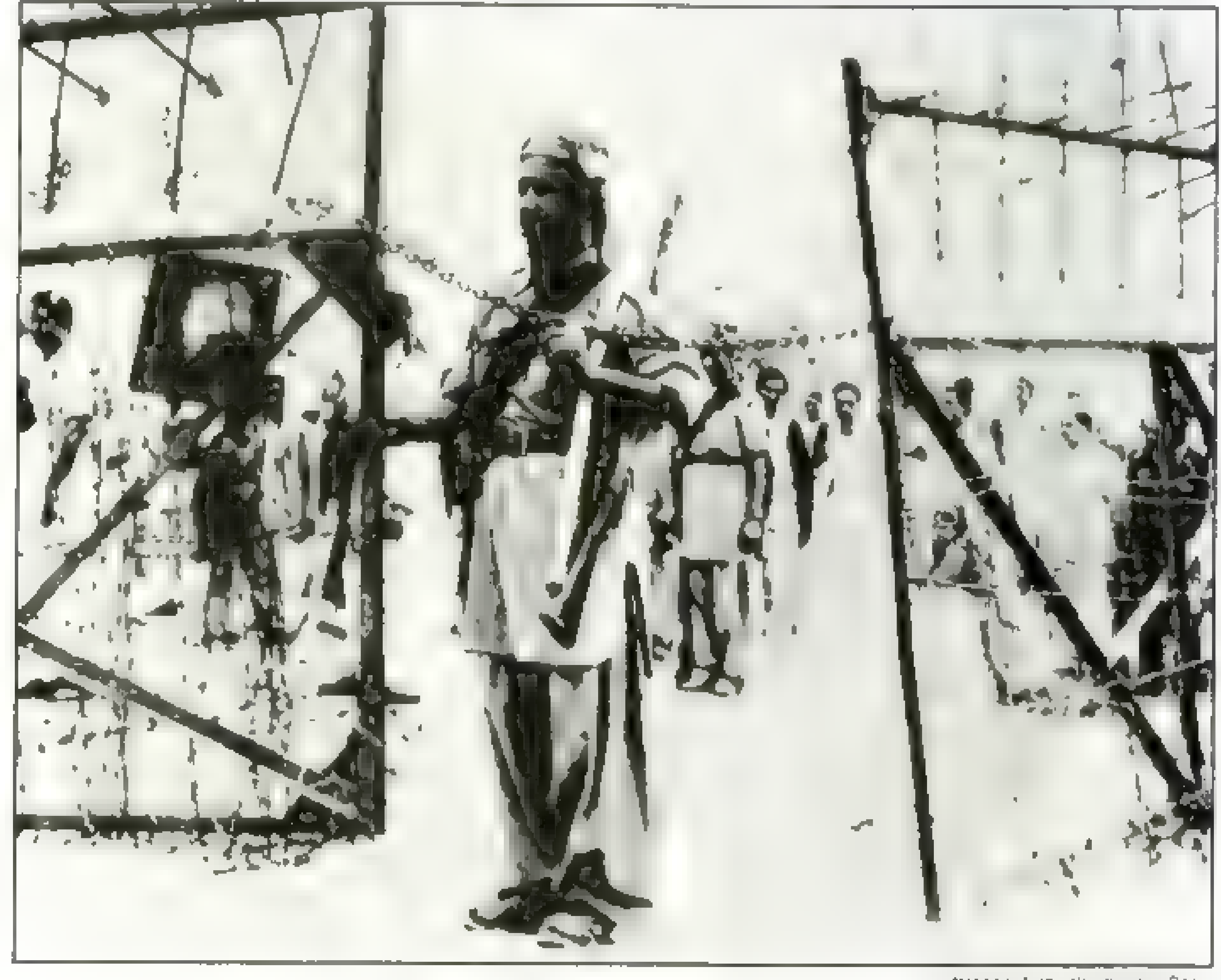
Mientras esto sucedía, seis fanáticos hindúes, inspirados por un seudoideólogo extremista llamado Savarkar, se reunían en Poona, ciudad cercana a Bombay, y juraban matar al Mahatmā. Pertenecían a una fracción del R.S.S.S., movimiento ultranacionalista hindú cuyo emblema era una cruz gamada. Gandhi, argumentaban, era un traidor: había prometido que la India no sería dividida y ahora no hacía nada para impedirlo. Por si fuera poco, aún defendía a los musulmanes. Los conspiradores deambularon varios días por Nueva Delhi. Un primer atentado fracasó: la bomba arrojada sobre la multitud que escuchaba las oraciones del profeta no llegó a estallar. Uno de los conspiradores, Nathuram Godse, un sastre de 39 anos, fracasado y neurótico, decidió matar a Gandhi en una acción individual. Tardaron varios días en conseguir una pistola y debieron recorrer media India. Finalmente, el 30 de enero, cuando Gandhi salió al patio de Birla House, Godse descerrajó tres balazos de su automática *Beretta* sobre el pecho del anciano. El asesino fue apresado y, más tarde, ahorcado.

El cuerpo de Mohandas Gandhi, como prescribe el rito hindú, fue quemado en una pira funeraria a orillas del Yamana. Entre el dolor de millones de indios y del mundo entero, sus cenizas fueron arrojadas a las fangosas aguas del Ganges.



Col. particular-Arch. Snark

Arriba, Gandhi tejiendo en la rueca, el símbolo de su tenaz lucha por la independencia. Su plan de no-cooperación proponía el boicot a los tejidos británicos, que debían ser reemplazados por el khadi (una túnica de algodón hecha a mano), la única prenda que vistió desde 1921. Abajo, un campo de refugiados musulmanes en Nueva Delhi. Después de la división, unos 5 millones de sikhs emigraron del Pakistán Occidental a la India en tanto que de 6 a 7 millones de musulmanes lo hicieron en sentido inverso, en marchas de, a veces, hasta 500 km.



National Arch. Washington-Snark

La creación del Estado de Israel

El retorno a la Tierra Prometida

Mateo Madridejos,
periodista, subdirector de la *Hoja del Lunes* de Barcelona

El retorno a la Tierra Prometida representaba para el pueblo judío la esperanza del fin de las persecuciones a que había estado sometido y que alcanzaron la cima del horror en los campos de concentración nazis. En la fotografía, judíos europeos cantando el himno israelí al llegar al puerto de Haifa, en diciembre de 1946

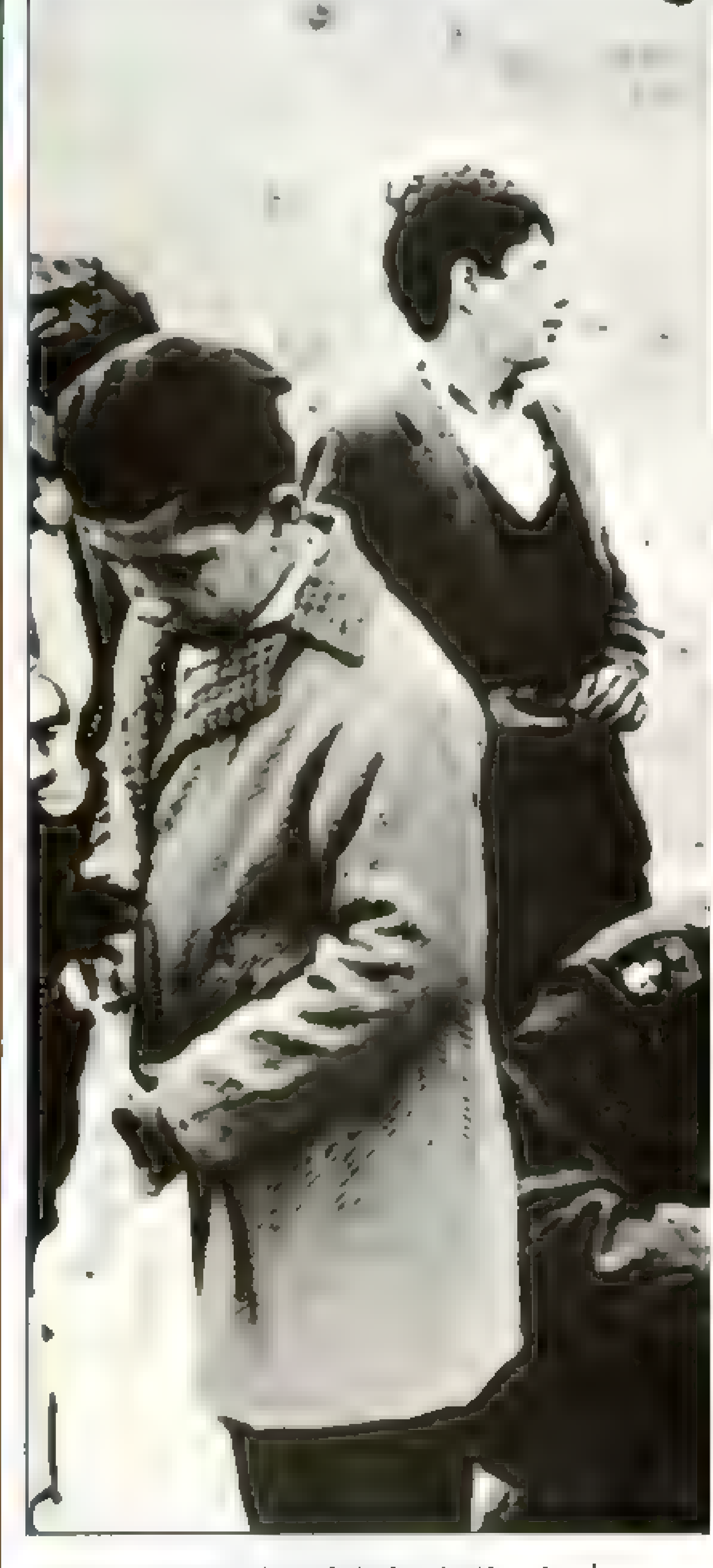
Con el nacimiento del Estado de Israel (14 de mayo de 1948) concluyó la gran aventura del sionismo, inseparable del azaroso y trágico destino del pueblo judío, y se inició un conflicto que afecta no sólo a árabes e israelíes, sino también a las grandes potencias y, consecuentemente, a la paz del mundo. Un conflicto religioso, étnico y de carácter nacionalista, con judíos y árabes palestinos como principales protagonistas, pero que alcanza dimensiones universales por desarrollarse en una región de vital importancia estratégica y económica.



National Arch. Washington-Snark

Vocabulario

Agencia Judía: *nombre adoptado en 1929 por el ejecutivo de la Organización Sionista Mundial.*
Aliá *(ascensión): término hebreo que designa el ascenso o llegada de los judíos a la Tierra Prometida.*
Diáspora: *término griego que designó a las comunidades judías del mundo greco-romano. Por extensión, comunidad judía fuera de Palestina.*
Eretz Israel *(tierra de Israel): Para los sionistas, la Palestina bíblica, a ambas orillas del Jordán.*
Ghetto: *término de origen italiano, sinónimo de judería, barrio o agrupación topográfica, étnica, económica, jurídica, cultural e histórica en que eran obligados a vivir los judíos.*
Haganah *(defensa, protección): término hebreo que designa a la organización militar fundada en 1920 como milicia del* Yishuv.
Haskala *(luz, iluminación): término hebreo que designa una corriente de pensamiento (siglos XVIII-XIX), influida por la Ilustración, que, en nombre del racionalismo, propugnó la eliminación del particularismo y la integración de los judíos en la sociedad y cultura circundantes.*
Histadruth: *confederación general de trabajadores de Israel.*
Irgun Zwai Leumi be Israel: *organización militar nacional de Israel. Fundada en 1931 por disidentes radicales de* Haganah*; dirigida desde 1943 por M. Begin, se transformó en un grupo terrorista.*
Kibbutz (en plural, *kibbutzim*)*: término hebreo que significa «grupo». Designa a la comunidad agrícola en régimen cooperativo establecida por los judíos en Palestina, como celula de una sociedad socialista.*
Lohamey Herut Israel o **Lehi:** *combatientes por la libertad de Israel. Conocido como* Grupo Stern, *por el nombre de su creador, Abraham Stern*
Muftí: *jurisconsulto entre los árabes que estudia los puntos de derecho controvertidos y hace justicia.*
Palmach: *grupo de asalto de* Haganah, *constituido en 1942.*
Pogrom: *término ruso que designa un asalto, con asesinatos y destrucciones, de una parte de la población contra otra. Por extensión, matanza de judíos y destrucción de sus propiedades en el* ghetto, *en Rusia o cualquier otro país.*
Sión: *nombre de la colina sobre la que fue construida Jerusalén. Símbolo de la ciudad santa y, por extensión, de la espiritualidad y esperanza del pueblo judío. El retorno a Sión fue un tema constante de la liturgia judía de la diáspora.*
Vaad Leumi: *Consejo Nacional Ejecutivo. Organismo ejecutivo para el gobierno del* Yishuv, *designado por una asamblea elegida democráticamente.*
Yishuv: *término hebreo que designa a la comunidad nacional judía en Palestina antes de la constitución del Estado de Israel.*



Antisemitismo y sionismo

En el último tercio del siglo XIX, el proceso de asimilación de los judíos en Europa Occidental, iniciado con la Revolución francesa, quedó comprometido por una furiosa reacción contra la población judía emancipada. Una nueva forma de antisemitismo, cuyas causas se encuentran en las transformaciones sociales que acompañaron al nacionalismo, la industrialización y la expansión colonial, desbordó los límites del odio religioso tradicional.

El antisemitismo alcanzó su mayor virulencia en el Imperio zarista, donde los judíos seguían discriminados y el *ghetto* mantenía su unidad, cohesión y ortodoxia. Tras el asesinato del zar Alejandro II se produjeron grandes *pogroms*, y se aplicó una política de «fronteras abiertas» que conmovió a la población judía instalada y en parte asimilada de Francia, Gran Bretaña y Alemania, temerosa de que las migraciones masivas perturbaran su integración.

El sionismo fue la réplica judía a una situación crecientemente intolerable. En el Imperio zarista, la tradición religiosa de la nostalgia de Sión, reavivada por los grupos que propugnaban la emigración a Palestina, significó un proyecto de liberación frente a las espantosas tribulaciones del *ghetto*. Ese programa animó a los «Amantes de Sión» e inspiró el opúsculo *Autoemancipación* (1882), de León Pinsker, que defendió la autodeterminación del pueblo judío.

Theodor Herzl y el Primer Congreso Sionista

En Europa Occidental, el sionismo fue un nacionalismo judío secularizado, un programa político impulsado por la unidad cultural de los judíos, la descomposición del Imperio otomano y la concepción del mundo extraeuropeo como espacio colonizable. La base social fueron los judíos orientales, pobres y perseguidos, pero la dirección correspondió a Theodor Herzl, un judío asimilado que encontró su «camino de Damasco» en el antisemitismo segregado por el caso Dreyfus.

Herzl propugnó una solución del problema judío al margen de las utopías tradicionales, mediante la creación de un Estado en Palestina, «patria histórica inolvidable, cuyo solo nombre constituirá un grito de unión de una fuerza irresistible». La iniciativa, respaldada económicamente por las grandes fortunas de los judíos de la diáspora, cristalizó en el Primer Congreso Sionista (Basilea, 1897), que fijó un programa político: «Crear para el pueblo judío un Hogar en Palestina garan-



Keystone



Keystone

En ambas páginas, un soldado británico procede a un registro. Durante su mandato (1920-48), Gran Bretaña se vio impotente para pacificar Palestina

Arriba, peregrinos judíos rezan en el Muro de las Lamentaciones vigilados por soldados británicos.

Abajo, Haj Amin Husseini, gran mufti de Jerusalén



Keystone

Theodor Herzl

Fundador del sionismo político, nació en 1860 en Budapest, en el seno de una familia de la burguesía vienesa, con ascendencia hispano-portuguesa por línea paterna. Los Herzl estaban completamente asimilados (su lengua era el alemán) y Theodor estudió en una escuela cristiana.

Cuando Herzl trabajaba como corresponsal de prensa en París (1891-1895), el caso Dreyfus y, en general, el antisemitismo virulento le hicieron cambiar de opinión sobre la cuestión judía: ante el fracaso de la asimilación, la alternativa era la creación de un Estado judío que atrajera a la diáspora. Esta idea la expuso en el opúsculo Der Judenstaat *(«El Estado judío»), una «utopía» que dio vida a un plan de acción: el éxodo organizado de judíos para levantar en la Tierra Prometida una sociedad modelo de tipo socialista. Este «nuevo Moisés educado en la corte del Faraón» (Viena) presidió el Primer Congreso Sionista (1897) y consiguió movilizar a los judíos a través de la Organización Sionista Mundial, pero murió prematuramente en 1904, en parte amargado por las divergencias entre sus partidarios.*

Prolífico escritor, sus novelas («Vieja tierra nueva», 1904), obras de teatro y ensayos («Relatos filosóficos», 1900), escritos en alemán, fueron eclipsados por su acción política. Sus restos mortales fueron trasladados a Jerusalén e inhumados en el Monte Herzl el 17 de agosto de 1949.

tizado por el Derecho internacional.» La Organización Sionista Mundial, que aglutinó a todas las federaciones sionistas, se propuso realizar tan ambicioso proyecto.

Bajo el lema, tan falaz como emotivo, de «dar a un pueblo sin tierra una tierra sin pueblo», Herzl y el sionismo movilizaron a los judíos de Europa y ejercieron presiones sobre la clase política y los grupos financieros. Antes de morir, Herzl estaba persuadido de que «antes de cincuenta años, el Estado de Israel será una realidad».

Declaración Balfour: un Hogar Nacional judío en Palestina

La Organización Sionista Mundial, dirigida por Chaim Weizmann, con el respaldo de los judíos norteamericanos y británicos, consiguió que el gobierno de Londres publicara la Declaración Balfour (1917), en virtud de la cual Gran Bretaña se comprometía a favorecer la creación de «un Hogar Nacional judío en Palestina». Con esta declaración, los británicos se propusieron contrarrestar la propaganda alemana y atraer a los norteamericanos, sin olvidar su objetivo de penetración en las provincias árabes del Imperio otomano y de control estratégico desde El Cairo a Bagdad.

Pese a las reticencias franco-italianas y a la abrumadora mayoría árabe en Palestina —600.000 árabes frente a sólo 56.000 judíos—, los sionistas impusieron sus puntos de vista en la Conferencia de Paz y arrancaron al emir Faisal el consentimiento para acelerar la emigración. En la Conferencia de San Remo (1920), que decidió la desmembración del Imperio otomano, Gran Bretaña recibió un mandato sobre Palestina, cuyos objetivos resultaban contradictorios: dirigir el país hacia la independencia, de acuerdo con los deseos de la mayoría (árabe), y propiciar la creación de un Hogar Nacional judío en el mismo territorio.

Árabes y judíos frente a frente

El antagonismo entre árabes y judíos se manifestó inmediatamente, lógica consecuencia del choque de dos nacionalismos que estaban llegando a su madurez y de dos sistemas sociales instalados en un mismo territorio. Conscientes de la importancia decisiva de la demografía, los sionistas fomentaron la inmigración entre las personas desplazadas por los avatares de la Primera Guerra Mundial. El mandato otorgó poderes a la Organización Sionista Mundial para cooperar con la administración mandataria en todo lo concerniente a la comunidad nacional judía en Palestina.

Caso Dreyfus

Alfred Dreyfus (1859-1935), un capitán del Ejército francés de padres judíos, fue condenado a cadena perpetua, degradado y deportado a la isla del Diablo (1894) por un delito de espionaje a favor de Alemania que no había cometido. Ante las fundadas sospechas de que el traidor había sido otro oficial, el escritor Émile Zola publicó en L'Aurore, *el 13 de enero de 1898, una carta abierta al presidente Faure, en la que acusaba a los jefes militares de haber actuado en el consejo de guerra por consideraciones que nada tenían que ver con la justicia, de haber capitulado ante una virulenta campaña antisemita.*

El proceso fue revisado, pero Dreyfus fue condenado de nuevo «con circunstancias atenuantes» (1899). La declaración de inocencia —según razonaban los nacionalistas— hubiera perjudicado el prestigio del ejército ante el «enemigo exterior». La segunda sentencia provocó una oleada de protestas promovidas por la izquierda y la población judía internacional. Tras el triunfo electoral de la izquierda francesa (1902), Dreyfus fue finalmente amnistiado, rehabilitado, readmitido en el ejército y condecorado con la Legión de Honor (1906).

La sociedad francesa quedó agria y profundamente dividida: de una parte, nacionalistas, católicos y monárquicos, antisemitas en general; de otra, la izquierda republicana y los socialistas, defensores de Dreyfus. La Iglesia católica, comprometida en la campaña antisemita, perdió influencia política. El caso Dreyfus se presenta como un ejemplo histórico de antisemitismo, de búsqueda de un chivo expiatorio para los males de un país.

La inocencia de Dreyfus quedó claramente demostrada con la publicación de los carnets de Von Schwarzkoppen (1930), el oficial alemán que recibió en París los documentos constitutivos de la traición.

Las primeras revueltas antisionistas estallaron en 1921, con tal virulencia que el entonces ministro de Colonias británico, Winston Churchill, publicó una declaración en la que aseguraba que su gobierno «no ha pensado en ningún momento en la desaparición o subordinación de la población árabe, de su lengua y su cultura en Palestina». Los sionistas acusaron a los caciques árabes de instigar los disturbios, pero una investigación británica concluyó que «la hostilidad hacia los judíos es tan real, tan extendida y tan violenta, que no se debe considerar de una forma tan superficial».

Ante la exasperación de los árabes y la matanza de judíos que se produjo en 1929, tras un incidente en el Muro de las Lamentaciones, Londres publicó un *Libro Blanco* (1930) en el que reafirmó los límites a la inmigración, según «la capacidad económica de absorción»; pero los sionistas ejercieron tales presiones que el primer ministro británico, Ramsay McDonald, escribió a Weizmann exponiéndole una interpretación liberal de las restricciones inmigratorias. Esta «Carta negra», como la llamaron los árabes, envenenó la situación.

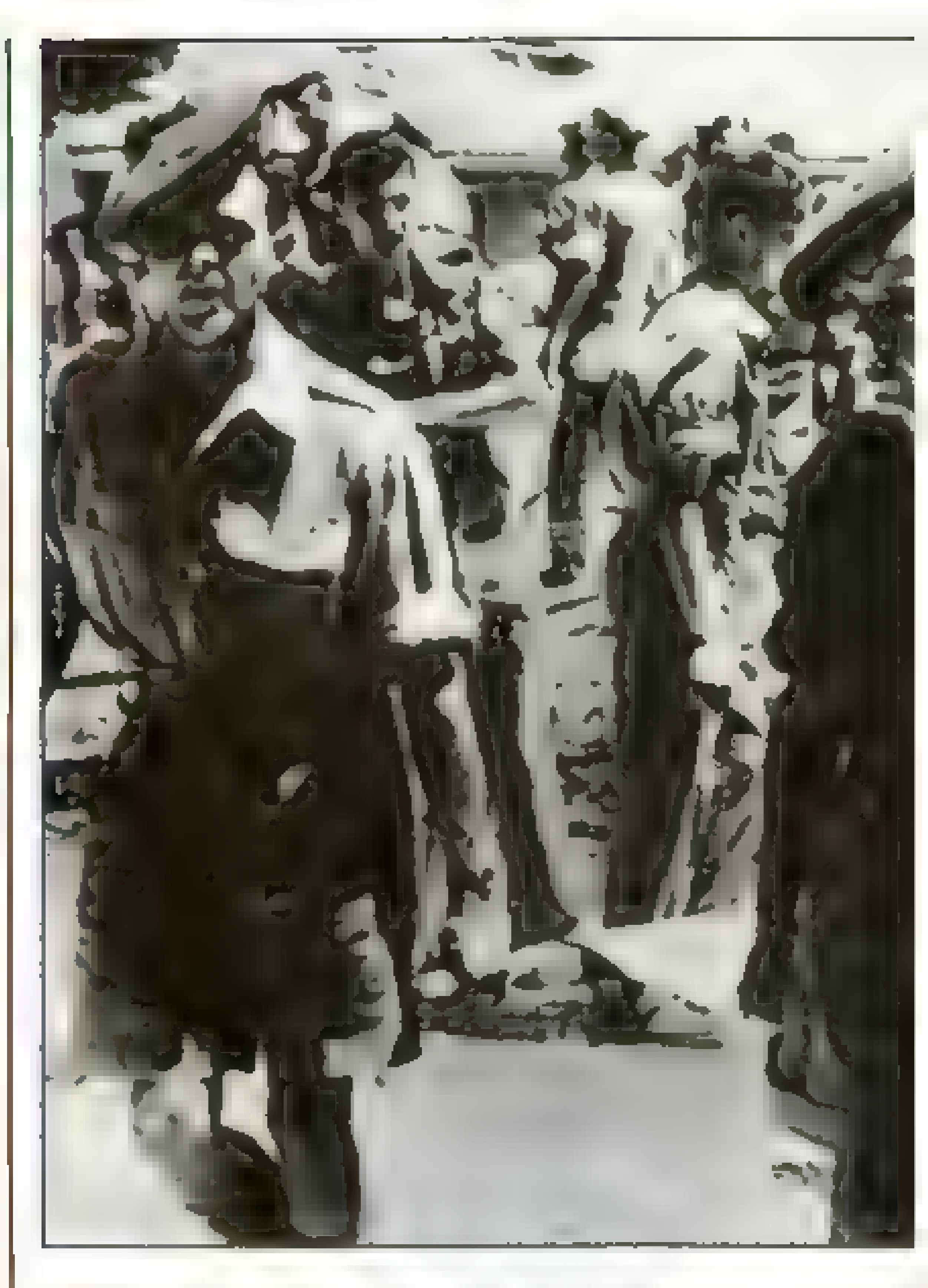
La insurrección árabe de 1936

Tras la subida de Hitler al poder, y a pesar de las promesas a los árabes, Gran Bretaña abrió las puertas de Palestina a los que huían del infierno nazi, de modo que unos 150.000 judíos, en su mayoría alemanes, llegaron a Palestina en cuatro años (1932-1935). Ante esta riada inmigratoria, que reforzó considerablemente al *Yishuv*, estalló la insurrección árabe de abril de 1936. Por primera vez, los árabes se agruparon en un Alto Comité, presidido por el gran muftí de Jerusalén Haj Amin Husseini, que decretó una huelga general indefinida hasta que Londres atendiera sus peticiones: gobierno nacional palestino, suspensión de la inmigración y prohibición de vender tierras de los árabes a los judíos.

Ante la extensión de los disturbios, los británicos impusieron la ley marcial



Keystone





La creación del Estado de Israel estuvo precedida por una sucesión de hechos violentos que ensangrentaron Palestina y abrieron una brecha profunda entre árabes y judíos. A la izquierda lucha en una calle de Jerusalén. En el centro, arriba, evacuación de víctimas del atentado





Keystone



Almasy



Keystone

terrorista judío contra el hotel King David de Jerusalén (1946), abajo sabotaje judío contra una pipeline. A la derecha, arriba, aspecto que presentaban las calles de Jerusalén en 1946; abajo, Menahem Beguin, jefe de Irgun, organización militar judía fundada en 1931

y utilizaron a voluntarios judíos en la represión, lo que sólo sirvió para enconar los ánimos. Cuando la insurrección terminó en octubre, más de mil árabes habían muerto a manos de las tropas británicas.

La Comisión Peel

Una comisión británica de investigación, presidida por lord Peel, llegó a la desalentadora conclusión de que los desórdenes se debían a que la Declaración Balfour y el mandato eran incompatibles con la independencia de Palestina, a menos que los judíos llegaran a ser mayoría. En cualquier caso, las aspiraciones de los árabes no podrían ser satisfechas. Si bien rechazó la solución de un Estado federal con dos cantones, la Comisión Peel advirtió: «La división ofrece la última oportunidad de paz; no hay otra solución.» La propuesta incluía la creación de dos Estados —judío y árabe—, más una zona integrada por Jerusalén y Belén, con salida al mar, que quedaría bajo el mandato de una gran potencia. El gobierno británico aceptó las recomendaciones de la Comisión Peel y proclamó que «el plan de reparto representa el mejor medio para salir del atolladero».

La política británica prosionista arrojaba un balance sangriento y había ahondado el abismo que separaba a las dos comunidades. Frente al inmovilismo tradicional y las estructuras semifeudales de la comunidad árabe, el *Yishuv*, con medio millón de miembros en 1937, era una sociedad moderna, técnicamente avanzada, que recibía importantes subsidios financieros de los judíos de la diáspora.

Declaración Balfour

«El Gobierno de Su Majestad contemplaría favorablemente el establecimiento de un Hogar Nacional para el pueblo judío, y dedicará sus mejores esfuerzos para facilitar la consecución de ese objetivo, quedando bien entendido que nada será hecho que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en el país, así como a los derechos y el estatuto político de que gozan los judíos en cualquier otro país.»

Firmado por el secretario del Foreign Office, lord Balfour, el documento fue enviado el 2 de noviembre de 1917 a lord Walter Rothschild para que, a su vez, lo transmitiera a la Organización Sionista Mundial. El texto fue incluido en el artículo 96 del tratado de Sèvres

Nuevos límites a la inmigración judía

Ante la inminencia de la guerra, y puesto que la barbarie nazi dejaba sin alternativa a los sionistas, los británicos buscaron la amistad de los árabes mediante el abandono del proyecto de reparto y la publicación de un *Libro Blanco* (1939), que propugnó la creación de un Estado judeo-árabe en un plazo de diez años, limitó la inmigración a 75.000 judíos —en cinco años— y dejó en manos del Alto Comisario la reglamentación de la venta de tierras, con el objeto de que no aparecie-

Declaración de independencia

«Eretz Israel ha sido la cuna del pueblo judío. Aquí se ha forjado su personalidad espiritual, religiosa y nacional; aquí ha vivido como pueblo libre y soberano; aquí ha creado una cultura con valores nacionales y universales y ha legado al mundo entero el imperecedero Libro de los Libros.

»Luego de haber sido desterrado de su patria por la fuerza, el pueblo judío le ha guardado fidelidad en todos los países de su dispersión, y no ha cesado jamás de rogar por el retorno a su país y de confiar en restablecer en él su independencia nacional.

»Impulsados por este vínculo histórico y tradicional, los judíos han luchado, a través de las generaciones, por retornar a su antigua patria y arraigarse en ella (...)

»La hecatombe que en nuestro tiempo sacrificó a millones de judíos en Europa mostró claramente, una vez más, la apremiante necesidad de resolver el problema del pueblo judío sin patria ni independencia (...) Los supervivientes de la horrenda matanza nazi en Europa, así como los judíos de otros países, jamás han cesado de inmigrar a Eretz Israel (...)

»La Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó el 29 de noviembre de 1947 una resolución disponiendo la creación de un Estado judío en Eretz Israel. Este reconocimiento, por parte de las Naciones Unidas, del derecho del pueblo judío a crear su propio Estado es irrevocable. Es derecho natural del pueblo judío, como todos los demás pueblos, el desarrollar una existencia independiente en su Estado soberano.

»POR CONSIGUIENTE, nosotros, miembros del Consejo del Pueblo, representantes de la población judía en Eretz Israel y del Movimiento Sionista, nos hemos reunido hoy, día en que finaliza el mandato británico sobre Eretz Israel, y en virtud de nuestro derecho natural e histórico, y en base a la resolución de la Asamblea de las Naciones Unidas, proclamamos la fundación de un Estado judío en Eretz Israel: el Estado de Israel.

»El Estado de Israel estará abierto a la inmigración judía de todos los países (...) y estará basado en los principios de libertad, justicia y paz, a la luz de las enseñanzas de los profetas hebreos; mantendrá una completa igualdad social y política de derechos para todos sus ciudadanos sin distinción de credo, raza o sexo, y garantizará la libertad de culto, conciencia, idioma, enseñanza y cultura; salvaguardará los lugares santos de todas las religiones, y será fiel a los principios de la Carta de las Naciones Unidas (...)

»EXHORTAMOS —aun en medio de esta agresión sangrienta que viene llevándose a cabo contra nosotros hace ya varios meses— a los habitantes árabes del Estado de Israel a mantener la paz y a participar en la construcción del Estado sobre la base de plenos derechos civiles y de una representación adecuada en todas las instituciones temporales y permanentes (...)

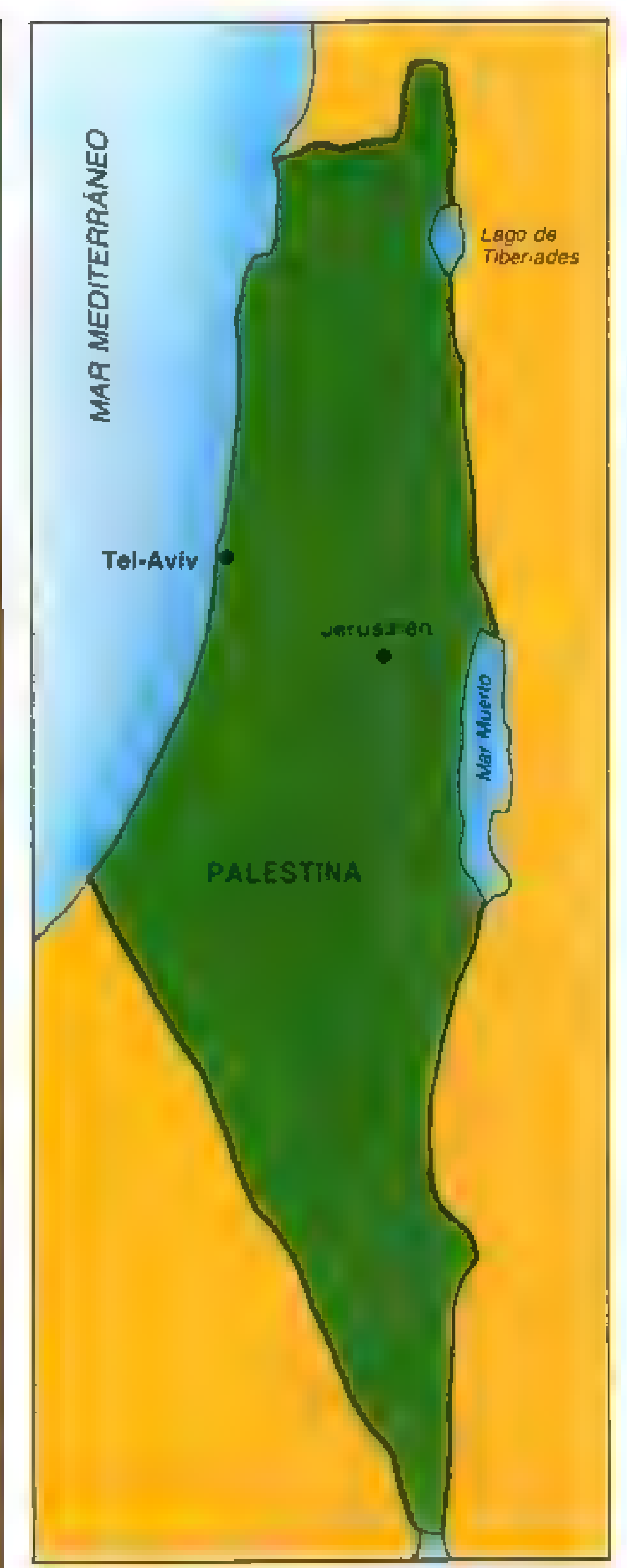
»LLAMAMOS al pueblo judío en toda la diáspora a congregarse en torno a la población del Estado y a secundarlo en sus tareas de inmigración y construcción y en su gran empresa por la cristalización de sus aspiraciones milenarias de redención del país.

»CON FE EN EL TODOPODEROSO, firmamos de nuestro puño y letra esta declaración, en la sesión del Consejo Provisional del Estado, sobre el suelo de la patria, en la ciudad de Tel-Aviv, este día, víspera de sábado 5 de Iyar de 5708, 14 de mayo de 1948.»



Al lado, el comandante en jefe del Ejército de Liberación de Palestina, Fawzi el-Kaukji, pasa revista a las tropas de voluntarios árabes. Cuando la Asamblea General de la ONU aprobó (29.XI.1947) la creación en Palestina de dos Estados —uno judío y otro árabe— y de una zona internacional bajo control de la ONU, el Ejército de Liberación ocupó Galilea y atacó la ciudad de Jerusalén.

National Arch. Washington-Snark

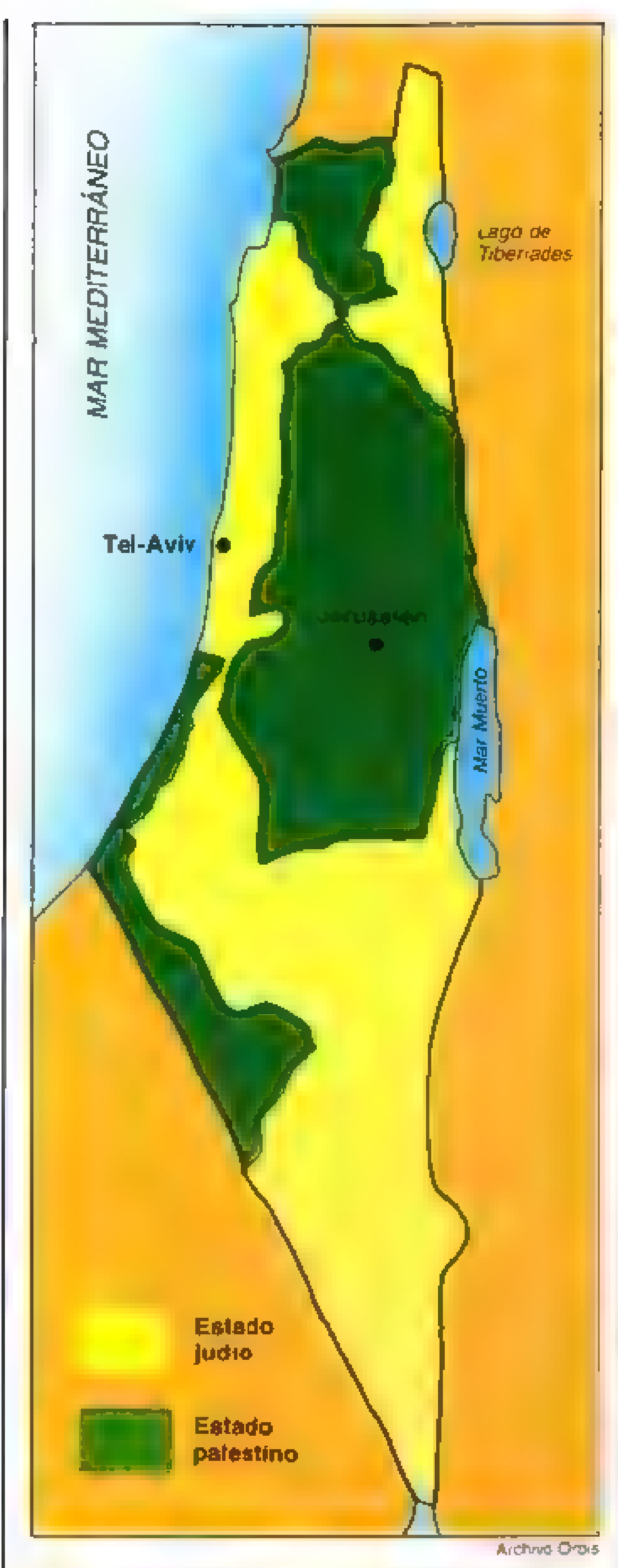


Archivo Orbis

En esta página, mapa de Palestina bajo mandato británico. En la página siguiente, mapa del plan de partición de la ONU (1947). Este último daba el 56 % del territorio a una comunidad que no llegaba a un tercio de la población total.

ra «una población considerable de árabes sin tierras».

La nueva política británica suscitó vehementes protestas sionistas y la denuncia del *Libro Blanco* como «un segundo Munich». De hecho, la inmigración quedó estrangulada a partir de marzo de 1940, después de que un barco cargado de inmigrantes, el *Struma*, fuera rechazado por los británicos y se hundiera en el Mar Negro, pereciendo 768 personas. Este acontecimiento abonó el terreno para la lucha armada de los sionistas contra los británicos. Ante la persecución de que eran víctimas, los judíos derrocharon tenacidad e imaginación para inmigrar clandestinamente a Palestina, ya que el gobierno británico, si bien interrumpió la deportación a la isla Mauricio (en el Índico), luchó para detener la masiva



Archivo Orbis


E. Nueva


Keystone


Keystone

A la derecha, arriba las últimas tropas del ejército británico abandonan Palestina abajo, David Ben Gurión lee la declaración de independencia de Israel en el Museo de Arte de Tel-Aviv: eran las 16.00 del 14 de mayo de 1948.

riada de refugiados que aumentaba incesantemente.

Mientras tanto, los árabes, al rechazar las últimas propuestas británicas, cometieron un error de cálculo que confirma tanto su desconocimiento de la realidad internacional cuanto su equivocada valoración de la fuerza del *Yishuv* y de la influencia de los judíos en todo el mundo. Persuadidos de la justicia de su causa, los palestinos se encerraron en una indiferencia suicida, sin organizarse política y militarmente, y actuaron siempre a remolque de los acontecimientos.

El programa Biltmore

Las atrocidades nazis, culminación abominable del antisemitismo, reforzaron la convicción sionista de que sólo un Estado podría asegurar la supervivencia del pueblo judío. Un congreso sionista reunido en Nueva York (1942) aceptó la propuesta de Ben Gurión, rechazó el *Libro Blanco* de 1939 y aprobó el programa Biltmore, cuya cláusula esencial era la creación en Palestina de un Estado judío, con el consiguiente abandono del entendimiento con los árabes que preconizaban los «binacionalistas» (partidarios de un Estado integrado por dos nacionalidades).

Cien mil permisos de inmigración denegados

A pesar de su declarado prosionismo, los laboristas británicos mantuvieron las restricciones para la inmigración a fin de contrarrestar la influencia soviética entre los árabes, y cuando la Agencia Judía solicitó 100.000 permisos para entregar a los judíos que estaban en campos de refugiados, Londres mostró una actitud inflexible. «Admitir en Palestina a los judíos desplazados —sentenciaba *The Times*— significaría encender una mecha en Próximo Oriente.»

El «asunto de los cien mil» sensibilizó a la opinión pública en Estados Unidos, hasta el punto de que el presidente Truman censuró agriamente a los británicos. El descubrimiento de la espantosa verdad sobre los campos de concentración y las cámaras de gas generó una corriente universal de simpatía hacia los que habían sobrevivido a tan increíbles sufrimientos, sin reparar en que los árabes palestinos nada tenían que ver con la política criminal de los nazis ni debían ser sacrificados a la buena conciencia de los europeos.

Chaim Weizmann

Primer presidente del Estado de Israel, nació en Motol (Rusia), en 1874, y cursó estudios en Alemania y Suiza.

Colaborador de Herzl desde el Segundo Congreso Sionista (1898), prestó gran atención al problema de los judíos en Europa Oriental. Profesor de química en las universidades de Ginebra y Manchester, y ciudadano británico desde 1910, su influencia fue decisiva para obtener la Declaración Balfour (1917).

Elegido presidente de la Organización Sionista Mundial, cargo que desempeñó desde 1921 a 1946, logró el respaldo decisivo de la comunidad judía norteamericana. Fue nombrado presidente del Estado de Israel el 16 de febrero de 1949. Murió en 1952.



Magnum

A la izquierda, Chaim Weizmann, primer presidente de Israel. Gracias a él se obtuvo la Declaración Balfour.

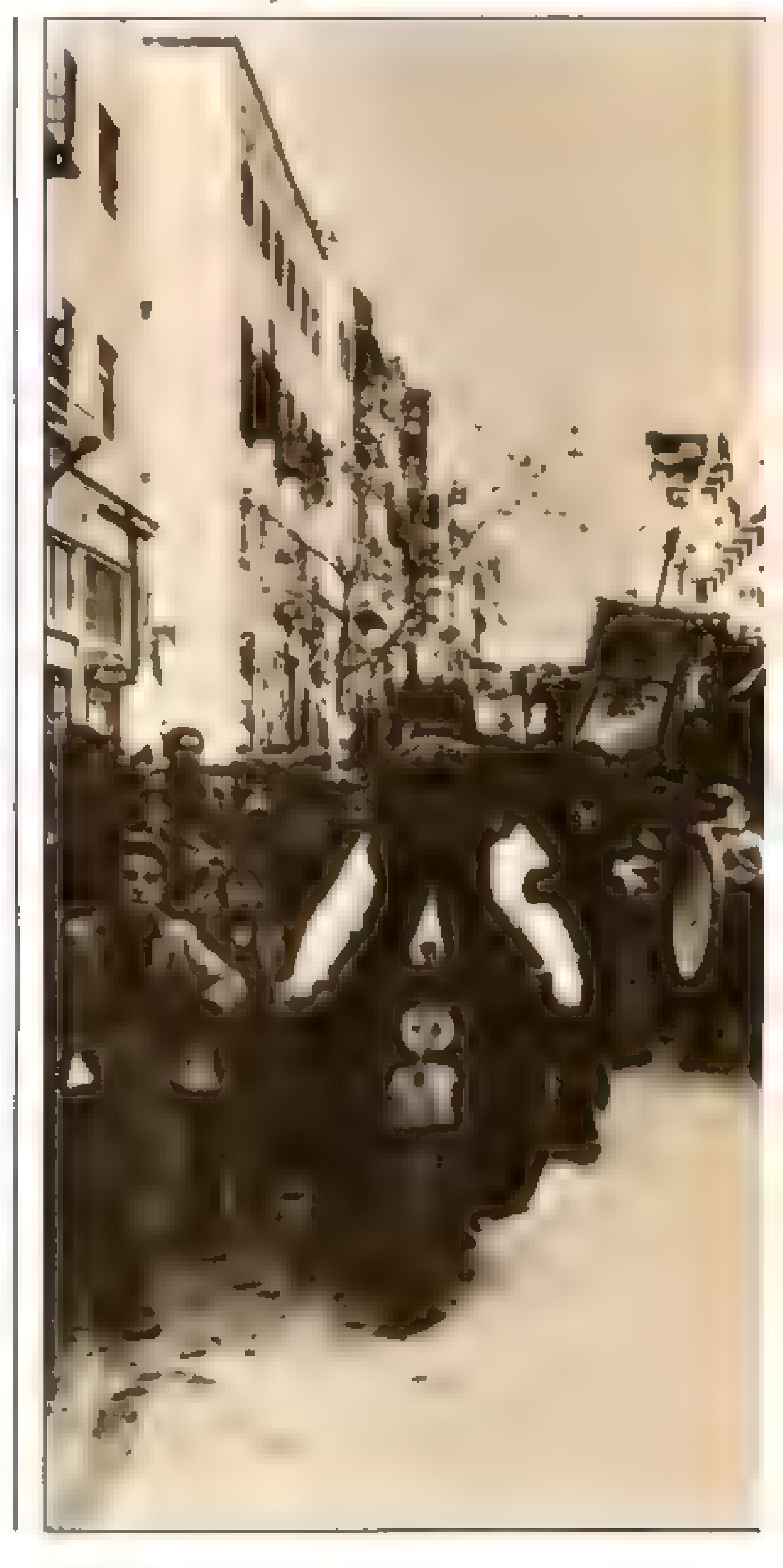
Abajo, vehículos oruga y blindados utilizados por Israel en su primera guerra con los países árabes. El éxito final de los judíos radicó en su capacidad para crear una infraestructura logística superior a la de sus adversarios.

En ambas páginas, una calle de Tel-Aviv en noviembre de 1948, tras conocerse la propuesta de alto el fuego de la ONU. Las dos partes beligerantes aceptaron la tregua, pero la existencia del Estado de Israel siguió amenazada.

En la página siguiente, arriba, David Ben Gurión, primer jefe de Gobierno del Estado de Israel.



Keystone



El terrorismo judío

La lucha armada de los judíos contra los británicos se recrudeció en el verano de 1945, acompañada de un gran esfuerzo propagandístico para obtener la revocación de las disposiciones restrictivas de la inmigración. El *Haganah*, que disponía de 60.000 hombres, colaboró con los grupos terroristas *Irgun* y *Stern*. El principal efecto del terrorismo fue que Gran Bretaña solicitó la cooperación de Estados Unidos, y Ernest Bevin anunció el recurso a las Naciones Unidas, pero manteniendo la inmigración judía al ritmo habitual de 1.500 personas por mes, con el objetivo final de una Palestina indivisible y democrática. Treinta años después de la Declaración Balfour, el gobierno británico renunciaba aparentemente al Hogar Nacional prometido (noviembre de 1945).

Además de diversos atentados contra las vías férreas y las carreteras, los judíos atacaron directamente las instalaciones militares británicas y llegaron a secuestrar a seis oficiales. Según los documentos publicados por el Colonial Office, la ola terrorista contaba con el consentimiento de la Agencia Judía y el *Vaad Leumi*, cuya misión era colaborar con la autoridad mandataria. Los británicos replicaron con la detención de varios dirigentes sionistas y con una

Magnum

National Arch. Washington-Snark

David Ben Gurión

Ben Gurión nació en 1886 en Plonsk (Polonia), en una familia acomodada cuyo apellido era Grin. Su padre, Avigdor Grin, fue amigo de Herzl y miembro de los Havové Zion *(«Amantes de Sión»). El joven David Grin militó en el grupo* Poalé Zion *(Trabajadores de Sión), que se proponía conciliar el sionismo con el socialismo, y emigró a Palestina en 1906 Colaboró con Isaac Ben Zvi, y fue director de* Ha'achdut *(«Unidad»), un semanario en hebreo, en el que firmó su primer artículo con el pseudónimo de Ben Gurión (joven león), de resonancias bíblicas. Expulsado de Palestina en 1914, se trasladó a Estados Unidos, donde se casó con Paula Munweis, estudiante ruso-judía. Combatió en la Legión judía del ejército británico, y regresó a Palestina en 1918. Fue fundador y primer secretario de la* Histadruth *(1920), y dirigente del Partido Laborista (Mapai). Presidente de la Agencia Judía desde 1935, colaboró con los aliados durante la guerra y organizó la llegada a Palestina de los judíos rescatados del infierno nazi. Tras la independencia de Israel, fue jefe del Gobierno provisional y ministro de Defensa. Al frente del Mapai obtuvo una gran victoria en las elecciones de 1949, pero dimitió en 1953 para regresar a un* kibbutz. *De nuevo jefe del Gobierno en 1955, preparó el ataque contra Egipto (1956). Resultó gravemente herido al estallar una bomba en el Parlamento (1957). Se retiró de la política en 1963. Murió en 1973.*

orden de detención contra Ben Gurión. El 22 de julio de 1946, un comando del *Grupo Irgun*, dirigido por Menahem Begin, voló con dinamita parte del hotel King David, en Jerusalén, sede del Estado Mayor británico. En este atentado, que conmocionó a la opinión británica, se registraron 91 muertos y 110 heridos.

Poco después, el plan anglo-norteamericano Morrison-Grady, que preconizó la partición y la prolongación del mandato, fue rechazado por ambas partes e incluso por el presidente Truman. En una reunión secreta, la Agencia Judía abandonó el programa Biltmore y aceptó la creación de un Estado judío *en parte* de Palestina, pero a condicion de que fuera viable, es decir, con la anexión de la Galilea y el Neguev

«Contestaremos a la horca con la horca»

Ante el fracaso de la conferencia tripartita de Londres (febrero de 1947), Bevin anunció que «el Gobierno decide llevar el problema en su conjunto a la ONU», pero manteniendo las restricciones inmigratorias. Ante el vertiginoso aumento de los atentados, los británicos recurrieron a la ley marcial y colgaron a varios terroristas. El *Irgun* replicó: «Os dirigimos una primera advertencia. No ahorquéis a nuestros soldados prisioneros o contestaremos a la horca con la horca.»

Tras un dramático discurso de Churchill en los Comunes, en el que acusó al gobierno laborista de no tener «la fuerza necesaria para hacer que la ley siga su curso», las autoridades británicas ejecutaron en la horca a Dov Gruner y a otros tres jóvenes a los que el *Irgun* consideraba como héroes El 4 de mayo de 1947, los terroristas atacaron la fortaleza de San Juan de Acre y liberaron a 200 prisioneros, pero dejando 20 muertos. Tres miembros del comando asaltante, apresados por los británicos, fueron ahorcados inmediatamente. El *Irgun* se apoderó de dos policías británicos y los ahorcó después de un simulacro de juicio.

Mientras tanto, una Comisión Especial de las Naciones Unidas sobre Palestina (UNSCOP) llegó a la conclusión de que las propuestas árabe y judía eran inconciliables y presentó dos proyectos: el mayoritario, respaldado por ocho países (Australia, Canadá, Checoslovaquia, Guatemala, Holanda, Perú, Suecia y Uruguay), recomendó la partición en dos Estados; el minoritario (India, Irán y Yugoslavia) preconizó un Estado federal formado por dos provincias.

El periplo del *Exodus*

En medio de apasionadas discusiones en la ONU, los sionistas lanzaron la operación del *Exodus*, un viejo barco que zarpó de Séte (Francia), el 11 de julio de 1947, con 4.500 judíos a bordo que pretendían llegar «clandestinamente» a Palestina. Después de algunas peripecias dramáticas, hábilmente explotadas por la propaganda sionista, los británicos condujeron el *Exodus* a Haifa, transbordaron a los emigrantes a tres barcos-prisión y los devolvieron a Francia y Alemania, en medio de una oleada de indignación por los procedimientos empleados contra los desgraciados supervivientes de los campos

Primera guerra árabe-israelí

1948
Febrero-marzo: *duros combates en la carretera Jerusalén-Tel-Aviv.*
9 de abril: *los judíos toman Qastel. Muere en combate Abdel Kader Husseini, primo del gran muftí, el único jefe prestigioso de los palestinos. Matanza de Deir Yassin.*
22 de abril: *los judíos toman Haifa.*
11 de mayo: *los judíos toman Safed.*
15 de mayo: *invasión árabe de Palestina. Comienza la batalla de Jerusalén con intervención de la Legión Arabe (Glubb Bajá). Los judíos se rinden el día 28.*
11 de junio—8 de julio: *primera tregua. Masiva llegada de armas checoslovacas para el* Haganah.
12 de julio: *los israelíes se apoderan de Lidda y Ramlah.*
19 de julio: *segunda tregua.*
15 de octubre: *nuevas hostilidades egipcio-israelíes.*
28—31 de octubre: *importantes victorias israelíes en el norte; atraviesan la frontera del Líbano.*
22 de diciembre: *ofensiva definitiva israelí contra los egipcios.*

1949
24 de febrero: *firma en Rodas del armisticio egipcio-israelí.*
23 de marzo: *armisticio libano-israelí.*
3 de abril: *armisticio jordano-israelí.*
20 de julio: *armisticio sirio-israelí.*

de exterminio, muchos de los cuales, sin embargo, preferían emigrar a América. El periodista judío Sulzberger lamentó que «los judíos de los campos europeos son unos rehenes desarmados para los que no existe más que un rescate: el Estado judío».

La resolución de la Asamblea General de la ONU

Finalmente, la Asamblea General de la ONU, en sesión del 29 de noviembre de 1947, se pronunció en favor del reparto de Palestina por 33 votos (entre ellos, los de EE.UU., URSS y Francia), 13 en contra (los 11 Estados musulmanes, Grecia y Cuba), y 10 abstenciones (entre ellas, Gran Bretaña y China). La Unión Soviética, tradicionalmente hostil al sionismo, cambió súbitamente de actitud: Gromyko invocó los vínculos jurídicos entre la tierra y el pueblo, y defendió los derechos legitimados por el sufrimiento, sin duda en la esperanza de que el inevitable Estado judío asestara un duro gol-



Cronología

1791: *la Asamblea Nacional francesa reconoce a los judíos la igualdad de derechos.*
1873: *Wilhelm Marr publica el opúsculo* La victoria del judaísmo sobre el germanismo, *en el que emplea por primera vez el término «antisemitismo».*
1881: *asesinato del zar Alejandro II. Comienzan los* pogroms
1882: *publicación de* Autoemancipación, *de León Pinsker. Comienza la primera* aliá.
1884: *Primera Conferencia Sionista, en Katowice.*
1896: *publicación de* Der Judenstaat, *de Theodor Herzl.*
1897: *Primer Congreso Sionista, en Basilea. Se funda la Organización Sionista Mundial.*
1900-1914: *segunda* aliá.
1909: *fundación de Tel-Aviv, primera ciudad judía en Palestina.*
1911: *fundación de Degania, primer* kibbutz.
1915-1916: *correspondencia Hussein-McMahon. El diplomático británico promete un «gran reino árabe», a cambio de una revuelta general contra el Imperio otomano.*
1917: *Declaración Balfour (2 de noviembre). Del nombre del que a la sazón era ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur James Balfour (1848-1930).*
1919: *acuerdo Faisal-Weizmann (3 de enero).*
1920: *en la Conferencia de San Remo, Gran Bretaña recibe un mandato sobre Palestina. Comienza la tercera* aliá. *Fundación de la* Histadruth.
1922: *el Consejo de la Sociedad de Naciones ratifica el mandato británico sobre Palestina (24 de julio).* Libro Blanco *británico que excluye a Transjordania del territorio en que se aplica la promesa de un Hogar Nacional para los judíos.*
1930: Libro Blanco *británico. Primeras restricciones a la inmigración*
1937: *la Comisión Peel propone la partición de Palestina.*
1939: Libro Blanco *británico que limita la inmigración.*
1942: *programa Biltmore.*
1945: *declaración de Bevin (13 de noviembre).*
1946: *voladura del hotel King David (22 de julio). Conferencia de Londres.*
1947: *sesión especial de la Asamblea de la ONU (abril-mayo). La Asamblea General aprueba el plan de reparto de Palestina (29 de noviembre)*
1948: *comienza la primera guerra árabe-israelí (marzo). Proclamación del Estado de Israel (14 de mayo) y fin del mandato británico*
1949: *la Asamblea General acepta a Israel como miembro de pleno derecho de la ONU (11 de mayo).*

A.S.E

Arriba, jóvenes judíos trabajando en un kibbutz (1950). Los kibbutzim, explotaciones agrícolas organizadas mediante el trabajo colectivo, tuvieron un papel muy importante en la colonización del desierto y constituyen un ejemplo del llamado «socialismo sionista». Se basan en la autogestión y en la propiedad común de los medios de producción. Tras la guerra de 1948, el movimiento de los kibbutzim se desarrolló en los territorios ocupados por Israel.

Abajo, el presidente Chaim Weizmann pasa revista a una unidad de voluntarios judíos. Como fuerza defensiva, el ejército de Israel aglutinaba las diversas facciones armadas que se ocuparon de proteger de la agresión árabe a las comunidades hebreas.

Keystone

pe al imperialismo británico y a sus clientes árabes.

La resolución del reparto encendió la mecha del enfrentamiento criminal entre las dos comunidades. En diciembre, cuando Londres anunció que el 15 de mayo de 1948 pondría fin al mandato, más de 500 personas habían muerto en actos de violencia. Ante la gravedad de la situación, Washington propuso en marzo, sin éxito —por la oposición de Moscú—, que se revocara el plan de partición y se colocara a Palestina bajo la autoridad del Consejo de Tutela de la ONU, en un intento desesperado por internacionalizar el conflicto e impedir que las iras árabes tuvieran efectos desastrosos sobre los intereses petroleros norteamericanos.

«Arrojar al mar a los judíos»

En los primeros meses de lucha, los judíos sufrieron grandes pérdidas en los combates para mantener abierta la carretera Jerusalén-Tel Aviv, pero los árabes estaban demasiado divididos y poco preparados para obtener una victoria decisiva. Frente a la movilización general y la capacidad de sacrificio del *Yishuv*, dirigido por un Consejo Provisional del Estado, la comunidad palestina, atrasada y desorganizada, fue presa fácil de la demagogia y el desaliento. Las ruidosas declaraciones de los dirigentes árabes, que prometían «arrojar al mar a los judíos», sólo sirvieron para que éstos reforzaran su espíritu de lucha.

El éxodo de los palestinos, que huían de las zonas controladas por el *Haganah*, se convirtió en desbandada general a partir de la matanza de Deir Yassin, la aldea árabe en que los terroristas judíos asesinaron a más de 250 ancianos, mujeres y niños (los hombres estaban ausentes) el 9 de abril, en una operación de inusitada ferocidad que minó la moral de los árabes. Éstos se vengaron tres días más tarde, al aniquilar un convoy sanitario judío que iba al hospital del monte Scopus, en Jerusalén, causando al menos 50 muertos.



A.G.E.

Nace un Estado, empieza una guerra

El 14 de mayo de 1948, pocas horas antes de que los británicos pusieran fin al mandato, el Consejo Provisional del *Yishuv* y los representantes del sionismo mundial celebraron una reunión en el Museo de Tel-Aviv, en el curso de la cual David Ben Gurión proclamó el nacimiento del Estado de Israel. Al día siguiente, en medio de la indiferencia británica, calificada de cínica por árabes y judíos, comenzó la guerra. Los ejércitos de cinco Estados árabes irrumpieron en Palestina e iniciaron las hostilidades.

La contienda se desarrolló prácticamente sin la participación de los árabes palestinos, todavía desmoralizados por el sangriento fracaso de la insurrección de 1936. Los ejércitos árabes, mal preparados, intervinieron más para oponerse a los planes del rey Abdullah de Transjordania que para ayudar a los palestinos, a cuya huida y transformación en refugiados contribuyeron con demagógicas promesas de retorno victorioso. En contra de todos los vaticinios, los israelíes consiguieron una gran victoria, que selló con sangre y heroísmo el nacimiento del Estado, en el tiempo profetizado por Herzl.

Durante las dos treguas, el presidente de la comisión mediadora de la ONU, el conde sueco Folke Bernadotte, presentó nuevas propuestas que incluían rectificaciones en las líneas del reparto y el regreso de los refugiados palestinos a sus hogares. Los judíos, cuyo ejército se había reforzado y armado durante el alto el fuego, hasta llegar a los 100.000 hombres, protestaron con vehemencia. Al día siguiente de concluir un informe sobre la situación, el 17 de septiembre de 1948, el conde Bernadotte fue asesinado en Jerusalén por terroristas judíos *(Grupo Stern)* que detuvieron su coche y dispararon a quemarropa. La guerra prosiguió con ventaja para los israelíes.

Palestina, desgarrada

Tras la humillante derrota del ejército egipcio, los acuerdos de armisticio fijaron una situación provisional que sólo satisfacía a los británicos y a sus aliados hachemitas: la partición de Palestina entre un Estado judío, engrandecido y fortalecido, y unos territorios árabes (Cisjordania y la ciudad vieja de Jerusalén) que fueron anexionados por el rey Abdullah para constituir el Reino de Jordania. El éxodo de los palestinos —casi medio millón de refugiados en los Estados árabes limítrofes— fue una consecuencia casi inevitable de la segregación que había prevalecido durante el mandato británico, agravada por la demagogia de los dirigentes árabes.

Para los árabes en general, el establecimiento del Estado de Israel fue el resultado de una amarga derrota histórica cuyas múltiples causas se encuentran muy lejos de Palestina y configuran uno de los más enrevesados problemas de la historia contemporánea. La victoria de Israel, trágicamente favorecida por el holocausto, recompensa para la tenacidad y el heroísmo de sus hijos, quedó seriamente comprometida por el rechazo de sus vecinos y el lacerante problema de los refugiados palestinos.

El bloqueo de Berlín
Este-Oeste frente a frente

Rafael Abella,
historiador

En junio de 1948, los rusos cortaron todos los accesos al Berlín-Oeste. Su objetivo era paralizar la ciudad y forzar a los aliados occidentales a dejarla en sus manos. Berlín resistió gracias a un formidable puente aéreo que permitió su aprovisionamiento

La ambigüedad de los acuerdos de Yalta sobre el estatuto de Berlín y sus accesos fue el origen de uno de los conflictos más graves de la «guerra fría». En 1948, los rusos cortaron las vías de comunicación que unían la antigua capital del Reich, enclavada en plena zona de ocupación soviética, con la Alemania del Oeste, pero las potencias occidentales siguieron abasteciendo la ciudad mediante el mayor puente aéreo de la historia y rompieron el bloqueo.



ACE

Ernst Reuter, alcalde de Berlín

Ernst Reuter (1889 - 1953) nació en Apenrade, Schleswig-Holstein. Era miembro de una familia burguesa, y cursó estudios de Economía. Durante la Primera Guerra Mundial fue herido y hecho prisionero por los rusos. Convaleciente en un hospital de Tula aprendió el ruso. Posteriormente fue deportado a un campo de concentración, donde le sorprendió la Revolución de Octubre. Vinculado al ala izquierda del socialismo alemán, formó parte del primer soviet de prisioneros de guerra.

Su decidida actuación y su entrega le valieron ser nombrado comisario del pueblo para la República del Volga. De allí pasó a Alemania con instrucciones para actuar en el seno del recién constituido Partido Comunista, del que llegó a ser secretario general. Tras el fracaso de la revolución espartaquista, en 1921 rompió con el partido e ingresó en la socialdemocracia.

En los años de la República de Weimar desempeñó diversos cargos y destacó por su labor en el municipio berlinés.

Al poco de subir Hitler al poder fue encarcelado, como la mayoría de los dirigentes socialdemócratas, pero en 1935 logró huir de Alemania y se refugió en Holanda. Inició así un exilio que le llevó a Turquía, donde durante once años trabajó como consejero del gobierno de Ankara.

En diciembre de 1946 regresó a su país, y se reincorporó a la política activa como alcalde del Berlín Occidental. Su decisión y espíritu de lucha le convirtieron en líder de una comunidad bloqueada a la que contagió su indomable firmeza. El 18 de marzo de 1948, unas palabras suyas dirigidas a los berlineses ante las ruinas del Reichstag resonarían en todo Occidente: «¡La marea comunista se estrellará contra el dique de nuestra voluntad de hierro y todas las naciones del mundo sabrán que no tienen que dejarnos expuestos a sus embates, y estoy seguro de que no nos dejarán!»



Difícil equilibrio

El día 5 de junio de 1945 llegaron a Berlín los primeros representantes de los ejércitos de las democracias occidentales que habían participado en la campaña de Alemania. Eran el general norteamericano Eisenhower, comandante en jefe de los ejércitos aliados, el mariscal inglés Montgomery y el general francés Lattre de Tassigny, adelantados de una tropa que se disponía a ocupar en la capital alemana los cuatro sectores —ruso, americano, británico y francés— en que, según los acuerdos suscritos en Yalta, habría de dividirse la ciudad. La administración de Berlín quedaría a cargo de una Comisión de Control interaliada, formada por un representante de cada una de las potencias ocupantes.

La posición de Berlín, situada como un islote en plena zona rusa y a 160-220 km del límite de los sectores americano y británico, era una potencial fuente de discordia a poco que las relaciones entre los vencedores de la Alemania nazi entraran en crisis. Las diferencias en cuanto al trato que había que deparar a los vencidos, los desiguales puntos de vista respecto a la organización política del país derrotado y los incidentes resultantes de una difícil convivencia entre dos bloques de mentalidad muy distinta serían causa de repetidas fricciones. La no delimita-



EFE

Arriba, Ernst Reuter, alcalde del sector occidental de Berlín

En ambas páginas, abajo, una oficina de expedición de cupones de racionamiento. La escasez de alimentos y la paralización de la vida económica indujo a los aliados occidentales a incorporar Alemania a los programas de rehabilitación de Europa en contra del criterio de la Unión Soviética.

En ambas páginas, arriba, suministro de alimentos a Spandau (Berlín). La división de la ciudad en cuatro sectores fue el origen de la crisis de 1948-49

En la página siguiente, cartel ruso alusivo a la conferencia de Yalta en una calle de Berlín





Poppertoto



Poppertoto

ción de los accesos a Berlín por carretera o ferrocarril, con franquicia absoluta para los transportes americanos, británicos y franceses que tenían que abastecer a sus tropas y a los habitantes de sus sectores, sería, así mismo, motivo de incidentes que conducirían a agravar la incómoda situación de Berlín.

En el otoño de 1946, la experiencia vivida tras un año de administración conjunta, aconsejaría a británicos y americanos a fusionar, desde el punto de vista económico, sus dos sectores, medida a la que posteriormente y, no sin reticencia, se adherirían los franceses, tras haber renunciado a un hipotético papel de mediadores entre rusos y angloamericanos. La división cuatripartita iba a quedar reducida a bipartita, dada la identidad de puntos de vista existente entre las potencias occidentales, que, por contraste, chocaba con los criterios rusos en todas las cuestiones que se suscitaban en la Comisión de Control.

El «telón de acero»

En la primavera de 1946, Winston Churchill pronunció un famoso discurso en la Universidad de Fulton (Missouri), en el que sostuvo que: «Desde Stettin en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, un telón de hierro ha caído sobre el continente.» Sin embargo, en aquel momento todavía existían esperanzas de una cooperación cuatripartita respecto a Alemania, y el problema de la división de aquel país no se había planteado en toda su crudeza. Sería en el momento en que a los alemanes se les empezaron a brindar opciones políticas y posibilidades de autogobierno, cuando las posiciones de los antiguos aliados se revelaron inconciliables.

En el mismo año 1946, la administración soviética había impuesto en su zona la fusión entre socialistas y comunistas, medida que intentó hacer extensiva a la totalidad de la ciudad de Berlín, a fin de que las otras zonas de ocupación se hallaran frente a un hecho consumado. Como dice el profesor Philip Windsor, «(...) la unión de socialistas y comunistas habría dado a la Unión Soviética una aplastante mayoría electoral en Berlín. La ciudad era considerada todavía como la capital de una Alemania sólo provisionalmente dividida, ya que, por los acuerdos de Potsdam, los "tres grandes" se veían obligados a crear en breve una administración central para todo el país. Con una mayoría filosoviética, Stalin se hallaba en camino de hacerse con el control político de toda Alemania».

¿Un Berlín comunista?

Esta posibilidad fue examinada por los líderes del Partido Socialista berli-



F. X. Ratois

Arriba, los árboles de Berlín —como los del famoso Tiergarten— fueron cortados en los primeros inviernos de posguerra para paliar la carencia de carbón.

En ambas páginas, arriba, la plaza de Potsdam de Berlín (agosto, 1948); abajo, control fronterizo de la policía alemana en Helmstedt (abril, 1948)

nés, entre los que descollaba un antiguo comunista llamado Ernst Reuter, y, habida cuenta de su trascendencia, decidieron someter el tema de la eventual fusión con los comunistas a un referéndum entre sus afiliados: una rotunda mayoría estaba en contra de la fusión. El paso siguiente se dio en la primera convocatoria de elecciones municipales. En ella, siguiendo la tónica marcada por el referéndum, la victoria correspondió a los candidatos socialdemócratas. La derrota de los «unificados» —es decir, de los comunistas— fue completa en todos los sectores salvo, como es natural, en el soviético, donde ganaron por aplastante mayoría. Esta cuestión iba a provocar la caída del «telón de acero» sobre Berlín, entonces punto neurálgico de las relaciones Este-Oeste. Para Reuter sería el comienzo de una serie de presiones desde el sector ruso, a las que opondría su esfuerzo por evitar la sovietización total de Berlín.

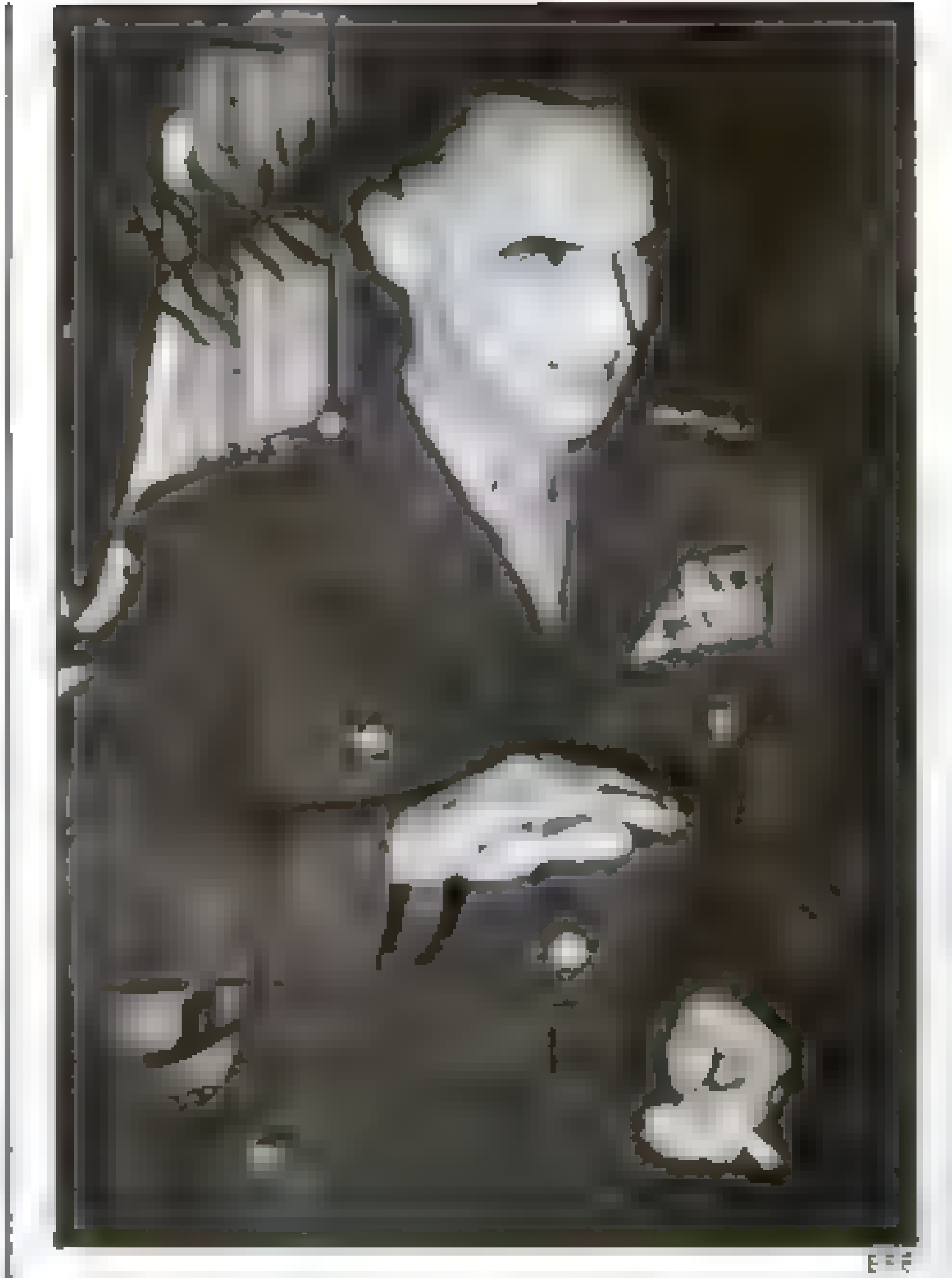
Durísima posguerra

El invierno de 1946-47 fue terrible. Las temperaturas descendieron en Berlín a -20° C. Las casas, destruidas en su gran mayoría por los efectos de la guerra, no ofrecían amparo ni protección. Los árboles se arrancaban y convertían en leña para suplir la falta de carbón. En el «mercado negro» se mantenía la convertibilidad de los cigarrillos como moneda de trueque. Hasta aquel momento, el criterio imperante













De izquierda a derecha y de arriba abajo, los generales Lucius Clay (Estados Unidos), Brian Robertson (Gran Bretaña) y Koenig (Francia), miembros de la Comisión de Control interaliada del Berlín ocupado. El 28 de marzo de 1948, los rusos abandonaron la Comisión e iniciaron el progresivo cierre de los accesos a Berlín

entre las fuerzas de ocupación era el de imponer al país vencido unas condiciones acordes con la magnitud de su culpa. Pero los sufrimientos colectivos, la escasez y el espantoso descenso del nivel de vida forzaron a los aliados occidentales a considerar la situación desde otra óptica. A ello iba a contribuir decisivamente la conciencia de que era preciso buscar la colaboración de los mismos alemanes —de sus organizaciones políticas— para crear una fuerza que pudiera contraponerse a los soviéticos. Por su situación estratégica, Berlín era particularmente apta para que, en un momento de conflictividad, el enfrentamiento tuviera excepcional trascendencia. La incorporación de Alemania a los programas de ayuda económica estudiados para la recuperación de Europa Occidental haría aún más difícil la situación. Para los aliados —asimilada la lección de la posguerra anterior— era inconcebible reconstruir Europa sin incluir a Alemania. Quedaba por ver si la Unión Soviética iba a aceptar que los planes alcanzaran a su zona de ocupación.

El plan Marshall

En verano de 1947 se hizo público el plan americano de ayuda a los países europeos afectados por la guerra, elaborado por el general George Marshall. El rechazo del plan por la Unión Soviética (rechazo que los países sometidos a su influencia se vieron, por orden de Stalin, obligados a compartir) significó que sólo la parte occidental de Alemania iba a beneficiarse del programa de rehabilitación económica. De este modo, la hasta entonces informulada división de Alemania se transformaba en un hecho real. Alemania Oriental pasaba definitivamente a la condición de país satélite de la URSS y el «telón de acero» se situaba en el Elba. La «guerra fría» se convertía en algo más que una frase hecha, y la situación de Berlín hacía de la ciudad el enclave más problemático de un continente ya claramente dividido en dos bloques. El primer «pulso» entre el Este y el Oeste tendría como escenario la antigua capital del Reich.

El origen de la tensión

El conflicto entre las administraciones aliadas fue suscitado por la reforma monetaria. La creación de una nueva moneda para uso de los berlineses era una medida tendente a poner fin al

La infraestructura del puente aéreo

Establecido el bloqueo, el acceso aéreo a Berlín se trazó mediante tres pasillos de 32 km de ancho entre Alemania Occidental y Berlín Oeste; el pasillo norte partía de Hamburgo en dirección sudeste; el central, de Hannover en dirección este, y el del sur, de Frankfurt hacia el noroeste. Éste último, que era el más largo, procedía de la zona americana, mientras que los otros dos, lo hacían de la británica. Los tres terminaban en Berlín, donde estaban los aeródromos de Tempelhof y Gatow, éste distante 24 km de la ciudad y muy cerca del lago Havel, utilizado por los hidroaviones.

Transcurridos dos meses, el tráfico sobre estos aeródromos había llegado hasta el punto de saturación, lo que obligó a construir un tercer aeródromo en Tegel, en el sector francés. El equipo para su construcción hubo de ser transportado por aire y era de tal tamaño que no cabía en los mayores aviones de la época, los Globemaster C-74, por lo que tuvo que ser cortado a soplete en las bases de partida y soldado nuevamente en las de descarga en Berlín. Como no había piedra suficiente para la cimentación de la pista, se emplearon los escombros de ladrillo de los edificios derruidos, el empedrado de las calles berlinesas y el balasto de las inutilizadas líneas férreas. Se empezó el 5 de septiembre de 1948, fijándose la fecha de terminación para primeros de enero; luego se acortó al 15 de diciembre, pero el primer avión que aterrizó en la pista de Tegel lo hizo el 5 de noviembre, al cabo de tan sólo dos meses del inicio de las obras. Durante ese tiempo, 17.000 ciudadanos alemanes trabajaron en tres turnos diarios bajo la supervisión de técnicos americanos.

El otro extremo del puente se apoyaba en los aeródromos de Rhein-Main, Wiesbaden, Fassberg y Celle, utilizados por los americanos, y en los de Wunstorf, Lübeck, Fühlsbuttel y la base de hidroaviones de Hamburgo, empleados por los británicos. Los franceses quedaron a cargo del mantenimiento del campo de Tegel.

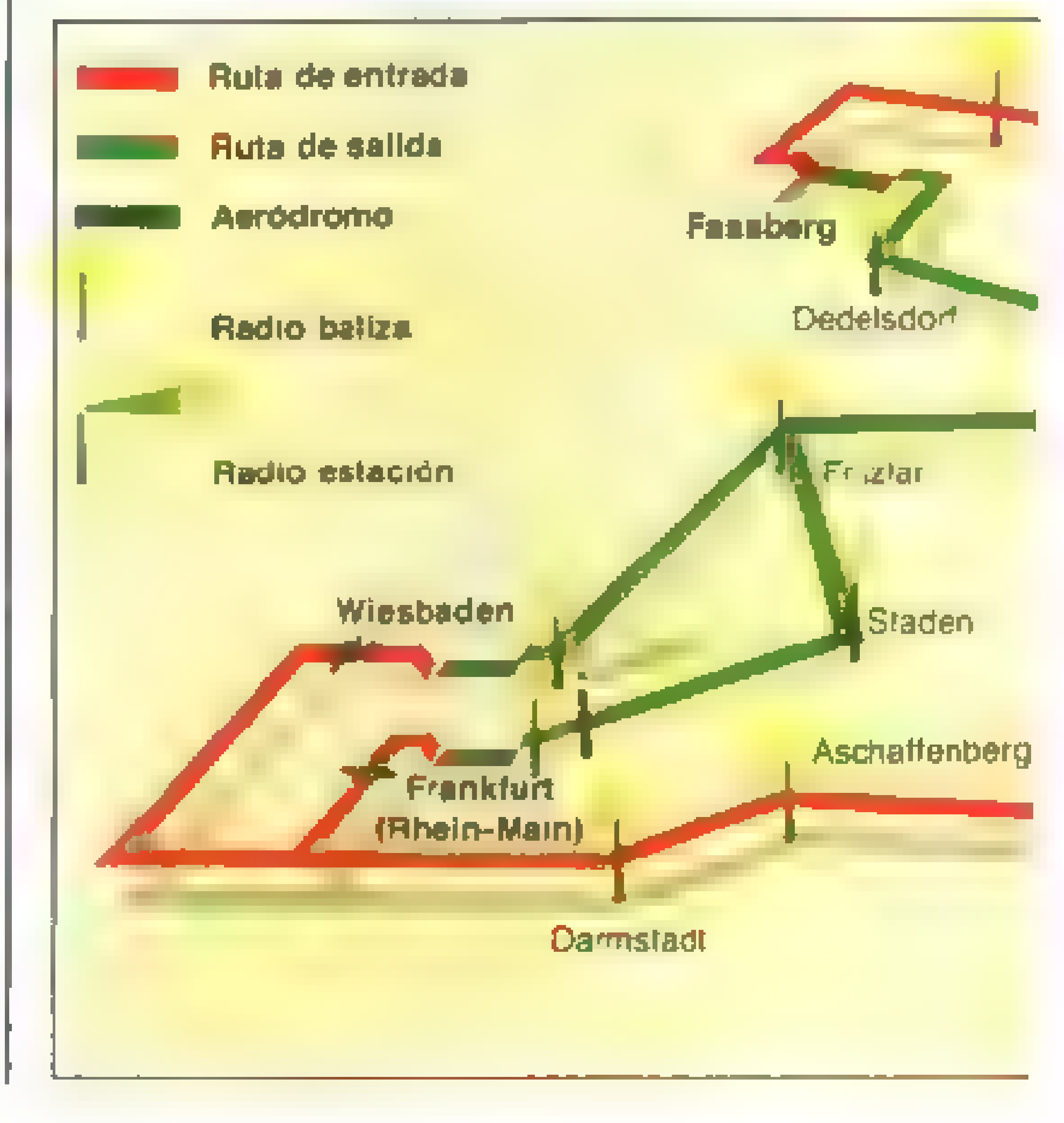
La misión de los servicios de tierra fue tan importante como la que desempeñó el personal de vuelo. Para mantener el ritmo de movimiento de los aviones, ningún aparato podía permanecer en tierra más de cincuenta minutos desde el aterrizaje al despegue. Una segunda torre de control dirigía el movimiento de los camiones a través de un vehículo ligero con el cual estaba enlazada por radio; cuando llegaba un avión a la zona de aparcamiento era materialmente asaltado por uno o varios camiones que llevaban su propia cuadrilla de obreros. Éstos transbordaban la carga, estibada en grandes remolques en la misma forma que habría de ser colocada en el avión.

caos originado por el uso de diversas monedas y por la gran circulación de billetes falsificados. Como quiera que en las discusiones entabladas en el seno de la Comisión de Control no se había llegado a un acuerdo y que los rusos se inhibían respecto a esta cuestión, Estados Unidos y Gran Bretaña decidieron crear por su cuenta una nueva moneda —el *Deutschemark*—, esperando que Francia se uniera a la iniciativa, como así ocurrió. En una reunión celebrada el 20 de marzo de 1948, a la que asistieron el mariscal Sokolovsky (Unión Soviética) y los generales Clay (Estados Unidos), Robertson (Gran Bretaña) y Koenig (Francia), la representación rusa pidió explicaciones sobre la decisión tomada en la cuestión monetaria. Al negársele tal información, argumentando la indiferencia mostrada por las autoridades soviéticas a la hora de proceder a la reforma, el mariscal Sokolovsky y el resto de su delegación abandonaron la sesión y declararon que la Comisión interaliada había cesado en sus funciones por el proceder unilateral de los anglosajones.

Escalada de restricciones

Pocos días después, los controles rusos empezaron a entorpecer el tráfico de trenes de mercancías con destino a Berlín. Bajo el pretexto de «dificultades técnicas», los trenes eran obligados a volver a su lugar de procedencia. El 3 de abril de 1948 se cortaron las rutas de aprovisionamiento de Berlín desde Hamburgo y Munich. El 9 empezó a solicitarse una autorización especial para circular a los trenes de mercancías que salían de Berlín con destino a la zona occidental. El 20 de abril se iniciaron las restricciones al tráfico fluvial. Tras de una pausa, el 19 de junio se prohibió el tráfico de pasajeros hacia Berlín por ferrocarril y por carretera, y el 23 se suspendieron los servicios de correos y el tráfico total. Poco más







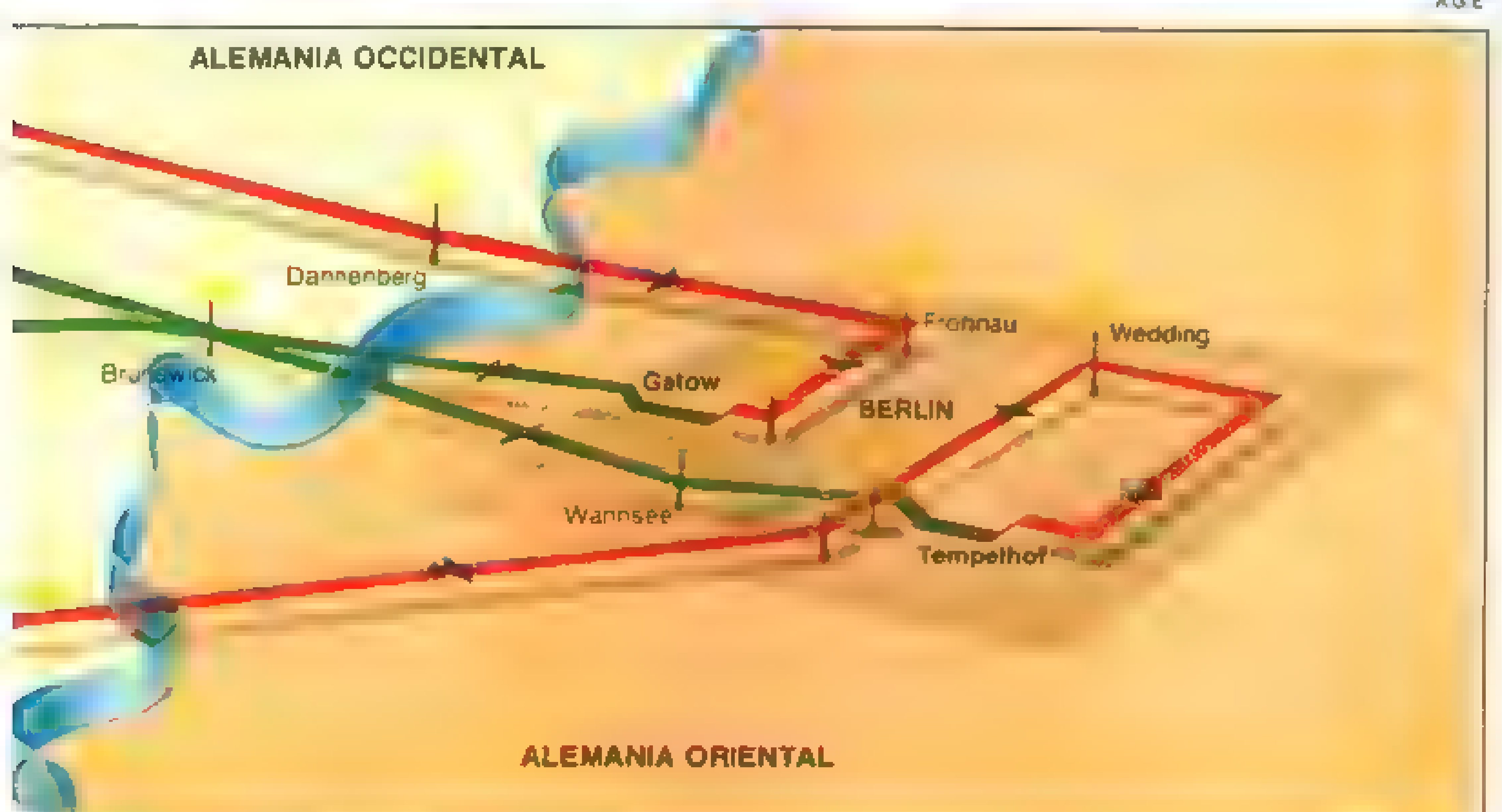
A G E

En ambas páginas, arriba, fotografía nocturna del cielo de Berlín obtenida con larga exposición. Los trazos corresponden a las señales luminosas de los aviones que participaban en el puente aéreo. Por término medio, cada día tenían lugar cerca de 860 aterrizajes y se descargaban más de 6.800 Tm de víveres en los aeródromos del sector oeste de Berlín.

En ambas páginas, abajo, esquema de los aeródromos y rutas del puente aéreo. (En el área sombreada que representa el sector oeste de Berlín no se indica el aeródromo de Tegel, construido en el sector francés que no entró en servicio hasta noviembre de 1948.) Tempelhof, Gatow y Tegel eran los campos situados en el extremo del puente establecido en Berlín; en el otro extremo, los norteamericanos operaban desde los aeródromos de Frankfurt (Rhein-Main), Wiesbaden y Fassberg.

Arriba, un Douglas C-54 Skymaster en Tempelhof. Este cuatrimotor de las fuerzas aéreas norteamericanas fue el avión más usado en la llamada operación Vittles (avituallamiento). 225 aparatos de este tipo, capaces de transportar una carga de cerca de 9 Tm cada uno, ayudaron a romper el bloqueo.

A G E



Archivo Cros

tarde se cortó el suministro de electricidad a la capital. El bloqueo se había cerrado. Un incipiente puente aéreo había pretendido suplir, desde el comienzo de la crisis, las sucesivas restricciones.

Posiblemente, la escalada de medidas restrictivas aplicadas por los soviéticos sólo pretendía ser una demostración de fuerza. Sin embargo, su magnitud creció a medida que los aliados respondían con mayor decisión a las presiones. El propósito de los rusos era mostrar a los berlineses de las zonas ocupadas por los aliados occidentales que sólo podrían continuar allí si ellos lo permitían.

Paralelamente, los rusos procuraron ganarse la adhesión de la población, y para ello recurrieron tanto a medidas de carácter político como a estímulos económicos: a los habitantes del Berlín Occidental que accedieran a registrarse en el censo del sector oriental se les ofrecieron abundantes raciones

Los aviones salvadores

El número y tipo de aviones que intervinieron en la operación Vittles fue muy variado, pues a la urgencia de los primeros momentos siguió la utilización de aquellos aparatos cuya capacidad de carga y velocidad permitían obtener un mayor rendimiento con menores dificultades de tránsito. Por tanto se trató de unificar el tipo de avión y se escogieron aquéllos cuya velocidad les permitía volar en una larga formación en columna, ya que cada noventa segundos debía realizarse un movimiento aéreo de despegue o aterrizaje. Con malas condiciones atmosféricas, el intervalo se aumentaba a dos minutos y medio.

Desde los momentos iniciales, el servicio de transporte aéreo militar norteamericano recibió instrucciones para suministrar personal y aviones para la operación, poniéndose al frente de ella al general William H. Tunner, con más de cuatro mil hombres, que incluían 457 tripulaciones compuestas de piloto, segundo piloto y mecánico. Dado que los americanos hacían la mayor aportación en hombres y material, se juzgó lógico que el mando único recayera en las fuerzas aéreas de Estados Unidos.

El avión más utilizado fue el Douglas C-54 Skymaster, de una capacidad aproximada de 9 toneladas de carga. Un total de 225 aparatos de este modelo estaban empeñados constantemente en la operación, 75 en revisión y 19 en la base aérea de Great Falls, en Montana, donde existía una unidad de entrenamiento para las tripulaciones, con una reproducción exacta del pasillo aéreo de Berlín.

El puente aéreo empezaba realmente en Estados Unidos mediante un servicio que, desde la base de Mobile, el lugar de embarque, partía para Frankfurt. A este servicio se destinaron 7 aviones C-121 y los Douglas C-74 Globemaster, que eran los gigantes de la época. También se empleaba el Boeing C-74 Stratofreighter.

Por parte británica intervinieron fuerzas de la RAF y de la aviación comercial. La primera contribuyó con tres tipos de aviones: el bimotor Dakota, que transportaba unas 3 toneladas; los tetramotores Avro York y Handley Page Hastings, cada uno con capacidad para unas 8 toneladas y los enormes hidroaviones Short Sunderland. Poco después de iniciarse el puente, aviones y tripulaciones de compañías aéreas bajo contrato se unieron a la RAF, principalmente con aparatos Avro Tudor y Avro Lancastrian, que se encargaron del transporte del combustible líquido en unos depósitos especialmente montados dentro del fuselaje. Al terminar la operación, los británicos contaban con 40 Douglas Dakota, 40 Avro York, 14 Handley Page Hastings y 35 cuatrimotores de diversos tipos. En total, 129 aviones.

El puente aéreo estaba estructurado funcionalmente en ocho divisiones: personal, comunicaciones, aeropuertos, planificación, mantenimiento, abastecimiento, carga y operaciones, esta última subdividida en meteorología y navegación. Ninguno de los trabajos desplegados fue más agobiante que el realizado por los servicios de mantenimiento de los aviones. A las revisiones diarias era preciso añadir las inspecciones periódicas cada 55 horas voladas. En todos los talleres se trabajaba día y noche.

La necesidad de un elevado número de aviones para mantener los vuelos durante las veinticuatro horas del día creó una tremenda demanda de piezas de repuesto y de carburante. Hubo más de un mes en que el consumo de combustible alcanzó los 17 millones de litros.





de alimentos y de combustible. En invierno de 1948, en una ciudad atormentada por la escasez y que contaba con un elevado número de ancianos y enfermos, sólo unos cien mil berlineses occidentales se acogieron al ofrecimiento soviético.

La supervivencia de los berlineses

El total de los productos importados en que se basaba la subsistencia del Berlín Occidental ascendía a unas 12.200 toneladas diarias, entre alimentos, carbón, materias primas y artículos diversos que normalmente arribaban por ferrocarril, por carretera o por vía fluvial. En el mes de julio, ya con el bloqueo impuesto, se hizo un estudio exhaustivo de las cantidades necesarias para que la colectividad pudiera sobrevivir; el mínimo imprescindible para sostener a la población civil, a las fuerzas de ocupación y al personal administrativo se calculó en unas 4.000 toneladas diarias de provisiones.

El día 26 de junio empezó a funcionar intensivamente el puente aéreo, pues las autoridades aliadas habían decidido responder al reto ruso salvando a Berlín por la única vía libre que les quedaba: el aire. La aviación norteamericana transportó 73 toneladas desde los aeródromos de Rhein-Main y Wiesbaden, y los británicos, 7 toneladas. A los tres meses se habían transportado un total de 200.000 toneladas en casi 50.000 vuelos, a razón de unas 2.000 toneladas-día al principio y 3.000 toneladas-día, al final. El 31 de octubre habían entrado en Berlín más de 400.000 toneladas de abastos y ha-









En ambas páginas, arriba, muchachos berlineses saludando la llegada de uno de los primeros aviones salvadores, un bimotor Dakota. El puente aéreo de Berlín demostró por primera vez en la historia, cómo una flota aérea era capaz de abastecer una ciudad de más de dos millones de habitantes con las vías de comunicación de superficie cortadas.

En ambas páginas, abajo, un Douglas C-47 (Dakota) se dispone a aterrizar en Tempelhof mientras el personal del campo descarga un C-74 Globemaster, el mayor de los aviones que intervinieron en la operación Vittles.

Arriba, hidroavión Short Sunderland de la RAF en el lago Havel, uno de los extremos del pasillo aéreo de los británicos, que unía Hamburgo con Berlín.

En el centro, un grupo de pilotos de la RAF durante un descanso. Más de 4.000 hombres se incorporaron a la operación bajo el mando del general Tunner.

Abajo, un Douglas C-54 aterriza en Tempelhof.



bían salido 15.604 personas, 2.848 toneladas de productos manufacturados y 3.000 toneladas de correo.

Hasta los seis meses de funcionamiento del puente aéreo no se alcanzaron las 4.000 toneladas-día que se habían considerado necesarias, pero, en diciembre, la perfección en la planificación de los vuelos permitió llegar a las 7.000 toneladas diarias, y a comienzos de 1949, con la apertura del nuevo campo de aviación de Tegel (sector francés), que venía a unirse a los de Tempelhof (sector americano) y Gatow (sector británico), se llegó a las 10.000. El 18 de febrero de 1949, el puente aéreo celebró el transporte de la tonelada que hacía el millón de las acarreadas. Por sorteo entre los aparatos en vuelo aquel día, correspondió el honor de transportarla a un avión británico Avro York, que aterrizó en Gatow. La máxima carga transportada en 24 horas correspondió al día 16 de abril de 1949. En aquella fecha se descargaron en los tres aeropuertos berlineses 11.440 toneladas, transportadas en 1.398 vuelos.

El frente cívico

Cuando las perspectivas del bloqueo se configuraron como una amenaza cierta, Ernst Reuter, al frente de una representación de la municipalidad, se presentó en el Cuartel General americano e hizo constar ante el general Clay la determinación de los berlineses de resistir a las imposiciones soviéticas. Reuter, secundado eficazmente por el democristiano Friedensburg y por un decidido militante socialista llamado Willy Brandt, se convirtió en el soporte moral de la resistencia y mantuvo la

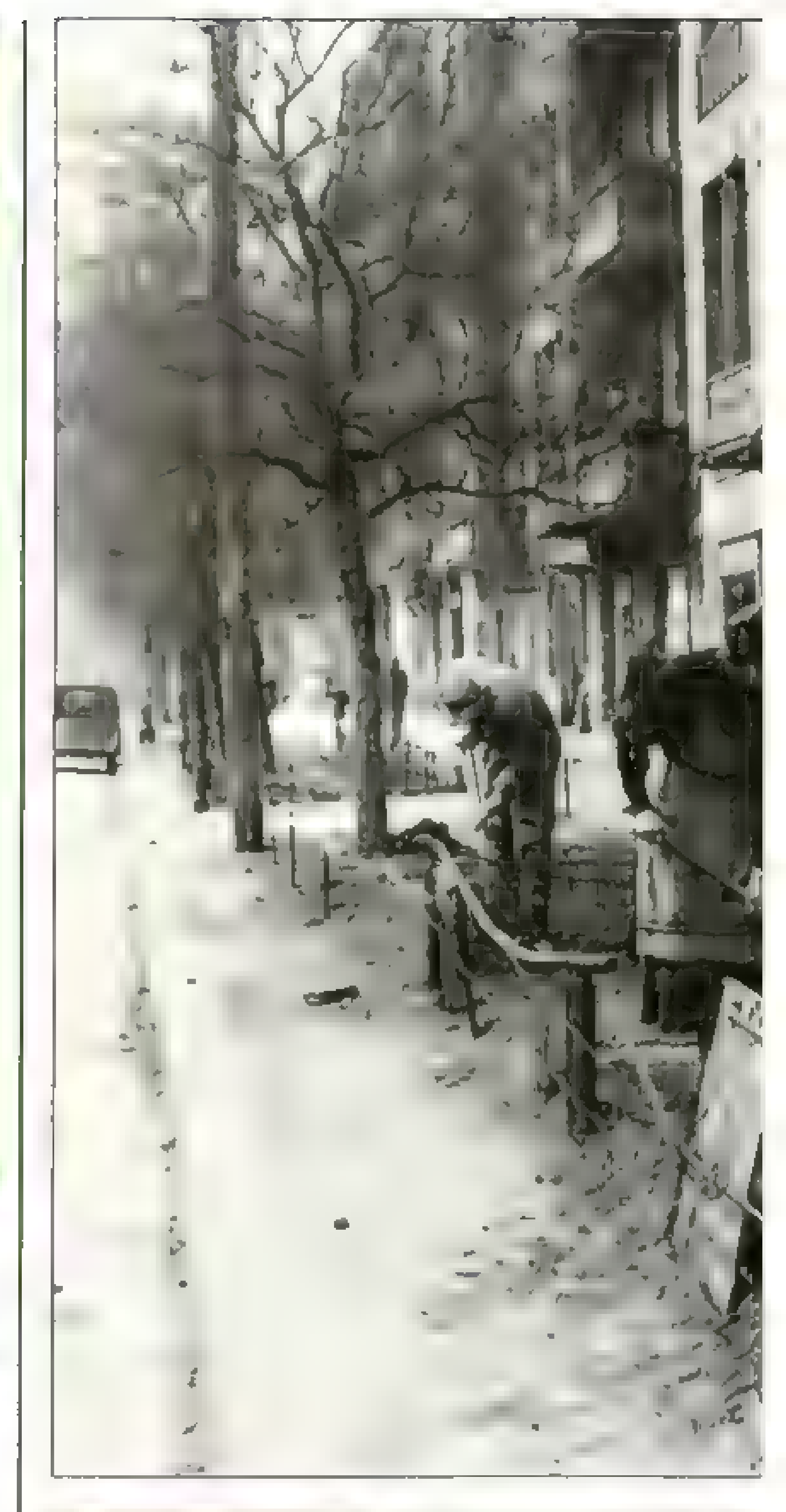
El problema de los abastecimientos

Antes de que empezara el bloqueo, todos los alimentos estaban racionados en Berlín. El promedio nutritivo era de 1.800 calorías por persona, llegando a 2.500 en el caso de los obreros encargados de los trabajos pesados, que representaban el 4 % de la población. En noviembre de 1948, un estudio efectuado por los expertos en dietética permitió elevar el racionamiento en un 15 %, a pesar de que el tonelaje transportado sólo aumentó en un 8,2 %.

La lista de provisiones era extensa y variada. Diariamente eran necesarias 1.304 toneladas de víveres: 586 toneladas de trigo y harina, 113 de otros cereales, 58 de grasas, 99 de carne y pescado, 163 de patatas deshidratadas (lo que suponía un ahorro de 80 viajes, ya que de ser frescas habrían sido 816 las toneladas que se hubieran precisado diariamente), 77 de azúcar, 10 de café, 21 de leche en polvo, 3 de levadura fresca, 131 de verduras deshidratadas, 34 de sal y 9 de queso.

A estas cantidades hay que añadir el suministro a las tropas de ocupación (que sólo para los británicos suponía 36 toneladas diarias), el carbón, el combustible líquido (esencial para mantener los servicios públicos, las industrias y la calefacción doméstica), el papel para los periódicos, las materias primas para el funcionamiento de las fábricas, la ropa de vestir, el calzado, el material sanitario y los productos farmacéuticos.

Los ahorros más importantes se obtuvieron al reducir el peso de los alimentos, ya que el transportarlos deshidratados significaba rebajar el 40 % del tonelaje diario para el mismo valor alimentario. (Para compensar las pérdidas debidas a la falta de verduras frescas se distribuían tabletas de vitamina C.) También se estudió la reducción del peso de los envases, que para algunos alimentos que iban en cajas de madera o en latas representaba una cuarta parte del total, y se rebajó en un 6 %.





Arriba, vecinos de la Fasanenstrasse, en el sector británico, cultivan en la acera de la calle las verduras necesarias para suplir el déficit vitamínico de los alimentos deshidratados que recibían a través del puente aéreo

Abajo y a la derecha operaciones de carga y descarga. El éxito del puente aéreo se debió tanto a la eficaz labor realizada por el personal de tierra como al profesionalismo de las tripulaciones. Cada minuto y medio se producía el despegue o aterrizaje de un avión y cientos de hombres se ocupaban de las tareas de carga y descarga en un tiempo record. Los víveres, sobre todo los cereales y las hortalizas deshidratadas, constituían la principal carga

apariencia de normalidad ciudadana en un momento en que las restricciones eléctricas y otras privaciones auguraban un sombrío porvenir. En noviembre de 1948, como prueba de un pueblo que se crecía ante la adversidad, tuvo lugar la inauguración de la Universidad Libre de Berlín.

En todas cuantas ocasiones fueron necesarias, el burgomaestre Reuter buscó la comunicación directa con los berlineses, hablándoles y animándoles a la resistencia contra la imposición soviética, y exhortándoles a mostrar al mundo la fuerza que una comunidad cercada y en dificultades era capaz de extraer de la decisión de resistir.

Solidaridad

A lo largo del bloqueo, los ciudadanos de Berlín se acostumbraron al roncar de los aviones que entraban y salían continuamente de los aeródromos. Ellos eran el cordón umbilical que les unía con un mundo que, por solidaridad, había volcado sus recursos para ayudar a un pueblo aislado en lo geográfico pero unido en lo moral. De todas partes llegaban mensajes de estímulo, pero tal vez ninguno resonó con tanta energía como las palabras pronunciadas por el laborista Ernest Bevin, ministro de Asuntos Exteriores británico, cuando dijo: «Nunca capitularemos ante Berlín.»

Con lluvia, con niebla, con nieve, los aviones del puente aéreo, tripulados por pilotos británicos, americanos, canadienses, australianos, neozelandeses y sudafricanos, aseguraron la supervivencia de los berlineses y colaboraron en sus viajes de retorno a la evacuación de enfermos y de niños, a quienes las autoridades de las potencias occidentales dieron refugio para ahorrarles las penalidades del bloqueo-asedio. Entre el 20 de septiembre de 1948 y el 20 de mayo de 1949 fueron evacuados 8.000 niños a la zona británica, 5.000 a la americana y 1.000 a la francesa

Dos bloques enfrentados

A finales de 1948, las potencias occidentales, reunidas en Londres, acordaron la creación de una Asamblea Constituyente en Alemania para que estruc-



Popperfoto



AGE



AGE

turase al país según un modelo de república federal y procediera a redactar la Constitución del nuevo Estado. Para entonces, el peligro de un golpe soviético que pudiera alterar la situación de Berlín se había alejado. Pero la evidencia de que el puente aéreo había tenido a raya la amenaza del Este hizo que los rusos reaccionaran. Obligaron a la incipiente administración alemana, con todos sus organismos burocráticos, a abandonar sus sedes (que, casualmente, estaban situadas en el sector ruso) y convirtieron su sector en la capital de Alemania Oriental.

La división en dos bloques antagónicos se había consumado. Ante la expansión del área de influencia soviética y tras el golpe de fuerza comunista de la primavera de 1948 en Checoslovaquia, los países occidentales firmaron en Bruselas un tratado de alianza y cooperación, primer paso político hacia una comunidad de países europeos. En este mismo sentido, en abril de 1949 se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en la que ingresaron los países signatarios del Tratado de Bruselas (Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Holanda y Luxemburgo), a los que después se unieron Dinamarca, Islandia, Noruega, Italia, Portugal, Canadá y Estados Unidos. La formación del bloque defensivo occidental sería una de las consecuencias del bloqueo.

El fin del bloqueo

Los efectos disuasorios del tratado no se hicieron esperar. En mayo de 1949 circularon las primeras noticias indicativas de que los rusos iban a levantar el bloqueo. Y así fue. El 11 de mayo se autorizó la salida del primer tren con destino a Berlín. En él viajaron periodistas de los más importantes rotativos del mundo, deseosos de reconstruir para sus lectores el momento de la reanudación de las comunicaciones terrestres. Poco a poco se fue reemprendiendo la circulación. Sin embargo, el puente aéreo siguió funcionando hasta agosto, toda vez que los soviéticos continuaron cortando el tráfico bajo cualquier pretexto y de la manera más inopinada, tanto por carretera como por ferrocarril.

EFE



Arriba, berlineses del sector soviético pasan al lado occidental aprovechando la apertura de la frontera con motivo del «Día de la Paz» (octubre de 1949). El propósito de los rusos era atraer a los ciudadanos del sector occidental a la fiesta pero el resultado fue el inverso. Durante el bloqueo, las autoridades soviéticas presionaron psicológicamente a los habitantes del sector oeste para que se decidieran a pasar masivamente a su zona de ocupación: unas cien mil personas aceptaron la oferta.

Abajo, muchachos en la sala de espera de Tempelhof. Muchos de ellos fueron evacuados en los días del bloqueo

AGE

Balance de la operación Vittles

El puente aéreo duró 403 días, en los que se trasportaron 2.223.000 toneladas de mercancías, en un total de 266.700 vuelos, que sumaron más de 750.000 horas voladas. De estos totales, correspondieron 1.609.750 toneladas en 172.044 vuelos y 530.891 horas a los norteamericanos y el resto a los británicos.

El costo de la llamada operación Vittles, el puente aéreo de suministros a Berlín, fue de 9 millones de libras esterlinas a cargo de Gran Bretaña y de 238 millones de dólares a cargo de Estados Unidos.

Dadas las circunstancias en que se desarrolló, la operación tuvo que pagar su tributo en vidas humanas. Los británicos sufrieron siete accidentes, con un total de veintitrés víctimas. Los americanos tuvieron nueve accidentes, que ocasionaron treinta y un muertos. Por parte alemana, siete pasajeros perdieron la vida. El promedio general fue de una víctima por cada 12.000 horas de vuelo.

El puente aéreo ratificó la importancia de las fuerzas aéreas y demostró sus ilimitadas posibilidades para avituallar a una gran ciudad. Por otra parte, el dispositivo de defensa creado por las potencias occidentales como resultado de la crisis berlinesa, demostró su eficacia. Cuando un año después —en 1950— la «guerra fría» se caldeó en los aledaños del paralelo 38, en la lejana Corea, el *statu quo* creado en el hemisferio occidental se mantuvo sin que nada ocurriera. Esta fue la lección del primer enfrentamiento entre el Este y el Oeste, que tuvo por escenario la ciudad de Berlín y como apuesta el destino de sus habitantes.

La formación de la OTAN

División del mundo, «guerra fría» y política de bloques

Mateo Madridejos,
periodista, subdirector de la *Hoja del Lunes* de Barcelona

Propaganda ideológica, política de prestigio, rearme y alianzas supranacionales fueron componentes de la «guerra fría». La OTAN nació como barrera para contener al comunismo en Europa. En la fotografía, desfile de las fuerzas estacionadas en Berlín Occidental

El Tratado del Atlántico Norte (Washington, 4 de abril de 1949) consagró la división del mundo en dos bloques antagónicos, rompió con el aislacionismo tradicional norteamericano y señaló el comienzo de un nuevo sistema bipolar en el que Europa Occidental quedó subordinada militar y económicamente a Estados Unidos. Firmado un mes antes de que la Unión Soviética levantara el bloqueo de Berlín, el también llamado Pacto Atlántico fue una consecuencia directa de la «guerra fría».



EFE

Dos puntos de vista sobre la «contención»

La definición

«Resulta evidente que el elemento principal de toda política de Estados Unidos frente a la URSS debe ser una contención a largo plazo, paciente, pero firme y vigilante de las tendencias expansionistas de los soviéticos (...), a fin de oponerles una resistencia inalterable en cada punto en que amenacen o intenten amenazar los intereses de un mundo pacífico y estable (...). Una política exterior prudente y sagaz puede servir para persuadir a los dueños del Kremlin de que su gran designio es fútil e inalcanzable y que, aferrándose a él, no tienen ninguna seguridad de superar sus propias dificultades y dilemas. ¿Quién puede asegurar que la fuerte luz que irradia desde el Kremlin sobre los pueblos insatisfechos del mundo occidental no es sino el potente fulgor de una constelación que empieza a declinar? (...). Persiste la posibilidad de que la potencia soviética lleve en sí el germen de su propia decadencia.»

(*FUENTE:* The Sources of Soviet Conduct, *artículo firmado por «X» —George F. Kennan— y publicado en la revista* Foreign Affairs *en julio de 1947.*)

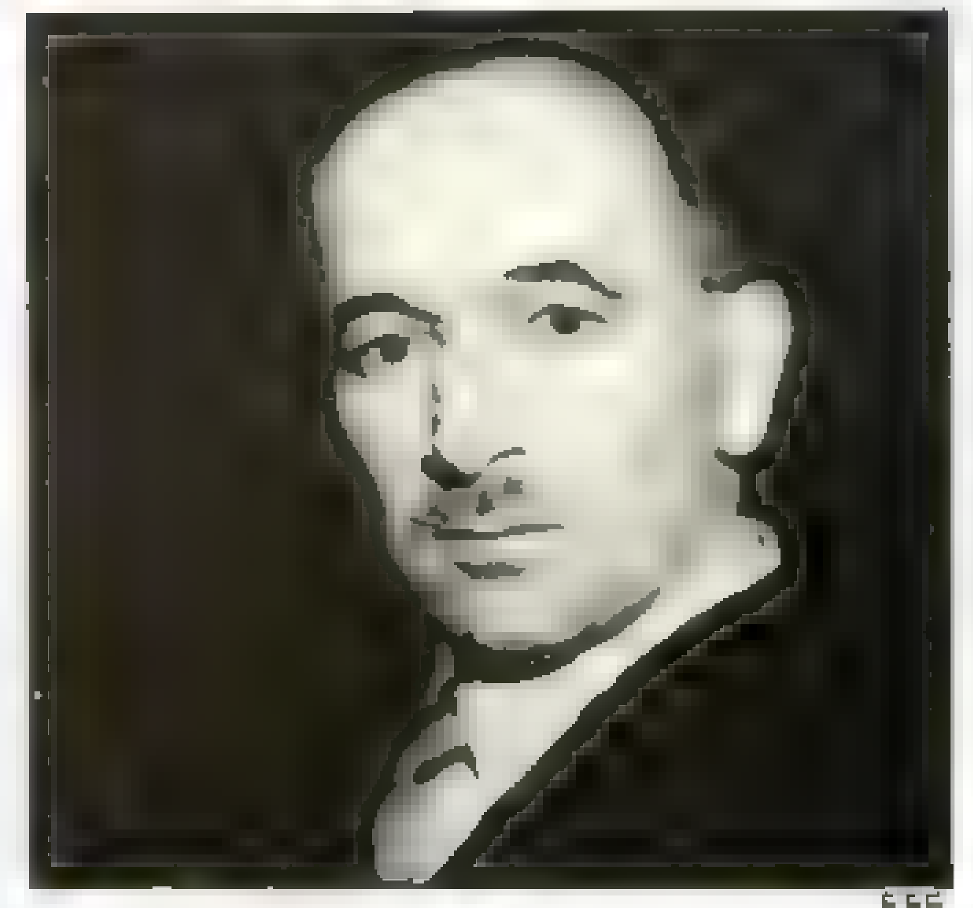
Una réplica

«La política de contención sólo puede llevarse a cabo indirectamente, o sea, reclutando, financiando y apoyando a una heterogénea colección de satélites, clientes, subordinados y títeres (...) que rodeen a la Unión Soviética (...). Con frecuencia actuarán movidos por sus propias razones, enfrentándonos a crisis para las que no estamos preparados. Las inexpugnables barreras *(erigidas en torno a la URSS) nos obligarán a afrontar una interminable serie de dilemas insolubles. O bien tendremos que abandonar a nuestros títeres, lo que equivaldría al apaciguamiento, la derrota o la pérdida de la faz, o bien tendremos que apoyarlos a costa de graves inconvenientes, en cuestiones imprevistas y desagradables.»*

(*FUENTE:* The Cold War A Study in I. S. Foreign Policy, *Walter Lippmann, Nueva York, Harper and Brothers, 1947.*)



EFE



EFE



«El Pacto Atlántico es hijo de Stalin», gustaba decir el socialista belga Paul Henri Spaak, que fue uno de sus negociadores, para significar el clima de temor e incertidumbre en que vivían los países de Europa Occidental cuando fue firmado en Washington. Desde que Churchill había dado la voz de alarma en su célebre discurso de Fulton (Missouri), el «telón de acero» se había reforzado y amenazaba con expandirse.

La doctrina Truman, de ayuda a los países presuntamente en peligro por la expansión del comunismo, y su corolario, el plan Marshall, para la recuperación económica de Europa, rechazado airadamente por la URSS, subrayaron en 1947 la ruptura de la coalición antihitleriana y el grave deterioro de la situación internacional.

Forcejeo entre dos bloques

En Europa Oriental se había cumplido inexorablemente la confidencia de Stalin a Tito: «Esta guerra no se parece a las del pasado. Quien ocupa un territorio impone allí su propio sistema social. Todos imponen sus respectivos sistemas hasta donde sus ejércitos pueden avanzar.» En Polonia, Bulgaria, Rumania y Hungría, los partidos comunistas, con el respaldo del Ejército Rojo, no sólo tomaron el poder, sino que liquidaron a las otras fuerzas políticas, incluidos los partidos socialistas.

En Europa Occidental, el propósito anglosajón de restaurar el liberalismo sobre las ruinas de la guerra tropezaba con múltiples obstáculos, ya que las fuerzas conservadoras y las antiguas clases dirigentes, acusadas de graves responsabilidades en el desastre, cuando no de complacencia ante el fascismo, permanecían a la defensiva frente al ímpetu liberador y revolucionario instrumentalizado por los partidos comunistas y sus aliados ocasionales.

La pugna territorial y estratégica quedaba con frecuencia en un segundo plano ante la virulencia de la disputa ideológica, y el desacuerdo doctrinal, al ser insalvable, provocaba una desconfianza generalizada sobre las intenciones del potencial adversario. Tras la violenta campaña que promovieron contra el plan Marshall, los ministros comunistas fueron expulsados de los gobiernos de Francia e Italia, pero persistió la psicosis de «quinta columna» que se respiraba en los ambientes oficiales.

Una estrategia de «contención»

La ayuda económica de Estados Unidos fue acompañada por una ofensiva ideológica entre cuyas formulaciones destaca la que apareció en el número de julio de 1947 de la revista *Foreign Affairs*, en un artículo del diplomático George F. Kennan (firmado «X»), experto en «Kremlinología» y a la sazón jefe de planificación del departamento de Estado. Además de analizar las motivaciones de la política exterior soviética, el artículo en cuestión expuso



Keystone/F. X. Rafols



EFE

En la página anterior, arriba, Paul-Henri Spaak, defensor de la alianza Europa-EE UU.

En la página anterior abajo, Eduard Benes presidente (1935-38 y 1945-48) de la República de Checoslovaquia hasta el golpe de Estado de Klement Gottwald (sobre estas líneas), que convirtió al país en una república comunista bajo el control de la URSS.

En ambas páginas, Atenas, 1948. Sofocada la guerrilla comunista (1949), Grecia se adhirió a la OTAN (1952).

En esta página, a la derecha, huelga de ferrocarriles en París: los viajeros esperan ante la estación de Saint-Lazare. La lucha obrera puso en guardia a los gobiernos de Europa Occidental frente a la influencia soviética.



Keystone/F. X. Rafols

la urgencia de aplicar una estrategia de *containment* («contención») del comunismo en cualquier lugar del mundo en que éste se mostrara agresivo o amenazante.

Esta nueva doctrina, que según su autor no implicaba el recurso a las soluciones militares, contenía los gérmenes del compromiso mundial de Estados Unidos, de su actuación como gendarme del universo, de acuerdo con la profecía cumplida de Walter Lippmann sobre los efectos desastrosos de la «guerra fría» y la proliferación de las dictaduras con el pretexto del anticomunismo. En Estados Unidos, la libertad de disentir se vio muy pronto sofocada por el macartismo.

Creación de la Kominform

La respuesta soviética fue contundente. Reunidos en Polonia, los principales partidos comunistas anunciaron el 5 de octubre la creación de una Oficina de Información (Kominform) para fortalecer su unidad ideológica. El comunicado fundacional denunció «la creciente agresividad del mundo capitalista», analizó la doctrina de los «dos campos» irreductiblemente antagónicos e insistió en el dogma estalinista de «una crisis definitiva del capitalismo».

La creación de la Kominform, a la que pertenecían los partidos comunistas francés e italiano, fue interpretada en Occidente como una resurrección de la Komintern. Con el Ejército Rojo acampado en el corazón de Europa, las huelgas insurreccionales del otoño de 1947 provocaron el pánico en el gobierno francés, que llamó a filas a más de 80.000 reservistas para mantener el orden y el funcionamiento de los sectores vitales de la economía. El general De Gaulle advirtió sombríamente: «Los nuevos cosacos están de París a una etapa de la vuelta a Francia.»

Tras el fracaso de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los «cuatro grandes», reunida en Londres, y ante el creciente encono del problema alemán, Ernest Bevin, en un discurso en los Comunes (22 de enero de 1948), imprimió un cambio importante a la diplomacia laborista al denunciar el expansionismo de la URSS y propugnar la creación de un bloque occidental para combatir tanto la miseria cuanto la amenaza comunista.

El «golpe de Praga»

Los acontecimientos más dramáticos se produjeron en Praga. Seguros de la neutralidad del ejército y del apoyo soviético, los comunistas checoslovacos utilizaron los sindicatos y las milicias populares para dar un golpe de Estado incruento. Amedrentados y paralizados los socialdemócratas, el presidente Benes, sometido a insoportables presiones, entregó el gobierno al comunista Gottwald (25 de febrero de 1948). Los aliados occidentales publicaron una nota conjunta para «condenar una evolución cuyas consecuencias sólo pueden ser desastrosas», pero la


EFE



verdad es que no podían probar la intervención soviética ni tenían el propósito firme de impedir que el pueblo checoslovaco fuera sometido a un nuevo despotismo

El «golpe de Praga» exacerbó los ánimos, aceleró la ruptura europea y llevó a su paroxismo la pugna ideológica. El general Clay, que mandaba las tropas norteamericanas en Alemania, telegrafió a Washington para comunicar la impresión de que «la guerra puede producirse con súbita y dramática rapidez». A mediados de marzo, la CIA entregó un informe al presidente Truman en el que aseguraba que «la guerra no es probable en sesenta días».

Estados Unidos abandonan el aislacionismo

El primer fruto del miedo y de la cooperación occidental fue el Tratado de la «Unión occidental» o de Bruselas, firmado el 17 de marzo de 1948 por los ministros de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Suscrito para un período de 50 años, los signatarios se comprometieron a prestarse ayuda «contra todo agresor» y, por primera vez en tiempos de paz, crearon un organismo militar permanente: un Estado Mayor interaliado que se instaló en Fontainebleau.

No obstante, los gobiernos de Londres y París estaban persuadidos de que la participación de Estados Unidos, que disponía entonces del monopolio atómico, era indispensable para consolidar su voluntad de resistencia, y así lo hicieron saber a Washington con la propuesta de una alianza militar. Ante esta petición, bien acogida por Truman, el departamento de Estado inició los estudios en torno a los problemas de seguridad en el Atlántico Norte, con la colaboración de los senadores Vandenberg (republicano) y Connally (demócrata).

La Resolución Vandenberg

De estos estudios surgió la resolución 329, conocida como Resolución Vandenberg, que fue aprobada por el Senado (64 votos a favor y 4 en contra) el 11 de junio de 1948 e implicó un giro copernicano en la política exterior. Por primera vez en tiempos de paz, abandonando la tradición aislacionista, autorizó la entrada de Estados Unidos en una alianza fuera del continente americano, «por vía constitucional, con medidas regionales o colectivas, fundadas sobre la ayuda individual y mutua, efectiva y continua». Estados Unidos reconocía que la amenaza soviética sobre Europa ponía en peligro su propia seguridad y sus intereses vitales.

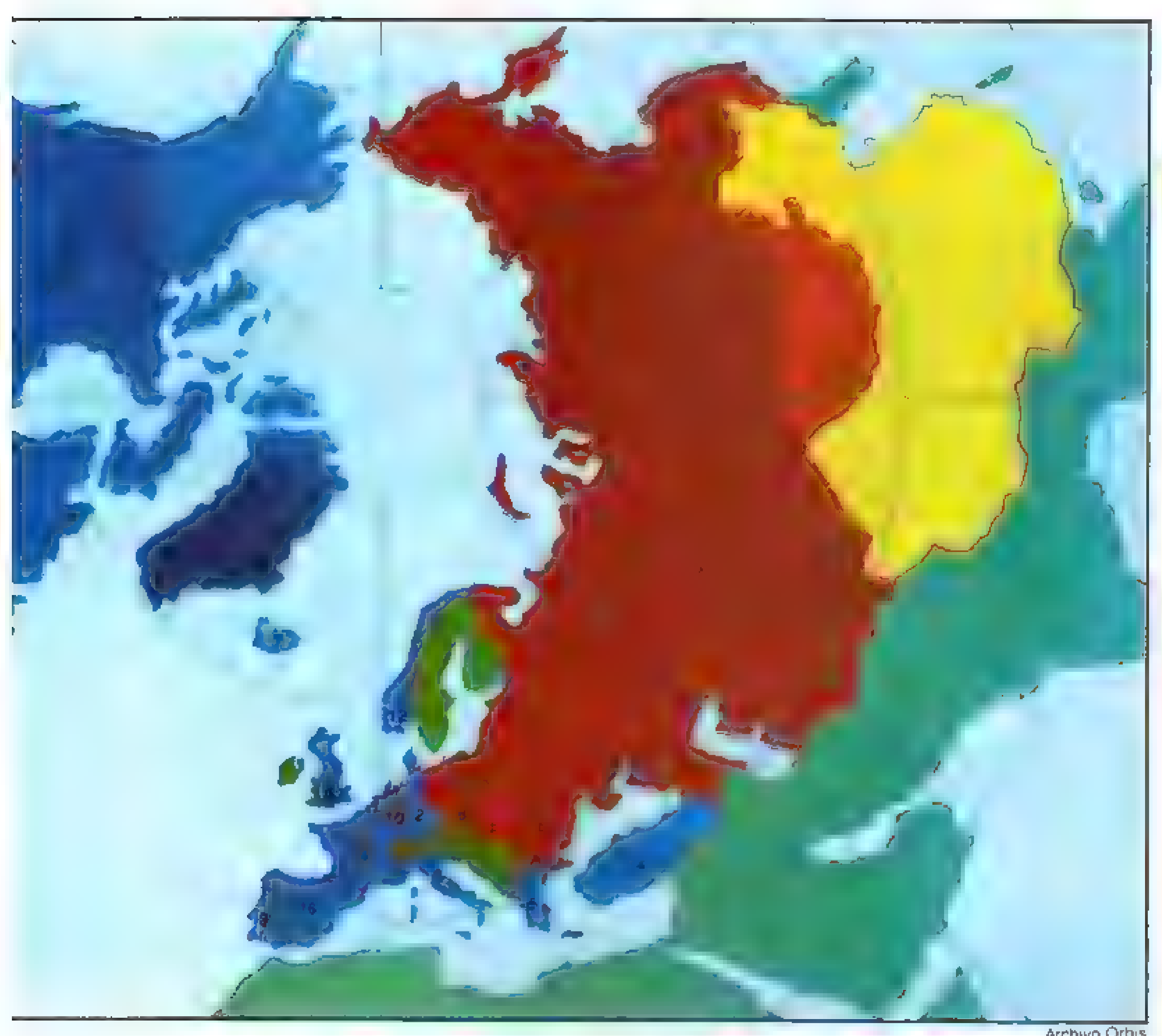
Alianza defensiva

Espoleados por el bloqueo de Berlín y la expulsión de Yugoslavia de la Kominform, el subsecretario de Estado norteamericano, Robert A. Lovett, y los embajadores en Washington de los países signatarios del Tratado de Bruselas, más el de Canadá, iniciaron las conversaciones a principios de julio sobre la constitución de una alianza defensiva.

Tras el paréntesis impuesto por las elecciones presidenciales, que aseguraron la continuación de Truman, las negociaciones definitivas sobre el Tratado del Atlántico Norte comenzaron en Washington el 10 de diciembre y llegaron rápidamente a una conclusión satisfactoria. El 15 de marzo, las potencias negociadoras invitaron a adherirse a Dinamarca, Islandia, Italia, Noruega y Portugal. Irlanda y Suecia, también consultadas, prefirieron mantener su tradicional neutralidad, si bien Estocolmo hizo saber que cambiaría de actitud si la URSS no respetaba la independencia de Finlandia. La candidatura de España, apoyada por el Pentágono, no prosperó por la oposición de París y Londres.

El Tratado del Atlántico Norte

El texto del tratado fue divulgado por los norteamericanos antes de la



Archivo Orbis

firma, sin duda para poner a prueba a los soviéticos. La reacción del Kremlin fue verbalmente virulenta, pues, en un memorándum dirigido a todos los futuros signatarios, denunció «el carácter manifiestamente agresivo» del pacto, al que consideró contrario a los acuerdos de Potsdam y en flagrante contradicción con la Carta de las Naciones Unidas y los tratados anglosoviético y francosoviético. Los gobiernos occidentales rechazaron las alegaciones soviéticas, y el Tratado del Atlántico Norte o Pacto Atlántico fue firmado finalmente en Washington, el 4 de abril de 1949, por los ministros de Asuntos Exteriores de Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega, Portugal y Reino Unido, en una solemne ceremonia celebrada a los acordes de *Just hands across the seas*.

Radio Moscú llegó a decir que el Pacto Atlántico era una declaración de guerra contra la URSS, y los partidos comunistas, en el poder o en la oposición, vituperaron el «bloque agresivo». Los socialdemócratas fueron negociadores y partidarios exaltados del tratado, pero el socialista italiano Pietro Nenni, antes de su conversión, predicó el combate contra un pacto al que comparó con la Santa Alianza. En infe-



Keystone/F. X. Rafols

En la página anterior formación de aviones de transporte americanos volando sobre Alemania Occidental. Suspendidos el estado de guerra (1951) y el estatuto de ocupación (1952), la República Federal Alemana entró a formar parte de la OTAN (1955) a cambio de renunciar a las llamadas armas ABC (atómicas, bacteriológicas y químicas).

Mapa de distribución de las áreas geográficas bajo control de la OTAN y del Pacto de Varsovia. Pertenecen a la OTAN: 1. Bélgica, 2. Rep. Fed. Alemana, 3. Dinamarca, 4. Francia, 5. Grecia, 6. Gran Bretaña, 7. Islandia, 8. Italia, 9. Canadá, 10. Luxemburgo, 11. Holanda, 12. Noruega, 13. Portugal, 14. Turquía, 15. EE UU., 16. España. Pertenecen al Pacto de Varsovia: A. Bulgaria, B. Checoslovaquia, C. Rep. Dem. Alemana, D. Polonia, E. Rumania, F. Hungría, G. Unión Soviética.

En esta página, abajo, Dwight D. Eisenhower. En 1950, el presidente Truman le confió el mandato de las fuerzas del Pacto Atlántico.

Análisis del tratado

El Tratado del Atlántico Norte desborda el marco clásico de una alianza militar concebida para prevenir la agresión. Propugna una acción común y permanente para la colaboración política, económica y social, cuyos objetivos finales son la defensa de una civilización fundada en los principios del liberalismo y el bienestar de los pueblos de los países signatarios.

Según lo previsto en el artículo 51 de la Carta de la ONU, el tratado refuerza el sistema de seguridad colectiva, y está inspirado por el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Río de Janeiro, 1947). Su estructura jurídica era, inicialmente, bastante rudimentaria, pues si bien el artículo 5 estableció el principio de la solidaridad máxima en caso de ataque armado, cada país debía apreciar cuál sería su ayuda al agredido.

La acción común se justifica por el ejercicio del derecho natural de legítima defensa individual o colectiva, sin menoscabo de la responsabilidad que compete al Consejo de Seguridad de la ONU en el mantenimiento de la paz.

Orgánicamente, el tratado se limitó a establecer un Consejo Atlántico como autoridad suprema, integrado por los representantes ministeriales o permanentes de los Estados miembros, con facultad para crear «los organismos subsidiarios que puedan ser necesarios». En virtud de esa autorización, se creó un Comité de Defensa que después se llamó Comité de Planes de Defensa.

El refuerzo de las instituciones colectivas, tanto civiles como militares, no previstas expresamente en el texto del tratado, tiene su origen en la guerra de Corea, ante el temor de que el conflicto asiático pudiera reproducirse en Alemania. En una reunión celebrada en diciembre de 1950, el Consejo Atlántico decidió crear una Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y una «fuerza militar integrada», con el general Eisenhower como primer comandante supremo.



EFE

El presidente Truman firma el Tratado del Atlántico Norte, detrás suyo, Louis Johnson, secretario de Defensa, y Dean Acheson, secretario de Estado. Los aliados occidentales llegaban a un compromiso para la mutua defensa en caso de un ataque armado en Europa o Norteamérica

rioridad militar, la URSS se adaptó rápidamente a la nueva situación: el 11 de mayo levantó el bloqueo de Berlín y en julio abandonó prácticamente a los comunistas griegos, que desde 1944 llevaban a cabo una guerra revolucionaria.

Una «fuerza militar integrada»

Si el «telón de acero» había asegurado a la URSS una zona de influencia exclusiva en Europa Oriental, el Pacto Atlántico consagró la supremacía de Estados Unidos. Sobre las ruinas del antiguo sistema europeo se levantaba un nuevo sistema que muy pronto tuvo que soportar grandes tensiones periféricas. Fiel al ritmo pendular de su diplomacia, la URSS encendió la mecha en Extremo Oriente. Los occidentales replicaron a la guerra de Corea con la creación de una «fuerza militar integrada», una Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que iba a configurarse como la proyección natural de la alianza

Cronología

1946

16. III: *discurso de Churchill en Fulton (Missouri). Denuncia por primera vez el «telón de acero» que ha caído sobre Europa*

1947

4. III: *tratado de Dunkerque entre Francia y Gran Bretaña*
12. III: *discurso de Truman ante el Congreso, en el que promete ayuda a los pueblos que resistan «los intentos de sojuzgarlos por parte de minorías armadas o presiones exteriores» (doctrina Truman)*
5. VI: *el secretario de Estado, George Marshall, lanza el plan que lleva su nombre en un discurso pronunciado en Harvard*

1948

22-25. II: *los comunistas toman el poder en Checoslovaquia*
17. III: *tratado de Bruselas entre Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda y Luxemburgo*
11. VI: *el Senado de Estados Unidos adopta la llamada Resolución Vandenberg*
24. VI: *comienza el bloqueo de Berlín*
28. VI: *Yugoslavia, expulsada de la Kominform.*
25-26. X: *el Consejo Consultivo del Tratado de Bruselas anuncia «una completa identidad de puntos de vista en lo concerniente al principio de un pacto defensivo del Atlántico».*

1949

18. III: *publicación del texto del Tratado del Atlántico Norte.*
31. III: *memorándum soviético contra el Pacto Atlántico*
4. IV: *firma del Tratado del Atlántico Norte en Washington*
11. V: *termina el bloqueo de Berlín*
24. VIII: *entra en vigor el Tratado del Atlántico Norte*
17. IX: *el Consejo del Atlántico Norte celebra su primera reunión en Washington*

El macartismo

La «caza de brujas» en Estados Unidos

Román Gubern,
Catedrático de Ciencias de la Información, Universidad de Barcelona

Al finalizar la década de los años 40, el miedo al comunismo se tradujo en Estados Unidos en una obsesiva persecución de los sospechosos de espionaje al servicio de la URSS o de profesar ideas izquierdistas. Abajo, manifestación anticomunista en la ciudad de Nueva York

Entre 1947 y 1954, el Comité de Actividades Antiamericanas, inspirado por el senador Joseph R. McCarthy, protagonizó en Estados Unidos una serie de episodios de represión política anticomunista. En un clima propiciado por la «guerra fría», miles de personas sospechosas de ideología izquierdista fueron sometidas a investigaciones y represalias por el departamento de Estado, el FBI, el departamento de Justicia e incluso por el Tribunal Supremo.



EFE

McCarthy, el Gran Inquisidor

Nacido en Grand Chute (Wisconsin), en 1909, Joseph R. McCarthy era un abogado histriónico y efectista. Elegido senador en 1947, fue el organizador del Comité de Actividades Antiamericanas del Senado, y su influencia política creció como la espuma durante los años de la «guerra fría». Demagogo anticomunista, llegó a conseguir que el general George Marshall y el secretario de Estado Dean Acheson comparecieran ante el Senado para jurar que no habían pensado reconocer al gobierno de China comunista. Sus acusaciones a miembros de la Administración y del Ejército inquietaron seriamente al gobierno del general Eisenhower, nada sospechoso de progresismo. No obstante, Eisenhower fue cauto ante el temible y poderoso senador, y sólo arremetió contra él cuando su causa estuvo perdida. En 1954, refiriéndose a las investigaciones del Comité de Actividades Antiamericanas, el entonces presidente de Estados Unidos manifestó que «si los procedimientos empleados son semejantes a los que utilizan los comunistas, se empezará a no saber quiénes son efectivamente los comunistas».

Tras su intento de probar la infiltración comunista en el Estado Mayor del Ejército, un voto de censura contra él en el Senado dio origen a la investigación que concluyó con su destitución del cargo de senador por la Cámara en 1954. McCarthy murió tres años más tarde en Bethesda, en el estado de Maryland.

EFE

Un precedente: la Comisión Dies

En realidad, el macartismo tiene sus raíces en los movimientos reaccionarios y fascistas surgidos en Estados Unidos en oposición a la política liberal y reformista del New Deal llevada a cabo por el presidente Franklin D. Roosevelt durante los años de la Depresión. En aquella época, figuras como el senador John E. Rankin, de Mississippi, fueron precursoras del talante autoritario e intolerante de Joseph R. McCarthy en la posguerra. Bajo la presión de políticos como Rankin, la Cámara de Representantes creó, en 1938, el Comité de Actividades Antiamericanas, conocido entonces como Comisión Dies, por el nombre de su presidente, Martin Dies. Entre las gestiones de la Comisión Dies figuró la investigación sobre las opiniones políticas en círculos intelectuales y universitarios, donde eran manifiestas las simpatías izquierdistas.

El final de la Segunda Guerra Mundial abrió una nueva era en la historia política, basada en el antagonismo de dos grandes bloques con sistemas socioeconómicos dispares. En 1945, John E. Rankin resucitó a la Comisión Dies, cuyo mandato estaba a punto de expirar, y consiguió hacer de ella una comisión permanente de la Cámara de Representantes, presidida por él y por el republicano J. Parnell Thomas.

Escalada represiva

El 12 de marzo de 1947, el presidente Truman, en un famoso discurso ante el Congreso, prometió ayudar económica y militarmente a los países amenazados por el comunismo. Nueve días después aprobó el Programa de Leal-



Archivo Vendrell

En esta página, arriba el senador McCarthy organizador del Comité de Actividades Antiamericanas y principal responsable del régimen de terror conocido como «caza de brujas» abajo, Richard Nixon futuro presidente de EE UU y miembro destacado del Comité

En la página siguiente Ethel y Julius Rosenberg se besan, esposados, en la prisión de Sing Sing. Juzgados por espionaje en favor de la Unión Soviética, en 1953 fueron ejecutados en la silla eléctrica a pesar de la intensa campaña internacional por salvar sus vidas



Papa

El caso Rosenberg

El proceso (1950-53) seguido en Estados Unidos contra el matrimonio Rosenberg, acusado de espionaje atómico, fue el más polémico y dramático de la «guerra fría». Desde principios de los años 40, Julius Rosenberg (1918-53), ingeniero electrónico, transmitió información militar a un agente soviético con la colaboración de su esposa Ethel (1921-53) y la cooperación del hermano de ésta, David Greenglass, que trabajaba como mecánico en el centro nuclear de Los Alamos (el lugar donde se crearon las primeras bombas atómicas). En 1950, los Rosenberg y sus cómplices fueron arrestados por el FBI. Acusados de espionaje atómico en favor de la Unión Soviética, fueron declarados culpables sin pruebas suficientes y condenados a muerte el 5 de julio de 1951, como consecuencia del testimonio de David Greenglass, principal acusador de su hermana y su cuñado. (Su actitud le valió a Greenglass la indulgencia del jurado, que sólo le condenó a 15 años de prisión.) A pesar de las apelaciones y de la gran campaña de protesta internacional que desencadenó el caso, los Rosenberg fueron ejecutados en la silla eléctrica de la prisión de Sing Sing el jueves 19 de junio de 1953.

La condición de espías de los Rosenberg quedó luego probada, pero el desarrollo del juicio y la brutalidad de la condena fueron un claro exponente del clima de delaciones, miedo y represión anticomunista impuesto por el macartismo.

tad de Empleados Federales *(Federal Employees Loyalty Program)*, destinado a descubrir a los funcionarios sospechosos de «deslealtad» política. A partir de este momento, la «guerra fría» llegó a su punto de máxima tensión con el bloqueo de Berlín (1948), la creación de la alianza militar del Tratado del Atlántico Norte (1949), el estallido de la primera bomba atómica soviética (1949) y, finalmente, la guerra de Corea (1950-53). En este contexto, con un exacerbado anticomunismo en alza, tuvieron lugar el proceso contra el diplomático Alger Hiss, denunciado por espionaje a favor de la URSS y condenado en 1949 a cinco años de prisión, y el celebrado contra los esposos Julius y Ethel Rosenberg, acusados de espionaje atómico y ejecutados en la silla eléctrica en junio de 1953.

Paralelamente a esta actividad judicial, la legislación ultraconservadora prosperaba en el Capitolio con la aprobación de la ley Taft-Hartley (1947), contra las huelgas y de la McCarran Internal Security Act (1950), que ordenaba la inscripción en un registro de toda persona considerada subversiva y preveía su reclusión en campos de internamiento o su expatriación en el caso de que fuera inmigrante.

«Caza de brujas» en Hollywood

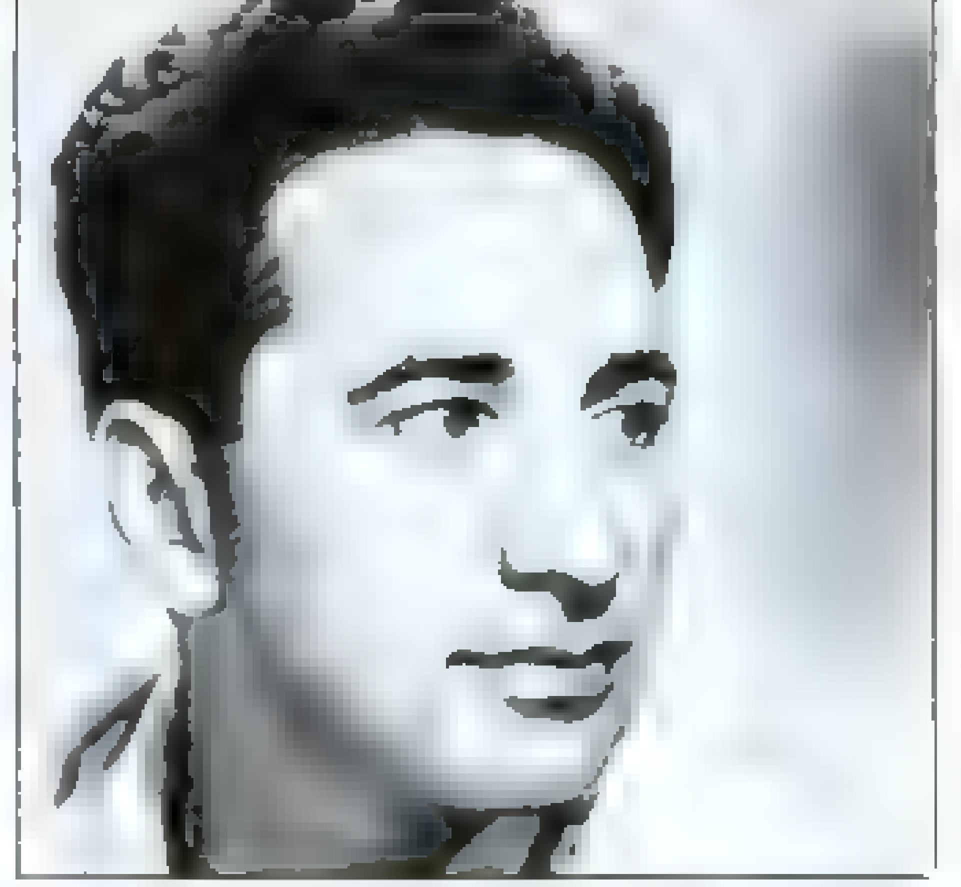
El encrespamiento de la «guerra fría» y la histeria anticomunista condujeron al fenómeno represivo bautizado como «caza de brujas», en evocación de los ritos de paranoia colectiva que antaño se cebaban en supuestos culpables de brujería. Uno de los blancos más propicios para la nueva inquisición política lo constituía la industria del cine por tres razones: los numerosos profesionales —sobre todo, guionistas— procedentes de la inmigración europea, judíos y antifascistas, que coloreaban algunos de sus sectores con un tinte progresista; la influencia social e ideológica que el espectáculo cinematográfico ejercía sobre las masas, y la publicidad que una investigación política sobre esta industria tan llamativa podía otorgar al Comité de Actividades Antiamericanas. En efecto, en marzo de 1947, el Comité, presidido por Parnell Thomas, anunció su intención de investigar la infiltración comunista en el cine. En mayo, varios investigadores se desplazaron a Hollywood e iniciaron sus pesquisas, con la complicidad de algunos miembros de la industria, como el productor Jack L. Warner, muy sensibilizado por las huelgas que habían afectado a los estudios cinematográficos Warner Bros.

El caso Charles Chaplin

Inglés de origen judío que se había negado a nacionalizarse norteamericano y era conocido por sus opiniones progresistas, Charles Chaplin (1889-1977) estaba predestinado a ser una víctima del macartismo. Ya en junio de 1947, John E. Rankin pidió en la Cámara de Representantes que Chaplin fuese expulsado de Estados Unidos y sus films prohibidos en toda la nación. La interrupción de las audiencias en aquel año evitó que Chaplin compareciera entonces ante el Comité de Actividades Antiamericanas, aunque recibió un telegrama indicándole que, más adelante, sería convocado a declarar. Chaplin contestó con otro telegrama en el que decía: «No soy comunista y jamás estuve inscrito en ningún partido ni organización política. Soy lo que se llama un "pacifista". Espero que esto no le sorprenda. Por favor, precíseme en qué fecha debo estar en Washington.» La respuesta fue que su comparecencia era innecesaria.

Sin embargo, cuando en 1952, Chaplin embarcó con su familia para asistir al estreno londinense de Candilejas, *el fiscal general de Estados Unidos, James MacGranery, le anunció en alta mar que acababa de abrirse una investigación sobre sus supuestas actividades «antiamericanas» y que sería internado por los servicios de inmigración a su regreso. Esta noticia le decidió a no regresar a Estados Unidos —así se lo comunicó al cónsul norteamericano en Lausanna en abril de 1953— y a fijar su residencia en Vevey (Suiza) hasta su muerte.*


Archivo Vendrell


Archivo Vendrell


Archivo Vendrell



«Testigos inamistosos»

En septiembre, como resultado de dicha iniciativa, el Comité expidió 41 citaciones destinadas a otros tantos profesionales del cine que deberían comparecer el mes siguiente en Washington para declarar ante ella. Diecinueve de los convocados decidieron inmediatamente oponerse a las actuaciones del Comité por juzgarlas contrarias al espíritu y a la letra de la Constitución. Estos diecinueve, llamados «testigos inamistosos», fueron los escritores o guionistas Alvah Bessie, Bertolt Brecht, Lester Cole, Richard Collins, Gordon Kahn, Howard Koch, Ring Lardner Jr., John Howard Lawson, Albert Maltz, Samuel Ornitz, Waldo Salt y Dalton Trumbo, los directores Herbert J. Biberman, Edward Dmytryk, Lewis Milestone, Irving Pichel y Robert Rossen, el productor Adrian Scott y el actor Larry Parks. Su negativa a responder a las preguntas del Comité acerca de su presente o pasada afiliación política o sindical se basaba en lo establecido en la Primera Enmienda del *Bill of Rights* constitucional, que protege la libertad de credo y de expresión. Por ser extranjero y, por tanto, susceptible de deportación, Bertolt Brecht planteó su defensa sobre una estrategia distinta y aceptó el interrogatorio.

La mayor parte de los profesionales de Hollywood tomaron partido contra el inquisidor Comité. Como réplica crearon el Comité de la Primera Enmienda, en el que figuraban cuatro senadores y casi quinientos intelectuales y profesionales del cine, entre ellos Thomas Mann, Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Gregory Peck, Katherine Hepburn, Myrna Loy, Paulette Goddard, Danny Kaye, Rita Hayworth, Kirk Douglas, Henry Fonda, Burt Lancaster, Vincent Price, Sterling Hayden, Gene Kelly, Lionel Barrymore, John Huston, George Stevens, John Ford, Elia Kazan y Billy Wilder. Una campaña de radio y de prensa y un gran mitin de exaltación democrática organizado por este comité precedió al inicio de las sesiones del Comité de Actividades Antiamericanas, que se inauguraron el 20 de octubre de 1947 y duraron diez días consecutivos. Entre quienes cooperaron abiertamente con el Comité figuraron el director Sam Wood, los actores Adolph Menjou, Robert Taylor, George Murphy, Ronald Reagan, Gary Cooper y la madre de Ginger Rogers, que en ocasiones fueron interrumpidos en sus declaraciones por los aplausos de sus *fans*.

Los «diez de Hollywood»

De los diecinueve «testigos inamistosos», sólo diez declararon: Brecht, que constituyó un caso atípico, Lawson, Cole, Biberman, Lardner, Maltz, Ornitz, Scott, Bessie y Trumbo. La



EFE



EFE



Archivo Vendrell

En la página anterior, arriba, Elia Kazan. Acusado por el Comité, confesó su antigua militancia comunista y delató a quince de sus compañeros, postura que trató de justificar luego en sus películas.

Abajo, Jules Dassin. Tras ser delatado ante el Comité, escogió el exilio y, al igual que Chaplin, Wells y Losey, se marchó a Europa.

En ambas páginas, reunión del Comité de Actividades Antiamericanas en una sala del Senado durante el enfrentamiento entre McCarthy y el Ejército.

En esta página, arriba, manifestación ante el cine donde se estrenó el film anticomunista, El telón de acero (1948).

Abajo, Gary Cooper, colaborador del Comité.

interrupción de las sesiones se debió a la tenaz impugnación que del Comité hicieron tanto los sometidos a su interrogatorio como el Comité de la Primera Enmienda. Por eso, aquellos diez «testigos inamistosos», saludados como héroes democráticos por sus colegas de la industria del cine, se convirtieron en los «diez de Hollywood» *(The Hollywood Ten)*. Pero, al tiempo que las sesiones públicas se suspendían, las presiones políticas dictadas desde los centros financieros y los puestos clave de la industria del cine iban en aumento.

Reunión en el Waldorf Astoria

La deserción de Humphrey Bogart del Comité de la Primera Enmienda señaló la inflexión política en aquella confrontación. El 24 de noviembre tuvo lugar en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York una reunión secreta de dos días, que congregó al alto estado mayor de la industria del cine para unificar sus criterios ante el conflicto. En un comunicado, los reunidos «deploraron» la actuación de los «diez de Hollywood» y manifestaron su voluntad de no emplearlos en sus compañías, a menos que declarasen bajo juramento no ser comunistas.

Aquella misma semana, la Cámara de Representantes decidió, por 346 votos contra 17, autorizar diligencias judiciales contra «los diez de Hollywood» por el supuesto delito de «desacato al Congreso», ya que se habían negado a testificar ante una de sus comisiones. Al mismo tiempo, la industria del cine ponía precipitadamente en marcha un denso ciclo de películas de propaganda anticomunista, iniciado con *El telón de acero (The Iron Courtain*, 1947), de William Wellman, y emprendía una política de presiones y depuraciones acorde con las pautas establecidas en la reunión del Waldorf Astoria.

Dmytryk rectifica

El proceso contra «los diez de Hollywood» se resolvió con sentencias condenatorias de un año de prisión y 1.000 dólares de multa, excepto para Biberman y Dmytryk, que fueron condenados a seis meses de cárcel y 500 dólares de multa. Los encausados apelaron ante el Tribunal Supremo, pero el fallecimiento de dos jueces de tendencia liberal se tradujo en una negativa formal a revisar las sentencias y, por consiguiente, fueron encarcelados. Los hechos que siguieron a esta victoria jurídica del Comité de Actividades Antiamericanas amplificaron las dimensiones del descalabro para sus oponentes. A finales del verano de 1950, Edward Dmytryk difundió desde la cárcel una rectificación de su postura, justificándola en el hecho de que su país estaba comprometido en una guerra (la de Corea). En la primavera de 1951, al reanudarse las sesiones de la comisión investigadora, interrumpidas en 1947, Dmytryk compareció voluntariamente ante ella, confesó su pasada militancia comunista y denunció los nombres de 26 ex-compañeros del partido. Esta rectificación le permitió encontrar trabajo de inmediato.

Delaciones

En las audiencias de 1951, no pocos profesionales del cine, del teatro y de la radio sucumbieron a las presiones y al miedo a perder su empleo. Entre quienes confesaron sus anteriores simpatías o su militancia en el partido comunista y delataron a antiguos camaradas figuraron el guionista Martin Berkeley, que batió el récord denunciando 162 nombres, el dramaturgo Clifford Odets, los directores Elia Kazan, Robert Rossen y Frank Tuttle, los guionistas Budd Schulberg, Richard Collins, y los actores Sterling Hayden y Larry Parks, entre muchos otros. Entre los denunciados figuraron los escritores y guionistas Dashiell Hammett, Ben Barzman y su esposa, Carl Foreman, Lillian Hellman y Paul Jarrico, los directores Jules Dassin, John Berry, Cyril Enfield, Joris Ivens, Joseph Losey y su esposa, y Abraham Polonsky, y los actores o actrices Dorothy Comingore, Ann Revere, Howard Da Silva y Paula Miller



Archivo Vendrell

Dashiell Hammett presta juramento, en 1953, ante el Subcomité del Senado para la Seguridad Interior. Genial autor de algunas de las más notables novelas negras de los años 30 —John Houston llevó magistralmente al cine una de ellas, El halcón maltés (1941)—, Hammett fue acusado de pertenecer a un comité encargado de reunir fondos para sufragar las fianzas de comunistas y otras personas procesadas. Se negó a testimoniar y fue declarado culpable de desacato al tribunal. Condenado a seis años de prisión, pasó cinco meses en penales y al fin, se le puso en libertad, enfermo y agotado. Su honesta actitud contrasta con la de otros intelectuales de izquierda que, para salvar sus puestos de trabajo y su posición social, no dudaron en delatar a sus amigos.

Listas negras

La lista final de denunciados, publicada en 1952 en las actas del Congreso, ofrecía 324 nombres de «antiamericanos», que pasaron a integrarse en las listas negras de las productoras de cine y de las emisoras de radio y televisión.

A pesar del descrédito y la destitución de McCarthy en 1954, la inercia represora prosiguió durante algunos años, como lo evidenció la retirada del pasaporte al dramaturgo Arthur Miller en marzo de 1954, so pretexto de su ideología procomunista, y su posterior comparecencia ante el Subcomité de Actividades Antiamericanas. En el mismo año el brillante físico Robert J. Oppenheimer fue destituido de la presidencia de la Comisión Consultiva de Energía Atómica por sospechas acerca de su «americanismo».

El año 1960, fecha en que Dalton Trumbo fue reconocido públicamente como autor responsable de los guiones de *Éxodo*, de Otto Preminger, y de *Espartaco*, de Stanley Kubrick, señaló un cambio de actitud hacia los *blacklisted* que favoreció a los mejor dotados profesionalmente. Pero, por entonces, centenares de carreras en el cine, en el teatro, en la radio y en la vida académica se habían truncado definitivamente

El nacimiento de la República Popular China

Revolución campesina y nacionalista

Mateo Madridejos, periodista, subdirector de la *Hoja del Lunes* de Barcelona

El 1 de octubre de 1949 se abría una nueva página en la historia de China. Derrotadas las fuerzas nacionalistas en la tercera guerra civil, Mao proclamaba en Pekín la República Popular

«El pueblo chino está de nuevo en pie.» Con estas palabras, Mao Tse-tung proclamó el advenimiento de la República Popular China el 1 de octubre de 1949 en Pekín. Un acontecimiento que alteró el equilibrio de poder en el mundo, estimuló la epopeya anticolonialista y constituyó un fracaso para Estados Unidos, cuya diplomacia estuvo traumatizada durante un cuarto de siglo. Casi un tercio de la humanidad quedó sometido a un régimen comunista.



Colección particular. Arch. Snark

Chiang Kai-shek

Chiang Kai-shek o Jiang Jieshi (1887-1975), el generalísimo —Gimo— de los nacionalistas, nació en Ningho, en el seno de una familia acomodada de comerciantes. Estudió en la Academia Militar de Paoting (1906) y en el Colegio Militar Imperial de Tokio (1907-1911), donde conoció a Sun Yat-sen y se convirtió a la causa republicana. Mandó una brigada durante la revolución que derrocó a la monarquía manchú.

Tras el acuerdo entre Sun Yat-sen y Joffe (1923), Chiang Kai-shek estuvo en Moscú para estudiar la organización militar y política soviética. Director de la Academia de Whampoa y comandante en jefe de la Expedición del Norte, estableció un gobierno nacionalista en Nankín, en marzo de 1927; pero presionado por los banqueros y terratenientes, rompió con los comunistas y desencadenó el «terror blanco» en Shanghai (cinco mil muertos en dos días)

Se casó con Soong Mei-ling, cuñada de Sun Yat-sen, hija de un gran banquero muy vinculado a los medios financieros anglosajones, y fue bautizado según el rito metodista, en 1930. Se retiró temporalmente de la política, en desacuerdo con algunos caciques del Kuomintang. Recuperó el poder como presidente del Consejo Militar Nacional y fue forzado a establecer un frente unido con los comunistas (1936)

Ante la agresión japonesa de 1937, trasladó el gobierno a Chungking, donde fue dominado por los «feudales» del partido, mientras el sector progresista lo acusaba de traicionar los principios del Kuomintang. El estratega del ejército de la revolución se convirtió en un político mediocre y reaccionario, a pesar de que apareció internacionalmente como uno de los «cinco grandes» tras la conferencia de El Cairo (1943).

Designado director general del Kuomintang en 1945, con todos los poderes en sus manos, su encumbramiento político coincidió con el estallido de la guerra civil y el principio del fin de su popularidad. En situación desesperada, fue elegido presidente de la República en 1948.

A fines de agosto de 1949, con los restos de sus derrotados ejércitos, se embarcó hacia Taiwan, donde instaló un gobierno dictatorial sostenido militar y económicamente por Estados Unidos.



Keystone

Marxismo, nacionalismo y xenofobia

La Revolución china, que culminó con la toma del poder por los comunistas, constituye un largo y complejo proceso multicausal que hinca sus raíces en la situación semicolonial en que había vivido el país desde mediados del siglo XIX. La frustración nacional, derivada del fracaso de la política reformista, y el Movimiento del 4 de mayo de 1919 socavaron los cimientos del orden tradicional, fundado en el confucianismo, y otorgaron una oportunidad al marxismo como método de la iniciativa histórica.

El proceso revolucionario, en el que el marxismo se mezcló con el nacionalismo y las tradiciones xenófobas, fue acelerado por la guerra contra Japón y la filosofía anticolonialista. Ante la amenaza permanente del expansionismo nipón, los comunistas utilizaron con mano maestra la exacerbación del sentimiento nacionalista. El clima patriótico, de «salvación nacional», creado por los comunistas explica el «incidente de Sian» (12 de diciembre de 1936), cuando Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi) fue detenido por dos generales nacionalistas y liberado gracias a la intervención de Chu En-lai (Zhou Enlai), quien presumiblemente actuó a petición de Moscú. El generalísimo tuvo que comprometerse, a cambio de su libertad, a formar un «frente unido» con los comunistas

China y Japón en guerra

Tras el incidente en el Puente de Marco Polo (7 de julio de 1937), cerca de Pekín, que sirvió de pretexto a los japoneses para desencadenar la guerra, el acuerdo entre nacionalistas y comunistas fue publicado el 22 de septiembre. Los comunistas conservaron sus bases en el norte, con administración independiente, y el Ejército Rojo, con unos 60.000 hombres, pasó a llamarse VIII Ejército de ruta, integrado en el sistema defensivo de las fuerzas nacionalistas.

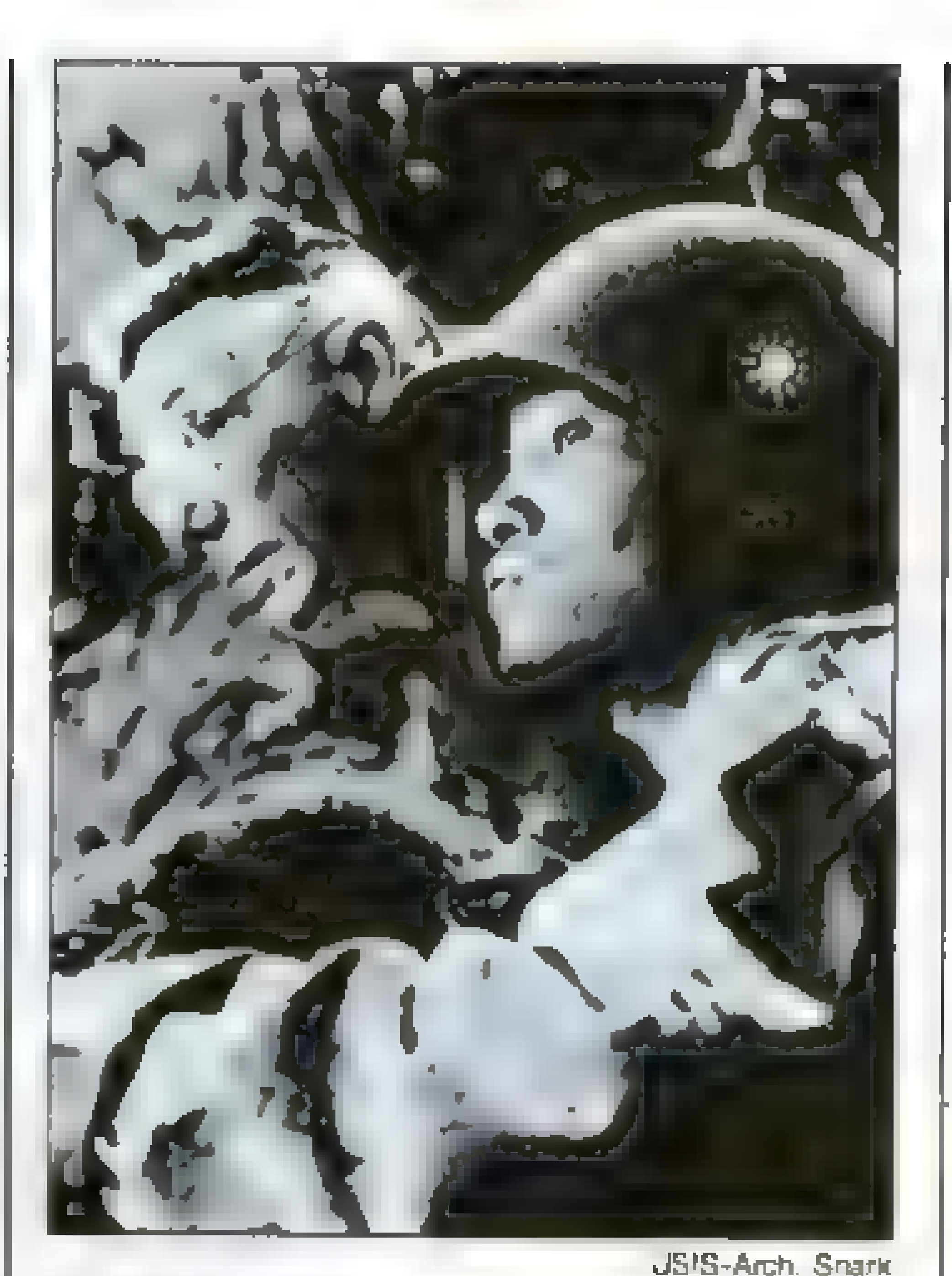




Coincidiendo con el hundimiento de los ejércitos regulares de Chiang Kai-shek, siempre mal coordinados, los comunistas transformaron la guerra de guerrillas en una «guerra de resistencia nacional». Al abrir numerosos diques del río Amarillo, los nacionalistas pro-



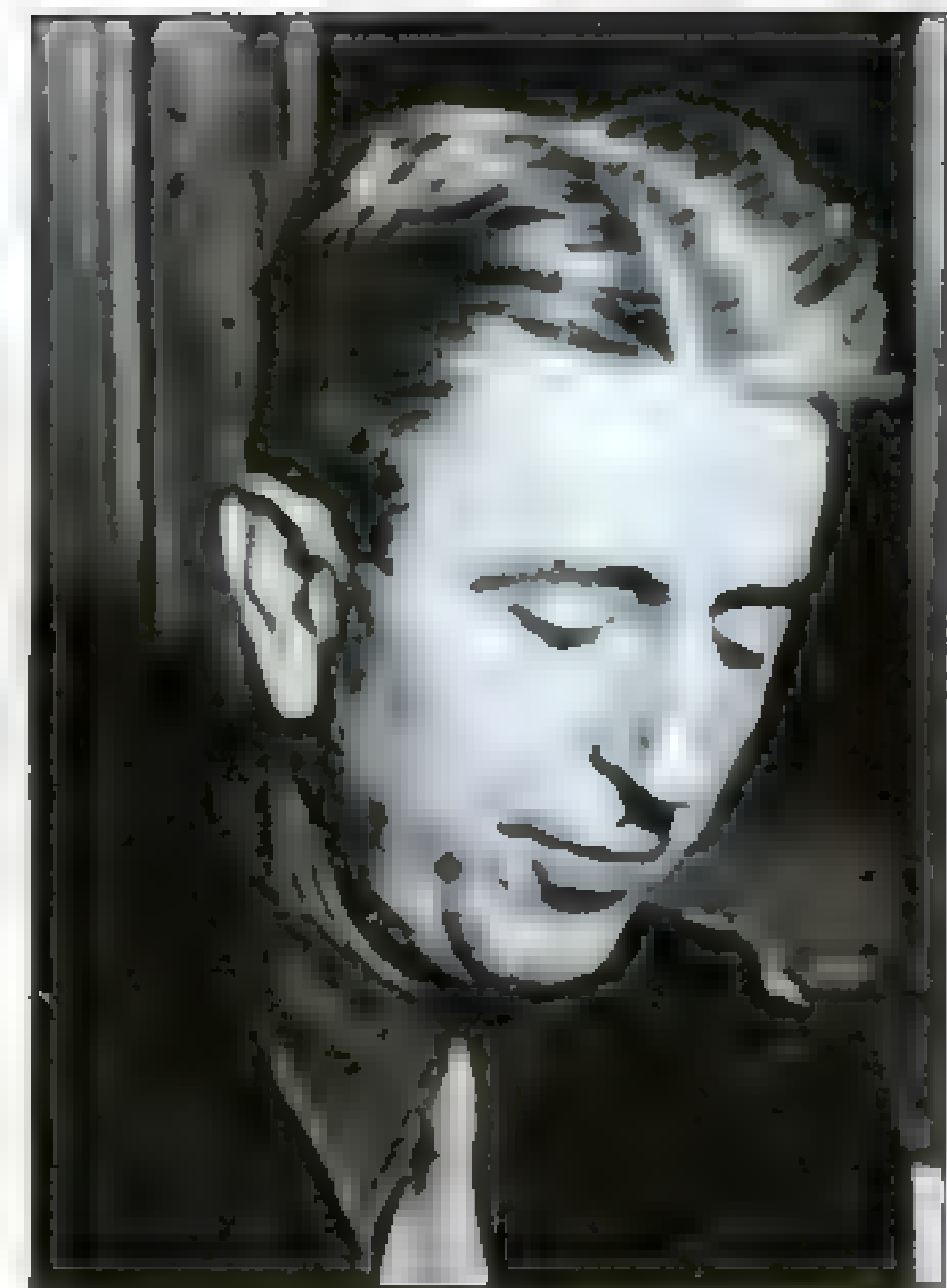
Camera Press-Zardoya



JSIS-Arch. Snark

En la página anterior, el general Marshall, enviado especial del presidente Truman en China para mediar entre el Kuomintang y las fuerzas comunistas

En ambas páginas, arriba, Chiang Kai-shek y su esposa a la salida de la sede del Gobierno en Chungking (1943). En el curso de la lucha contra la invasión japonesa —en la que los nacionalistas formaron un frente común con los comunistas—, el régimen de Chiang Kai-shek se identificó con la derecha reaccionaria.



Keystone

En ambas páginas, abajo, nacionalistas en retirada ante el avance del Ejército Rojo. A pesar de la ayuda americana y la superioridad numérica, las fuerzas nacionalistas sufrieron constantes reveses en el curso de la guerra civil (1946-49)

Arriba, a la izquierda, el general Stilwell, jefe de Estado Mayor de Chiang Kai-shek; a la derecha, el general Wedemeyer, que sucedió al anterior en su cargo. Ambos denunciaron la incompetencia y la profunda corrupción del gobierno nacionalista.



National Arch., Washington-Snark

vocaron una verdadera hecatombe en las áreas rurales, pero no consiguieron detener el avance de los ejércitos japoneses.

Rápidamente, el ejército nipón dominó las grandes ciudades de la costa, los puertos y las zonas industriales, y controló las principales vías férreas. En Nankín se instaló un gobierno colaboracionista dirigido por Wang Chingwei (Wang Jingwei), un veterano del Kuomintang (Guomindang) convertido al panasiatismo predicado desde Tokio.

La denominada «China libre», a cuyo frente estaba Chiang Kai-shek, se refugió en Chungking y contó con la ayuda norteamericana, sobre todo, tras el ataque japonés contra Pearl Harbor (diciembre de 1941). El generalísimo nacionalista no pensaba tanto en la derrota de los japoneses, que inevitablemente dependía de lo que hicieran los anglosajones, cuanto en la manera de impedir que los comunistas consolidaran sus posiciones. «Los japoneses —diagnosticó Chiang Kai-shek— son una enfermedad de la piel; los comunistas, una enfermedad del corazón.» En consecuencia, las mejores unidades del ejército nacionalista se dedicaron al bloqueo de las zonas que estaban en poder de los comunistas.

Nepotismo y opresión

La miseria y la corrupción, junto a una inflación vertiginosa, se adueñaron de las zonas bajo la autoridad nacionalista. El generalísimo, rodeado de una familia de insaciable apetito de riqueza, toleró (cuando no propició) un nepotismo desenfrenado, a pesar de las protestas de algunos funcionarios de la misión norteamericana. Los dólares de la ayuda americana fueron colocados en cuentas privadas en bancos de Estados Unidos; los oficiales se dedicaron a la reventa de armas y medicamentos; el puente aéreo de los norteamericanos fue utilizado a veces para importar mantequilla, muebles lujosos o el ajuar completo de la hija del primer ministro. Paralelamente, la policía secreta, dominada por los «camisas azules», de notorias simpatías fascistas, encarceló a cualquier discrepante con el pretexto de combatir a los comunistas y creó un clima de opresión y desconfianza que contribuyó al hundimiento moral del régimen.

Guerra de guerrillas

En el norte, los comunistas emplearon su experiencia en la organización

Mao Tse-tung

Mao Tse-tung o Mao Zedong (1893-1976) fue el mayor de los tres hijos de una familia campesina acomodada de Hunan. Estudió en la escuela normal de Changsha (1913-18), en la que obtuvo el título de maestro, y trabajó en la biblioteca de la Universidad de Pekín, donde conoció a Ch'en Tu-hsiu (Chen Duxiu) y a Li Ta-chao (Li Dazhao), quienes le iniciaron en el marxismo.

Estuvo entre los doce fundadores del PCCh (1921), del que fue secretario en Hunan, antes de dirigir en Shanghai el Semanario político *(1925-26). Director del Instituto Agrario de Cantón, reflexionó sobre el valor potencialmente revolucionario de los campesinos, y cuando se produjo la ruptura entre el Kuomintang y el PCCh, inició la experiencia decisiva de su carrera: la movilización de los campesinos en las provincias de Hunan y Kiangsi y la creación de las bases rurales revolucionarias, cuyos delegados proclamaron en 1931 la República soviética china, de la que Mao fue designado presidente.*

Su obra principal de este periodo es el Informe sobre el movimiento campesino de Hunan *(1927), en el que defendió el protagonismo y la dignidad revolucionaria de los campesinos, relegados por el dogmatismo de la teoría marxista.*

Jefe máximo del PCCh desde 1935, y consolidado su poder en la Larga Marcha, durante su estancia en Yenan compuso sus mejores poesías y se ocupó de los problemas teóricos y prácticos de la revolución. En Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria *(1936) y* Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón *(1938) formuló las reglas de oro de la guerra popular, una distinción fundamental entre estrategia y táctica, según la cual se puede vencer a fuerzas superiores en el plan estratégico a condición de ser más fuertes en los momentos del choque táctico. «Nuestra táctica —escribió— es la guerra de guerrillas, que se reduce, en lo esencial, a los principios siguientes: dispersar las fuerzas para sublevar a las masas, concentrar las fuerzas para hacer frente al enemigo.»*

Durante la época de Yenan, debido en parte a los relatos de algunos norteamericanos que le visitaron (sobre todo, Edgar Snow), Mao entró en la leyenda del jefe ponderado e incorruptible. Fue exaltado como un hombre sencillo, de gustos campesinos, pero, al mismo tiempo, con una exquisita sensibilidad artística.

Profundizando en las tradiciones nacionales de resistencia y xenofobia, Mao consideró que la guerra contra Japón era una buena oportunidad para ampliar la base social de la revolución. En La democracia nueva *(1940) defendió el «frente unido» contra los japoneses y una alianza de clases en torno al nacionalismo como componente de la revolución social, al mismo tiempo que sentó las bases para el combate ideológico contra el sectarismo.* La rectificación del partido *(1942) culminó con la eliminación de los incondicionales de la «logomaquia izquierdista».*

En todos sus escritos, Mao trató de adaptar el marxismo a las condiciones de China, de tal modo que el maoísmo no es sino el balance, constantemente actualizado, de la experiencia de la revolución. Profesó un crudo empirismo según el cual todo conocimiento, toda idea, son producto de la práctica, como insistió en sus obras más teóricas De la contradicción *y* De la práctica, *ambas de 1937.*

A partir de 1949, la vida y la obra de Mao se confunden con la historia de la República Popular.





rural y la guerra de guerrillas para hostigar sin descanso a los japoneses, sabotear las vías de comunicación y reemplazar a las administraciones nacionalistas que habían huido ante el avance nipón. Mao Tse-tung (Mao Zedong) propugnó una nueva alianza de obreros, campesinos, clases medias e incluso «capitalistas nacionales», las cuatro clases simbolizadas en las cuatro pequeñas estrellas de oro de la nueva bandera roja, agrupadas en torno a la gran estrella representativa del Partido Comunista de China (PCCh).

Banderas rojas en lucha por la independencia

De manera parecida a lo que ocurrió en Yugoslavia —donde el comunismo tampoco fue impuesto por el ejército soviético—, la guerra contra Japón alteró profundamente la relación de fuerzas y permitió que el comunismo se identificara con la causa de la nación, mientras que el Kuomintang, atenazado por la corrupción y el inmovilismo social, «perdió el mandato del cielo». El combate social y el combate nacional fueron insuperablemente identificados por los dirigentes comunistas en el inmenso ámbito rural, hasta el punto de que las banderas rojas y el socialismo quedaron supeditados a la independencia nacional.

Esta amalgama de comunismo y nacionalismo, de justicia social y resistencia patriótica, que tanta importancia tuvo para el triunfo de Mao y sus seguidores, dificultó la comprensión de los occidentales y en particular de los norteamericanos, a pesar de que un diplomático, John S. Service, advirtió





Camera Press Zardoya



National Arch. Washington-Snark



Keystone

En ambas páginas, arriba, Mao Tse-tung con un grupo de soldados en el noroeste de la provincia de Shensi donde, desde 1947, se replegó la dirección del partido comunista hasta prácticamente el fin de la guerra civil.

En ambas páginas, abajo, tropas nacionalistas desfilando en Shanghai.

A la derecha, arriba, campesinos cavando zanjas en las cercanías de Shanghai para detener los carros de combate nacionalistas; abajo, tanques capturados en la batalla de Shanghai. Los comunistas lucharon con medios irrisorios pero de una gran eficacia



Keystone

lúcidamente en octubre de 1944: «Si el gobierno nacionalista desencadena una guerra civil, la victoria comunista será inevitable.»

«Comunistas de margarina»

En la conferencia de El Cairo (1943), Roosevelt y Churchill trataron de persuadir a Chiang Kai-shek para que incluyera a los comunistas en su gobierno, en la creencia de que así mejoraría la eficacia militar contra Japón. Stalin, por su parte, no abrigaba muchas esperanzas sobre el triunfo del comunismo en China, y en una reunión con Averell Harriman (junio de 1944) dijo que los partidarios de Mao no eran verdaderos comunistas, sino «comunistas de margarina». En vísperas de la rendición japonesa, la URSS firmó un tratado de alianza con el gobierno nacionalista chino. Stalin reconoció más tarde que había cometido un grave error.

Mao, presidente del PCCh

En el VII Congreso del PCCh, celebrado en Yenan de abril a junio de 1945, Mao fue designado presidente del partido y Liu Shao-ch'i (Liu Shaoqi) ocupó el segundo puesto en la jerarquía del partido. Mao leyó un informe político –convertido después en programa oficial– en el que, de acuerdo con las presiones de las grandes potencias, propugnó un gobierno de coalición con los nacionalistas y una «revolución neodemocrática», con participación destacada de los burgueses patriotas, en el camino hacia el socialismo. Los nuevos estatutos del PCCh consagraron el pensamiento de Mao



Keystone

como la línea directriz de la actuación política y militar.

Por su parte, Chiang Kai-shek apareció, junto a Stalin, Truman, Churchill y De Gaulle, como uno de los «cinco grandes» vencedores de la guerra mundial. Jamás había tenido tanto prestigio el generalísimo nacionalista, que disponía del respaldo de Estados Unidos, del reconocimiento internacional y de un ejército aparentemente bien equipado y entrenado.

El Ejército Rojo estrecha el cerco

Al producirse la capitulación japonesa, la posición de los comunistas se había fortalecido lo suficiente como para alarmar a Chiang Kai-shek y a sus consejeros norteamericanos. El Ejército Rojo, con más de un millón de hombres y la cooperación incondicional y disciplinada de dos millones de milicianos, dominaba toda la China septentrional, excepto las grandes ciudades, y disponía de importantes bastiones en el centro. El PCCh contaba con más de un millón de afiliados, y unos 150 millones de personas, campesinos en su inmensa mayoría, vivían bajo una administración comunista.

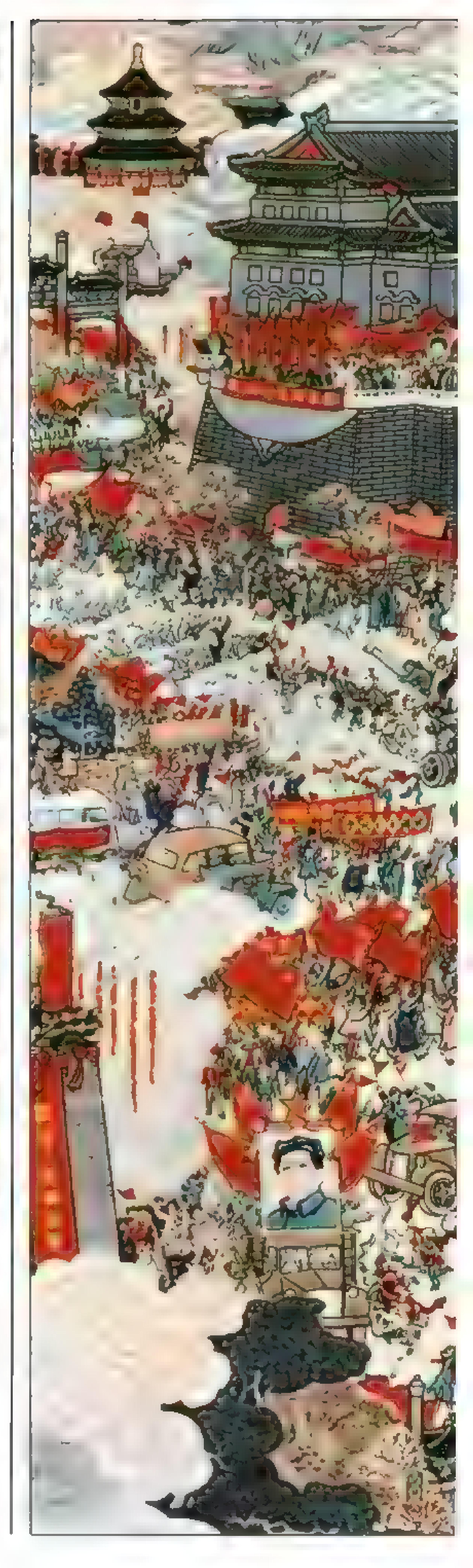
Ante esta situación, el general Mac Arthur dispuso la ayuda logística necesaria para que las tropas nacionalistas ocuparan pronto las grandes ciudades, al tiempo que los marines norteamericanos tomaban posesión de Pekín en nombre del gobierno de Chiang Kai-shek. Al igual que los japoneses, los nacionalistas sólo controlaban las grandes ciudades, muy pronto sometidas al cerco de los comunistas.

Keystone



La «Conferencia consultiva política»

Ante las presiones de las grandes potencias, Mao se trasladó a Chungking para conferenciar con el generalí-





J. L. Charmet-CRDCC



Keystone

En la página anterior, arriba, el general Chu Teh, uno de los «jefes históricos» de la revolución china, aclamado por los ciudadanos de Pekín durante un desfile del ejército popular abajo, el pueblo de Pekín, la vieja capital del Norte, recibe a las fuerzas comunistas

En ambas páginas, estampa popular que celebra la liberación de la antigua ciudad imperial. El 25 de enero de 1949, las tropas a las órdenes del general nacionalista Fu Tso-I, asediadas en Pekín, capitularon ante los ejércitos de los generales Lin Piao y Nieh Jung-chen. Pekín (literalmente «Norte pacificado») pasó a ser la nueva capital de la China comunista

Sobre estas líneas, Mao Tse-tung lee, desde una tribuna de la Plaza de la Paz Celestial de Pekín, la proclamación de la República Popular China. El nuevo heredero del «mandato celeste» iba a transformar la vida de más de 500 millones de hombres

simo nacionalista. El 11 de octubre se publicó una declaración aparentemente conciliadora en la que ambas partes aceptaban la representación paritaria de los partidos en los organismos gubernamentales y la convocatoria de una «Conferencia consultiva política» que prepararía la reconstrucción del país y la formación de un gobierno de coalición. No hubo acuerdo, sin embargo, sobre la reunificación de los ejércitos.

Ante el dilema de intervenir masivamente o abandonar a los nacionalistas, el presidente Truman se decidió por la mediación del general Marshall, que llegó a China en diciembre de 1945, en el bien entendido de que el gobierno de Chiang Kai-shek, reconocido por la ONU, «representaba el instrumento propio para alcanzar la reunificación del país». El general Marshall logró que se firmara una tregua, el 10 de enero de 1946, el mismo día en que inició sus gestiones la «Conferencia consultiva política»; pero un comité militar tripartito, encargado de supervisar el alto el fuego, encontró dificultades insuperables.

Guerra civil abierta

Al comienzo de la tercera guerra civil, los nacionalistas disponían de una indiscutible ventaja: tres millones de soldados, con al menos 200 divisiones dotadas de armamento norteamericano y nipón; mayores recursos, ya que dominaban las regiones más ricas del país, y una importante ayuda financiera de Estados Unidos.

La ruptura definitiva de las hostilidades se produjo en julio de 1946, por iniciativa de los nacionalistas, que se apuntaron algunos éxitos en Manchuria y China Central, hasta el punto de que los comunistas tuvieron que abandonar Hunan. En el frente político, la negociación fracasó estrepitosamente

500 millones de campesinos

De la propiedad de la tierra...

«Sin los campesinos pobres —escribió Mao— no habrá revolución.» Y así fue. El apoyo de los campesinos fue decisivo para el éxito comunista.

Antes de 1950, unos 150 millones de campesinos realizaron la reforma agraria en el norte del país, en las «zonas liberadas». En virtud de la ley de reforma agraria de 1950, los bienes de los terratenientes fueron distribuidos entre los campesinos sin tierra: 350 millones de personas en el resto del país tomaron posesión de unos 47 millones de hectáreas, casi la mitad de las tierras cultivables. El botín individual fue escaso: de 15 a 16 áreas, una media de 3/4 de hectárea por familia.

La apropiación privada de la tierra constituyó una etapa transitoria. A partir de 1952, los equipos de ayuda mutua comenzaron a inculcar a los campesinos las ventajas de la cooperación, de la colectivización. El bono-trabajo retribuyó el esfuerzo realizado en favor de la colectividad. El movimiento cooperativista se intensificó en 1953, pero pronto halló resistencia, incluso en el «aparato» del PCCh.

La decisión de Mao, en favor de la aceleración del movimiento cooperativo, provocó cambios gigantescos. El número de campesinos miembros de las cooperativas pasó de 90 millones en el verano de 1955 a 300 millones en el invierno del mismo año y a cerca de 500 millones a fines de 1956, casi todo el mundo rural. Parecidas a los koljoses soviéticos, las cooperativas agrupaban en promedio a 160 familias (unas 600 personas).

...a la comuna popular

A partir de 1958, la comuna popular sustituyó a la cooperativa como estructura básica del mundo rural: 26.000 comunas agruparon cada una a una media de 30 cooperativas y 25.000 personas. Estas unidades, relativamente autónomas, realizaban, además de las actividades agrícolas, otras de carácter administrativo e industrial. Algunos creían posible llegar en pocos años al comunismo integral.

La decepción, sin embargo, acabó por imponerse. Los adversarios de las comunas empezaron a manifestarse en los organismos dirigentes del partido. Los desórdenes y la ausencia de cálculos económicos, las catástrofes naturales y el deterioro de las relaciones económicas con la URSS hicieron inevitable «un período de reajuste y consolidación». La colectivización alcanzó su nivel más bajo en 1962, pero el sistema se mantuvo en una etapa teóricamente más avanzada que la del koljós (cooperativa).



y la delegación comunista, dirigida por Chu En-lai, abandonó definitivamente Nankín a finales de noviembre.

Ofensiva nacionalista

En enero de 1947, y ante la imposibilidad de conseguir una nueva tregua, el general Marshall suspendió su misión tras publicar un comunicado en el que expresaba su decepción por no haber logrado la constitución de una «tercera fuerza» liberal, en cuyas manos hubiera estado la «salvación» del país. Simultáneamente, la comisión militar tripartita se desintegró y los nacionalistas se lanzaron a la ofensiva, a pesar de los consejos norteamericanos para que consolidaran sus posiciones antes de proseguir el combate. La entrada de los nacionalistas en Yenan, donde estuvo el cuartel general comunista, fue una victoria engañosa (marzo de 1947), según se comprobó cuando el signo de la guerra cambió radicalmente en el verano merced a las ofensivas de los ejércitos de Lin Piao (Lin Biao) en Manchuria.

En un informe al Comité Central presentado en diciembre, Mao Tse-tung, tras subrayar «el viraje histórico», añadió: «La dominación del imperialismo en China, prolongada durante más de un siglo, pasa de la expansión a la liquidación. Es un gran acontecimiento. Grande, porque tiene lugar en un país de 475 millones de habitantes, y llevará sin duda a la victoria; grande, además, porque se produce en este Oriente donde más de mil millones de personas —la mitad de la humanidad— sufren la opresión imperialista.»

Victoria comunista: nace la República Popular

Las batallas decisivas se libraron en 1948, una vez completado el aislamiento de las grandes urbes. La ofensiva final en Manchuria se inició en septiembre y concluyó con la rendición del campo atrincherado de Mukden, el 30 de octubre, donde los nacionalistas perdieron 400.000 hombres. Los ejércitos de Lin Piao pudieron franquear la Gran Muralla para dirigirse hacia Pekín. En la gran batalla de Huai-hai (noviembre de 1948-enero de 1949), participaron más de un millón de hombres y terminó con una gran victoria de los generales comunistas Tchen Yi (Chen Yi) y Liu Po-ch'eng (Liu Bocheng). Los nacionalistas perdieron más de medio millón de hombres y quedaron prácticamente fuera de combate. Pekín cayó en enero de 1949, y al mes siguiente, los ejércitos comunistas llegaron al Yangtsé, que franquearon el 20 de abril.

Ante la amplitud del desastre militar, Chiang Kai-shek dimitió como presidente de la República (21 de enero de 1949), pero el vicepresidente, general Li Tsung-jen (Li Zongren), fracasó en su intento de negociar con los comunistas, cuyos ejércitos se lanzaron al ataque final. Nankín cayó el 23 de abril y un mes más tarde capituló Shanghai.

En septiembre, una conferencia política reunida por los comunistas con apoyo de otros partidos menores, adoptó una ley orgánica del gobierno



Keystone/F. X. Ratols

En ambas páginas, cooperativa-mercado organizada en Yenan tras la llegada de los comunistas. Durante la fase de las cooperativas (hasta 1958) fueron distribuidas entre los campesinos las tierras pertenecientes a los grandes propietarios y a las instituciones religiosas. Se permitía la propiedad privada, pero a los campesinos reacios a poner sus tierras al servicio de la cooperativa no se les permitía hacer uso de la maquinaria moderna —propiedad del Estado— ni recibir consejos técnicos ni créditos.

Abajo, el general Lin Piao (1907-1971). Extraordinario estratega de la guerrilla, condujo el Ejército Rojo a la victoria. En menos de dos meses (12 IX a 2 XI de 1948), sus soldados conquistaron Manchuria en una campaña sin precedentes en el curso de la contienda civil.



Keystone

popular y un «programa político común» como carta constitucional del nuevo régimen. El 1 de octubre, en la Plaza de la Paz Celestial (Tien An-men), Mao, presidente del Gobierno popular y del Consejo militar revolucionario, proclamó el nacimiento de la República Popular.

El papel del campesinado

En menos de tres años de guerra civil, los comunistas derrotaron a un enemigo teóricamente muy superior y consolidaron su poder. Las causas de ese triunfo son muy diversas, pero todas actuaron en la situación excepcionalmente favorable creada por la agresión japonesa.

El nacionalismo y la cuestión agraria fueron los dos motores del PCCh. El gobierno nacionalista fracasó en la batalla contra los japoneses, mientras que los comunistas organizaron una eficaz guerra de guerrillas y una estructura militar vinculada a la población rural. Ante las atrocidades del ocupante, los campesinos, sin otra salida que apoyar al Ejército Rojo, adquirieron una conciencia nacional que hasta entonces había sido patrimonio exclusivo de las clases ilustradas. En las «zonas liberadas», la reforma agraria fue un gran acicate para la movilización de los campesinos y alteró profundamente las relaciones sociales en sectores de la población que hasta entonces habían vivido en la miseria y la sumisión.

El papel del PCCh

El PCCh superó al Kuomintang en todos los terrenos, especialmente en los de organización, ideología y propaganda. Frente al dinamismo comunista, el gobierno de Chiang Kai-shek, al replegarse en las regiones atrasadas del sudoeste, se transformó en una fuerza conservadora, cuando no reaccionaria, en flagrante contradicción con sus orígenes y su razón histórica.

A partir de 1947, la propaganda antiimperialista y xenófoba se volvió contra Estados Unidos. La intervención norteamericana, como después ocurriría en Vietnam, incrementó la corrupción y la inflación, las dos grandes plagas del gobierno y los ejércitos nacionalistas, inseparables tanto del choque de civilizaciones cuanto de los efectos moralmente desastrosos de la opulencia del cuerpo expedicionario sobre una sociedad pobre y esquilmada por la guerra.

Intelectuales, capitalistas y comerciantes

Los intelectuales, hostiles desde el principio a la guerra civil y decepcionados por la política represiva y retrógrada de los nacionalistas, se inclinaron finalmente por los comunistas o se sumergieron —como escribe Lucien Bianco— «en una asqueada y temerosa apatía», incapaces de alumbrar esa «tercera fuerza» con la que soñaban también los norteamericanos. Los capitalistas y comerciantes, en fin, quizá los más interesados en oponerse a la expansión del comunismo, se alejaron progresivamente de un régimen que instaló la ruina económica en todo el país.

Cronología

1937
7.VII: *incidente en el Puente de Marco Polo. Comienza la guerra chino-japonesa.*
22.IX: *el Kuomintang acepta oficialmente la colaboración con el Partido Comunista Chino, que conserva sus territorios y su Ejército Rojo.*

1941
I: *por primera vez desde el comienzo de la guerra, las tropas nacionalistas atacan a las unidades comunistas.*

1942
II: *primer movimiento de «rectificación» en el PCCh. Ataque de Mao contra el dogmatismo que culminó con la eliminación de los «izquierdistas».*

1943
11.I: *se firma en Chungking un acuerdo entre China, Estados Unidos y Gran Bretaña.*
22-26.XI: *conferencia de El Cairo, reunión entre Roosevelt, Churchill y Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi).*

1944
IV-V: *nueva y fulgurante ofensiva japonesa, que destroza a varios ejércitos nacionalistas.*

1945
23.IV-11.VI: *VII Congreso del PCCh.*
14.VIII: *tratado de alianza entre la URSS y el gobierno nacionalista.*
28.VIII: *Mao, acompañado por el embajador norteamericano (Hurley), se traslada a Chungking para conferenciar con Chiang Kai-shek.*

1946
4.V: *los comunistas inician la reforma agraria en las regiones que controlan e intensifican la lucha de clases.*

1947
19.III: *las tropas nacionalistas expulsan a los comunistas de Yenan.*
10.X: *llamamiento comunista para derrocar a Chiang Kai-shek. Promulgación del programa de reforma agraria.*

1949
31.I: *los comunistas entran en Pekín.*
20.IV: *el Ejército Rojo franquea el río Yangtsé y se apodera de la ciudad de Nankín a partir del día 23.*
25.V: *los comunistas toman Shanghai.*
1.X: *proclamación de la República Popular.*

1950
14.II: *tratado de amistad y alianza con la URSS.*
28.VI: *ley de reforma agraria.*
4.XI: *China entra en la guerra de Corea.*

1951-1953
campañas masivas de crítica popular y represión.

1954
IX: *reunión del primer Congreso Nacional del Pueblo, que adopta una Constitución (día 20) y elige a Mao presidente de la República.*

1955
4.IV: *el Comité Central del PCCh anuncia que Kao Kang ha sido expulsado del partido y se suicidó.*

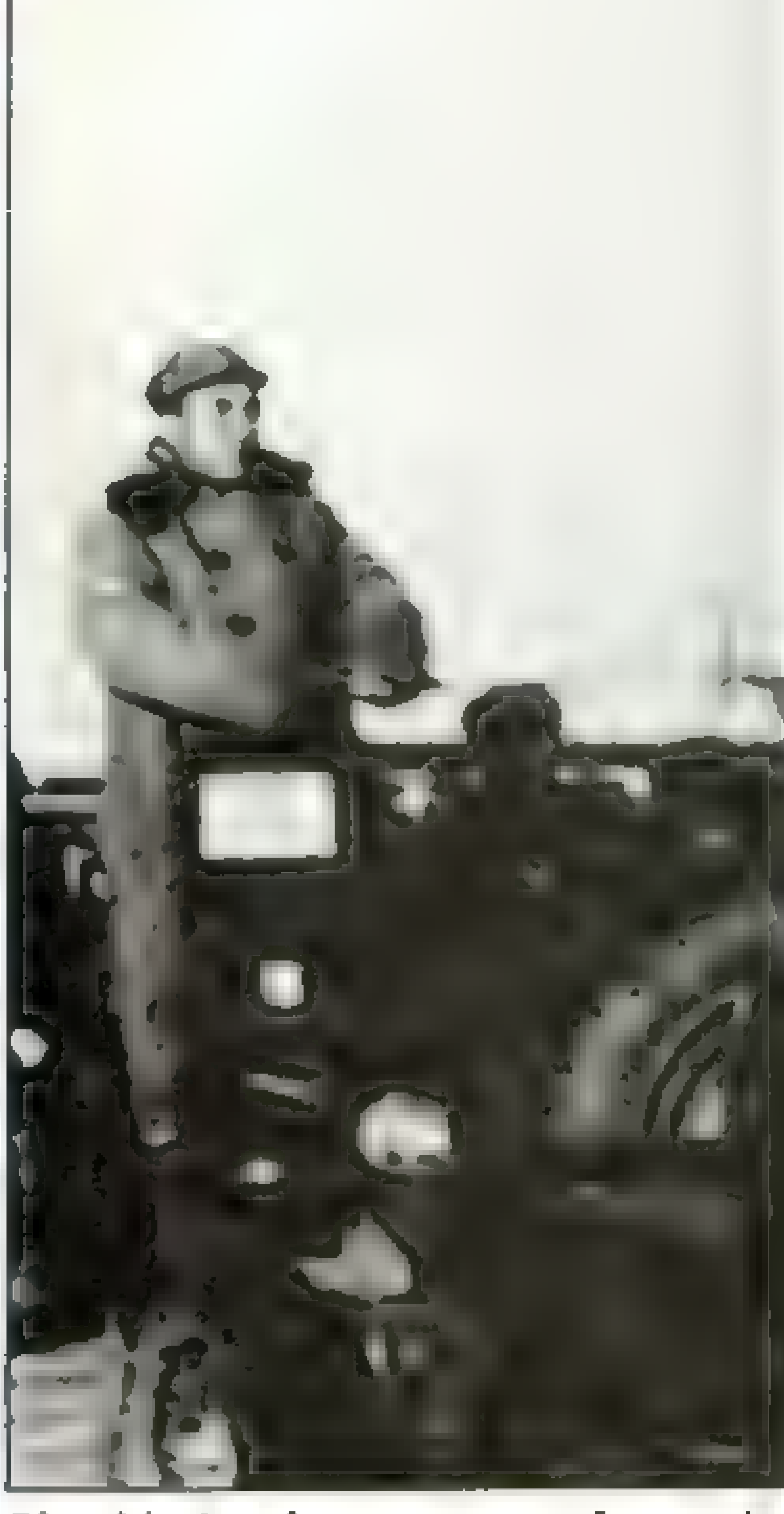
1956
IX: *VIII Congreso del PCCh (primera sesión). Teng Hsiao-p'ing (Deng Xiaoping), secretario general. Liu Shao-ch'i (Liu Shaoqi) presenta el informe político e insiste en la socialización de la economía.*

1957
13.IV: *un editorial del* Diario del Pueblo *lanza la campaña de las «Cien flores».*

1958
5-23.V: *VIII Congreso del PCCh (segunda sesión). Comienza el «Gran Salto Adelante». Movimiento de las comunas populares.*

1959
27.IV: *Liu Shao-ch'i es elegido presidente de la República.*
VII: *El mariscal Peng Teh-huai (Peng Dehuai) ataca a Mao delante del Comité Central. Lin Piao (Lin Biao) lo reemplaza como ministro de Defensa.*

1960
VII: *la URSS retira a todos sus especialistas, después de haber negado a China los informes prometidos sobre la fabricación de la bomba atómica.*
XI-XII: *conferencia en Moscú de los partidos comunistas.*



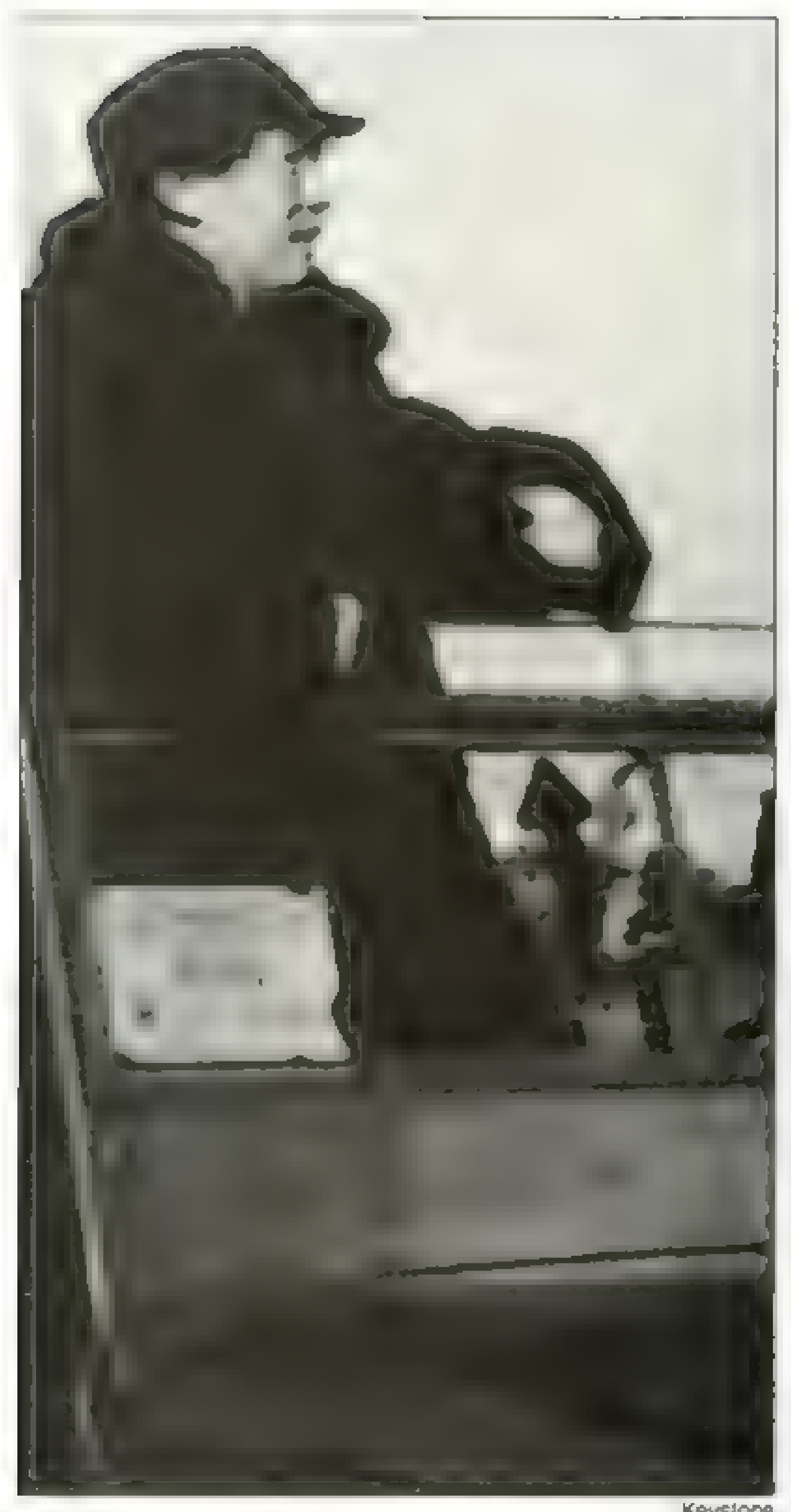
Un ejército sin apoyo popular

Los expertos militares consideran que los nacionalistas, al empeñarse en mantener las posiciones, aunque estuvieran muy alejadas de sus bases, inmovilizaron a sus mejores unidades, de tal manera que el aislamiento político aceleró la descomposición militar. Los campesinos, movilizados a la fuerza y tratados brutalmente por sus jefes, fueron sensibles a la propaganda comunista —el Ejército Rojo los trataba mucho mejor— y desertaron para huir de condiciones de vida insoportables. En los últimos meses de la guerra, ejércitos enteros nacionalistas se pasaron al adversario.

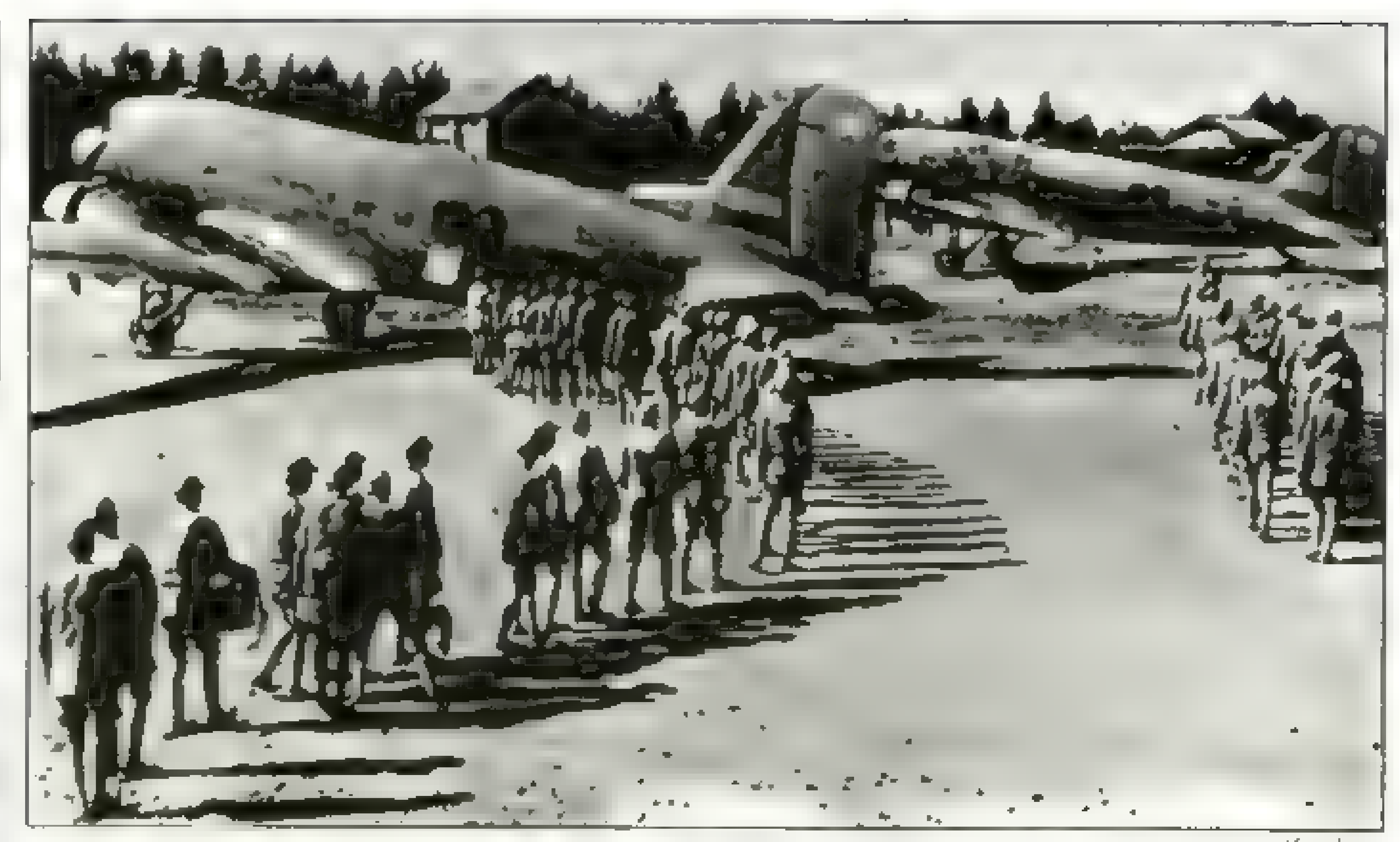
«Los comunistas —escribe J. Guillermaz— triunfaron fácilmente porque supieron conseguir la síntesis de todos los elementos políticos, militares y psicológicos que les eran favorables y aplicarlos inteligente y exactamente.»

La «reconstrucción nacional»

Los comunistas heredaron un país en situación desesperada, agotado moral y materialmente por 40 años de guerras y desórdenes. La inicial política de «reconstrucción nacional», bajo la di-



Keystone



Keystone

Keystone

En ambas páginas, Mao Tse-tung, seguido por el general Chu Teh, pasa revista a sus tropas, cuyo equipo, en buena parte americano, había sido arrebatado a las fuerzas del Kuomintang. Fue Mao quien formuló las reglas fundamentales de la guerra revolucionaria, apoyándose en las masas campesinas y adoptando la lucha guerrillera antes de optar, en 1948 por la ofensiva directa.

Arriba, tropas del ejército nacionalista embarcando en aviones norteamericanos para dirigirse al frente. Según Mao, buques de guerra y aviones de Estados Unidos llevaron a los campos de batalla 14 cuerpos de ejército (41 divisiones) del Kuomintang y 8 brigadas del cuerpo de policía de comunicaciones: más de 540.000 hombres.

Abajo, Liu Po-ch'eng, el «general tuerto» Jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, sus ofensivas permitieron ganar la guerra civil.

rección centralizada y vigilante del PCCh, fue recibida con alivio y aceptada sin protesta, pues eludió cualquier medida radical susceptible de originar conflictos. La reeducación forzosa fue paliada por la superación de la miseria atroz, aunque fuese para entrar en un período de austeridad.

La situación cambió en 1950, al acelerarse el proceso que debía sentar las bases materiales del socialismo. La ley sobre el matrimonio (30 de abril) asestó un duro golpe a la familia tradicional, emancipó a la mujer, a la que concedió igualdad de derechos, y abolió las prácticas feudalizantes. La ley de reforma agraria (28 de junio) movilizó a los campesinos contra los terratenientes y desencadenó una violenta lucha de clases. «En todas las aldeas —había dicho Mao— es necesario un período de terror.»

Represión y terror

El terror se generalizó con la ley de 21 de febrero de 1951, de «supresión de actividades contrarrevolucionarias», y se convirtió en espectáculo sangriento y multitudinario. En un clima propicio a la delación, con detenciones arbitrarias y simulacros de juicio —no se juzgaba a los individuos, sino a unos «casos-tipo»—, los comunistas no sólo liquidaron a sus adversarios reales o imaginarios, sino que atemorizaron a los indiferentes y precipitaron unas adhesiones tan poco espontáneas como innumerables.

Las masas fueron asociadas a la «caza del contrarrevolucionario» y participaron en las redadas policiales, los juicios y las ejecuciones, lo que extendió el pánico a todos los sectores sociales. Chu En-lai aseguró que el 16 % de los juzgados habían sido ejecutados, y Jacques Guillermaz eleva a cinco millones el número de víctimas en el período 1949-1952.

El PCCh lanzó otras campañas de reeducación, menos sangrientas, pero igualmente públicas y sectarias. La de los «Tres anti» —corrupción, despilfarro, burocratismo— fue dirigida contra los funcionarios; la de los «Cinco anti» —cohecho, fraude fiscal, apropiación indebida, fraude comercial y especulación— afectó a la burguesía, que perdió su independencia económica y su función social.

Los rigores ideológicos y el afianzamiento del régimen totalitario coincidieron con un clima internacional de «guerra fría», que alcanzó su paroxismo con el conflicto de Corea, y China se alineó con el bloque socialista dirigido por la URSS, con la que había firmado un tratado de alianza. Paralelamente, la protección de Washington al régimen de Taiwan influyó decisivamente en la radicalización diplomática de Pekín.

Mao, presidente de la República

Tras la firma del armisticio de Corea (1953), se inició un nuevo período de «transición al socialismo», con base en el Primer Plan quinquenal (1953-1957), calcado de los planes soviéticos, que dio prioridad a la industria pesada y la colectivización de la tierra. La institucionalización del régimen culminó con la Constitución de 1954, similar a la soviética de 1936, y la elección de Mao como presidente de la República. El Ejército Popular, reforzado y modernizado, se convirtió en un poder semiautónomo.

La presión demográfica (583 millones de habitantes en el censo de 1953) y el atraso técnico-económico dificultaban la marcha hacia el socialismo, hasta el punto de que la industrialización acelerada, la urbanización y la

La democracia nueva

«La revolución china tiene como característica histórica su división en dos fases: revolución democrática y revolución socialista (...) La primera fase consiste en transformar esta sociedad colonial, semicolonial y semifeudal en una sociedad democrática independiente; la segunda, en desarrollar más adelante la revolución, en edificar la sociedad socialista (...) No se trata de la democracia en general, sino de una democracia de tipo chino, de tipo particular y nuevo: la democracia nueva (...)

»Desde el punto de vista político, significa la alianza de muchas clases revolucionarias para instaurar una dictadura sobre los imperialistas, colaboracionistas, traidores al país y los reaccionarios (...) Desde el punto de vista económico, significa colocar bajo la gestión del Estado el gran capital y las grandes empresas de los imperialistas (...), repartir las fincas de los terratenientes en beneficio de los campesinos y, al mismo tiempo, mantener las empresas capitalistas privadas en general sin abolir la economía de los campesinos ricos. Por consiguiente, aunque esta revolución democrática de tipo nuevo abre el camino al capitalismo, crea, sin embargo, tambien las condiciones previas para el socialismo (...)

»El proletariado, el campesinado, la intelligentsia *y las demás fracciones de la pequeña burguesía en China constituyen la fuerza fundamental que decide el destino de la nación. Y esas clases, que están ya despiertas o despertando, deben necesariamente convertirse en los elementos básicos del Estado y del poder político, con el proletariado como fuerza dirigente.»*

(FUENTE: Mao Tse-tung, La democracia nueva, *1940.)*



Zardoya

Keystone/F. X. Rafols

Arriba, Kruschov, Mao y Liu Shao-ch'i en el aeropuerto de Pekín (9 X 1951). La Unión Soviética fue el primer país que reconoció a la República Popular China pero después de la Conferencia de partidos comunistas de Bucarest (1960), las relaciones entre ambos países se deterioraron a causa de las divergencias ideológicas acerca de la estrategia comunista mundial y de la zona fronteriza de Siberia

Abajo, una unidad de artillería pesada de la República Popular China. En 1954, y a partir de 1958, los comunistas bombardearon las islas de Quemoy y Matsu, en poder del gobierno de Chiang Kai-shek, que al terminar la guerra civil se había refugiado en la isla de Taiwan. Esta situación agravó la tensión entre China comunista y EE.UU., que vetaron la entrada del régimen de Mao en las Naciones Unidas

colectivización crearon graves tensiones en el PCCh, que perdió la unidad monolítica fraguada durante la guerra civil. El primer conflicto provocó el suicidio de Kao Kang, jefe de Manchuria y vicepresidente del Gobierno, partidario muy celoso de los métodos soviéticos.

Las «Cien flores» y el «Gran Salto Adelante»

Con la campaña de las «Cien flores» —«que cien flores se abran, que cien escuelas rivalicen»—, el PCCh pretendió halagar a los intelectuales, abrumados por el sectarismo; pero la libertad vigilada fue de nuevo sofocada cuando se hizo evidente que las quejas populares se habían transformado en una requisitoria contra el sistema. En su visita a Moscú, en noviembre de 1957, ante un Kruschov bastante escéptico, Mao aseguró que «el viento del Este vence al viento del Oeste».

Aprobado oficialmente por el VIII Congreso del PCCh, el «Gran Salto Adelante» resumió el pensamiento de Mao en pro de la movilización de las masas y el rechazo de los modelos consagrados en la transición hacia el socialismo. La comuna popular fue la punta de lanza de una nueva etapa revolucionaria, pero suscitó resistencia en el «aparato», de tal modo que cuando los errores fueron evidentes, Mao tuvo que soportar las críticas de sus camaradas. Los adversarios de Mao, agrupados en torno al ministro de Defensa, Peng Teh-huai (Peng Dehuai), hicieron campaña contra la «infalibilidad» del jefe del partido. La polémica se cerró provisionalmente con la eliminación de Peng Teh huai y el ascenso de Liu Shao-ch'i a la presidencia de la República.

La guerra de Corea
Extremo Oriente en llamas

Miguel Ángel Bastenier,
periodista

El 25 de junio de 1950 el ejército norcoreano inició la invasión de Corea del Sur y, con ello, una guerra que costó más de un millón de muertos y el penoso éxodo de cientos de miles de personas. La intervención de Estados Unidos y de las fuerzas de la ONU en ayuda de Corea del Sur y la de la URSS y China en apoyo de Corea del Norte, internacionalizó el conflicto e hizo temer otra guerra mundial

Al término de la Segunda Guerra Mundial, los dos grandes aliados en la lucha contra Alemania, Estados Unidos y la URSS, sustituyeron la camaradería de las armas por una rivalidad, a veces «fría» y otras «caliente», manifiesta a lo largo de una frontera bien definida en Europa, la fijada en Yalta, y mucho más desdibujada en los Estados asiáticos identificados con uno u otro sistema político: el capitalista liberal y el comunista autoritario. Partida en dos por una arbitraria línea —el paralelo 38—, Corea iba a convertirse, entre 1950 y 1953, en el escenario del primer choque frontal de ambos sistemas.



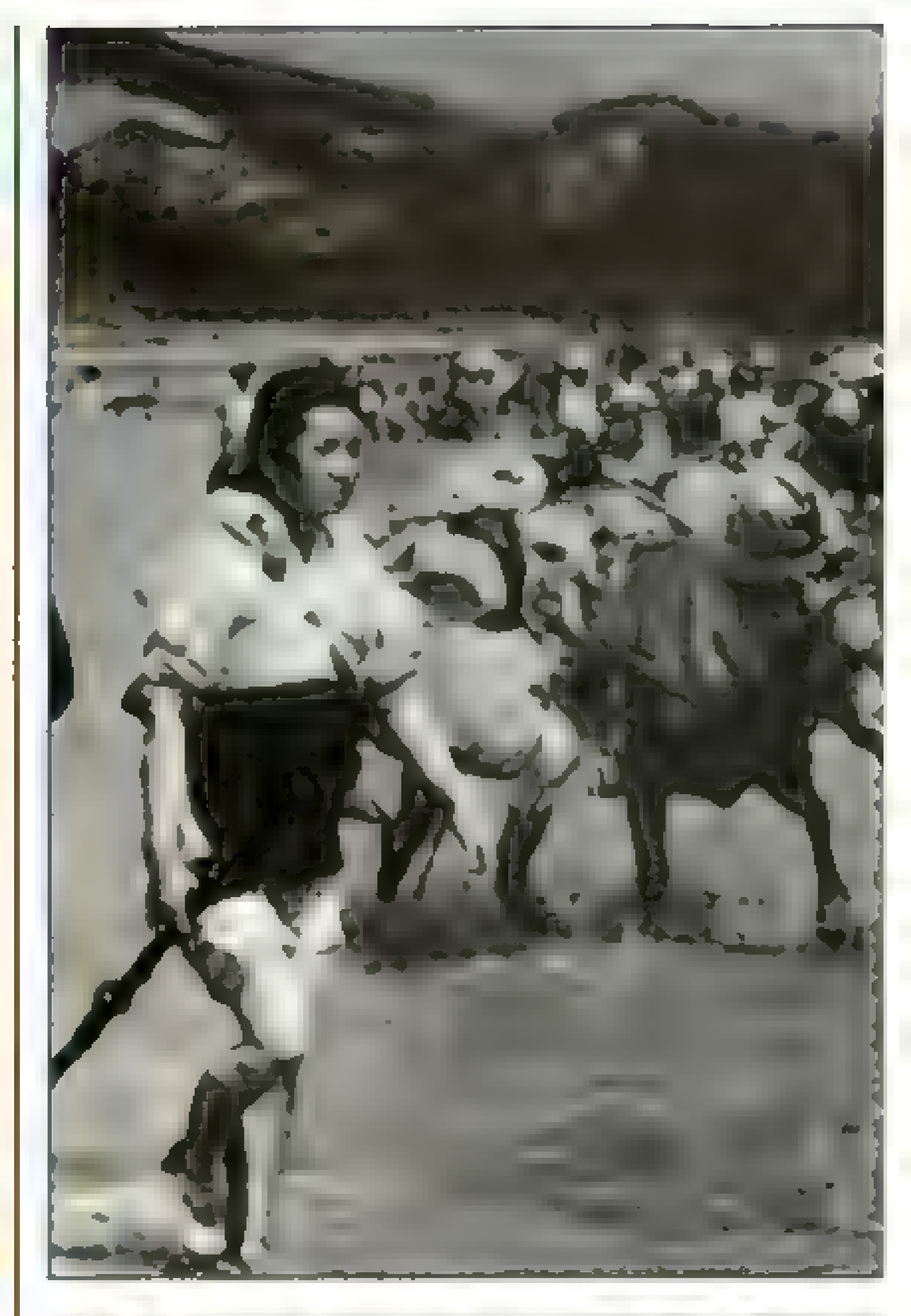
IGDA

Las otras guerras de Corea

En un período de poco más de medio siglo, desde fines del XIX a mediados del XX, la península de Corea ha sido el escenario de cuatro guerras. La primera de ellas se produjo en 1894-95 entre Japón y China, cada potencia con su bando de coreanos más o menos voluntariamente reclutados. Hasta entonces y durante los últimos siglos de la dinastía Ching, Corea había sido un país vasallo de China, aunque en la práctica plenamente independiente. Japón, que en 1868 había iniciado su modernización con la restauración Meiji, necesitaba la península coreana como asiento en el continente y símbolo de fuerza para demostrar a China cuál era la nueva potencia asiática. La victoria completa de Tokio cambió la relación de vasallaje, amparada en esta ocasión en una independencia sólo nominal respecto al archipiélago japonés.

En el período 1904-1905, Japón tendría que defender su botín recién adquirido frente a la Rusia zarista, que reaccionaba atacando a las constantes depredaciones japonesas de lo que consideraba su zona de exclusión comercial en el norte de China. Una nueva victoria japonesa serviría para mantener el statu quo, *que se iría modificando en los años siguientes. En 1910, Corea se convirtió formalmente en una colonia japonesa, y en 1942 pasó a formar parte integrante del suelo nacional japonés.*

Durante la Segunda Guerra Mundial no llegaron a registrarse combates de envergadura en la península, aunque existieron guerrillas antijaponesas de signo comunista. Finalmente, en junio de 1950 estalló la cuarta guerra, aparentemente civil, pero pronto internacionalizada con el enfrentamiento de los dos bloques.





El paralelo 38

Corea, una península de 950 km de longitud, surcada por una cadena de montañas que la recorren como una espina dorsal de punta a cabo, se hallaba en 1945 en la misma situación que Alemania en Europa: el paralelo 38 era el punto de encuentro entre dos bloques, sangrante frontera para una guerra de tanteo. Su reconocimiento como demarcación provisional (no como divisoria política) entre las esferas de influencia soviética, al norte, y norteamericana, al sur, había sido una concesión de Washington a Moscú para que la URSS entrara en guerra contra Japón cuando todavía no se habían experimentado los efectos devastadores de la bomba atómica. De este modo, una vez conseguida la victoria, la URSS recibiría la rendición de los japoneses al norte del paralelo, mientras que a Estados Unidos le correspondería hacerlo en la zona meridional. Sin embargo, la explosión de Hiroshima cogió a los soviéticos por sorpresa y convirtió a Corea del Norte en un necesario glacis defensivo frente a Occidente.

El 8 de agosto de 1945, la URSS declaraba la guerra a Japón apenas con tiempo para recoger los frutos de la victoria, puesto que Tokio se rendía dos días más tarde. Con idéntica prisa, las tropas soviéticas alcanzaron el paralelo 38 el 26 de aquel mes, mientras que las norteamericanas no llegaron hasta el 8 de septiembre.

Elecciones

Cuando la Asamblea General de la ONU votó, en noviembre de 1947, la creación de una comisión para que supervisara la celebración de elecciones en Corea, la URSS ya había acelerado la formación de un gobierno provisional en su zona, actuando de forma similar a como lo había hecho en Europa Oriental. En el Sur, las elecciones tuvieron lugar en mayo de 1948, y Syngman Rhee fue proclamado presidente nominal de todo el país el 13 de julio. Poco después, el 25 de agosto, se convocaron elecciones en el Norte, y el 8 de septiembre Kim Il Sung reclamó para sí la autoridad suprema sobre toda Corea. Dos Estados se disputaban una sola nación, cada uno de ellos con el convencimiento de que el otro era el usurpador.

En diciembre se completó la retirada de las tropas soviéticas de Corea del Norte, y las fuerzas norteamericanas abandonaron la parte Sur en julio de 1949. Ambos Estados se miraban con desconfianza, por encima de un paralelo sin significación natural ni histórica, mientras los incidentes fronterizos se multiplicaban.

El ejército norcoreano cruza el paralelo 38

El ataque norcoreano comenzó en la madrugada del 25 de junio de 1950. A las 11 de la mañana, cuando las tropas comunistas ya habían cruzado el paralelo 38 y avanzaban por el corredor Uijong-bu, ruta natural hacia Seúl, la capital de Corea del Sur, Radio Pyongyang anunciaba que las fuerzas del Norte respondían a la agresión del ejército de Rhee. Desde entonces, la polémica no cesó y, alternativamente, ambos bandos afirmaron que había sido el otro quien lanzó el primer ataque. Lo cierto es que, al caer la noche del día 25, el grueso del ejército norcoreano avanzaba hacia el sur en un triple





Publifoto



IGDA



IGDA



Publifoto

En ambas páginas, arriba, una patética imagen de los primeros días de la guerra la población civil huyendo de la zona del frente. Unos 3 millones de surcoreanos dejaron sus hogares ante el incontenible avance de las fuerzas comunistas, que se autodefinían como los «liberadores del pueblo coreano»

En ambas páginas, abajo, una columna de prisioneros americanos conducida por soldados norcoreanos hacia un campo de concentración.

Sobre estas líneas, los dos principales adversarios en el conflicto. Arriba, Syngman Rhee presidente de Corea del Sur desde 1948 Fue reelegido en 1952, 1956 y 1960, año en que un golpe de Estado le apartó de su cargo. Murió en 1965 Abajo, Kim Il Sung, jefe del gobierno de la República Democrática Popular de Corea. Al igual que su oponente, fue elegido en 1948 fecha desde la que ininterrumpidamente y de modo inamovible ha detentado el poder

movimiento: por el oeste hacia Seúl, por el centro a través de la cadena montañosa y por el este siguiendo la costa del Mar del Japón.

La ONU condena el ataque

Ese mismo día 25 se produjeron las primeras reacciones internacionales. El Consejo de Seguridad de la ONU votó una resolución en ausencia de la URSS (que en aquella época boicoteaba las reuniones de la organización por la negativa a admitir como miembro a la República Popular China) en la que se condenaba al supuesto agresor y se urgía el alto el fuego y la retirada norcoreana. Dos días después, una nueva resolución decía textualmente que los Estados miembros tenían la obligación de ayudar a repeler la agresión del ejército norcoreano. Desde entonces se ha especulado con lo «oportuno» de la ausencia soviética de las reuniones del Consejo de Seguridad, ausencia que permitió el envío de una fuerza internacional en ayuda de uno de los contendientes, ya que si la URSS hubiera hecho uso del derecho de veto habría impedido tal decisión

Truman autoriza la intervención de MacArthur

Estados Unidos, por su parte, ya habían actuado sin esperar la cobertura de la ONU. El presidente Truman, que había proclamado dos años antes la necesidad de defender militarmente las fronteras del mundo occidental, ordenó al general Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Japón, que enviara material y asesores militares para que inspeccionasen la zona en conflicto. La VII Flota norteamericana tomó posiciones en las aguas próximas a Corea y, ante el informe negativo de los expertos sobre la capacidad de defenderse de los surcoreanos, Truman autorizó el apoyo naval y aéreo a Seúl. No hacía falta: el día 27, MacArthur había tomado la iniciativa de bombardear Corea del Norte sin la autorización explícita del presidente. Las aspiraciones virreinales del veterano general darían lugar a una «guerra dentro de la guerra» entre la autoridad militar y la autoridad civil norteamericanas.

Pero los hechos demostraron insuficiente el apoyo indirecto, porque los carros de combate soviéticos T-34 en-

El general MacArthur

Nacido en 1880 en Little Rock, en el sureño estado de Arkansas, Douglas MacArthur fue uno de los más destacados militares norteamericanos. Su vida está íntimamente ligada a Asia, y en su biografía se entrecruza lo castrense y lo político. Hijo del primer gobernador que Estados Unidos tuvo en Filipinas, el joven Douglas siguió una brillantísima carrera militar que, ya en 1919, le permitió acceder a la dirección de la Academia de West Point.

Antes de participar como coronel en la Primera Guerra Mundial, había desempeñado el cargo de ayudante de campo del presidente Theodore Roosevelt, puesto que le dio la oportunidad de asomarse a los resortes del poder. En 1930 regresó a Filipinas como jefe de Estado Mayor y consejero militar del presidente Quezón.

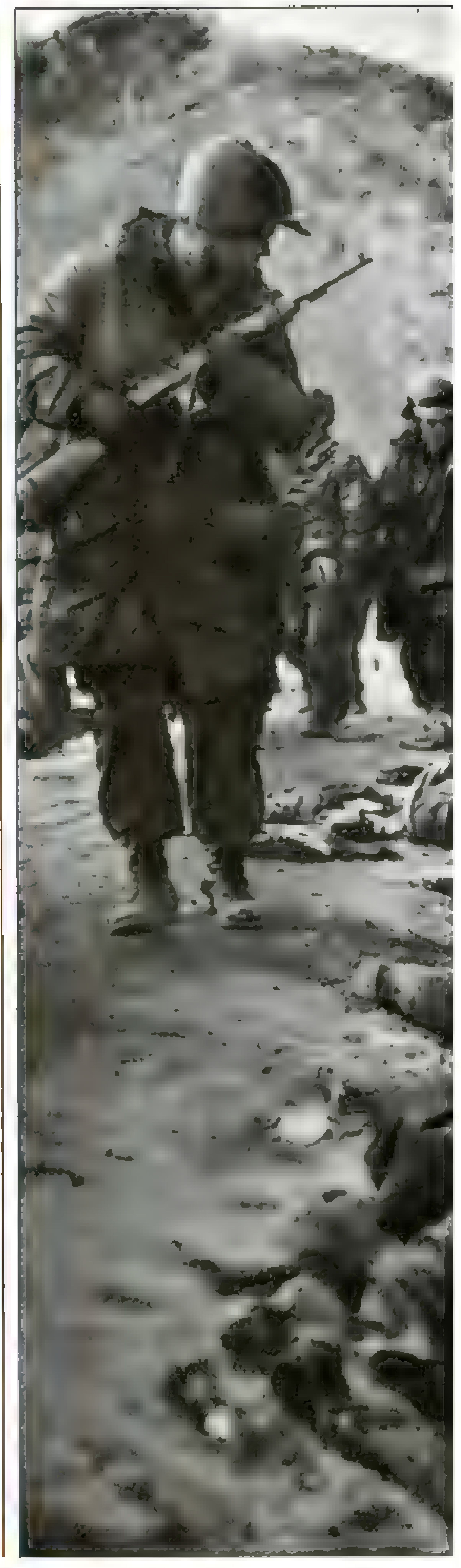
La Segunda Guerra Mundial le sorprendió en el archipiélago y, ante el imparable avance japonés, en 1941 debió abandonar Manila para dirigirse a Corregidor, que también evacuó en 1942. En 1943 dirigió la ofensiva norteamericana en el Pacífico sudoccidental e inscribió su nombre en la leyenda bélica con las épicas batallas de Midway y Guadalcanal. Le cupo el honor de reconquistar Filipinas (1944-45), cumpliendo la promesa que hiciera en su retirada: «Volveré». Al final de la guerra, ya como jefe supremo de las fuerzas aliadas en el Pacífico recibió en septiembre de 1945 la capitulación japonesa a bordo del acorazado Missouri.

En 1950, MacArthur volvió a entrar en acción como comandante de las fuerzas aliadas en Corea. Pero su actitud desmesuradamente agresiva frente a China chocó con los criterios del presidente Truman, quien, juzgando que la postura del general podía provocar la agudización del conflicto le destituyó el 11 de abril de 1951.

Soldado victorioso en dos campañas —en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial— MacArthur hizo bueno el refrán de que «a la tercera va la vencida»: la guerra de Corea significó el final de su carrera militar. El general regresó a Estados Unidos, donde se le nombró presidente de la Remington-Sperry Rand Corporation. Todavía en 1952, el poder político le rondó cerca: los conservadores querían que fuera candidato republicano a la presidencia. Pero esta vez supo decir «no» a la ambición y acabó apoyando a otro general, Dwight D. Eisenhower, que en 1952 sucedió a Truman en la Casa Blanca.

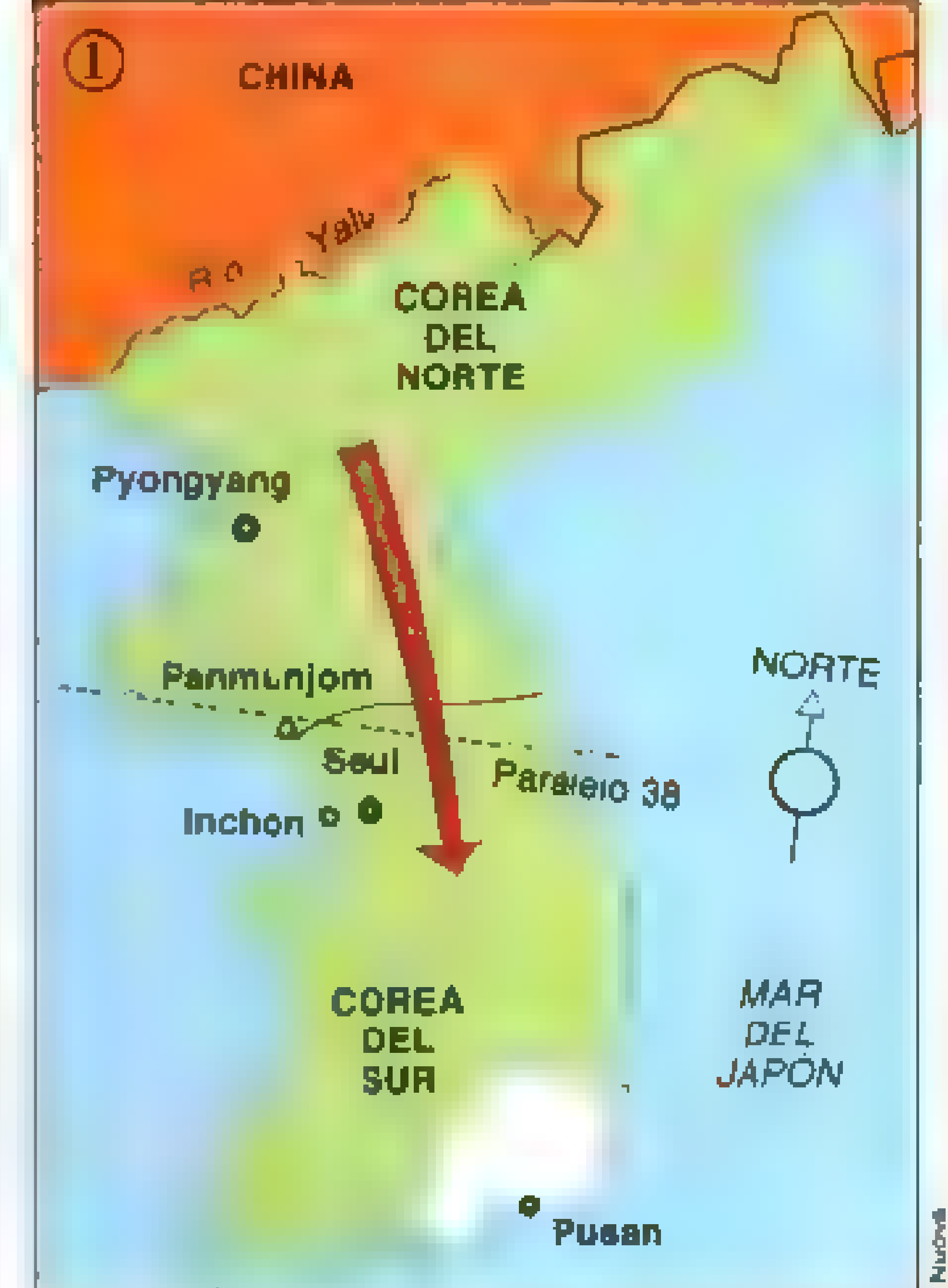
MacArthur murió en Washington en 1964.

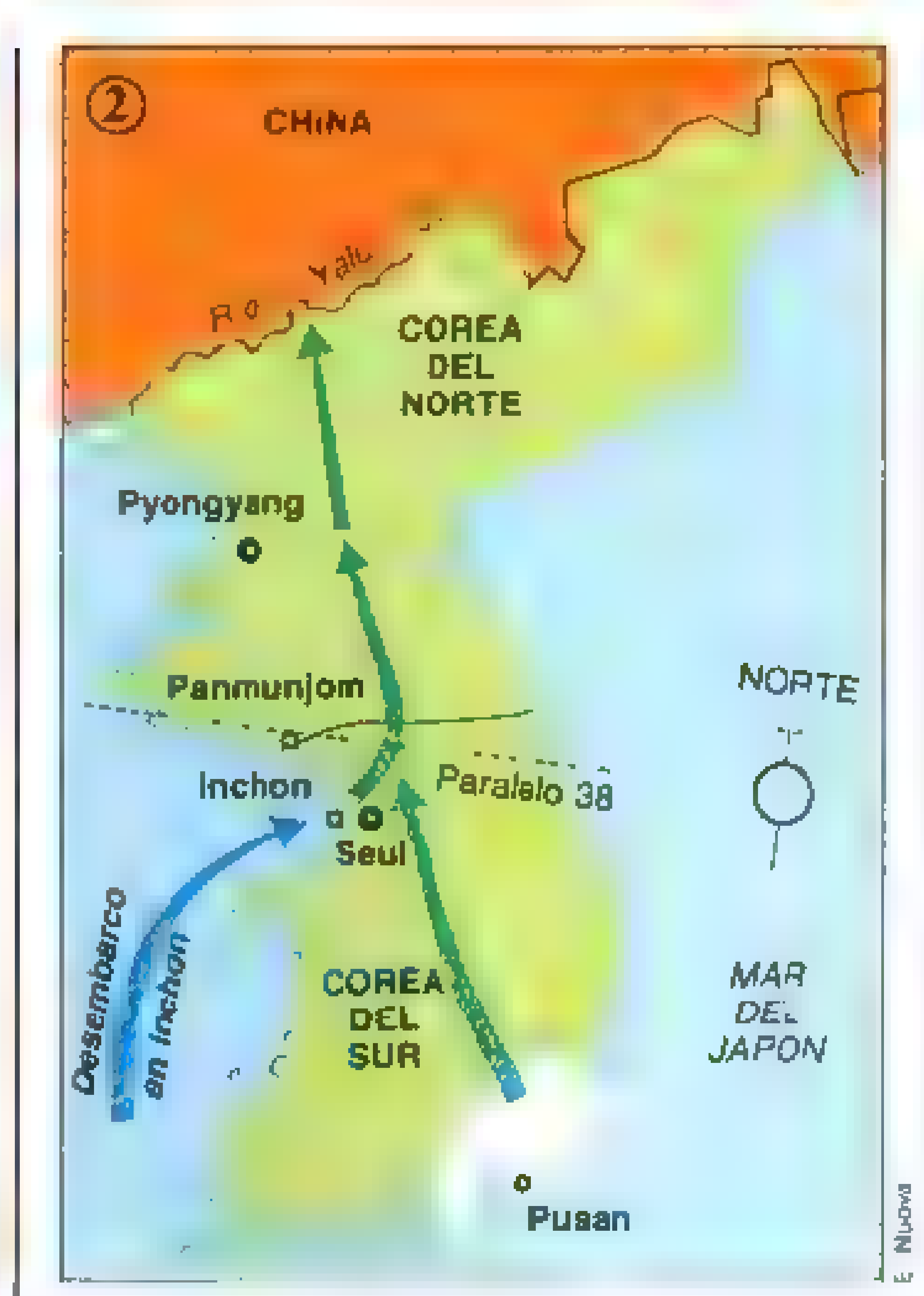

IGDA

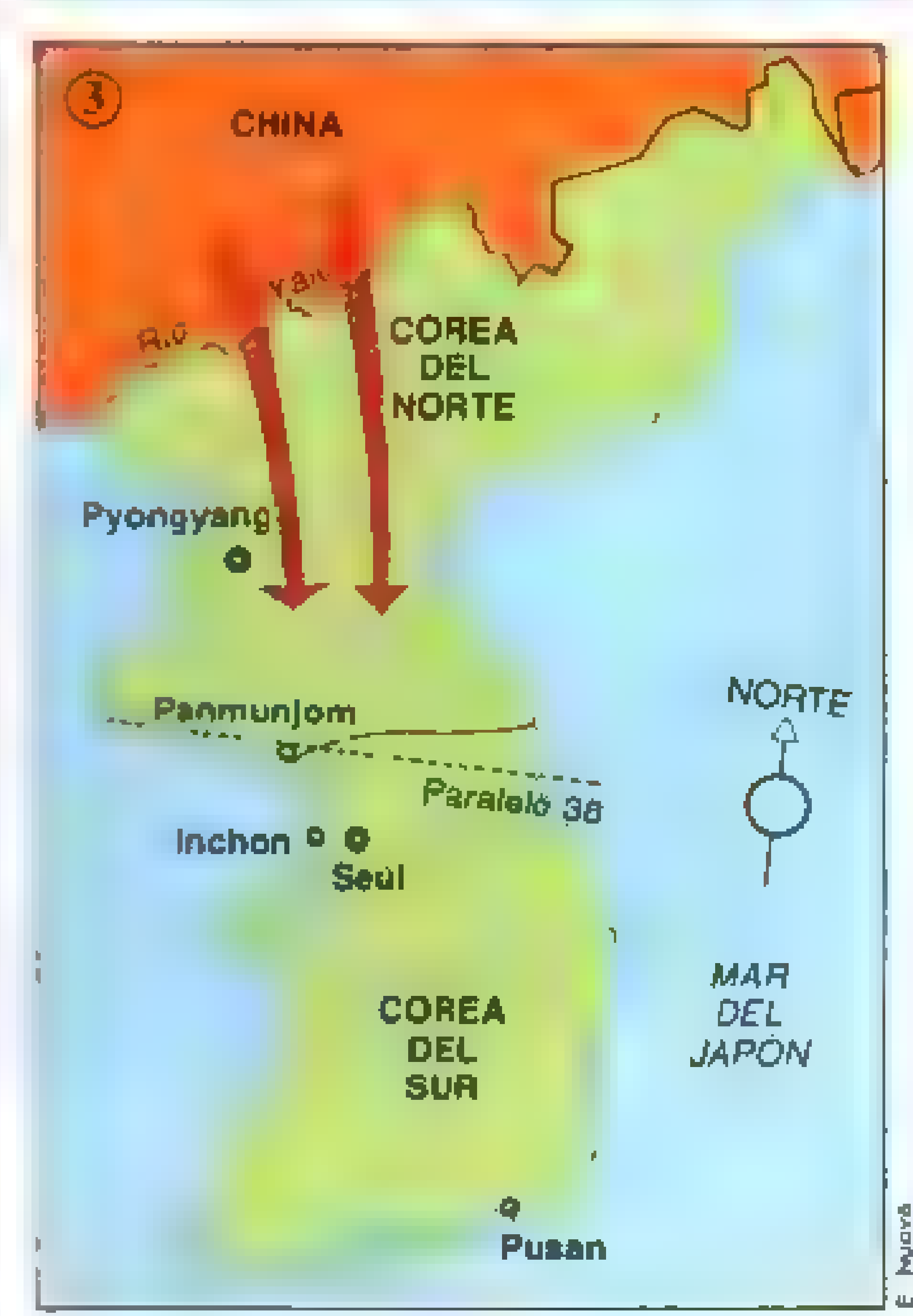




IGDA







En ambas páginas, elocuente fotografía de la retirada de las fuerzas norteamericanas (diciembre de 1950-febrero de 1951): una unidad de marines abandona sus posiciones dejando sobre el campo los cadáveres de sus compañeros. A pesar del éxito del desembarco en Inchon, que permitió equilibrar de nuevo la situación tras la invasión norcoreana las tropas de MacArthur fueron sorprendidas por la ofensiva china de diciembre de 1950.

*En esta página, mapas descriptivos de las tres fases más importantes de la guerra de Corea. **1** (25 de junio-15 de agosto de 1950): el ejército comunista del norte invade Corea del Sur, rechaza a los refuerzos americanos enviados con urgencia desde el Japón y llega hasta las puertas de Pusan, donde surcoreanos y americanos resisten tenazmente los ataques. **2** (septiembre-diciembre de 1950): gracias al desembarco en Inchon, los americanos cortan las comunicaciones de los norcoreanos y, en breve tiempo, liberan Seúl y conquistan Pyongyang, llegando a la frontera de China. **3** (diciembre de 1950) la intervención de las divisiones chinas obliga a las fuerzas de las Naciones Unidas a retirarse en gran parte de los territorios ocupados, pero luego vuelven a la ofensiva y el frente se estabiliza en torno al paralelo 38.*

traron en Seúl el día 29. Al día siguiente, MacArthur obtuvo permiso para que el VIII Ejército, acantonado en Japón, entrara en combate. El arrogante general fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas en Corea.

Las fuerzas americanas

Estados Unidos tenía sólo cuatro divisiones en Japón, sin los efectivos al completo, que llevaban ya cinco años dedicadas a tareas de ocupación; sólo una parte de esas fuerzas estaba formada por veteranos de guerra. Las divisiones de infantería 24 y 25, y la 1.ª División de caballería fueron trasladadas a Corea entre el 1 y el 18 de julio, mientras que la 7.ª División de infantería permaneció en Japón. Todas ellas, excepto la 24, que estaba al completo, tenían seis batallones de infantería en lugar de los nueve reglamentarios; cada uno de los tres batallones de artillería contaba con dos baterías en lugar de tres, y el batallón de carros de combate de cada división tenía en servicio el carro ligero M-24, inferior al T-34 soviético. Durante el mes de agosto, a estas fuerzas se sumaron una brigada de marines y la 2.ª División de infantería, desplazada desde Hawaii.

Desde principios de julio, los norteamericanos se encontraron defendiendo la línea del río Naktong, que no era más que el perímetro exterior de Pusan, el mayor puerto del país y la única ciudad importante que les quedaba a los surcoreanos. En menos de tres meses, las tropas de Kim Il Sung habían arrollado al ejército del Sur.

Carros de combate

Aunque en la guerra de Corea no hubo casi enfrentamiento directo entre carros de combate a causa de lo accidentado del terreno, los blindados soviéticos y norteamericanos tuvieron por primera vez la oportunidad de medirse y actuar como puntas de lanza en las ofensivas.

El **T-34** *soviético era un carro medio de 32 Tm, con una longitud de 8,11 m y una altura de 2,74 m. Iba armado con un cañón de 85 mm y dos ametralladoras de 7,62 mm Su velocidad máxima era de 51 km/h y su radio de acción de 354 km.*

El **Sherman M4A3** *norteamericano pesaba 31,5 Tm, medía 7,47 m y tenía una altura de 2,97 m. Iba armado con un cañón de 76 mm, dos ametralladoras de 7,62 mm y una de 12,5 mm. Su velocidad máxima era de 42 km/h y el radio de acción de 209 km.*

Entre las novedades de la guerra, en lo que a armamento se refiere, se contaron los carros británicos **Centurión,** *que demostraron ser los mejores por su potencia de fuego, maniobrabilidad, capacidad de vadeo y blindaje, y el improvisado* **M-47 Patton II** *estadounidense. El primero sigue todavía activo en el ejército israelí y el segundo en los de varios países occidentales, entre ellos España.*

Las fuerzas coreanas

Los 155.000 soldados norcoreanos eran en su mayoría veteranos que habían servido en la guerrilla antijaponesa o en los ejércitos de Mao. Frente a ellos, Seúl sólo podía alinear a unos 90.000 hombres dotados de armamento ligero y sin carros de combate. Ante este enemigo, los norcoreanos, que contaban con unos 150 carros, ponían los blindados por delante y hundían el frente, mientras que su infantería avanzaba por las alas, formando un movimiento de pinzas hasta cerrar la bolsa por la retaguardia. Ante el avance norcoreano, los soldados estadounidenses no pudieron enderezar la situación hasta finales de agosto, en que contaban ya con carros medios, como el M4A3 Sherman y el M-47 Patton II, y pesados, como el M-26 Pershing. Estabilizada la línea en el Naikong, la ofensiva norcoreana de septiembre, pudo ser superada.

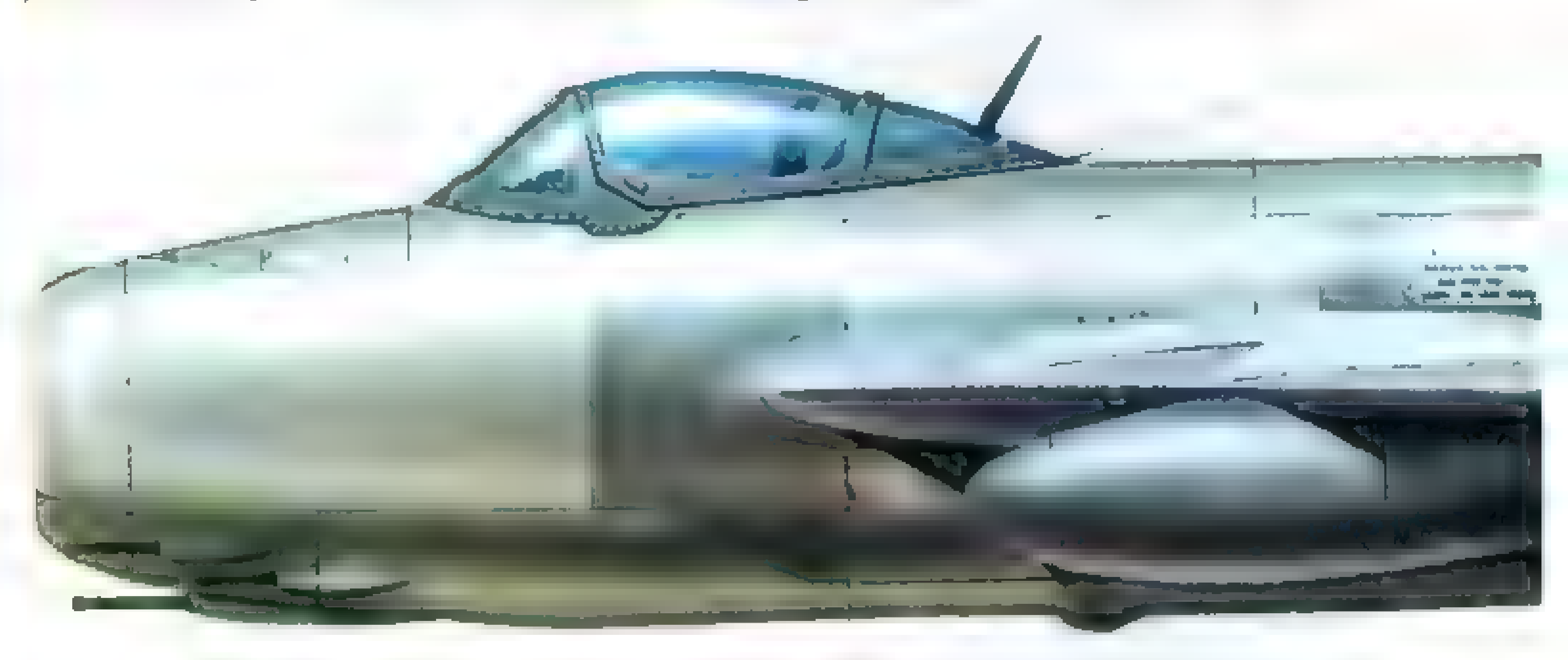
Desembarco en Inchon

Se concibió entonces una de las maniobras militares más audaces y afortunadas de la historia de la guerra moderna. El general MacArthur había previsto para el 15 de septiembre el desembarco en Inchon.

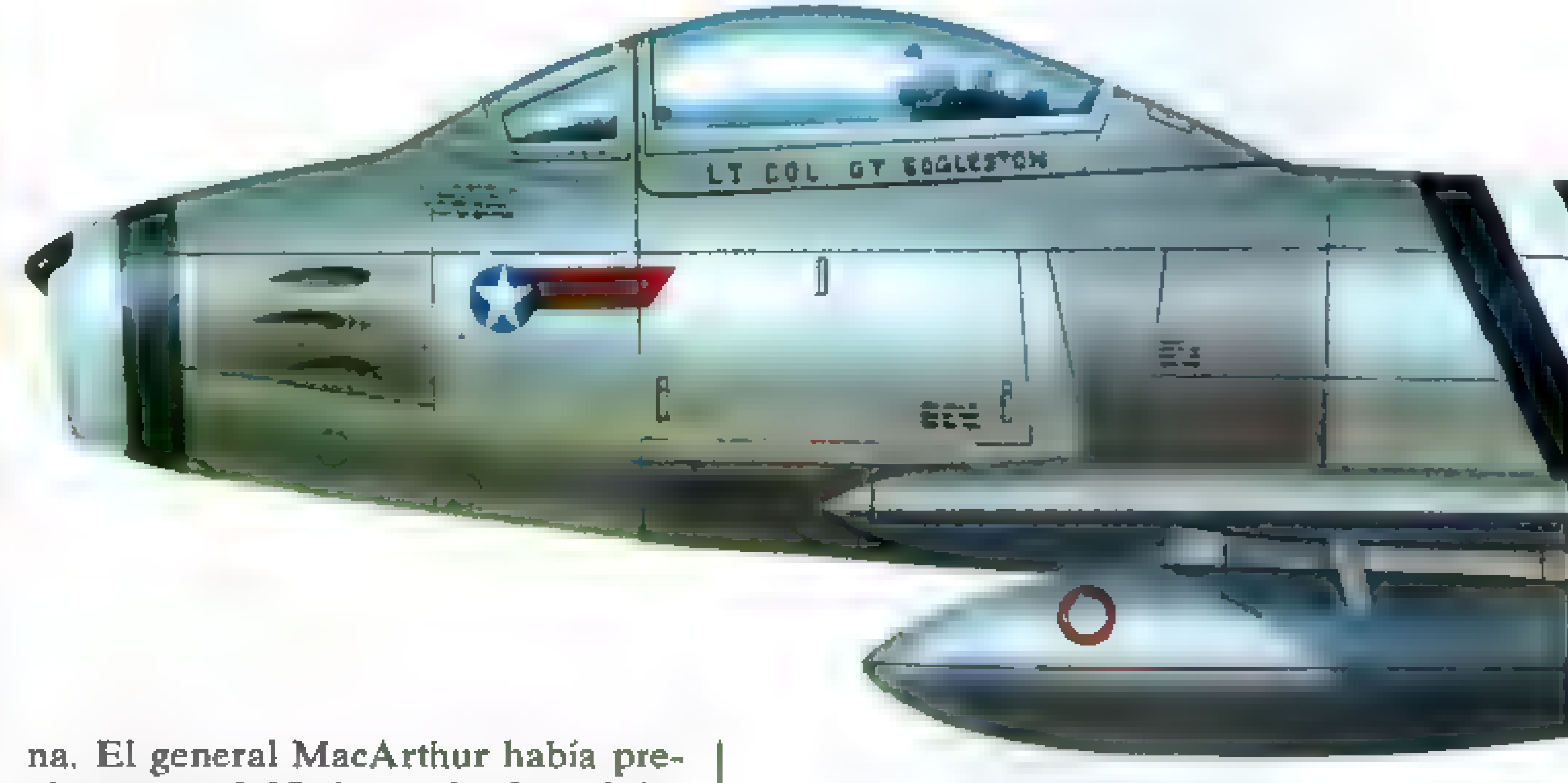
El «Viejo Mac», como se le llamaba entre sus subordinados, había elegido para la operación una pequeña península arenosa, en cuyo extremo interior se hallaba la ciudad portuaria de Inchon, a unos 30 km al sudoeste de Seúl y a varios cientos del perímetro defensivo de Pusan. Precisamente, el lugar más impensable para un desembarco. En una reunión de 45 minutos ante la Junta de Jefes de Estado Mayor que tenían que autorizar su idea, MacArthur, fumando constantemente su característica cachimba, convenció a sus interlocutores de que las líneas enemigas se hallaban enormemente extendidas, que las tropas comunistas tendrían que vivir sobre el terreno y que no había comunicaciones que permitieran un buen abastecimiento. La angosta entrada al puerto de Inchon, llena de arrecifes y escollos, los muros de tres metros de los muelles y la necesidad de realizar el desembarco en menos de tres horas, aprovechando la marea, constituían un cúmulo tal de dificultades que la operación Chromite, como se la denominaba, tendría a su favor el contundente efecto sorpresa.

El 15 de septiembre se hallaba ante Inchon una formidable flota de 230 buques, entre los que había numerosas unidades aliadas, especialmente de la Commonwealth, con 70.000 hom-

El conflicto coreano fue escenario de los primeros combates entre reactores el día 7 de noviembre de 1950, cuando un caza norteamericano Lockheed F-80 sorprendió a un desprevenido MiG-15 y le atacó desde atrás y en picado. El caza soviético MiG-15 (arriba), conocido en clave como «Fagot», había aparecido pocos días antes en el cielo de la península coreana, causando un tremendo shock entre las fuerzas aéreas de las Naciones Unidas. Se trataba de un ágil y bien armado monoplaza de alas en flecha que venía a demostrar los rápidos avances obtenidos por la tecnología comunista. Enfrentado con los cazas estadounidenses North American F-86 Sabre (abajo), el MiG-15 puso de manifiesto sus cualidades (mejor armado, más maniobrable y capaz de alcanzar mayor velocidad de subida).



Los MiG-15 operaban desde aeródromos situados al otro lado del río Yalu y cubrían una zona del territorio norcoreano llamada «corredor de los MiG». El armamento del caza soviético (dos cañones de 23 mm y uno de 37 mm, en lugar de las seis ametralladoras de 12,7 mm de los F-86), permitió utilizarlo con éxito contra las casi inmunes superfortalezas volantes B-29, empeñadas en una intensa campaña de bombardeo sobre Corea del Norte. Pero los inexpertos pilotos norcoreanos y chinos no supieron explotar sus ventajas.



US AIR FORCE
91281

Archivo Orbis

Archivo Orbis


Blindado americano atravesando un río para dirigirse a la zona de combate. Los carros estadounidenses tuvieron que batirse con los poderosos T-34 soviéticos del ejército norcoreano.

GDA

bres a bordo. Las fuerzas de desembarco estaban formadas por la 1.ª División de marines y la 7.ª División de infantería, que por fin había abandonado Japón, integradas en el X Cuerpo de Ejército al mando del general Edward Almond.

La suerte cambia de signo

El desembarco se produjo de madrugada ante la débil y atónita resistencia de 2.000 norcoreanos que guarnecían Inchon. A medianoche, la ciudad y toda la península se hallaban en manos norteamericanas al precio de sólo 21 muertos. El día 16, los marines iniciaban el avance hacia Seúl, defendida por 5.000 soldados, mientras que la 7.ª División guarnecía el flanco oriental a la espera del contraataque de las fuerzas que peleaban en el Sur. El día 22, los norteamericanos entraban en Seúl y se producía el colapso absoluto de las comunicaciones enemigas, tal como había predicho MacArthur, y el día 26 tuvo lugar el enlace victorioso con las tropas que avanzaban desde Pusan. En menos de dos semanas se le había dado la vuelta a la guerra. Los norteamericanos, con lo que quedaba del ejército surcoreano y nuevas levas hechas a toda prisa, marchaban sin hallar apenas resistencia hacia el paralelo 38.

El vaivén de la guerra

El día 4 de octubre de 1950, las fuerzas de la ONU cruzaban el paralelo e iniciaban una imparable cabalgata hacia la frontera china, que en gran parte sigue el curso del río Yalu. A final de mes se producía, sin embargo, un giro radical en el conflicto: las primeras oleadas de tropas chinas cruzaban la frontera y rompían el frente aliado de este a oeste. Como un ascensor, la guerra volvía a descender velozmente hacia el sur de la península.

Divisiones chinas en acción

El 14 de octubre de 1950, los norteamericanos habían detectado la presencia de 38 divisiones chinas en Manchuria, cerca del Yalu, pero concluían que ninguna de ellas estaba preparada para marchar sobre Corea y, en su opinión, el momento idóneo para hacerlo ya había pasado. Las fuerzas aliadas se hallaban demasiado cerca de sus objetivos y nada podía ya detenerlas. Pero ese mismo día, para mayor gloria de la información norteamericana, una primera oleada de tres grupos de divisiones chinas, las 38, 39 y 40 del XIII Cuerpo de Ejército del mariscal Lin Piao (Lin Biao), cruzaban la frontera. A final de mes, más de 100.000 hombres se hallaban desplegados frente

Los dos ejércitos coreanos

La República Democrática Popular de Corea (Corea del Norte) contaba al comienzo de la guerra con unos 155.000 hombres en armas, distribuidos en ocho divisiones de infantería plenamente equipadas, dos más con efectivos incompletos, un regimiento motorizado de reconocimiento y una brigada acorazada. Cada división tenía un regimiento de artillería equipado con obuses de 122 mm y un batallón de cañones autopropulsados de 76 mm. El arma blindada la constituían 150 carros soviéticos T-34. En junio de 1950, el ejército del Norte disponía de 132 aviones

La República Democrática de Corea (Corea del Sur) tenía unos 95.000 hombres en armas, con sólo cuatro divisiones, de un total de ocho, completamente equipadas. Estas fuerzas estaban desplegadas en el paralelo 38. El ejército surcoreano tenía 140 piezas contracarro de tipo ligero, en su mayoría bazookas americanos excedentes de la Segunda Guerra Mundial, y obuses de 105 mm. Seúl carecía de carros de combate y artillería pesada. Contaba con unos 60 aviones de entrenamiento y enlace, con cierta capacidad de ataque al suelo.

a las tropas aliadas dispuestos para el ataque.

Las fuerzas chinas, compuestas nominalmente por voluntarios, eran excelentes. Todos los oficiales habían luchado en la Segunda Guerra Mundial e incluso los subalternos eran veteranos de la guerra civil china. Para no ser observados por el enemigo, se movían casi exclusivamente de noche. Una de las divisiones recorrió 460 km de terreno montañoso en 19 días, desde Manchuria hasta el frente.

Cada uno de los Grupos de Ejército se componía de tres divisiones de algo más de 10.000 hombres cada una, y cada división contaba con tres regimientos, un batallón de artillería, otro de ingenieros, servicios de transporte y compañías de comunicaciones y sanitarias. No llevaban vehículos ni carros de combate, únicamente mulos y porteadores humanos, y si la carencia de armamento pesado reducía su potencia de fuego, eran, en cambio, infinitamente más móviles y fáciles de aprovisionar que las norteamericanas. Las tropas chinas apenas disponían de radios y los teléfonos de campaña eran tan escasos como las raciones con las que se sostenían. Las divisiones chinas necesitaban 40 toneladas diarias de aprovisionamientos, las norteamericanas, 350. En estas condiciones, su forma de combatir, fiada en la rapidez y el número, consistía en atacar por las dos alas mientras batían con fuego el centro del dispositivo enemigo, cerrando las vías de retirada. A lo largo de su ofensiva, que duró hasta enero de 1951, los chinos demostraron una sorprendente habilidad para encontrar los puntos débiles en el ensamblaje de las unidades aliadas, situándose rápidamente a su retaguardia.

En noviembre de 1950, las divisiones chinas continuaron afluyendo a los frentes hasta situar a 300.000 hombres en Corea. Su avance fue tan rápido como el de los norcoreanos al principio de la contienda y el del primer contraataque aliado. Aquella parecía una guerra en la que el que tomaba la iniciativa y rompía el frente no tenía más que perseguir al enemigo hasta que su propio abastecimiento, por la extensión de las líneas, hiciera peligrar la ofensiva.

A fines de enero de 1951, más de la mitad de Corea del Sur se hallaba en manos de los atacantes, aunque las



Arch. Marker-Snark





Sobre estas líneas cartel norcoreano inspirado en el célebre cuadro de Delacroix La Libertad guiando al pueblo. La propaganda comunista convocaba a defenderse de la «agresión imperialista»

En ambas páginas arriba, bombardeo de la aviación americana en el área de Pyongyang. La superioridad aérea de las Naciones Unidas evitó el éxito de la ofensiva chinocoreana de diciembre de 1950.

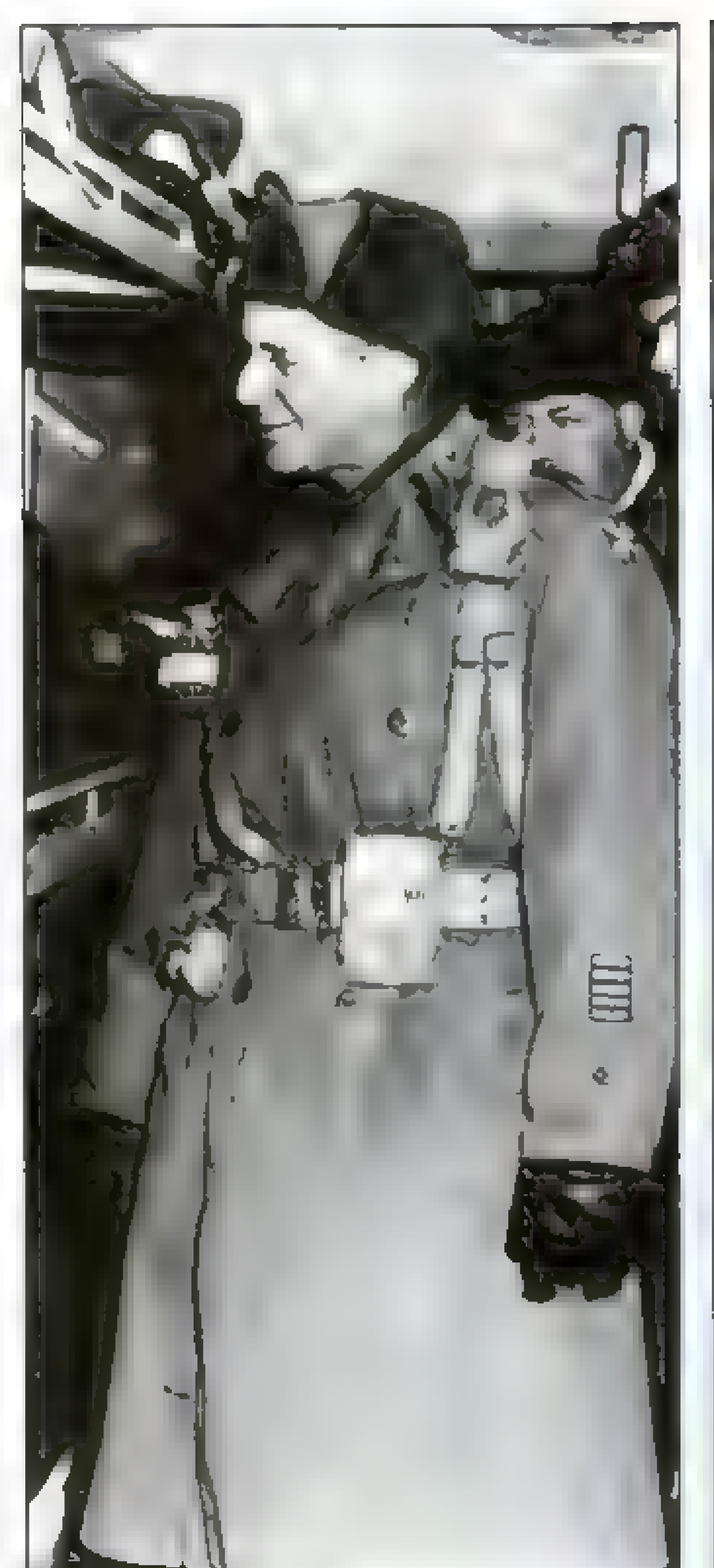
Abajo, un campesino surcoreano contempla el lanzamiento de una unidad de paracaidistas del ejército americano

A la derecha, el general Matthew B. Ridgway, comandante de las tropas de la ONU tras la destitución del general MacArthur

Camera Press/Zardoya



GDA



Publifoto

pérdidas aliadas eran muy inferiores a las de China. Esto permitió reagruparse a las fuerzas de la ONU (pertenecientes a 15 países), que llegaron a tener 970.000 hombres sobre el terreno, y a estabilizar la situación, para iniciar entonces un avance basado en la incuestionable superioridad de su armamento pesado y su aviación.

Truman y MacArthur enfrentados

Al iniciarse el contraataque se produjo, primero secretamente, la confrontación entre Truman y el general MacArthur. El comandante en jefe acuñó entonces la famosa frase de que sus soldados «no debían morir por un *match* nulo» *(not to die for a tie)*, por lo que era necesario proseguir el avance más allá del Yalu y emplear armas nucleares para bombardear la retaguardia enemiga en la propia China. Al hacer publico el mismo MacArthur el contenido de la polémica en el mes de abril, en un cuidado pero equivocado gesto populista para recabar el apoyo de la opinión contra su presidente, Truman no tuvo más remedio que destituirle. El general Matthew B. Ridg-

Fuerzas de los aliados

De los 53 países que el 27 de junio de 1950 aprobaron la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU pidiendo ayuda para Seúl, 40 ofrecieron su concurso, pero sólo 15, aparte de Estados Unidos, enviaron tropas en apoyo de Corea del Sur.

Efectivos de Estados Unidos

Washington llegó a tener 300.000 hombres en Corea. La USAF utilizó 14 Grupos de caza y cazabombardeo, 5 Grupos navales (embarcados) y 3 Alas de bombardeo pesado (B-29) con base en Okinawa, en el archipiélago japonés.

Efectivos de la ONU

El resto de las fuerzas aliadas no sobrepasó nunca los 44.000 soldados, de los que la mitad se hallaba integrada en una división de países de la Commonwealth. La contribución más importante fue la británica, cuyos primeros 2.000 hombres llegaron a la defensa de Pusan el 29 de agosto de 1950, seguidos de una brigada turca con 5.000 soldados en activo a partir de octubre de aquel año.

Australia: *dos batallones de infantería, un escuadrón de cazas, dos escuadrones de transporte y un escuadrón de tierra.*
Bélgica: *un batallón de infantería.*
Canadá: *una brigada de infantería y un escuadrón de aviones de transporte*
Colombia: *un batallón de infantería.*
Etiopía: *un batallón de infantería.*
Francia: *un batallón de infantería sacado de Indochina.*
Gran Bretaña: *dos brigadas de infantería, un regimiento acorazado; un regimiento y medio de artillería; un regimiento y medio de ingenieros; la flota de Extremo Oriente (con 13 escuadrones de caza y bombardeo embarcados) y dos escuadrones de bombarderos.*
Grecia: *un batallón de infantería y aviones de transporte.*
Holanda: *un batallón de infantería*
Luxemburgo: *una compañía de infantería*
Nueva Zelanda: *un regimiento de artillería.*
Filipinas: *un batallón de infantería y una compañía de carros de combate.*
Sudáfrica: *un escuadrón de caza.*
Tailandia: *un batallón de infantería.*
Turquía: *una brigada de infantería.*

La «máquina de picar carne»

El 22 de abril de 1951, los chinos iniciaron su última gran ofensiva para hacer retroceder a los aliados que luchaban al norte del paralelo 38. En un sector del frente, una brigada británica defendía 11 km de posiciones a lo largo del río Injin. Eran unos 6.000 hombres que tenían que hacer frente a más de 30.000, los efectivos de tres divisiones chinas lanzadas en incesantes oleadas humanas. Al anochecer del 24, las tropas británicas se replegaban en orden tras haber infligido enormes pérdidas a los atacantes, pero un batallón del Gloucestershire Regiment quedó sitiado en una colina. El día 25 se dio la orden de que cada hombre intentara romper el cerco como pudiera. De las cuatro compañías, tres cayeron en combate o fueron hechos prisioneros sus efectivos. Únicamente 39 soldados de la compañía D lograron regresar a las filas aliadas. Sin embargo, el sacrificio de la unidad había servido para mellar, en parte, los dientes de la ofensiva china.

La enorme concentración de fuego con que los británicos hicieron frente a las oleadas humanas durante los meses de abril y mayo, a la que se dio el nombre de «máquina de picar carne», había causado más de 100.000 bajas entre los chinos.

En ambas páginas, arriba, soldados americanos atraviesan los arrozales camino de la Colina 513, al norte de Pyongyang.

En esta página, abajo, una patrulla avanza en un pueblo destruido de la zona de combates.

En la página de la derecha, prisioneros de guerra chinos. Unos 600.000 «voluntarios» chinos combatieron en el ejército norcoreano

way, menos brillante pero más disciplinado, fue designado su sucesor.

La estrategia de Truman era contener el avance del comunismo en las fronteras entre Occidente y el área de dominio soviético, pero no exportar la guerra más allá de esa línea divisoria

Guerra de desgaste

La decisión de Truman era coherente con la valoración política de la situación: la entrada de tropas chinas en combate, aprobada por Stalin con toda seguridad, significaba que el bloque comunista no estaba dispuesto a consentir una derrota total de sus protegidos y la desaparición de Corea del Norte. Y la reunificación del país por las armas no valía el riesgo de una guerra mundial.



Keystone. F. X. Rafols


Cámara Pres. Zardoya


Snark International


Publifoto

La «guerra de desgaste» practicada a partir de entonces por los aliados permitió recuperar Seúl a mediados de marzo de 1951. Entonces, Ridgway dio la orden de estabilizar el frente ligeramente al norte del paralelo 38. En mayo, las fuerzas de la ONU defendían los objetivos conquistados conforme a este plan, y el agotamiento de ambos bandos facilitaba la marcha hacia la mesa de negociaciones. Éstas comenzaron el mes de julio en la localidad de Panmunjom, en la tierra de nadie entre los dos ejércitos.

Todo el mundo podía pensar que comunistas y aliados occidentales se conformaban con el *statu quo* anterior al inicio de las hostilidades, pero las divergencias, entonces imperceptibles, entre soviéticos y chinos prolongarían más de dos años la solución negociada. Si la URSS estaba dispuesta a reconocer la situación bélica de hecho, a China, que había hecho el esfuerzo militar y de sangre, le interesaba tanto la revisión de la división coreana, como la consolidación de su influencia sobre Corea del Norte.

Pork Chop Hill

En consecuencia, los episodios bélicos, en sí mismos insignificantes, por la disputa de una loma o el cruce de un riachuelo, se convertían en avatares políticos en la medida en que repercutían en la mesa de negociaciones. Una victoria menor servía para endurecer o suavizar las posiciones en la lucha por el armisticio. Eso es, precisamente, lo que ocurrió en las ásperas semanas de combate por una minúscula loma que ha pasado a la historia con el nombre de «Colina de la chuleta de cerdo» (Pork Chop Hill).

La guerra se había estabilizado a lo largo de un frente irregular, que se pegaba a los relieves del terreno en una línea que oscilaba entre los 50 y los 100 km al norte de Seúl. Era una lucha de trincheras y blocaos, como la de la Primera Guerra Mundial. Pork Chop Hill era una colina de apenas 180 m de altura que tomaba el sobrenombre de su gastronómica forma, situada apenas a 1,5 km de la línea principal de defensa aliada y a unos 80 km al norte de la capital surcoreana. Un puesto avanzado con una guarnición de 96 hombres.

En la primavera de 1953, los chinos habían ocupado otra colina similar, a la

Paz sin gloria

La firma del armisticio tuvo lugar en un barracón de Panmunjom, el 27 de julio de 1953. Era un día muy caluroso. El general William Harrison firmó por las fuerzas de la ONU. Iba con la camisa remangada. Frente a él estaba el general norcoreano Nam-Il, vestido con un pesado uniforme abrochado hasta el cuello. La ceremonia terminó poco después del mediodía. Ambos se despidieron sin estrecharse la mano. Nacía una paz sin gloria. Un oficial del séquito de Harrison comentó: «No hay nada que celebrar. Es una guerra sin vencedores. Ambas partes han perdido.»

que los aliados llamaban «Old Baldy», situada a menos de 1,5 km al oeste. El 16 de abril, al anochecer, dos compañías chinas la asaltaron. Al amanecer, los últimos reductos de resistencia norteamericanos fueron eliminados, cayendo prisioneros sus defensores. Pero aquella misma noche, el mando aliado envió tres compañías a reconquistar la cima; sólo 55 hombres volvieron con vida. La lucha por la colina se había convertido en un duelo de voluntades, que encontraba su paralelo en Panmunjom, donde los negociadores parecían esperar la victoria en Pork Chop Hill para luego decidir la suerte de la paz. Un nuevo ataque norteamericano se produjo con los efectivos de un batallón y, tras encarnizados combates, al caer el día 18, la guarnición china se replegó, cediendo la loma.

El armisticio

Siguieron unas semanas de calma, esporádicamente interrumpida por algunas escaramuzas, hasta que, el 6 de julio, los chinos volvieron a atacar con varios batallones. Los combates no se interrumpirían hasta el día 10, fecha en que los contendientes sumaban ya los efectivos de una división china y de cinco batallones norteamericanos. Varios miles de hombres combatían por una colina de trincheras y búnkers, sabiendo que la guerra estaba irremediablemente empatada. Aquel mismo día, los norteamericanos tomaron la decisión de evacuar la colina; la inagotable capacidad de sacrificio les había valido a los chinos el prurito de la última victoria. Dos semanas más tarde, el 27 de julio de 1953 se firmaba el armisticio que ponía fin a la guerra de Corea en Panmunjom.



Snark International



US Signal Corps-Snark

Arriba, delegación de Estados Unidos en las negociaciones de Panmunjom. Abajo, miembros de la comisión de armisticio estudian la situación en el frente. Los trabajos de la comisión dieron comienzo el 10 de julio de 1951 y fue preciso esperar dos años para llegar al acuerdo que fijó la frontera entre las dos Coreas en el paralelo 38. Mientras tanto, la victoria del general Eisenhower en las elecciones a la presidencia de Estados Unidos y la muerte de Stalin habían cambiado el planteamiento del conflicto. Cuando el armisticio se firmó el 27 de julio de 1953, ambas Coreas estaban enteramente devastadas y 20 millones de civiles reducidos a la miseria.

Estados Unidos había sufrido 34.000 muertos en combate, más algunos millares de sus aliados occidentales y 50.000 de los surcoreanos. Las bajas en el bando comunista, nunca reconocidas oficialmente, se estimaban en cerca de 500.000 norcoreanos y una cifra aún mayor de chinos. Hubo más de 400 000 civiles muertos.

Washington había librado su primera guerra asiática y obtuvo un cierto éxito defensivo: Corea del Sur seguiría siendo una avanzada de Occidente, tan poco democráticamente constituida como la República norcoreana, que se consolidaba también en la zona de influencia comunista compartida por China y la URSS.

Los pactos España-EE.UU.

Consolidación del franquismo

Eduardo Chamorro,
comentarista político de *Gaceta ilustrada*

Ignacio Fontes,
redactor jefe de *Interviu*

En diciembre de 1959, el presidente Eisenhower visitaba España. Era el definitivo espaldarazo a la política exterior del Régimen, que había obtenido sus primeros éxitos en 1953 con la firma del Concordato con la Santa Sede y de los pactos económico-militares con EE UU

Los pactos firmados el 26 de septiembre de 1953 entre España y Estados Unidos significaron el reconocimiento internacional del régimen de Franco y el apoyo a la permanencia del Caudillo en el poder. En noviembre de 1950, la ONU había anulado su recomendación anterior sobre la retirada de embajadores de España, y en julio de 1951 el almirante Sherman, enviado a Madrid por el gobierno de Estados Unidos, iniciaba las negociaciones sobre el establecimiento de bases militares en España. A cambio de convertirse prácticamente en un país satélite, España recibió una importante ayuda militar y económica.



EFE

La cuestión del wolframio

El wolframio, mineral estratégico utilizado por la industria bélica para endurecer el acero de los proyectiles, marcó el comienzo de las buenas relaciones del gobierno norteamericano con España y el antecedente que permitió, diez años más tarde de la declaración española de «neutralidad» en la Segunda Guerra Mundial, que Estados Unidos firmara un acuerdo militar con la dictadura

Tanto Gran Bretaña como Estados Unidos decidieron, de cara al desembarco en Normandía, que España embargase las exportaciones de wolframio a Alemania, principal nación abastecida de dicho mineral por su mayor disponibilidad de pesetas. Franco aprovechó el conflicto para sanear la economía española, cargando un impuesto de hasta 10.000 dólares por tonelada de mineral, y para reorientar la clara posición profascista de su gobierno, cuando Alemania comenzaba a perder la guerra.

Estados Unidos, desoyendo la postura británica, partidaria de no presionar demasiado a Franco, decretó el embargo de crudos en enero de 1944 tras el llamado «Incidente Laurel», por el que Franco reconoció de facto *al gobierno títere impuesto por Japón en Filipinas. El embajador norteamericano, Carlton Joseph Hayes pidió el embargo formal del wolframio.*

El conde de Jordana, relativamente aliadófilo, llevó adelante, como ministro de Asuntos Exteriores, unas laboriosas negociaciones. Su llegada al ministerio, sustituyendo al pronazi Serrano Súñer, ya indicaba el deseo del Régimen de abrirse a las previsiblemente victoriosas potencias democráticas.

Jordana expuso a Hayes, con cierto optimismo, la importancia de la «labor pasiva» de España en la guerra, lo que había permitido expulsar a los alemanes del Mediterráneo, y se negó a negociar bajo el embargo de petróleo, aunque abrió la puerta a un acuerdo para no facilitar a Alemania más que cantidades de wolframio «sin importancia militar».

Estados Unidos suavizó las represalias al conocer la primera propuesta española: reducir las ventas a Alemania hasta un 10% de lo adquirido en 1943 a cambio de que los aliados comprasen todo el excedente de mineral y Estados Unidos vendiera a España los productos que ésta adquiría de Alemania, con lo que abriría Occidente al comercio de la dictadura. Se siguieron una serie de propuestas y contrapropuestas, que terminaron con el acuerdo hispano-norteamericano, por el que Estados Unidos se comprometía a comprar el excedente de wolframio a cambio de que España no sirviera más de 40 toneladas a Alemania hasta agosto de 1944 y un máximo de 450 hasta final de año. Franco tenía que cerrar los consulados alemán y japonés en Tánger, retirar la División Azul, poner mayores cantidades de pesetas a cambio de oro norteamericano, devolver al gobierno aliado italiano los barcos de Mussolini que estaban en España —salvo dos que retendría hasta el final de la guerra— y expulsar del territorio a los espías del Eje.

El 29 de abril de 1944 se cambiaron notas entre los gobiernos. En otoño se terminó el comercio de wolframio con Alemania. El 12 de diciembre comenzó el retorno de la División Azul.



La política europea de Estados Unidos

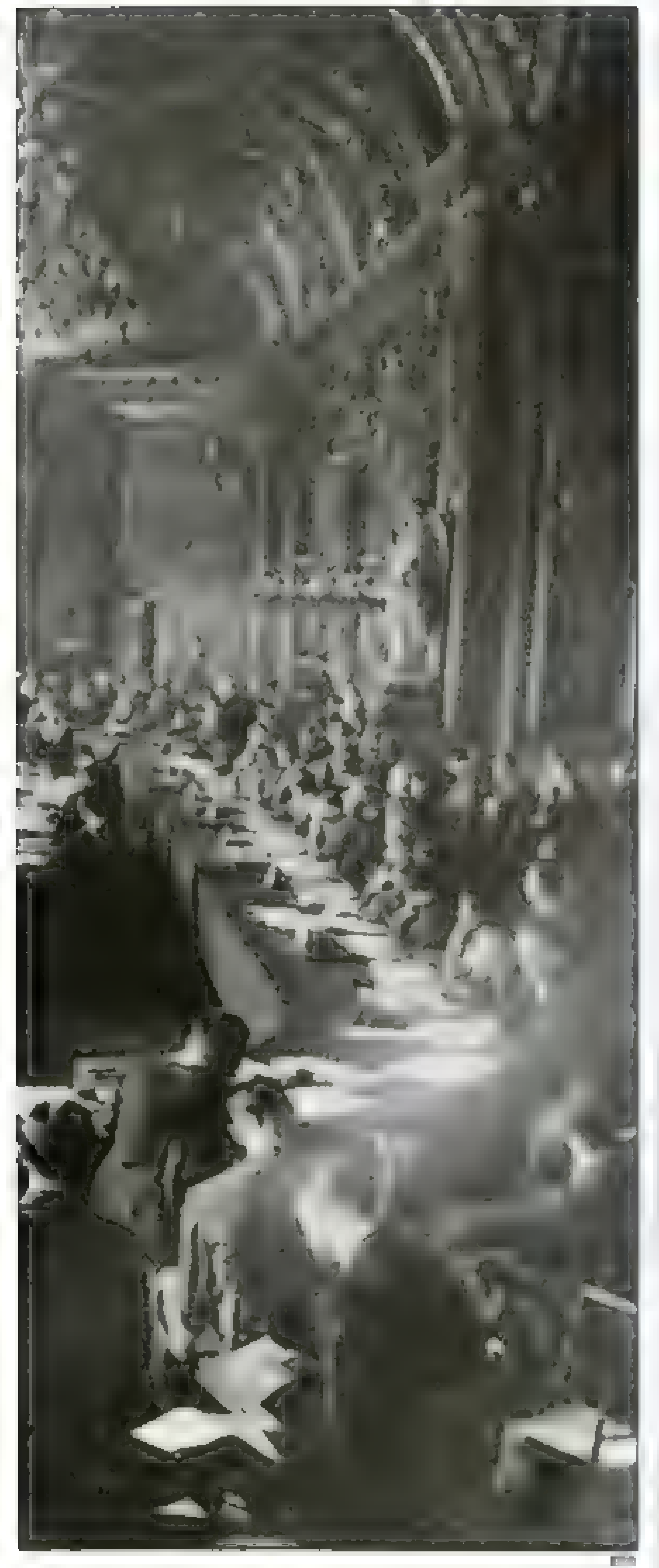
En diciembre de 1946, la Asamblea General de la ONU había decidido el aislamiento del régimen español y la retirada de los representantes diplomáticos en Madrid. La iniciativa, que había partido de Stalin, contó con el beneplácito norteamericano. Sin embargo, un año más tarde, el voto estadounidense impidió que se ratificara aquella condena.

Comenzaba a esbozarse la «guerra fría», y Truman, sucesor de Roosevelt en la presidencia norteamericana, no estaba dispuesto a prescindir de un régimen al que podía transformar en subalterno.

La Conferencia de Paz de París, entre julio y octubre de 1946, puso de relieve las profundas diferencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética. La política prevista por el presidente Roosevelt para aplicar en Europa al final de la guerra, cambió con la llegada de Truman al poder y, sobre todo, con la llegada de Marshall, en febrero de 1947, al departamento de Estado. Para la economía estadounidense, dispuesta a expandirse cuando agotaba los beneficios del *boom* posbélico, era necesario un rearme de Occidente e insistir en «acelerar el restablecimiento de las dos fábricas más grandes de Europa y Asia: Alemania y Japón», según palabras del secretario de Estado, Dean Acheson, el 8 de mayo de 1947. En consecuencia, y con gran regocijo de los círculos oficiales españoles, la Unión Soviética volvía a ser la amenaza, el «Gran Fantasma Rojo» de los años 30.

La ayuda Marshall: un arma de doble filo

En julio de 1947, en la reunión de los aliados celebrada en París, la Unión Soviética clarificó su postura: «Los créditos norteamericanos no servirán para el restablecimiento económico de



Europa, sino que serán utilizados por unos países europeos contra otros países europeos, de la manera que les parezca más conveniente a algunas potencias industriales que se esfuerzan por alcanzar el predominio.» Las servidumbres que el plan Marshall imponía a los países que iban a beneficiarse de él, parecían indicar que el centro de decisiones europeas de la posguerra continuaría en Estados Unidos.

El plan Marshall encontró el camino expedito en las Cámaras norteamericanas, y en abril de 1948 se votaron los primeros créditos. Los fines eran «restablecer la economía en todo el mundo y crear condiciones políticas y sociales

El plan Marshall y España

En agosto de 1947, en sus declaraciones a la cadena periodística norteamericana Hearst, el general Franco reclamó para España un trato similar al que dentro del plan Marshall empezaba a darse a países vencidos en la guerra, como Italia y Alemania. Pocas semanas después (9 de octubre de 1947) la creación de la Kominform, dio mayor fuerza a quienes en Estados Unidos apoyaban al régimen de Franco en España. El 30 de marzo de 1947, el representante norteamericano O'Konsky (católico de origen polaco) consiguió ver aprobada su enmienda para permitir la concesión a España de un trato análogo al del plan Marshall. Sólo las últimas protestas de los socialistas y socialdemócratas europeos —especialmente de los italianos— postergaron tal proposición. En su sesión del 1 de abril de 1948, el Senado de Estados Unidos rechazó la enmienda O'Konsky.

El apartamiento de España del plan Marshall significó el mantenimiento del bilateralismo en el comercio exterior español, con todas sus secuelas de restricciones y estrangulamientos en el aprovisionamiento de alimentos, materias primas y equipo.

Fue en enero de 1950 cuando Dean Acheson, entonces secretario de Estado norteamericano, indicó que «la situación anormal de España debería ser resuelta». Esta nueva actitud norteamericana fue correspondida por el gobierno español cuando, iniciada la guerra de Corea en el mes de junio de 1950, la representación diplomática hispana en Washington declaró que «España desearía ayudar a Estados Unidos a detener el comunismo enviando fuerzas a Corea».

El definitivo cambio de la actitud norteamericana se inició en 1951. En la autorización de la Ley de Seguridad Mutua para el año fiscal 1950-51 (continuación del plan Marshall), se incluyó la consignación de un crédito a largo plazo, del Export-Import Bank, destinado a la adquisición de productos agrícolas, materias primas y equipo por un valor total de 62,5 millones de dólares. Poco después, el mismo banco oficial norteamericano concedió a España otros dos créditos a corto plazo, destinados a financiar compras de algodón, por un importe de 24 millones de dólares.

Más tarde, en julio de 1951, Franco sostuvo dos largas entrevistas (en total seis horas de reunión) con el almirante Sherman, jefe de operaciones de la Marina de Estados Unidos. En el curso de ese diálogo se establecieron las bases de un futuro acuerdo militar. Si no se materializó de forma inmediata —recordemos que la guerra de Corea estaba en su fase más crítica— fue en parte debido al fallecimiento de Sherman después de abandonar España.

Con el general Eisenhower en la presidencia de Estados Unidos a principios de 1953, se dio el impulso definitivo a las negociaciones entre el Pentágono y Madrid y el 26 de septiembre de 1953 se firmaron los tres acuerdos con Estados Unidos.

España recibió ayuda económica, en cantidades bastante reducidas. En términos de dólares per cápita, sólo quedó detrás de Suecia (que no pasó por ninguna guerra desde 1815, que en el curso de la Segunda Guerra Mundial permitió el paso por su territorio de tropas alemanas y que en los años 50 ya gozaba de uno de los niveles de vida más altos del mundo) y de Portugal, cuyo régimen político era casi tan anticomunista como el de Franco.

Es interesante destacar que la mayoría de los demás países europeos —en contra de lo que sucedió en España— recibieron la mayor parte de la ayuda norteamericana en un lapso no muy superior a cuatro años, con todas las ventajas que ello supuso: una inyección masiva de bienes de equipo y materias primas más provechosa que la lenta dosificación a lo largo de gran número de años (de 1951 a 1963 en el caso español).

(FUENTE: Ramón Tamames.)

Sesión de la Conferencia de Paz de París (2 de agosto de 1946). Recién terminada la guerra, las discrepancias entre los dos bloques respecto a la política a seguir en Europa ya eran patentes. El plan Marshall y la doctrina Truman deterioraron aún más las relaciones entre aliados occidentales y soviéticos y dieron paso a la «guerra fría». Franco comprendió que, a pesar del boicot a su régimen, esta nueva situación acabaría favoreciéndole, y esperó pacientemente para alinearse junto al líder occidental: EE UU. La presión internacional contra el franquismo se fue debilitando; las esperanzas del gobierno republicano en el exilio y las pretensiones de la oposición monárquica empezaron a languidecer, y el Régimen aprovechó el resurgir del anticomunismo para hacer valer su contribución a la «causa de Occidente».



AGE

que permitan la existencia de instituciones libres», pero evitando «cualquier propuesta que se base en el supuesto de un choque entre Europa Oriental y Occidental, lo cual sería inaceptable para los pueblos europeos». España —por obvias razones de carácter político— se vio privada de los beneficios del plan Marshall.

Complot contra Franco

Pero, con la no ratificación de la condena de la ONU, para Martín Artajo ya había «triunfado la verdad de España». Y también para Truman, quien en 1947 no apoyó el complot contra Franco articulado por el general José Beigbeder, segundo ministro de Asuntos Exteriores del Régimen.

Los documentos diplomáticos publicados por el departamento de Estado de Estados Unidos al cumplirse los veinticinco años de secreto, revelan el corto alcance de la conjura interior española y el escaso apoyo prestado por los norteamericanos, para quienes la línea política a seguir con Franco estaba ya trazada y confirmada con su voto a favor de que no se ratificara la recomendación de la ONU.

La oposición monárquica, espoleada por los manifiestos de don Juan de Borbón, llegó a un acuerdo con los republicanos para constituir un «Frente de Solidaridad Interior» que, tras derrocar a Franco, diera paso a un gobierno presidido por Beigbeder que habría de asegurar, con cierta dureza y un número limitado de libertades políticas, el paso a una situación constitucional. Beigbeder, en conversación mantenida en febrero de 1947 con el entonces encargado de negocios norteamericano en España, Bonsal, le hizo saber que, si Londres y Washington no daban al proyecto «una favorable acogida pronto, todo se vendría abajo y Franco duraría entonces treinta años». Las intenciones de ese gobierno provisional eran, en primer lugar, dilucidar mediante un referéndum la cuestión fundamental española, monarquía o república, e invitar después a todos los partidos políticos a trabajar lealmente dentro del sistema elegido.

Para Bonsal, y así lo expresaba en un informe al departamento de Estado, los intereses norteamericanos se verían favorecidos por «la aparición, tan pronto como sea posible, de un gobierno de tendencias moderadas capaz de pilotar al país entre los dos extremos de una dictadura rígida de los elementos fascistas o reaccionarios, por una parte, y la revolución social por la que aboga Moscú, de otro lado»

El proamericanismo del Régimen

La Ley de Sucesión, que fue aprobada por referéndum del 6 de julio de 1947, dio al traste con los pactos de la oposición, al aceptar don Juan de Borbón la legalidad que se le proponía.

Martín Artajo y el entonces director del Instituto de Cultura Hispánica, Joaquín Ruiz Giménez, sostuvieron una entrevista con el nuevo encargado de negocios norteamericano, Paul Culbertson, en la que ambos dieron toda clase de seguridades en cuanto al proamericanismo español, recalcando que el Régimen era únicamente «anticomunista», por lo que, en caso de con-



En esta página, arriba don Juan de Borbón, su esposa y el príncipe Juan Carlos en Lisboa (1946). Frente a la propuesta de la Ley de Sucesión de 1947, el pretendiente a la Corona lanzó un manifiesto (9 IV 1947) en el que se criticaba a la ley «como un ataque que se pretende perpetrar contra la esencia misma de la institución monárquica hereditaria»



En ambas páginas. 6 de julio de 1947: la Ley de Sucesión a la jefatura del Estado es sometida a referéndum. El Estado español pasará a configurarse de modo oficial en un Reino



En esta página, arriba, el cuarto gobierno de Franco (18 de julio de 1951). Este gabinete en el que se reforzó la presencia católica negoció los pactos con el Vaticano y EE UU

flicto norteamericano-soviético, España estaría siempre al lado de Estados Unidos.

Las opiniones de Culbertson

Franco le explicó personalmente a Culbertson su posición, planteándole que la observancia del neutralismo había sido estricta por parte de España, que no había obtenido ni reclamado por ello ningún beneficio territorial, a pesar de las promesas de Churchill y Eden; que los exiliados eran libres de volver cuando quisieran —y citó a Lerroux y al hijo de Azaña— y que el programa de su gobierno era de signo social y perseguía ampliar la estructura educativa, cívica y política del país. La conclusión de Culbertson fue que «Franco es un hombre sincero y honrado consigo mismo. Está convencido de que lo que hace es para el beneficio de España y del pueblo español».

Meses después, Culbertson hizo hincapié en su impresión: la oposición interior, que localizaba en don Juan, Gil Robles y Prieto, era la culpable del endurecimiento del Régimen, así como la falta de opciones en la política exterior de Estados Unidos y las demás potencias occidentales. «Sin más que oposición a su alrededor, Franco sólo tenía dos alternativas: suicidarse o tirar de las riendas de la dictadura.» Tampoco creía Culbertson que la Iglesia católica, ni el Vaticano ni la jerarquía española, estuvieran muy dispuestas al cambio. Se inclinaba el funcionario norteamericano por la «evolución como término opuesto a revolución», porque a Franco «se le pide que cambie un pájaro que tiene en la mano por ciento que aún están volando, por lo que es de suponer que quiera saber más de esa bandada de pájaros, y si las seguridades que pueden dársele son suficientes, creo que se mostraría interesado. Nadie puede rehusar una mano amistosa que le saque del sumidero en el que ahora se encuentra, y eso a pesar de que parece creer que ha sido elegido por un algo superior para conducir a España y a los españoles hasta la luz. Tengo el presentimiento de que, con todo, querrá volver a poner los pies en el suelo. Es muy posible que se comportara así si, ante la expectativa de un desastre económico, se diera a España ayuda material verdaderamente significativa, evitando de esta manera una catástrofe tanto política como económica».

Las consideraciones de Culbertson encontraron su eco en las palabras del senador Gurney, pronunciadas tras la visita de una misión militar norteamericana a España: «Todos los que resisten al comunismo deben comprender el interés por hacer entrar a España en el seno de las Naciones Unidas.» Una corriente de simpatía hacia el Régimen franquista recorrió entonces los medios financieros, políticos y militares de Estados Unidos.

Se levanta el «cerco» a España

En ese estado de cosas, y habiendo conseguido Franco una cierta unidad de las fuerzas políticas más significativas del Régimen —especialmente tras la entrevista con don Juan de Borbón a bordo del *Azor*, el 25 de agosto de 1948—, Hickerson, director de la oficina de Asuntos Exteriores del departamento de Estado, acogió con interés las sugerencias del encargado de negocios en España y las transmitió, favorablemente informadas, al secretario de Estado, Dean Acheson. El resultado fue que Estados Unidos replanteó la cues-

Instalaciones de uso militar norteamericanas en España

Tal como se diseñó entre 1953 y 1959 el complejo militar y estratégico norteamericano en España, las principales instalaciones son tres bases aéreas, Sanjurjo-Valenzuela *(en las inmediaciones de Zaragoza),* Torrejón de Ardoz *(en las cercanías de Madrid),* Morón de la Frontera *(próxima a Sevilla), y una base naval localizada en* Rota *(Cádiz), que funciona como complejo portuario, aeronaval y submarino y es cabeza del oleoducto de 485 millas que sirve combustible a las otras bases. El oleoducto recorre el complejo militar a través de El Arahal, Écija, Ciudad Real, Alcalá de Henares y Zaragoza, con estaciones de bombeo en Rota, El Arahal, Ciudad Real y Alcalá de Henares. (Este oleoducto fue transferido al gobierno español en virtud de la renovación del acuerdo en 1970.)*

A estas cuatro bases hay que añadir:

- *Dos bases aéreas secundarias: San Pablo, que en la actualidad es aeropuerto de Sevilla y ha funcionado como centro de comunicaciones y de suministro de servicios, y el aeródromo de Reus, base de aviones de combate y aeropuerto civil.*
- *Dos bases navales secundarias: El Ferrol, centro de almacenamiento de combustibles y suministros, y Cartagena, que además tiene un depósito de municiones.*
- *Instalaciones de comunicación: en Puig Major, Mallorca, se instaló la estación que sirve de enlace entre los servicios de la OTAN en Italia y Gibraltar. Otras estaciones en Menorca, Guardamar del Segura, Images, San Pablo, Humosa y Elizondo.*
- *Instalaciones de navegacion: Estaca de Vares y Estartit.*

ción española ante la ONU, de forma que logró paralizar la ratificación de la antigua decisión de 1946.

El siguiente paso dado por Culbertson fue la recomendación a su gobierno de que se ofreciera acceso a España a los créditos habilitados por Estados Unidos para los otros países europeos. La respuesta de Dean Acheson fue inmediata: España los podía pedir. El mismo Truman había puntualizado que el que España no se beneficiara del plan Marshall no implicaba que le estuviesen vedados los créditos de los bancos norteamericanos

Dólares para España

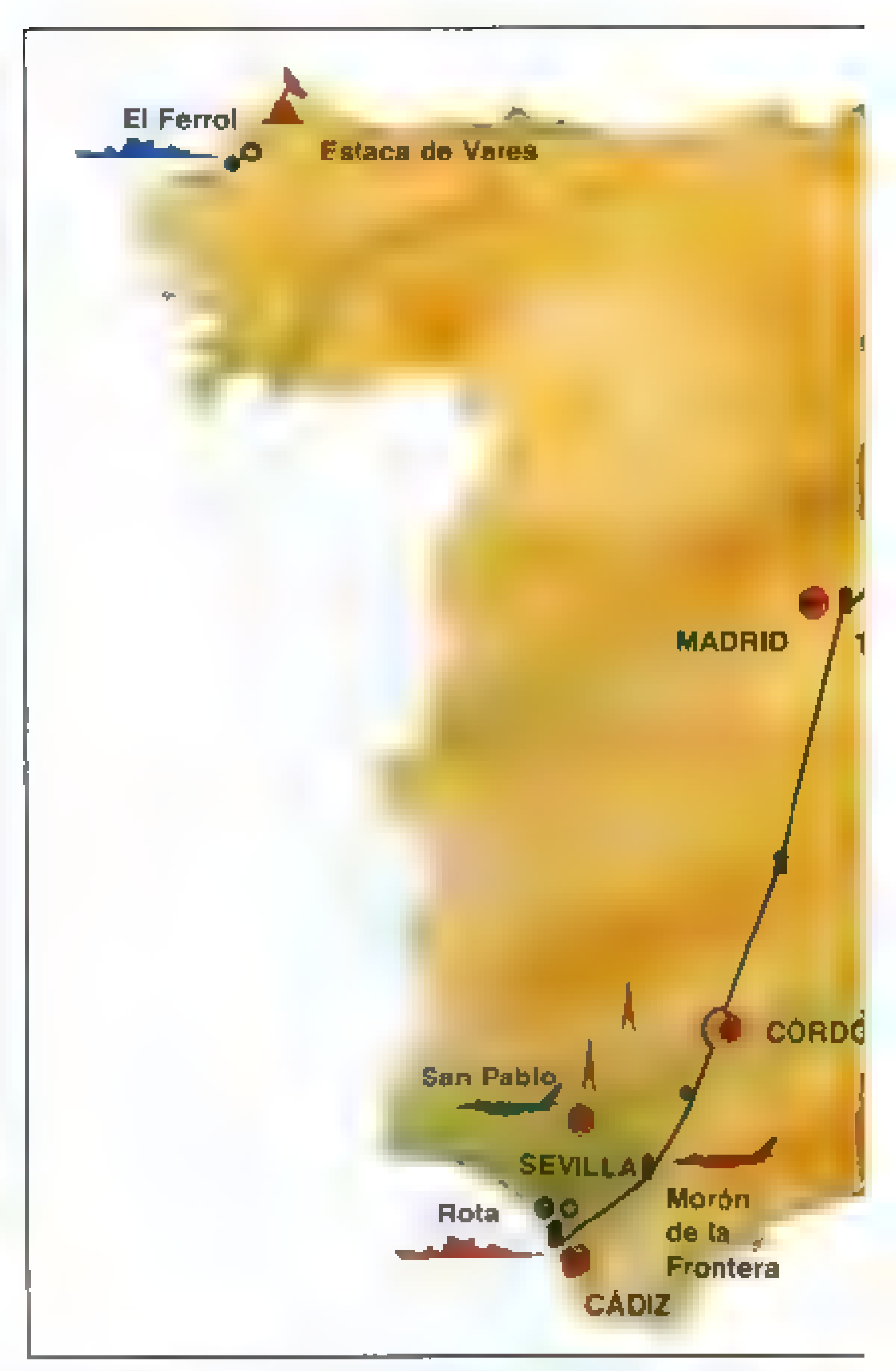
El Chase National Bank concedía a continuación un crédito de 25.000.000 de dólares para la adquisición de alimentos, dado que una de las condiciones impuestas era que los créditos se utilizaran para «fines específicos que contribuyan a la rehabilitación económica de España». A ello se añadió la petición norteamericana de otras disposiciones económicas que hicieran más efectivo el uso de los recursos españoles, y mostraran la capacidad y la voluntad del Régimen para hacer frente a sus problemas: devaluación de la peseta hasta un tipo más realista de cambio con el dólar, mayores facilidades para el capital extranjero y recorte del alcance y funciones del Instituto Nacional de Industria.

El 3 de septiembre de 1949, el almirante Michael Connolly, comandante de las fuerzas navales norteamericanas en el Mediterráneo y el Atlántico Oriental, se entrevistó con Franco. Y en el otoño de ese mismo año, el senador McCarran (miembro relevante del *lobby* español) visitó España, dando lugar a que Truman asegurara en una rueda de prensa que su visita no constituía acto oficial alguno y que el senador no representaba al gobierno norteamericano.

En enero de 1950, el secretario de Estado, Dean Acheson, declaró que estaba dispuesto a defender ante las Naciones Unidas el regreso a España de los embajadores retirados en 1946. En una carta a Tom Connally, presidente del Comité senatorial de Relaciones Exteriores, Acheson exponía: «Estados Unidos ha cuestionado durante largo tiempo la sabiduría y la eficacia de las acciones recomendadas por la resolución de 1946 (...). Retrospectivamente, está claro que tal acción no sólo fracasó en su objetivo, sino que sirvió para fortalecer la posición del Régimen actual (...). En ningún sentido significa nuestro voto la aprobación del Régimen en España.»

España y la estrategia de Estados Unidos

El conflicto de Corea dio lugar a un nuevo planteamiento estratégico por parte de Estados Unidos. Ante una Unión Soviética dotada de armamento nuclear, se centró la estrategia de respuesta en la única arma capaz de alcanzar los centros considerados vitales de la URSS: los superbombarderos ató-





Arriba, localización de las principales instalaciones militares de EE UU. en España

Abajo, unidades de la VI Flota de EE UU. en el puerto de Barcelona (11 de abril de 1952)



Archivo Orbis



AGE



EFE

Arriba, a la derecha, aviones norteamericanos en la base aérea de Morón de la Frontera

La creación de las bases fue concebida en función del dispositivo bélico de EE UU. en Europa

micos de largo alcance. Para asegurar ese alcance se hizo ineludible la estructuración de una red de bases sobre la que organizar el Strategic Air Command (Mando Aéreo Estratégico), elemento esencial del poderío nuclear estadounidense, cuyo centro neurálgico en Europa habría de instalarse, precisamente, a muy pocos kilómetros de la capital de España.

Reanudadas las relaciones diplomáticas, José Félix de Lequerica, embajador de España en Washington, obtuvo a finales de 1950 la aprobación de una ayuda de 62,5 millones de dólares, con lo que España se convirtió en el único país europeo que recibía ayuda norteamericana a través de la ECA (Economic Cooperation Administration) —creada para distribuir las asignaciones del plan Marshall— sin haberla pedido oficialmente y sin mediar acuerdo bilateral alguno.

Stanton Griffis, embajador en Madrid

El Senado ratificó, en enero del año siguiente, el nombramiento de Stanton Griffis como embajador en Madrid. Su llegada a España no dejó de tener un cierto carácter profético. El *Independence*, trasatlántico en el que viajaba el diplomático norteamericano, era demasiado grande para fondear en el puerto de Cádiz, elegido al respecto. El gobierno español construyó un nuevo canal, y el desembarco tuvo lugar el 19 de febrero. El 1 de marzo Griffis presentaba sus credenciales.

Durante su primera entrevista oficial, el embajador norteamericano se interesó, en primer lugar, por el problema de la libertad religiosa en España, pasando luego a plantear el deseo de su gobierno de establecer bases en España. Ante la evidencia, el general Franco expresó su desinterés hacia la OTAN, pero aseguró su satisfacción ante un acuerdo bilateral con Estados Unidos.

La entrevista Franco-Sherman

Tras este primer intercambio de opiniones, las conversaciones de carácter exploratorio se prolongaron hasta julio de ese año, en que el jefe de Operaciones Navales estadounidenses, el almirante Sherman, llegó a Madrid para entrevistarse con el general Franco e iniciar de manera oficial las negociaciones en torno a las bases. La primera entrevista entre Sherman y Franco tuvo lugar el 16 de junio de 1951, y en ella estuvieron presentes el embajador Griffis y John Fitzpatrick, yerno de Sherman y agregado naval en la Embajada norteamericana en Madrid.

Los recelos de Gran Bretaña y Francia

La conversación se dio a conocer como mutuamente satisfactoria, ante lo que no tardó en manifestarse la opinión en contra de los aliados. El 25 de julio, y ante la Cámara de los Comunes, el secretario del Exterior británico, Herbert Morrison, afirmó haber expresado a las autoridades de Was-

PROHIBICION EPISCOPAL DE LA PELICULA «GILDA»

Nos, el Dr. D. Antonio de Pildáin y Zapiáin, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Obispo de Canarias.

Enterados, con profundo dolor de nuestra alma, de que durante estos últimos días se ha venido proyectando en el cine C de Las Palmas, la película «GILDA», gravemente escandalosa; ante las noticias que a Nos llegan de que existe el propósito de exhibirla en otros cines, así de los pueblos como de la capital, velando por la necesidad de atajar el gravísimo mal espiritual que amenaza a muchas almas de nuestros diocesanos, y en cumplimiento de uno de los más sagrados deberes de nuestro cargo pastoral, prohibimos dicha película cinematográfica «GILDA», y os amonestamos, amadísimos hijos, haciendo saber a los empresarios que no pueden exhibir esta película, y a los fieles que no podrán presenciarla sin gravar su conciencia con pecado mortal.

De la religiosidad y docilidad de nuestros buenos diocesanos esperamos la más fiel obediencia a esta nuestra amonestación episcopal.

Si algunos hubiere que se mostraren rebeldes, sepan que habrán de dar cuenta de su conducta ante el tribunal de Dios.

A nosotros nos cabrá siempre la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber.

En Teror, a 4 de enero del año del Señor 1948.

† Antonio, Obispo de Canarias

En la España franquista, la censura ejerció un control histérico de todo tipo de manifestaciones culturales, en especial el cine.

Al celo censor se sumó la integrista y, a veces, pintoresca vigilancia moral de la Iglesia, como en el caso de esta «prohibición episcopal»



hington «nuestra convicción de que las ventajas estratégicas que se deriven de la asociación de España a la defensa occidental se verán superadas por el perjuicio político que tal asociación puede acarrear a la comunidad occidental de naciones». En el mismo sentido, Francia objetó el desequilibrio de poder en el Mediterráneo y norte de África que tal alianza podía producir, mientras que, tanto por parte británica como por parte francesa, quedaba claro que lo que más se temía era una retirada de las líneas de defensa norteamericanas del Rin a los Pirineos, simultánea a una degradación moral de la Alianza Atlántica. Para disipar tales temores, el secretario de Estado norteamericano, Acheson, hubo de formular una declaración en torno a los siguientes principios: 1) la OTAN era la piedra capital de la defensa de Occidente; 2) los aliados atlánticos seguirán contando con una «nítida prioridad» en la ayuda estadounidense, y 3) Europa Occidental no se vería abandonada para su liberación posterior, en favor de una posición de defensa detrás de los Pirineos.

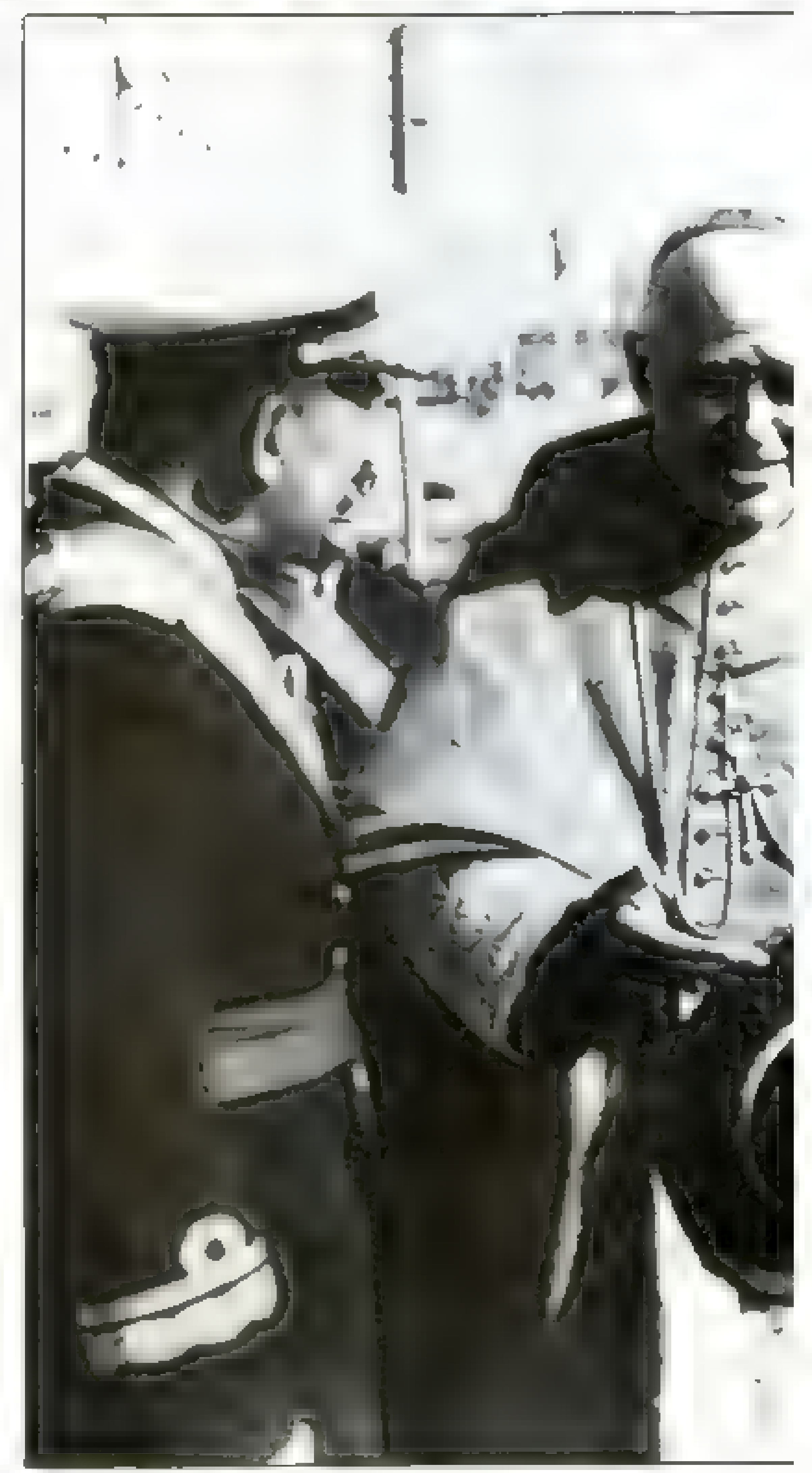
Misiones militares y económicas

El almirante Sherman murió en Nápoles el 22 de julio, pero las negociaciones marchaban ya por una senda segura, y a finales de agosto llegó a España una misión militar encabezada por el general de división James Spry, encargado de examinar la posible ubicación de las bases (a pesar de que el Pentágono ya había hecho explícito su interés por contar con una base en las inmediaciones de Cádiz), a la que siguió, en otoño, una misión económica bajo la dirección del profesor Sidney Suffrin, para estudiar el estado de la economía española y evaluar el alcance de la ayuda norteamericana de acuerdo con las necesidades españolas. Por lo que se refiere a las contrapartidas estipuladas por Franco, el *New York Times* publicó el 31 de agosto de 1951 las siguientes: 1) un préstamo o subvención para ayuda militar y económica a añadirse a los 400 millones de dólares pedidos inicialmente; 2) una garantía de que no habría «interferencia» de Estados Unidos en los asuntos internos españoles; 3) un acuerdo por el cual no se requeriría que las tropas españolas sirvieran fuera de España, y por el que, en caso de guerra, cualquier ejército occidental que se retirase a España quedaría de inmediato bajo mando estadounidense o español.

Oposición a las negociaciones

Mientras tanto, la marcha de las negociaciones producía ciertos movimientos de oposición interna en ambas partes. En Estados Unidos, los liberales no cesaban de exponer la contradicción que significaba negociar con un ex-aliado del Eje, apenas a seis años de distancia del final de la Segunda Guerra Mundial. El *New York Times* concretó esa actitud en su editorial del 30 de agosto de 1951:

«Esto (las negociaciones) constituye el mayor fraude de la política exterior norteamericana para con los deseos de nuestros principales aliados, e implica un problema que durante quince años ha dividido la opinión pública america-



En ambas páginas, amba misa multitudinana celebrada en Barcelona con ocasión del Congreso Eucarístico de 1952

Abajo, el cardenal Segura, cuya actitud a veces hostil a Franco durante la posguerra incomodó al Régimen







EFE

En esta página, a la derecha, 25 de agosto de 1953, Martín Artajo Domenico Tardini y Fernando María de Castiella firman el Concordato, que iba a suponer la consagración del carácter confesional del régimen de Franco

na como ningún otro lo ha hecho en nuestra historia.

»¿Son mayores las ventajas militares prácticas de un acuerdo con España que las desventajas políticas y militares? Habiendo afrontado la mayor guerra de la historia para derrotar al fascismo, ¿es la nuestra una situación tan desesperada como para hacer de un régimen fascista uno de nuestros aliados? (...). Uno de los nítidos hechos con los que los americanos han de encararse es que, si seguimos adelante con estas negociaciones, estaremos ayudando a perpetuar a Franco en el poder mientras viva y le interese permanecer como dictador en España. Esta será nuestra responsabilidad ante la historia.»

El desaire de Truman

En enero de 1952, el Pentágono se excusó insistiendo en el interés militar de las bases, pero afirmando que se trataba de una decisión política más que militar. Un mes después, el presidente Truman declaró que no sentía ningún afecto por el Régimen español, lo cual provocó, naturalmente, una no-

Comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores (26.IX.1953)

«Los gobiernos de España y Estados Unidos de América han concluido hoy tres acuerdos con el fin de reforzar la preparación de Occidente para el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. El primero de ellos se refiere a la construcción y uso conjunto por España y Estados Unidos de ciertas instalaciones militares; el segundo, a la ayuda económica, y el tercero, a la ayuda para la organización defensiva de España.

»Los acuerdos han sido firmados en Madrid por el ministro español del Exterior, don Alberto Martín Artajo, y el embajador de Estados Unidos en España, honorable James C. Dunn.

»Según los términos de estos acuerdos, España recibirá ayuda económica, técnica y militar por parte de Estados Unidos, con arreglo al programa de Seguridad Mutua, y Estados Unidos quedará autorizado para construir y utilizar, conjuntamente con las fuerzas españolas, determinados aeródromos y bases navales en España.

»La ayuda económica a España, ajustada a los términos de la Ley de Seguridad Mutua, asciende como primera anualidad a doscientos veintiséis millones de dólares para el año fiscal en curso, que termina el 30 de junio de 1954, incluidos los ciento veinticinco millones de dólares asignados a España en 1951 y 1952. De dicha suma, ciento cuarenta y un millones serán empleados en gastos militares y los ochenta y cinco restantes serán destinados a fortalecer la base económica del programa de cooperación militar.

»El gobierno de España, por su parte, contribuirá a la ampliación y sostenimiento de las zonas militares de utilización conjunta, dedicando una parte de la contrapartida en pesetas de la ayuda que reciba de Estados Unidos para fines de defensa, a sufragar aquella parte del coste de las obras y construcciones que sean pagaderas en moneda española.

»Para facilitar el cumplimiento de los acuerdos, funcionarán en España dos comisiones norteamericanas: una, para la asistencia económica y técnica, y otra, para coordinar con las autoridades espanolas el programa de asistencia militar.

»La firma de estos acuerdos marca el feliz término de las negociaciones iniciadas en abril de 1952, que han sido concluidas por el embajador Dunn, con la colaboración de una comisión militar que preside el general A. W. Kissner, y de una Comisión presidida por el honorable George F. Train, del lado americano, y de parte española por el Ministerio de Asuntos Exteriores, asesorado por el Alto Estado Mayor y los Ministerios militares y por el ministro de Comercio.»

ta de protesta por parte de la Embajada española en Washington. En cuanto a Franco, se sentía absolutamente seguro del terreno que pisaba.

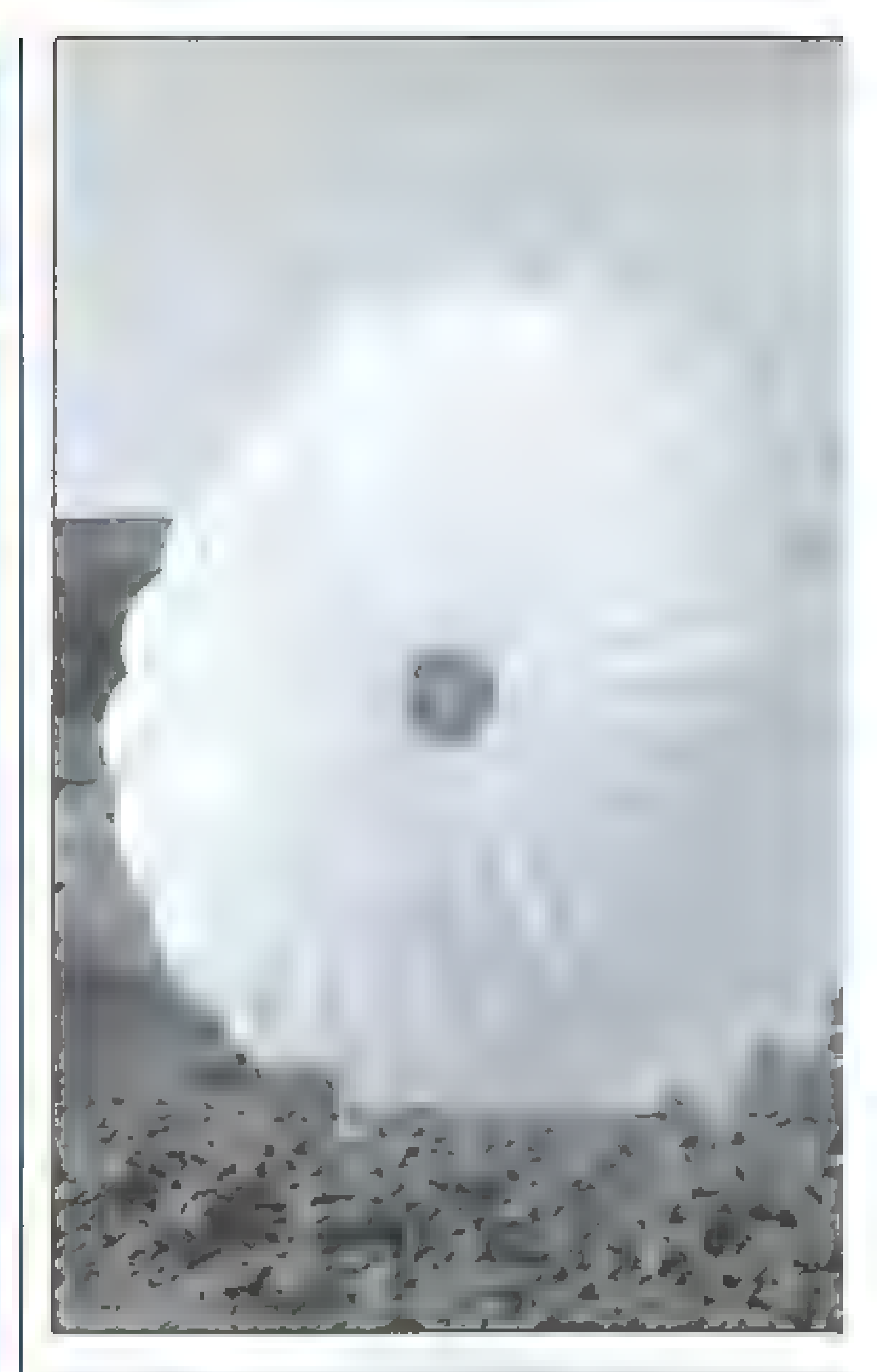
Estados Unidos dispuesto a negociar

A finales de febrero se anunció la visita a España del secretario de Estado para Asuntos Europeos, George W. Perkins, el más alto funcionario de visita en la España de Franco. Durante su estancia, Perkins aseguró al gobierno espanol que Estados Unidos estaba decidido a iniciar su política de ayuda. Finalmente, el secretario de Estado, Acheson, manifestó que las negociaciones específicas sobre las bases se iniciarían con la llegada del nuevo embajador estadounidense, MacVeagh. Éste llegó el 21 de marzo de 1952, acompañado por un equipo de asesores militares bajo la dirección del general de división Kissner, de las Fuerzas Aéreas, y de asesores económicos encabezados por George Train, de la Mutual Security Agency.

La crítica de los «leales» al Régimen

Por parte española, la oposición a las negociaciones no podía ser determinante de nada. La actitud de los enemigos internos del Régimen con respecto a la presencia norteamericana no tenía dónde hacerse pública. Y la misma estructura del Régimen impedía que adquiriera relevancia la oposición por parte de los «leales»: nacionalistas, tradicionalistas y católicos.

Para los nacionalistas, la concesión de bases a una potencia extranjera, así como la presencia en territorio español de tropas extranjeras constituían una ofensa (por más que esta actitud careciera de coherencia histórica). Para los tradicionalistas, el acuerdo con Estados Unidos significaría el fin de una





Arriba, una escena de la película ¡Bienvenido Mr Marshall! (1958), de Luis G. Berlanga, Fábula satírica sobre un pueblo español en espera de la providencial ayuda de EE UU. El fotograma ilustra el sueño de un campesino, exponente de las expectativas creadas por los pactos con EE UU





EFE



Abajo, el almirante Forrest P. Sherman y Franco (1951). En sus dos entrevistas (6 horas) fijaron las bases del futuro acuerdo militar

A la derecha, llegada al puerto de Cádiz (19 de febrero de 1951) del nuevo jefe de la misión diplomática de EE UU, Stanton Griffis (derecha)

política de aislamiento y neutralidad. Para los católicos, el pacto y el contacto con el protestantismo rozaba lo pecaminoso. En ese sentido, el cardenal Segura protestó contra lo que, a su juicio, no era sino poner la «conciencia católica» al mismo nivel que los «dólares heréticos».

El Concordato con la Santa Sede

Si bien ninguna de estas actitudes resultó decisiva para la marcha de los acontecimientos, Franco procuró que el Concordato con la Santa Sede se firmara (25 de agosto de 1953) antes de que concluyeran las negociaciones con los norteamericanos. Por otra parte, el ministro español de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, admitió la existencia de una oposición, interna y externa, a los acuerdos, al señalar las causas que habían retrasado dicho trámite: a) la necesidad de preparar a la opinión pública de *ambos* países; b) los esfuerzos obstruccionistas de otras naciones (particularmente Francia y Gran Bretaña, a las que acusó de servir los intereses de una política «maliciosamente antiespañola») y c) los muy dispares puntos de partida de los países negociantes. (Estados Unidos había comenzado por tratar de obtener el establecimiento de bases nacionales del tipo que había obtenido en los países derrotados, mientras que España había insistido desde el principio en un tipo de bases conjuntas, que pudieran ser utilizadas por ambos países, bajo la bandera y el mando de España.)

El pacto de Madrid

Que esas causas existían resultaba evidente, como también que no eran las únicas. De hecho, la falta de entusiasmo del presidente Truman retrasó no poco las negociaciones, así como los intereses de la campaña presidencial de 1952 y los subsiguientes cambios en la Administración norteamericana, que llevaron a Eisenhower a la Casa Blanca y a John Foster Dulles a la secretaría de Estado, en enero de 1953. Y las conversaciones se mantuvieron en punto muerto entre el 14 de abril de 1952 y el 26 de septiembre de 1953. Para esa fecha, el embajador norteamericano MacVeagh había sido sustituido por James C. Dunn (defensor de la política de no intervención durante la Guerra Civil española), quien prosiguió las negociaciones con el mismo equipo asesor que su predecesor en el cargo. Por parte española, Martín Artajo contaba con el asesoramiento del teniente general Jorge Vigón y del ministro de Comercio, Manuel Arburúa.

Finalmente, el 26 de septiembre de 1953, se firmaban en Madrid los tres acuerdos entre España y Estados Unidos.



Los primeros envíos de material militar americano llegan a Cartagena (18 de febrero de 1954). En la fotografía, un carro de combate M-47, de 39 Tm es descargado del Northwestern Victory

AGE

El contenido de los acuerdos

Estados Unidos impuso condiciones leoninas para firmar el pacto de Madrid el 26 de septiembre de 1953, porque sabía que daba carta de naturaleza internacional a la dictadura de Franco. Tres acuerdos del Ejecutivo norteamericano, que por esta condición no precisaban ratificación de los órganos populares de representación, convertían a España en una aliada de segundo orden de la primera potencia occidental y permitían a ésta establecer una nueva base de aislamiento de los países comunistas

El acuerdo de defensa autorizaba el establecimiento de bases aéreas y navales y otras facilities *militares de utilización conjunta, bajo el mando y la soberanía españoles. No se concretaban el número de instalaciones ni las obligaciones mutuas en caso de guerra. Las negociaciones habían fijado un máximo de ocho o nueve bases, aunque Estados Unidos consideró suficiente cuatro importantes, más establecimientos especializados.*

El acuerdo de ayuda económica recogió la ayuda recibida por España en 1951 y 1952, durante las negociaciones, y la amplió a 226 millones de dólares hasta junio de 1954. España, según los términos del acuerdo, debía utilizar esta ayuda para estabilizar la economía, equilibrar el presupuesto y promocionar la economía de libre empresa. La discriminación norteamericana ante la débil posición internacional de Franco quedó clara al retener hasta un 60 % de la ayuda para los gastos norteamericanos en España, cuando similares acuerdos con otros países fijaban la cantidad en un 10%.

Por último, el acuerdo de asistencia defensiva mutua estipulaba obligaciones por ambas partes, como prestaciones de materiales y servicios requeridos por la eficacia del pacto, intercambio de patentes, promoción de la paz y atenerse al plazo de un año para denunciar los acuerdos. España debía, además, mantener la estabilidad de la peseta, aceptar todo el personal estadounidense como miembro de la Embajada y cooperar con Estados Unidos en el control del comercio «con las naciones que amenazan la paz».

«Al fin he ganado la guerra», dijo Franco tras la firma del pacto, que tuvo lugar un mes después de la firma del Concordato con el Vaticano. Y se dirigió a las Cortes con estas palabras: «¿Podríamos con nuestros propios medios, sin colaboración exterior, asegurar a nuestra nación contra la agresión comunista?»

Diên Biên Phu

El principio del fin del colonialismo

José Luis Balbín,
director del programa de RTVE *La clave*

La derrota francesa en Diên Biên Phu se debió a una suma de irreparables errores militares. El alto mando quiso ignorar el carácter popular de la resistencia indochina e infravaloró las fuerzas del Viêt-minh. La intervención de tropas de élite, como los paracaidistas, no bastó para impedir la caída de la guarnición.

El 20 de noviembre de 1953, los paracaidistas franceses ocupaban la hondonada de Diên Biên Phu, al NO. del Vietnam. Su misión: crear una base aeroterrestre para hostigar al Viêt-minh. Al cabo de un mes, el campo atrincherado de Diên Biên Phu era considerado inexpugnable. Nada más lejos de la realidad. Asediado por las fuerzas del general Giap, sometido a intenso fuego artillero y finalmente tomado al asalto (7 de mayo de 1954), se convirtió en la tumba de las tropas de élite del cuerpo expedicionario galo. Su caída significó el fin de la presencia francesa en Indochina.



E.C.P. Armées

Francia en Vietnam

La presencia francesa en lo que hoy se conoce como Vietnam se remonta al siglo XVIII, cuando el rey de Hue, Nguyên Anh, tras ser derrotado en una guerra interior, solicitó la ayuda de Luis XVI. Esta ayuda tuvo como premio importantes concesiones territoriales y comerciales, con las que Francia consolidó su presencia colonial en la península de Indochina, donde desde el siglo XVII había pretendido sustituir la presencia de los portugueses.

En 1858, Napoleón III, con el pretexto de defender a los católicos vietnamitas, organizó una expedición francoespañola que acabó ocupando Saigón (1859), y poco después se estableció la soberanía francesa sobre toda la Cochinchina (Sur de Vietnam). Desde allí, los franceses extenderían luego su influencia sobre Annam (centro de Vietnam) y, entre 1882 y 1885, conquistarían Tonquín (norte de Vietnam). En 1887, el territorio de Vietnam quedaría integrado en la Unión de Indochina, dividido en una colonia (Cochinchina) y dos protectorados (Annam y Tonquín).

A partir de los anos 20 se iniciaron las insurrecciones de carácter nacionalista, pero la desigualdad de fuerzas y de medios permitieron siempre al Ejército de la metrópoli controlar la situación y nunca estuvo en peligro el dominio francés sobre la península indochina. Es en la Segunda Guerra Mundial cuando la situación se deteriora: en 1940, los japoneses penetran en Indochina y en 1941 Hô Chi Minh crea el Viêt-minh. El ejército japonés fomenta inicialmente el nacionalismo autóctono para borrar toda la presencia francesa. Cuando, tras la derrota de Japón en 1945, vuelven las tropas francesas, se encuentran con autoridades locales constituidas como República Democrática de Vietnam, presidida por el dirigente comunista Hô Chi Minh. En 1946, Francia firma un acuerdo con el líder del Viêt-minh por el que reconoce a la República de Vietnam como un Estado libre en el seno de la Unión Francesa. Pero Hô Chi Minh, que había firmado el acuerdo sólo para deshacerse de los ocupantes chinos y de otros grupos nacionalistas no comunistas, inicia su resistencia contra los ocupantes franceses, a los que ataca abiertamente en 1946 en Tonquín.

La brutal reacción militar francesa obligará al Viêt-minh a retirarse de las ciudades y organizarse como guerrilla, entre grandes dificultades de aprovisionamiento y logística. La situación cambiará radicalmente a partir de 1949, con el advenimiento de Mao Tse-tung al poder en China. Los comunistas chinos brindarán un apoyo técnico y militar fundamental para organizar la resistencia anticolonial. Un año después, cuando el ejército colonial se decide a dar la batalla abierta, el Viêt-minh es ya una fuerza impresionante y dispone de una estrategia militar mucho más adecuada al terreno que la de los franceses, que es la que le acabará dando la victoria final en Dién Bién Phu.



Roger-Viollet

A la izquierda, imagen característica de los arrozales vietnamitas en las cercanías de Tourane (Da Nang), el gran puerto del Annam. Los arrozales eran un medio favorable para las acciones de la guerrilla del Viêt-minh.

En ambas páginas, soldados del cuerpo expedicionario francés, equipados con un mortero, en la húmeda atmósfera del Tonquín: una escena frecuente de la guerra de Indochina en 1950.

En la página siguiente, a la derecha, puesto de observación francés en la frontera con China, más allá de la cual el Viêt-minh tenía sus inviolables santuarios.



A la caída de la tarde del día 7 de mayo de 1954, los *bô-doi* del general vietnamita Vo Nguyên Giap ocupaban los últimos reductos de una hondonada indochina situada en el noroeste de Tonquín, cerca de la frontera con Laos. En esa hondonada, el ejército colonial francés, mandado a la sazón por el general Navarre, había instalado a 15.200 soldados (paracaidistas franceses, guerrilleros thais y vietnamitas, legionarios de la Extranjera, coloniales marroquíes, argelinos y senegaleses...) en torno a un aeropuerto aparentemente bien dotado y una cercana pista auxiliar, para atajar rápidamente cualquier ataque del Viêt-minh en un amplio sector del Tonquín norvietnamita. La tesis francesa consideraba la hondonada de Dien Biên Phu como un excelente punto de partida para el ataque, desde donde serían enviados refuerzos a cualquier lugar antes de que los guerrilleros pudiesen concentrar fuerzas —especialmente contra Hanoi, sede del cuartel general francés en el norte—, y también como refugio posible ante la hipotética retirada desde Lai


Almasy


Almasy

Châu, último reducto en el noroeste, o incluso desde Luang-Prabang, capital de Laos, que requería protección especial desde que siete meses antes, en octubre de 1953, el príncipe Suvana Phuma firmase un tratado de defensa con Francia.

La realidad mostró un panorama muy diferente. En un solo día, el 13 de marzo de 1954, el legendario Giap («Coraza», pues esto significa el apodo por el que todos lo conocen) convirtió las lanzas francesas en cañas. Diên Biên Phu dejaba de ser un peligro para el enemigo y se convertía en lo que el general Cogny había anunciado: en un sumidero de batallones. Menos de dos meses más tarde, Diên Biên Phu caía entre la miseria y la gloria, convirtiéndose en el símbolo del colonialismo a extinguir. Sus protagonistas también pasaron a la miseria y a la gloria, como tantas veces ocurre en las guerras perdidas. Estados Unidos tomaría después la antorcha, que no se había esforzado en mantener encendida en manos francesas, y repetiría los mismos dramáticos errores.

Giap: no todo son victorias

La guerra de Indochina era un desgaste sistemático y una sangría continua —de hombres, de material, de dinero—, mal seguida y peor apoyada desde la metrópoli. Bien es verdad que, a partir de 1945 y en una fulgurante campaña, el mariscal Leclerc había entrado en Saigón, para conseguir el relativo dominio del delta del río Mekong, y el del Tonquín, después de tomar Hanoi. Desde las mismas batallas callejeras de Hanoi, Giap dejó en manos de la guerrilla urbana el peso de la resistencia, dedicando cuatro años a la formación de un ejército regular —llamado a ser martillo de franceses y luego de americanos— en las montañas del Alto Tonquín y en los campos de entrenamiento de China.

Durante ese tiempo, no todo son victorias. Muy al contrario, Giap sufre numerosos reveses. Por un lado, tiene que compartir el poder militar con el singular Nguyên Son, amigo personal de Mao, de los escritores y de las mujeres bonitas, hasta que Son es destituido en 1950, viéndose obligado a refugiarse en China. Giap obtiene triunfos espectaculares, como el de Cao Bang, donde destroza a diez batallones franceses de legionarios, paracaidistas y tabors de élite; pero también comete errores, como el de la carnicería de sus mejores divisiones, lanzadas en «oleadas humanas» a cuerpo descubierto (en Vinh Yên, Dong Trien y Ninh Binh) contra los blindados y la artillería de apoyo de los 250.000 hombres del mariscal De Lattre de Tassigny, sucesor de Leclerc al frente del ejército francés.

Venganza de amor

Giap, que ha ganado con merecimientos su celebridad como «inventor» incesante en la guerra de guerrillas y como demoledor de ejércitos bien pertrechados, repetiría algunos de estos errores contra los norteamericanos en la guerra de Vietnam. Pero jamás mostró un fallo en la moral de combate, ni en su fe sobre la victoria final, ni en su implacable disciplina. No sólo porque su ejército había comenzado el entrenamiento bajo la tutela de qui-

El Viêt-minh

Concebido como organización global con el objetivo final de arrebatar el poder a los franceses, el Viêt-minh puede definirse como un ejército revolucionario. Como tal, los comunistas vietnamitas pensaron en una estructura superpuesta en la que lo político, lo administrativo y lo militar tenían sus funciones perfectamente organizadas, y jerarquizadas en prioridades tácticas y estratégicas.

Aunque Giap organizó el Ejército con su estructura tradicional de divisiones, regimientos y batallones, la fuerza y la dirección de la causa comunista estaba en manos de los comisarios políticos a cada nivel del mando. En la cúspide del poder estaba el llamado Gobierno en el exilio, situado en las montañas del Viêt-Bac, bajo la autoridad indiscutida de Hô Chi Minh y su Estado Mayor político y militar.

Además de las unidades logísticas de combate, la organización base del Viêt-minh era la milicia del pueblo*, que se organizaba en áreas ya controladas por los comunistas. En 1949, Hô Chi Minh decretó la movilización general de todos los hombres y mujeres de 18 a 45 años en toda la zona bajo su control. Eran reclutas no armados cuyo tiempo en el servicio militar estaba dedicado a su formación política y castrense.*

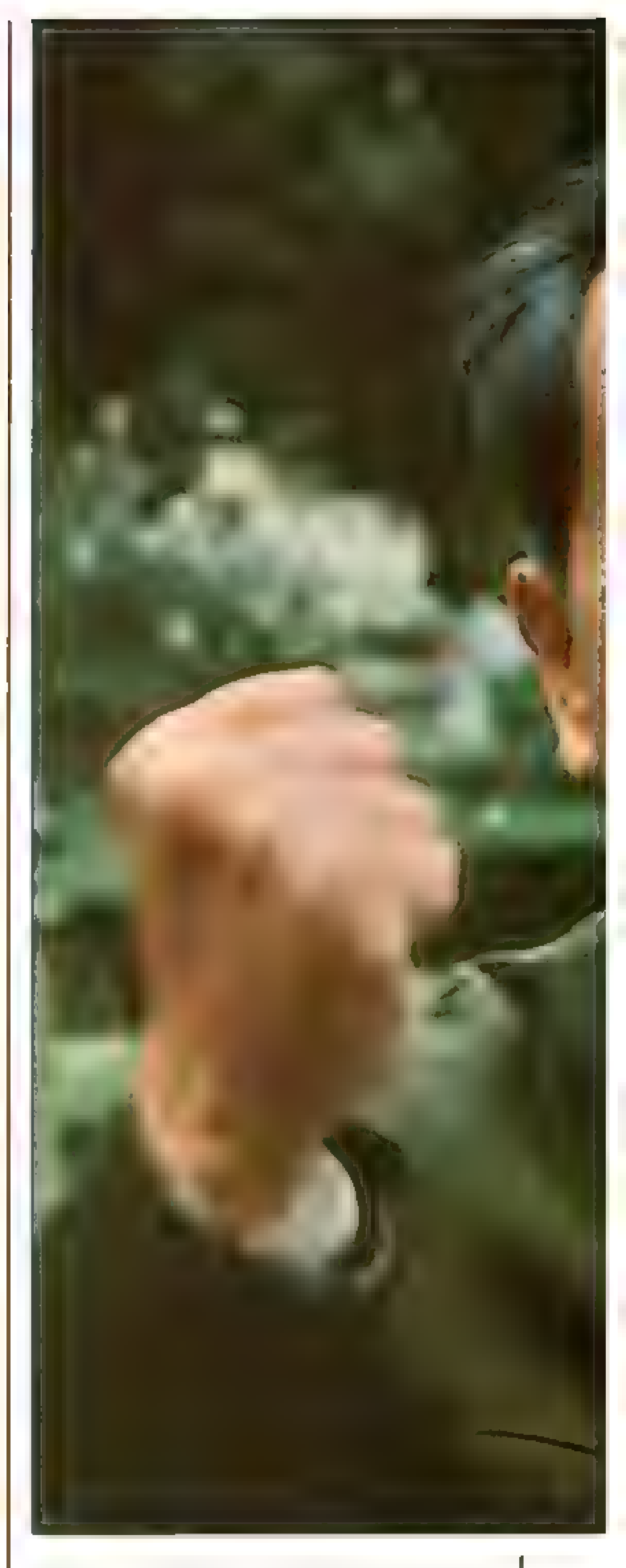
Se calcula que, hacia 1954, había en Vietnam más de 350.000 milicianos. Cumplían distintas misiones, virtualmente no combatientes pero realmente muy importantes a lo largo de la guerra con Francia: desde colaboración en la defensa militar, civil o pasiva, hasta tareas de intendencia y de información, así como funciones administrativas, de organización y sanitarias. Pero sobre todas ellas destacaba la misión de formación política, para que la conciencia y la moral revolucionarias no desfalleciesen en las duras pruebas de la guerra de liberación.

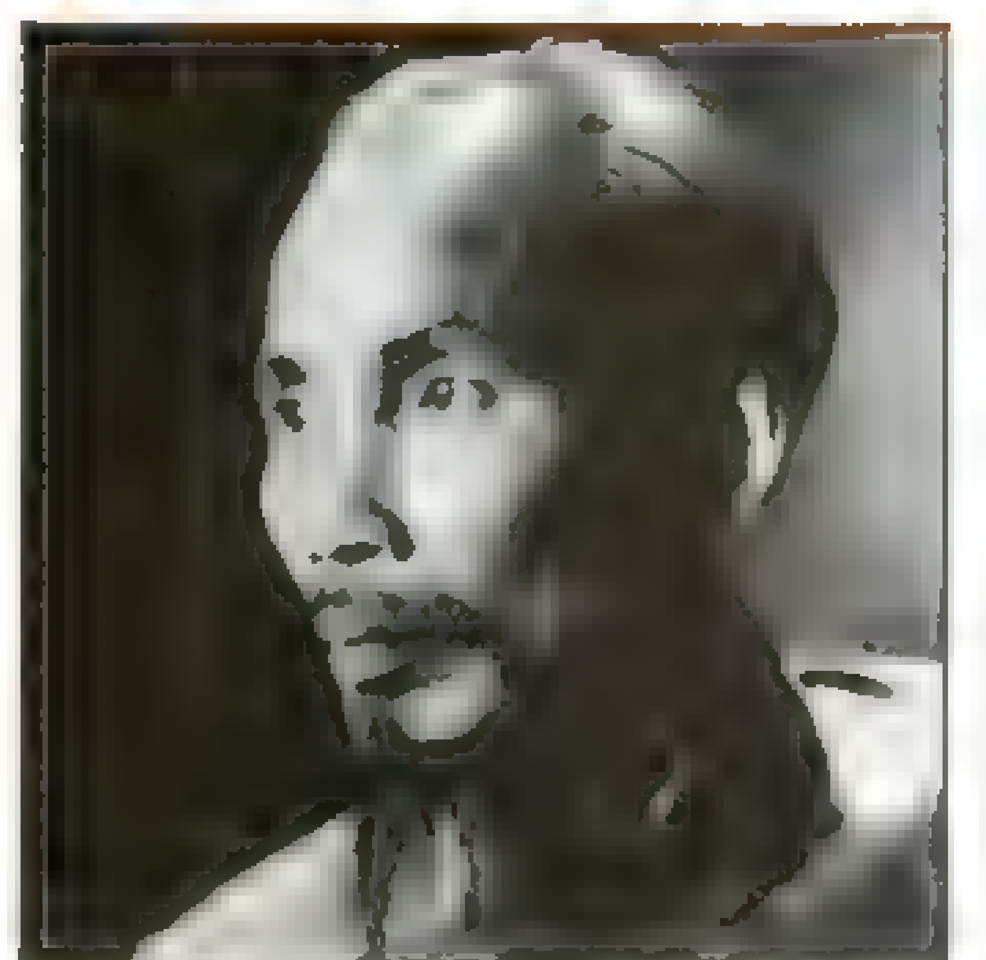
Las milicias del pueblo podían pasar, tras su formación, a unidades llamadas tropas regionales*, que ya poseían mejor armamento y, en función de su experiencia y su confianza tenían encomendadas misiones militares de más responsabilidad. Eran usadas como guardia defensiva para la protección de zonas intermedias a las provincias ya liberadas. Así mismo, ya eran capaces de montar ataques de tipo guerrillero.*

Operando en seis zonas intermedias, las milicias regionales coordinaban sus esfuerzos con las fuerzas principales *del Viêt-minh. Éste contaba con unos efectivos estimados en unos 75.000 hombres al final de la guerra contra Francia. Sus tácticas consistían fundamentalmente en provocar la dispersión de las tropas francesas a base de ataques de tipo guerrilla.*

Por fin estaba la fuerza convencional del Viêt-minh, llamada Chuc Luc*. Estaba formada por unidades de tipo convencional, dotadas con armamento suficiente en cantidad y calidad de procedencia china y japonesa y también con armas francesas capturadas al enemigo. Hacia 1950, el ejército vietnamita contaba con 5 divisiones subdivididas en 60 batallones, 15 regimientos de infantería, 10 de artillería y 5 de ingenieros. En 1954 llegó a contar con 7 divisiones y un total de 125.000 soldados.*

Aunque dotado de artillería —en cuyo manejo certero fue adiestrado por los chinos—, el ejército del Viêt-minh derrotó a la potencia colonial sin disponer de fuerza aérea ni naval.





Harlingue-Viollet

A la izquierda, retrato de Hô Chi Minh en 1946. Presidente de la República Democrática del Vietnam, no llegó a entenderse con el poder colonial después de la evacuación de las tropas chinas que ocupaban el Tonquín y, a finales del año 1946, lanzó a sus unidades contra los franceses.

En ambas páginas, el general Giap en 1954. Al estallar la guerra contra Francia, Giap se hizo fuerte en el norte del Vietnam, pero en 1951 fue rechazado por el ejército francés al intentar el asalto de Hanoi. Desde entonces dirigió con éxito las operaciones guerrilleras y venció de forma definitiva a las fuerzas mandadas por el general Navarre en la batalla de Diên Biên Phu (1954).

En la página siguiente, el general De Lattre, alto comisario del ejército francés en Indochina, condecora a su hijo Bernard, que moriría en combate poco después (mayo de 1951).

mientos oficiales japoneses, «en paro» después de la Segunda Guerra Mundial; ni sólo porque los tonquineses estaban curtidos en 2.000 años de resistencia al vecino chino; sino, sobre todo, porque la determinación del propio Giap se había hecho inquebrantable desde la muerte de Minh Tai, su esposa embarazada, en una celda francesa repleta de ratas, y de su hermana, con la cabeza segada por la guillotina.

1953, año decisivo

1953 es un año decisivo en la guerra de Indochina. Desde hace tres años, la situación ha empeorado. Ya desde



Nen-Gamma

1950, la carretera entre Hanoi y Haiphong queda cortada con frecuencia. Empeora la situación en el delta y en las partes altas del río Rojo. Pero eso no es lo peor.

Lo peor es la situación internacional y, como consecuencia, la metropolitana: Gran Bretaña no sólo se niega a colaborar, sino que incluso se opone al envío de refuerzos franceses, quizá por temor al debilitamiento de la defensa en Europa Occidental, y quizá también origen último de las diferencias posteriores del presidente De Gaulle con sus aliados de la OTAN. El 27 de julio de aquel año es la fecha del

Los hombres de Diên Biên Phu en el bando francés

Teniente coronel Marcel Maurice BIGEARD. *El más brillante oficial francés de paracaidistas, un místico del Ejército, de la camaradería, del combate y de la muerte. Su lema: «Si puede hacerse, ya está hecho; si no puede hacerse, se hará.» Con anterioridad a Diên Biên Phu, tenía en su haber ocho años de combates ininterrumpidos en Indochina; y antes había sido jefe de los maquis del Ariège, de ahí su sorpresa, su irritación y, finalmente, sus dudas al escuchar el himno de la resistencia francesa, el* Chant des Partisans, *adoptado y difundido por los viets. Un oficial indócil y levantisco. Su coquetería: ir al combate sin armas.*

Comandante Jean BRÉCHIGNAC. *Un oficial modelo de virtudes castrenses, rival de Bigeard; o, mejor, su émulo. Jefe del 2º batallón del Primer Regimiento de Cazadores Paracaidistas.*

General Christian M. F. de la Croix de CASTRIES. *Jefe del campo atrincherado de Diên Biện Phu, fue nombrado general durante la batalla. Se había distinguido en 1940 y 1944, en el ejército de De Lattre de Tassigny, al que se había unido tras evadirse de un campo alemán de prisioneros. Es el típico oficial de caballería del siglo XVIII: inteligente y valeroso, pero cínico y ligero.*

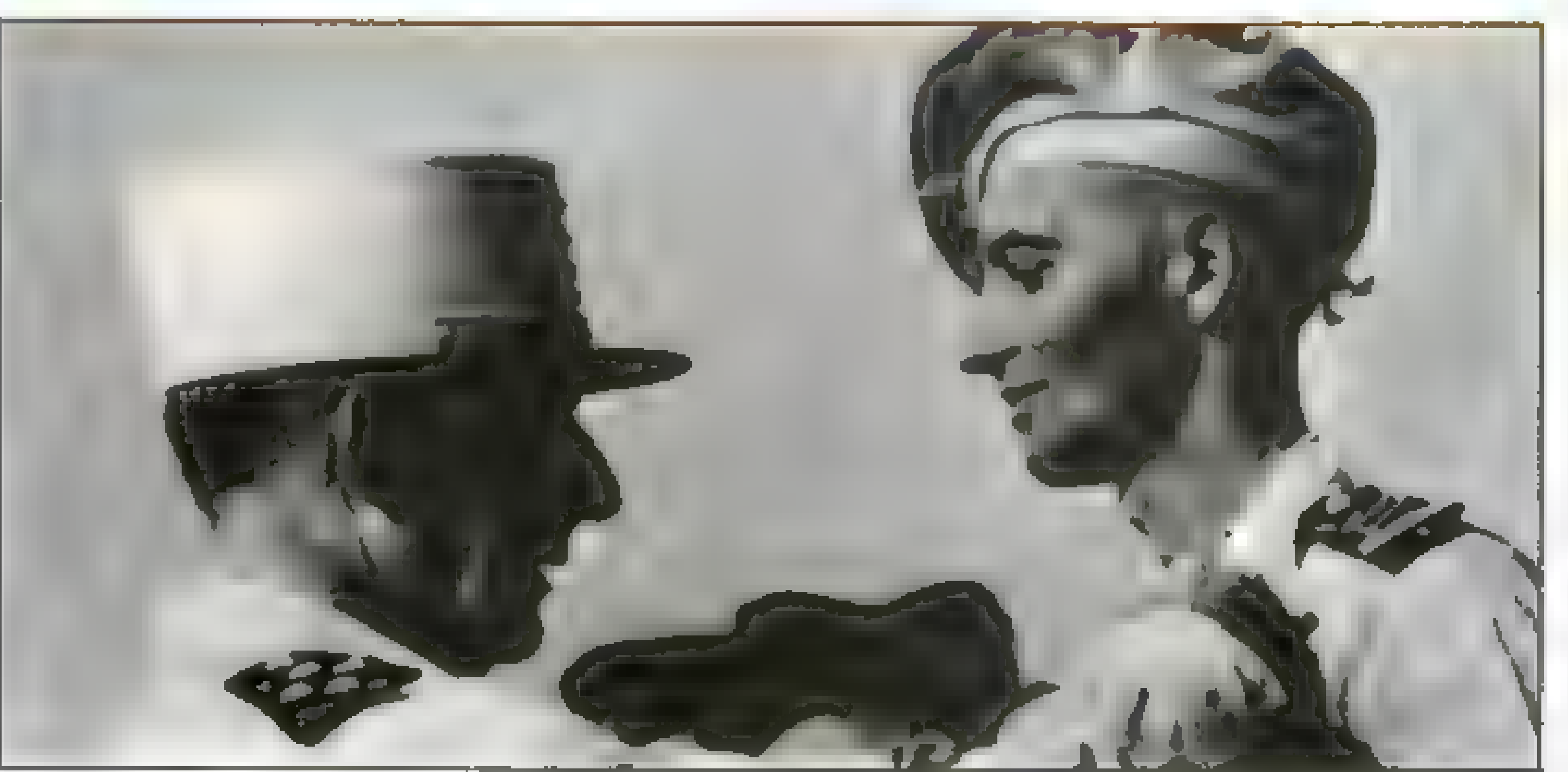
General de división René COGNY. *Artillero, licenciado en ciencias políticas y doctor en derecho. Resistente, superviviente de Buchenwald. Inició su brillante carrera en Indochina como jefe del gabinete militar del general De Lattre de Tassigny. Jefe de las fuerzas terrestres en el norte de Vietnam, se ilustró en la defensa del delta del río Rojo.*

Coronel Boucher de CRÈVECOEUR. *Jefe de las fuerzas militares francesas en Laos. La columna que debía acudir en auxilio de la guarnición de Diên Biên Phu, para facilitar su retirada hacia Laos, llevaba su nombre (aunque la dirigía el coronel Godard). Era una debilísima columna formada por laosianos (inferiores como soldados a los vietnamitas) y por norteafricanos (de escaso rendimiento en la selva), incapaz no ya de cubrir la retirada de las fuerzas cercadas, sino ni siquiera de incomodar seriamente a las tropas del general Giap. Pero esta operación (conocida en código como «Albatros») no llegó a realizarse.*

Teniente coronel Pierre LANGLAIS. *Hombre duro y de carácter violento, uno de los más eficaces oficiales de Diên Biên Phu; tenaz, inquebrantable. Antiguo meharista; jefe de los paracaidistas.*

General Henri NAVARRE. *Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas en Indochina, sucesor de Salan, quien le legó el plan de la operación Castor (conquista de Diên Biên Phu). Había hecho casi toda su carrera en los Estados Mayores y en la Información, si bien participó en la Primera Guerra Mundial (a los 18 años), en la campaña del Rif y, a las órdenes de De Lattre de Tassigny, en la de Alemania (en 1944)*

Coronel Charles PIROTH. *Comandante de la artillería del campo atrincherado de Diên Biên Phu. Considerándose responsable del inicio del desastre, por la ineficacia de sus tiros de contrabatería (las piezas del enemigo estaban perfectamente camufladas en las selvas), se suicidó en la noche del 14 al 15 de marzo de 1954.*



Roger Viollet

La guerra de Indochina

1946: *tras graves enfrentamientos entre las tropas francesas y milicianos vietnamitas, la escuadra francesa bombardea Haiphong causando miles de muertos. Empieza así la guerra de Indochina. El gobierno de Hô Chi Minh rompe con Francia y pasa a la clandestinidad. Las tropas vietminh abandonan las ciudades y se reorganizan en sus reductos*

1947-1950: *mientras en el sur se elimina a la mayoría de los centros insurgentes y se yugula el terrorismo urbano, en el norte el Ejército reocupa el delta tonquinés. El Viêt-minh pasa por una situación crítica, pero se reorganiza y entrena en sus santuarios y, desde el triunfo del comunismo chino en 1949, en el sur de China.*

X. 1950: *las tropas de Giap infligen una grave derrota a los franceses en Cao Bang.*

I-VI. 1951: *Giap, que ha prometido entrar victorioso en Hanoi en febrero, es derrotado primero en el oeste del delta de Tonquín, luego en el nordeste y, por fin, en el sur del delta*

VII-XII. 1951: *se busca la «vietnamización» de la guerra (discurso de De Lattre el 11.VII) y la ayuda estadounidense (viaje de De Lattre a Washington en septiembre).*

II. 1952: *los franceses evacuan Hoa Binh, que habían tomado tres meses antes*

1953: *el general Navarre, nuevo comandante en jefe de Indochina, establece un plan, cuyos objetivos son permanecer a la defensiva en el norte (donde la relación de fuerzas le es desfavorable), con ataques de carácter limitado, y eliminar en el centro y en el sur los grandes reductos vietminh. Así, en julio, lanza un ataque relámpago contra Lang Son (en el norte), para destruir un depósito de armamento enemigo, e intenta «limpiar» de vietminhs la «Rue sans joie» (en el centro).*

20.XI. 1953: *los paracaidistas franceses ocupan Diên Biên Phu, para crear en ella una base aeroterrestre que controle el acceso a Laos y domine el noroeste de Vietnam. En poco tiempo la convertirán en un campo atrincherado considerado inexpugnable.*

XII. 1953: *el Viêt-minh recobra la iniciativa: inicia desde Vinh una marcha hacia el sur, que corta a Laos en dos, e intensifica la concentración de tropas en el noroeste, junto a la frontera con Laos. Giap pone en marcha una formidable concentración de fuerzas en torno a Diên Biên Phu en el mayor secreto: reúne decenas de miles de hombres y hasta 2.400 morteros alrededor del campo francés.*

13. III. 1954: *el Viêt-minh inicia el ataque contra Diên Biên Phu, con una fuerza artillera insospechada para los franceses. Las condiciones meteorológicas impedirán a la aviación francesa intervenir decisivamente, en este día y en los siguientes. La batalla se inclina desde un principio del lado de los vietnamitas, que enseguida se apoderarán de las posiciones Gabrielle y Béatrice y, dos semanas después, de Huguette y Dominique.*

26. III. 1954: *la cabecera de la pista de aterrizaje cae en poder del Viêt-minh, que instala allí una ametralladora que impedirá el aterrizaje y despegue de aviones. En adelante, los franceses quedan abandonados a su propia suerte, no pudiendo recibir más ayuda que la que les lancen en paracaídas (que a menudo caerán en territorio enemigo)*

IV. 1954: *casi todos los puntos de apoyo que rodean la pista han caído en poder del Viêt-minh. Los franceses están cercados en dos reductos: uno al sur de la pista principal y otro junto a la pista auxiliar*

26. IV. 1954: *comienza la Conferencia de Ginebra*

2. V. 1954: *Inglaterra y Estados Unidos estudian la posibilidad de ayudar a Francia, pero deciden no hacerlo, por ser ya demasiado tarde*

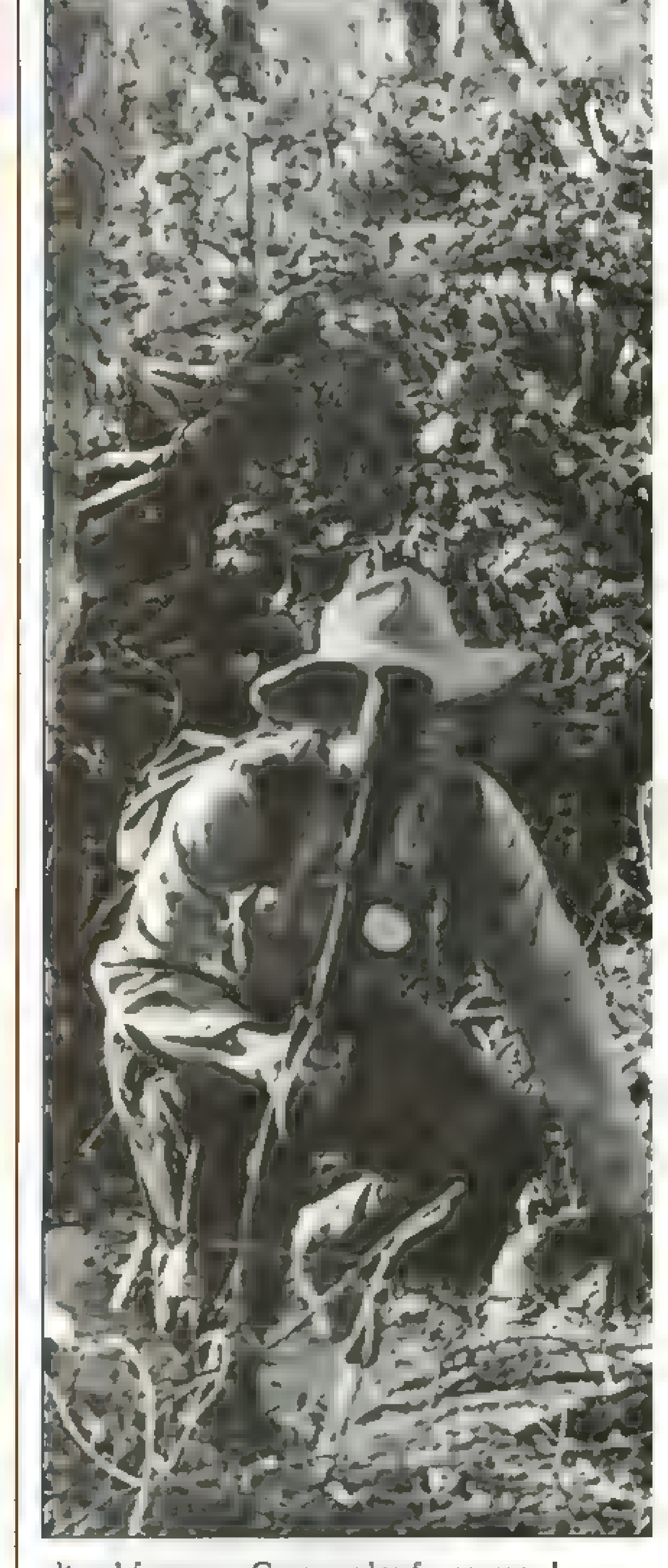
4.V.1954: *comienzan las lluvias torrenciales del período de los monzones, que dificultan aún más la defensa.*

7. V. 1954: *capitulación de los once mil franceses supervivientes (la mitad de ellos heridos).*

21. VII. 1954: *firma de los acuerdos de Ginebra, que ponían fin al dominio francés en Indochina y dividían provisionalmente a Vietnam en dos zonas, separadas por el paralelo 17.*

En ambas páginas, soldados vietnamitas enrolados en el cuerpo expedicionario francés. Para De Lattre, la «vietnamización» del conflicto constituía el principal objetivo. «Esta guerra, quiérase o no, es la guerra del Vietnam por el Vietnam. Y Francia sólo la hará por vosotros si vosotros la hacéis con ella», había dicho el general dirigiéndose a los jóvenes vietnamitas.

En la página siguiente, mapa del teatro de operaciones de Indochina desde 1950 a 1954. Gracias a la victoria de los comunistas en China el Viêt-minh dispuso, a partir de 1949, de una retaguardia segura al norte del Tonquín.



alto el fuego en Corea, y los franceses se dieron cuenta demasiado tarde de que, a partir de aquel momento, el coloso chino podía volcar en el sur las atenciones que distraía de la península norteña. En París, los políticos tampoco se mostraban muy proclives a un mayor esfuerzo en un conflicto llevado por militares aristócratas, que parecía no acabar nunca y que recababa un costo superior al que la Francia de la época se podía permitir.

Cierto es que, por aquel entonces, el presidente estadounidense Eisenhower y su apoderado J. Foster Dulles apuntan ya hacia la teoría de los «dominós» y comienzan a establecer una política de alianzas con el fin de conte-



Amasy

CHINA
Viêt-bac
Diên Biên Phu
Hanoi
Delta de Tonquín
Luang-Prabang
LAOS
Annam Norte
Vinh
Rue sans joie
Huê
Tourane (Da Nang)
Seno
TAILANDIA
Lien-Khu 5
Pleiku
Atlante
CAMBOYA
Saigón
Llanura de los Juncos

LEYENDA
Zonas montañosas (altitudes superiores a 1.000 m)
Territorio vietminh antes de X. 1950
Territorio vietminh en XII. 1953
Fortificaciones francesas en 1954
Zona de Tonquín protegida por la línea Lattre
Reductos secundarios
Grandes ofensivas vietminh (1953-54)
Grandes ofensivas francesas
0 200 km

E. Nuova

ner la presión de Pekín. Cierto también que, en consecuencia, Washington envía a Francia una copiosa ayuda militar; por ejemplo, 385 millones de dólares para apoyar el «plan Navarre». Pero no menos cierta la frase del propio general Navarre, último jefe de las fuerzas francesas en Indochina, en su *Agonía de Indochina*: «Nos ayudaban con material y nos combatían moralmente.» La responsabilidad de la derrota final sería múltiple y confusa. Pero los hechos eran simples: en Diên Biên Phu sólo lucharon las tres cuartas partes de los defensores que no se rebelaron o eligieron el camino de la deserción. Absolutamente nadie más. De alguna manera, tampoco Francia.

Teoría de las bases aeroterrestres

Tras su derrota a campo abierto, el general Giap había vuelto a reorganizar, fortalecer y desarrollar la guerra de guerrillas, tan adecuada para la jungla. Entre De Lattre de Tassigny y Navarre, es el turno del general Salan en el mando. Salan no consigue dominar a ese ejército invisible que golpea y se oculta. Poco a poco, toda la Indochina de los franceses se reduce a una serie de núcleos fortificados con muy escasas posibilidades de maniobra. Para contrarrestar la situación, Salan organiza un sistema de «bases aeroterrestres», que se pretende sean de gran movilidad para el acoso a los guerrilleros, de manera que tampoco se les permita concentrarse en grupos con capacidad de ataque suficiente. El general en jefe cree haber hallado un lugar estratégicamente interesante: Diên Biên Phu, hondonada sobre un ensanche del río Nam Yum, en el noroeste del país, cerca de Laos, posible refugio en caso de retirada desde la capital laosiana o desde la base de Lai Châu, más expugnable, y posible punto de contraataque rápido contra cualquier ofensiva «viet», incluso contra la ciudad de Hanoi. En mayo de 1953 llega a Indochina el general Henri Navarre. El proyecto Diên Biên Phu que hereda va a convertirse en la tristemente famosa operación Castor.



E C P Armees



Dazy Snaik



G D A

Arriba, trinchera en Diên Biên Phu. Cercados por los bô-doi de Giap, los defensores del campo fortificado tuvieron que resistir durante casi dos meses (desde el 13 de marzo al 7 de mayo de 1954, fecha de la capitulación) el intenso fuego de la artillería enemiga y los encarnizados combates cuerpo a cuerpo. Casi 5.000 hombres del cuerpo expedicionario francés entregaron inútilmente sus vidas en una sangrienta batalla que conmovió al mundo.

En el centro, un grupo de porteadores con las bicicletas cargadas de vituallas para los combatientes que asediaban la guarnición. Desde diciembre de 1953 unos 75.000 porteadores acarrearon sigilosamente, a través de una tupida red de caminos y pistas forestales abiertos en la jungla, toda clase de armamentos y víveres hacia las colinas que rodean Diên Biên Phu.

Abajo, el aeródromo, auténtico «pulmón» del campo atrincherado, barrido por el fuego del Viêt-minh (13 de marzo de 1954). Fue una sorpresa para el mando francés, que no conocía el despliegue de la artillería de Giap. Tras una hora de ininterrumpido bombardeo, la pista quedó inutilizada.

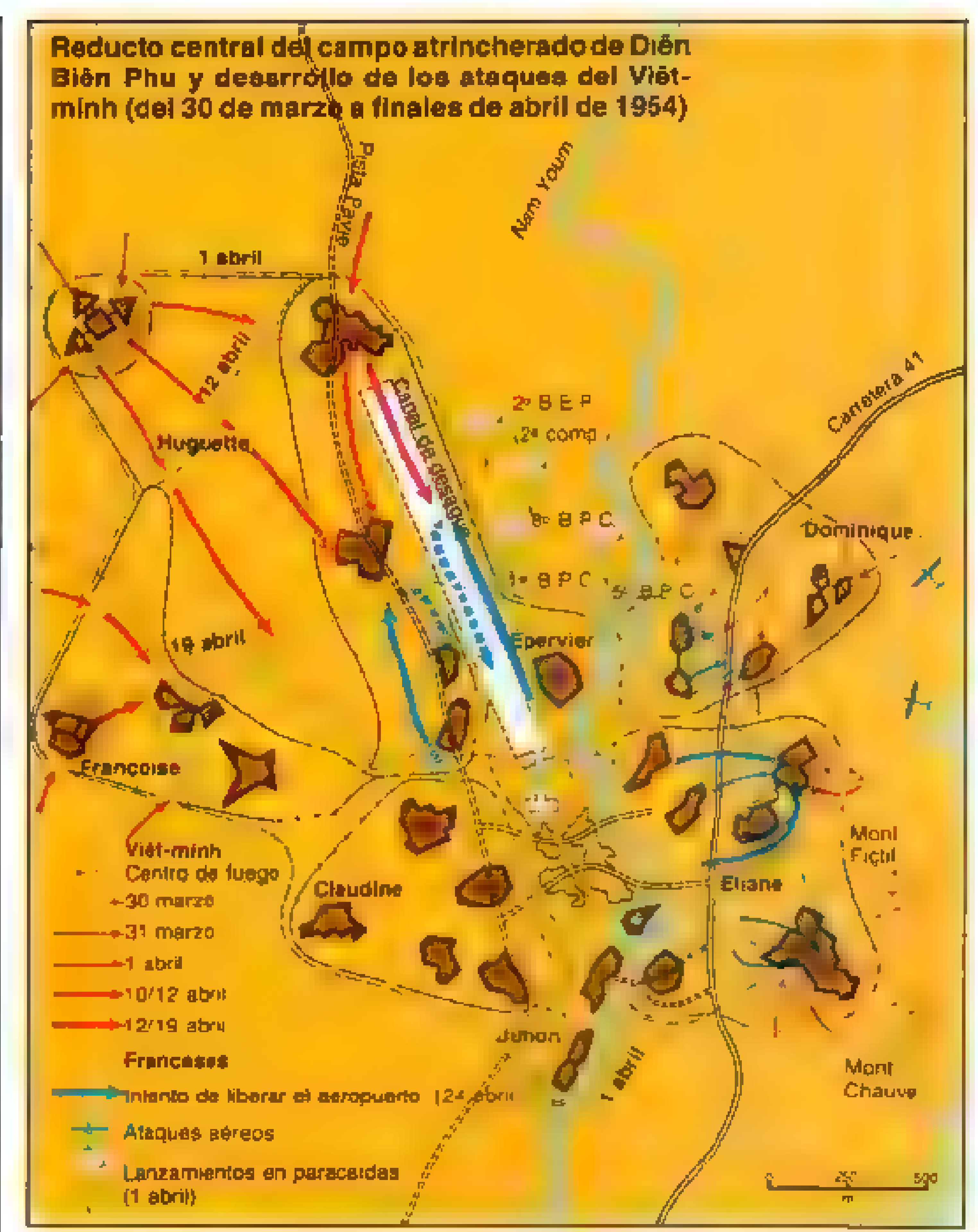
En la página siguiente, dos mapas que permiten seguir los momentos decisivos de la batalla. A la izquierda, en el curso del mes de abril de 1954, el Viêt-minh logró controlar el aeródromo, impidiendo de este modo la llegada de refuerzos a la plaza; a la derecha, fases del asalto final, que tuvo lugar durante los primeros días de mayo.

Ensayo general en Na San

Meses antes, a Salan le había salido bien lo que podría haber sido un «ensayo general» para la operación Castor. En octubre de 1952, los franceses habían ocupado lo que sería la base aeroterrestre de Na San, algunos kilómetros al este de Diên Biên Phu como punto de apoyo para el despliegue francés en el noroeste de Indochina. Cuando Giap lanzó a dos de sus divisiones sobre la base, Na San resistió y sus 9.000 defensores fueron evacuados por aire el 12 de agosto de 1953. Los generales parecían muy contentos por el resultado de la evacuación, sin reparar en el hecho de que la ofensiva se había trocado en defensiva.

Primeros paracaidistas

Así, el 20 de noviembre de 1953 comenzaba la operación Castor, el principio de lo que no se sabía entonces que sería el fin: tres batallones de paracaidistas se lanzaron sobre los alrededores de Diên Biên Phu; entre ellos, las mejores unidades coloniales: el 2º batallón del Primer Regimiento Paracaidista, mandado por el comandante Jean Bréchignac, y el 6º de Paracaidistas Coloniales, a las órdenes del comandante Marcel Bigeard. Al día siguiente, fue el turno del teniente coronel Pierre Langlais, al frente de su Primer Batallón de Paracaidistas de la Legión Extranjera y de dos más. Un





E. Nuova

batallón viet de guarnición en la zona causó 74 bajas entre los primeros 4.560 franceses que ocuparon el lugar.

Cogny discute los planes de Navarre

La operación había sido dirigida desde Hanoi por el general Cogny, a quien Navarre había ascendido y entregado el mando de las fuerzas terrestres de Vietnam del Norte. Y, sin embargo, por entonces ya se habían producido las primeras tensiones entre Cogny y su superior.

La idea de una base aeroterrestre de gran envergadura había sido muy bien acogida por Cogny, incluso con entusiasmo. Pensaba utilizarla con gran movilidad. Pero su entusiasmo había recibido una ducha de agua fría el 4 de noviembre, cuando leyó la «directiva 852» de Navarre, especificando sus planes a partir de la operación que debía comenzar entre el 15 y el 20 de aquel mismo mes de noviembre. Cogny informó a Navarre inmediatamente: «Ocupando Diên Biên Phu no quedará bloqueada la carretera de Luang-Prabang. Es una idea europea que no responde a las características del terreno. Los viets pueden pasar por donde quieran, y lo estamos viendo en el mismo río Rojo. Estoy convencido de que Diên Biên Phu se convertirá, nos guste o no, en una tumba de batallones, sin posibilidad, además, de enviar refuerzos, tan pronto como un regimiento vietminh cerque la posición. Pese a que cada día es más clara la amenaza sobre el delta, vamos a inmovilizar a trescientos kilómetros de Hanoi al equivalente de tres regimientos. Las consecuencias pueden ser muy graves y el Estado Mayor en Saigón debe saberlo.»

Nunca se ha podido dilucidar, puesto que los protagonistas proporcionan versiones con matices contradictorios, el grado de acuerdo previo entre Navarre y Cogny. Poco a poco, la tensión entre ellos fue creciendo. Según Navarre, nadie se opuso a sus planes; según Cogny, sí, pero cumplió órdenes, y si no dimitió a medida que la situación iba empeorando, fue para no dejar en la estacada a los combatientes.

Ninguna misión cumplida

París no daba órdenes al respecto. Y la confusión entre los generales aumentaba. Cuando Cogny designó al general Gilles, jefe de los paracaidistas en Indochina, para organizar el primer lanzamiento y la conquista de la posición, aún pensaba en Diên Biên Phu como «punto de amarre» solamente. Cuando Gilles recibió órdenes definitivas el último día de aquel mes, diez después del lanzamiento, era nítida la intención de Navarre de fortificar la posición.

Tres eran las misiones que los defensores de Diên Biên Phu tenían encomendadas: mantener utilizable el aeródromo, recoger información sobre una zona lo más extensa posible y recibir a las fuerzas en repliegue de Lai Châu. Pues bien: si éstas eran las misiones, aparte de espectacular, el fracaso no pudo ser más completo. Ninguna de las tres pudo ser cumplida.

Guerrilleros franceses

Los movimientos de repliegue ya comportaban un desaliento que debería haber sido premonitor. Por un lado estaban las guerrillas francesas, que habían realizado durante años acciones heroicas, de las que no se ha hablado bastante, muy bien organizadas. Compuestas por nativos meos, vietnamitas y thais, y dirigidas a menudo por veteranos suboficiales franceses conocedores de los idiomas y las costumbres, llegaban a entrar en China, donde se entrenaban los guerrilleros viets. Estaban integradas en los llamados «Grupos Mixtos Aerotransportados» dirigidos por el comandante Roger Trinquier, que se convertiría así en uno de los primeros expertos en guerra de guerrillas. En cuanto a las fuerzas con que Francia contaba en Laos, prácticamente se reducían a los irregulares del coronel Boucher de Crèvecoeur, a quien hasta el último momento esperaron los resistentes de Diên Biên Phu.

«Antena Quirúrgica Móvil n.º 29»

Los médicos y sus ayudantes, encuadrados en la Antena Quirúrgica Móvil n.º 29, realizaron un trabajo admirable en Diên Biên Phu.

El personaje más famoso sería, sin duda, la enfermera voluntaria **Geneviève de Galard**, *hija de la vizcondesa de Terraube. Había ido a Diên Biên Phu para llevar un cargamento de medicinas el 26 de marzo. Debía regresar a la mañana siguiente, pero su avión fue ametrallado por los viets, que aquel día empezaron a impedir con sus disparos el aterrizaje y despegue de aviones, y se incendió. «Los muchachos me han invitado a quedarme para el asedio», telegrafió a su madre a París. Geneviève permaneció allí las seis semanas restantes de la batalla, hasta el final. No salió un solo momento del hospital, lleno de heridos y moribundos; trabajaba día y noche, y sólo dormía unas pocas horas entre asalto y asalto; al final había perdido nueve kilos de peso. Los propios combatientes la apodaron «el ángel blanco de Diên Biên Phu». En Francia sería considerada una auténtica heroína.*

Pero, en realidad, el verdadero héroe fue su jefe, el comandante médico **Paul Grawin**. *Bajo su dirección se llegaron a realizar un millar de intervenciones quirúrgicas (el plasma constituía, en Diên Biên Phu, el segundo aprovisionamiento prioritario por vía aérea). Su conducta, así como la de todo el personal a sus órdenes, fue admirable; al fin y al cabo, sabían mejor que nadie en el campo atrincherado por qué se hallaban en aquel lugar. De Castries le concedió, a él y a sus ayudantes, la Cruz de Guerra con Palma el 9 de abril de 1954. Paul Grawin ha escrito un libro titulado* Yo fui médico en Diên Biên Phu.



Desaparecidos en la jungla

Por otro lado, estaba la política. Cogny decidió convertir la operación Castor en la alternativa operación Pollux de retirada, cuando comprendió que Diên Biên Phu no podría proporcionar ayuda a las guerrillas francesas. En Lai Châu tenía su sede Deo Van Long, presidente de la Federación Thai. Un puente aéreo fue organizado entre Lai Châu y Hanoi. Deo Van Long fue evacuado en un C-47 el día 12 de diciembre. También los paracaidistas regulares senegaleses, marroquíes y vietnamitas.

Otras casi treinta compañías thai de menos de cien hombres cada una, acompañadas por suboficiales franceses en su mayor parte, debían alcanzar Diên Biên Phu a través de la jungla. Pocos llegaron: 1 teniente, 9 suboficiales y 175 thais, de un total de 3 tenientes, 9 suboficiales y 2.074 thais. Nunca se supo del resto. La jungla y los soldados de Giap acabaron con ellos. Sólo algunas comunicaciones por radio con los grupos de los sargentos Ariscaud y Blanc confirmaron a los defensores de Diên Biên Phu que Giap había conseguido asegurarse la retaguardia. Liberado de la amenaza de las guerrillas de Trinquier, Giap pudo concentrar sus fuerzas sobre la base.

Putsch contra De Castries

Mientras tanto, a partir del 28 de noviembre, en la base había aparecido el que sería encargado de defender la posición. El entonces coronel de caballería Christian Marie Ferdinand de la Croix de Castries, sustituto del general Gilles, de ilustres apellidos como tantos otros jefes y oficiales de Indochina, procedía de una familia que había dado generales a Francia desde las Cruzadas. Especialista en la guerra ofensiva —es decir, en la pensada para Diên Biên Phu al principio—, cuando llegó el signo de la defensa no parecía reaccionar adecuadamente. Ni siquiera la comisión de encuesta que después de la guerra estudió el difícil y oscuro tema de las responsabilidades se pronunció claramente sobre lo que parecía más que un rumor: el día 24 de marzo había habido un golpe militar contra De Castries, a quien la llamada «mafia paracaidista» tenía por valiente pero incompetente para tal tipo de combate. En cualquier caso, parece que fue Langlais quien llevó a partir de entonces la dirección de la batalla. A propósito de la labor realizada por De Castries desde aquel día, el mismo Langlais declaró a la comisión de encuesta: «Transmitía nuestros partes a Hanoi.»

Si Diên Biên Phu fue una de las más espectaculares victorias del general Giap y la derrota definitiva de Francia en Indochina, ello se debe a tres factores bélicos: los hombres, el material y el armamento.

Los hombres

Excluido un buen número de desertores, que merecen una puntualización









Dazy-Snark



Dazy-Snark



Dazy-Snark



Dazy-Snark

Arriba, a la izquierda, la artillería del Viêt-minh dispara sobre las posiciones francesas. Gracias a una ubicación ideal, ya que estaba apostada en las alturas que circundan la hondonada donde se encontraba el campo fortificado, pudo batir a placer las líneas galas. El mando francés había interpretado como simples acciones de hostigamiento los tiros de artillería que, antes del 13 de marzo se repetían cada dos días. Pero estos tiros no eran sino ensayos para ajustar la precisión de las baterías en vistas al ataque definitivo, de modo que, cuando este se produjo, todos los puntos clave del sistema defensivo enemigo fueron alcanzados

Arriba, a la derecha. 7 de mayo de 1954, la bandera del Viêt-minh ondea sobre el que fue cuartel general de De Castries. Aunque al precio de cuantiosas pérdidas, Giap había demostrado sus dotes de excelente estratega

En el centro, soldados franceses camino del cautiverio. Más de 11.700 prisioneros (4.500 heridos) tuvieron que emprender una penosa marcha de 700-800 km hacia los campos de cautiverio.

Abajo, los bô-doi de Giap desfilan por un puente de Hanoi después de la victoria.

al margen, los combatientes del ejército colonial sí estuvieron a la altura de las circunstancias; especialmente los «paracas», entre los que destacaron el propio Langlais y Bigeard, encargado de los contraataques, para los que se convirtió en un verdadero especialista. Fueron inferiores en número a las tropas de Giap. De los 12 batallones que De Castries había solicitado, sólo 10 llegaron a la gran trampa: 3 de paracaidistas, 2 de la Legión Extranjera, 2 de tiradores argelinos y tres de thais. Las hazañas de no pocos de ellos han sido ampliamente exhibidas por la prensa. Unas más verosímiles que otras, pero necesariamente ciertas en términos generales si se piensa que los vietnamitas tuvieron que ocupar una a una cada posición y que ni siquiera al principio alcanzaban los franceses a cubrir con refuerzos las bajas que se iban produciendo.

Entre aquellos 15.200 hombres, casi una cuarta parte (de tres a cuatro mil desertores, degradados y expulsados), thais, vietnamitas y hasta norteamericanos de élite que hasta entonces habían combatido con coraje, sucumbieron a la guerra psicológica, lanzada desde la invisibilidad viet. Se agruparon junto a los nativos del lugar en cuevas excavadas a orillas del río Nam Yum, llegando a constituir la «comunidad de ratas del Nam Yum», que mal sobrevivía del avituallamiento lanzado en paracaídas que conseguían recoger. Las más de las veces, sus camaradas aparentaban ignorarlos despectivamente. Eran bajas, no obstante, decisivas. Aún al completo, la insuficiencia de soldados resultaba notoria. Para poder cerrar el paso al enemigo en la jungla, un batallón de setecientos hombres casi no alcanza a cubrir kilómetro y medio. ¿Cómo podían defender, entonces, los cinco mil soldados que llegaron al principio un perímetro de 50 kilómetros?

Frente a ellos, Giap sitúa casi todas sus fuerzas del norte: siete divisiones de infantería, doce regimientos regulares autónomos, apoyados por un enjambre de unidades semirregulares y milicianos locales. Y, sobre todo, la División Pesada 351, equipada por rusos y chinos. La victoria también costo mucha sangre viet: 8.000 muertos, alrededor de 15.000 heridos e incalculables soldados trabajadores, encargados de transportar a través de la jungla hasta 200 kilos de aprovisionamiento por hombre y bicicleta, desde 500 kilómetros de distancia.

El material

Para proteger las posiciones francesas contra la artillería pesada de Giap, el comandante Sudrat, jefe de los ingenieros, hubiera necesitado 36.000 toneladas de materiales de fortificación y hombres suficientes para utilizarlas. Sólo contaba, en cambio, con tres compañías de zapadores, argelinos y marroquíes en su mayor parte, que no recibían más de 150 toneladas diarias de material. Pese a ello, llegaron a instalar una franja de alambradas de 50 a 75 metros de anchura, con un total de 3.000 toneladas de alambre de espino. Y toda la «decoración de interior»: construir un aeródromo, depurar las aguas, preparar un hangar subterráneo para ocho aviones, poner la instalación eléctrica... Y al lado de las alambradas, campos de minas.

El armamento

Fue la causa definitiva del gran triunfo de Giap. Nunca pensaron los estrategas franceses que su rival viet pudiera acumular tal cantidad de apoyo artillero sobre Diên Biên Phu. Y tan bien camuflado.

La derrota, no obstante, había comenzado antes de su llegada. Como consecuencia de la falta de efectivos, los franceses abandonaron las colinas que circundaban la hondonada, confiando ciegamente en que Giap dispondría de escasa y débil artillería. El jefe de la artillería francesa, teniente coronel Piroth, había garantizado que su fuego de contrabatería no permitiría disparar por segunda vez cualquier fuego artillero por parte de los viets. Había afirmado: «En primer lugar, el Viêt-minh no logrará traer hasta aquí su artillería; en segundo lugar, si lo consigue, les aplastaremos; en tercer lugar, aunque lograra mantener su fuego, será incapaz de transportar la munición suficiente para causarnos daño real.» Los defensores se habían asegurado, pues, la simple defensa del campo, un rectángulo más o menos irregular, de unos diez kilómetros de longitud

Los acuerdos de Ginebra

Entre el 26 de abril y el 21 de julio de 1954 se reunió en Ginebra una Conferencia Internacional convocada para resolver los conflictos surgidos de las guerras de Corea e Indochina. Si para la primera los esfuerzos negociadores resultaron inútiles, para la segunda se llegó a una solución, que provisionalmente zanjó los problemas políticos y territoriales, aunque a la larga resultaría una fuente de nuevas tensiones que desembocaría en más guerras.

Alrededor de la mesa de negociaciones se reunieron delegados de nueve países: EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia, República Popular China, Laos, Camboya y los dos Vietnam. Éstos eran la República Democrática de Vietnam (o Viet-minh) y la República de Vietnam (régimen del emperador Bao-Dai), respectivamente asentados en el norte y en el sur de la península de Indochina.

Los acuerdos firmados empezaban por el alto el fuego, logrado tras la espectacular derrota francesa en Diên Biên Phu (7 de mayo), que consagraba el fin de las hostilidades entre Francia y su antigua colonia de Indochina.

En segundo lugar se pactó una división provisional de Vietnam en dos zonas, que tenían como línea divisoria el paralelo 17. En un plazo de trescientos días a partir de la firma de los acuerdos, las fuerzas contendientes debían reagruparse en sus respectivas zonas. Así, el Viêt-minh, de obediencia comunista, debía llevar todos sus efectivos al norte, cuya República Democrática tenía como líder a Hô Chi Minh. Los partidarios de Bao-Dai y las tropas francesas se situarían al sur del paralelo 17. El ejército francés debería ir retirándose progresivamente de Vietnam.

En tercer lugar, los firmantes se comprometían a la celebración de elecciones generales democráticas en las dos zonas antes de julio de 1956, que debían ser precedidas de consultas previas en 1955 para preparar los comicios. Éstos debían llevar a la reunificación total del Vietnam.

Así mismo, se acordó respetar la independencia e integridad territorial de los Estados de Laos y Camboya. Finalmente, se nombraba una Comisión Internacional para velar por el cumplimiento de los acuerdos, integrada por Canadá, India y Polonia.

No obstante estos acuerdos, el primer ministro de Vietnam del Sur, Ngô Dinh Diem (un pro-norteamericano nombrado por el emperador Bao-Dai), se negó en 1955 a celebrar las conversaciones preparatorias de las elecciones con su homólogo de Vietnam del Norte. Estados Unidos temía que las urnas dieran una victoria arrolladora al Viêt-minh y apoyó la dictadura de Diem, que provocó la oposición popular. Este fue el detonante para la guerra civil, que posteriormente se internacionalizaría con la participación masiva norteamericana en lo que fue conocido como la guerra de Vietnam.



GDA

por unos cuatro de anchura en su parte más amplia.

Los miles de porteadores con doscientos kilos de piezas en su bicicleta atravesando la jungla no eran sólo una imagen literaria. Eran esos «diez hombres de retaguardia que apoyan a cada soldado» —según la antigua teoría maoísta—, quienes convirtieron las colinas del entorno en bocas del infierno para los defensores de Diên Biên Phu. Ni siquiera la aviación pudo con aquella artillería camuflada y certera. En lugar de situarla en las contrapendientes —ocultas a la vista de los defensores, pero blanco posible de los bombarderos—, Giap la instaló en profundos agujeros disimulados en las laderas, frente a las posiciones francesas, y tapados. Consiguió, incluso, planos de las construcciones fortificadas. Las baterías emergían —en algunos casos, por medio de raíles—, batían con precisión terrorífica las defensas francesas y desaparecían inmediatamente. Para Piroth, fue una pesadilla insoportable: treinta horas después del día D y la hora H, en la noche del 14 al 15 de marzo, se suicidó con una granada.

Navarre no se suicidó

La batalla duró 56 días. Mientras los defensores caían faltos de medios, Cogny pensó en atacar a Hô Chi Minh y Giap en sus santuarios de Yen Bay y Thay Nguyên; Navarre, en cambio, había dado prioridad absoluta a su operación Atlante, que pretendía desarrollar a partir de diciembre entre Da Nang y Nha Trang, en el Annam, y que requería en su última fase 48 batallones y 8 grupos de artillería. Los planes fueron cambiados por la fuerza de los hechos. Pero entonces ya no había posibilidad de enviar los refuerzos que pedía Diên Biên Phu.

Navarre reivindicaría siempre lo bien fundado de su plan: un 5 % de las fuerzas francesas habían conseguido fijar en la jungla a un 60 % de las divisiones viet y a un 20 % de todas sus tropas. Si el gobierno francés hubiera querido —siempre según el general—, la caída de la posición no habría tenido tanta importancia. Giap había pagado un alto precio por una victoria espectacular con que negociar en la Conferencia de París.

La víspera de la apertura de la conferencia, Diên Biên Phu caía. Habían pasado 56 días desde el 13 de marzo a las 17 horas. Casi cinco mil hombres murieron o desaparecieron para siempre. Poco después, Navarre recibía una bellísima caja lacada. Dentro, una pistola con bala en la recámara. Algunos oficiales le pedían un gesto de honor militar tradicional. Henri Navarre no se suicidó.

La Conferencia de Bandung

El Tercer Mundo toma conciencia

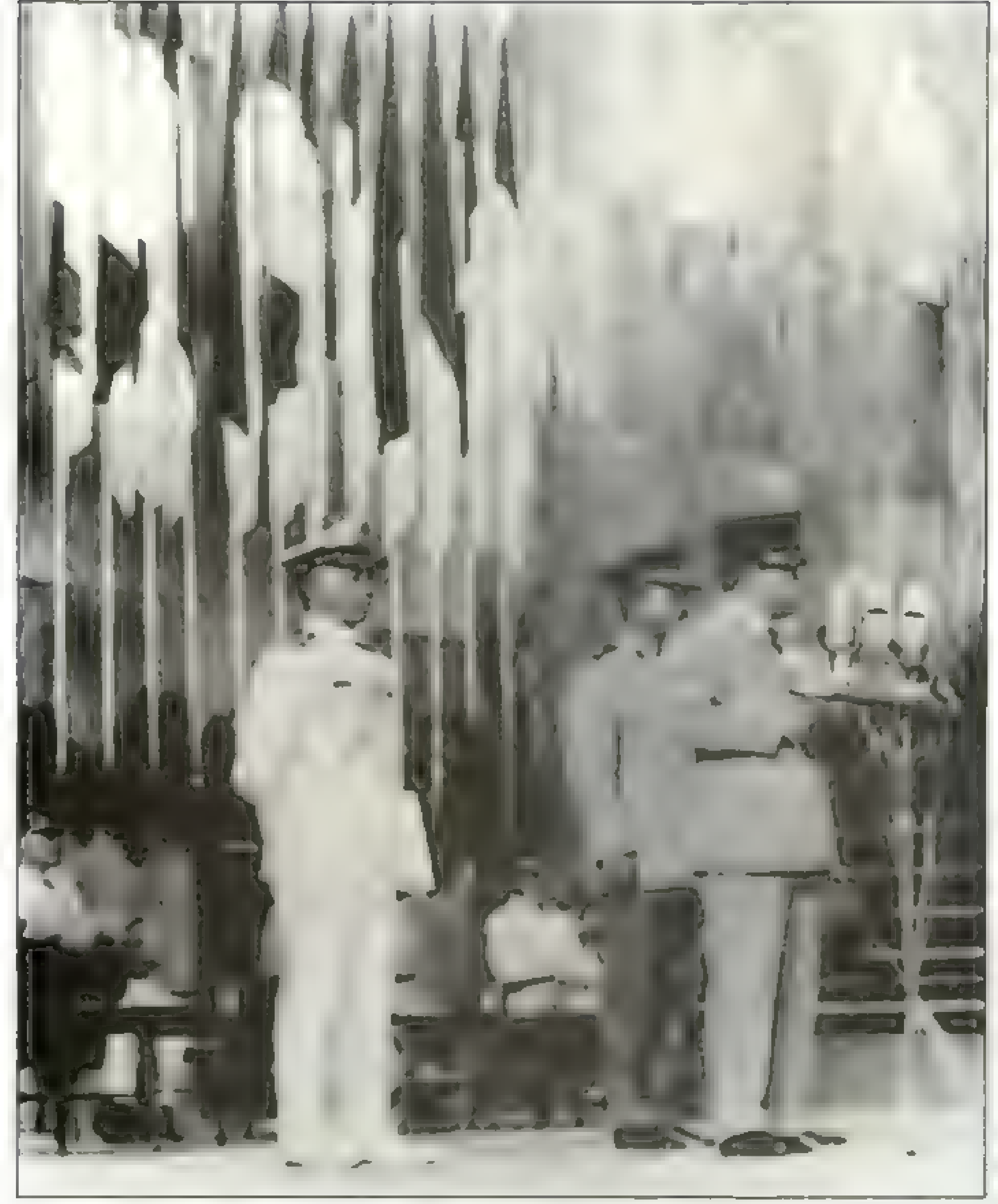
Eduardo Haro Tecglen,
director de *Tiempo de historia*

Veintinueve países de África y Asia, algunos recién salidos de la larga noche de la colonización, se reunieron en Bandung (Indonesia) en abril de 1955: era el despertar de los oprimidos. Léopold Sédar-Senghor, presidente del Senegal, dijo que aquel movimiento era «tan importante como el Renacimiento». A pesar de sus diferencias raciales, religiosas y políticas, aquellos países redactaron un comunicado en el que se establecían los principios para una coexistencia pacífica. La historia, sin embargo, llegaría después a separarlos, a aniquilar muchas de las esperanzas de entonces.

Dos tercios de la humanidad viven en lo que el demógrafo francés Alfred Sauvy llamó «Tercer Mundo», un gigantesco mosaico de razas y credos religiosos y políticos, cuyo denominador común es su profundo subdesarrollo. Ese proletariado mundial tomó por primera vez conciencia colectiva de su fuerza en la cumbre afroasiática de Bandung. En la fotografía, concentración religiosa en la India, uno de los países que mejor refleja la problemática que afecta al Tercer Mundo.



AGE





Keystone/F. X. Ratois

Utopía de posguerra

En los años 50 todavía se creía en los hombres fundamentales, en los dirigentes carismáticos. Parecía posible un mundo nuevo. Se suponía que habían ganado las fuerzas del Bien: un Bien absoluto. La Segunda Guerra Mundial había idealizado unos perfiles humanos: si Hitler y Mussolini eran la encarnación del Mal, quedaban todavía, en el recuerdo o en el poder, algunos personajes predestinados: Churchill, Stalin, De Gaulle, Roosevelt. Ellos habían forjado la historia de los últimos años, habían concebido los textos en los que se proclamaba la nueva era —la Declaración de los Derechos Humanos, la Carta de San Francisco—; habían establecido las bases para una cultura mundial, y alimentaban el viejo sueño de igualdad, fraternidad y libertad.

El idealismo de Roosevelt

Esa hermosa utopía incluía, como pieza fundamental, el final del colonialismo, del imperialismo, de la explotación de unos pueblos por otros: todas las naciones iban a conseguir su independencia. Caben pocas dudas de que el núcleo central de esta idea, según la cual ninguna nación debía someter su soberanía a otra, procedía personalmente de Roosevelt; caben algunas más acerca de cuál era su verdadera intención y, sobre todo, la de quienes le rodeaban y le iban a suceder. Puede atribuirse a Roosevelt un verdadero idealismo, y quizá la enorme ambición de pasar a la historia como el gran liberador, el hombre que había sido capaz de cambiar su país y el mundo entero. Se podía suponer que sentía el pasado de su gran nación, Estados Unidos, que había sido colonizada y había conseguido su soberanía, y deseaba que esa misma liberación se extendiese a los demás pueblos. Pero, quizás estaba utilizando ese idealismo para otros fines; quizá percibía las ventajas del final de los imperios europeos.

Un nuevo imperialismo

Durante la guerra, algunas naciones colonizadas habían tomado partido por Hitler por mera conveniencia: esperaban que un triunfo nazi en Europa les ayudase a liberarse de sus colonizadores, principalmente de Francia y Gran Bretaña. Incluso algunos países latinoamericanos habían caído en esa misma tentación para no seguir en la órbita de Estados Unidos. Prometerles la independencia, con garantías suficientes de que esa promesa se iba a cumplir, era convertir a los enemigos en aliados. Al mismo tiempo, la posibilidad de privar a los países europeos de su imperio —y, por lo tanto, de mano de obra y materias primas a bajo precio— significaba consagrar la hegemonía de Estados Unidos y establecer un nuevo poder mundial: ahora sería la poderosa nación americana quien administraría esas posibilidades, quien recibiría las materias primas y devolvería tecnología y productos terminados. Los pueblos recién emancipados, con gobiernos propios, colaborarían y, al mismo tiempo, se engrandecerían. Mirando hacia atrás, se ve que este esquema responde al mismo planteamiento que

En la página anterior Sukarno pronuncia el discurso de apertura de la Conferencia de Bandung (18 de abril de 1955). El presidente de Indonesia destacó en aquella ocasión lo que consideraba el vínculo más fuerte que unía a los países reunidos: su anticolonialismo. Sin embargo, ya en las primeras sesiones, se hicieron patentes las acusadas diferencias que presentaban las naciones afroasiáticas en los aspectos histórico y económico

En ambas páginas, una sesión de la conferencia. No estaba representada ninguna nación europea ni americana, y las grandes potencias, como EE UU. y la URSS, fueron excluidas a propósito.

Bajo estas líneas, sir John Kotelawala, primer ministro de Ceilán. En una polémica intervención acusó a la URSS de llevar a la práctica el imperialismo en Europa Oriental, y comparó a sus países satélites con las colonias afroasiáticas

Camera Press/Zardoya



EFE

se produjo en Estados Unidos durante la guerra de Secesión: la idea de que el esclavismo del Sur había de ser sustituido por trabajo remunerado. Se reunía así la noción de libertad y dignidad humana con el concepto práctico de que la economía de la esclavitud había dejado de ser rentable. (El trabajo del esclavo era de bajo rendimiento por sus propias condiciones de vida. Sólo la manutención y el aparato administrativo y represivo para obligar a trabajar ya encarecían el producto; la oferta de un estímulo y la garantía de libertad, en cambio, iban a ser más beneficiosos.)

Últimos escarceos del colonialismo

El proceso de descolonización estuvo erizado de dificultades. Las largas y costosas guerras francesas en Indochina y en Argelia fueron una muestra de la resistencia europea a abandonar lo que parecía la base de su prosperidad económica. Gran Bretaña fue más pragmática. Manipulaba los territorios que iba a abandonar; dividía unos, como a India y Pakistán, e inventaba otros con unificaciones diversas, como en África, con objeto de mantener su permanente dependencia de la metrópoli. Pero, al final, se iba. En la década de los 50 todavía hubo algunos sobresaltos coloniales, como la expedición anglofrancesa contra Egipto por la nacionalización del Canal de Suez (1956). Estados Unidos y la ONU la condenaron, y la Unión Soviética amenazó con intervenir. El fracaso occidental aumentó el prestigio de la URSS, que desde entonces tomó parte en la política de Oriente Medio.

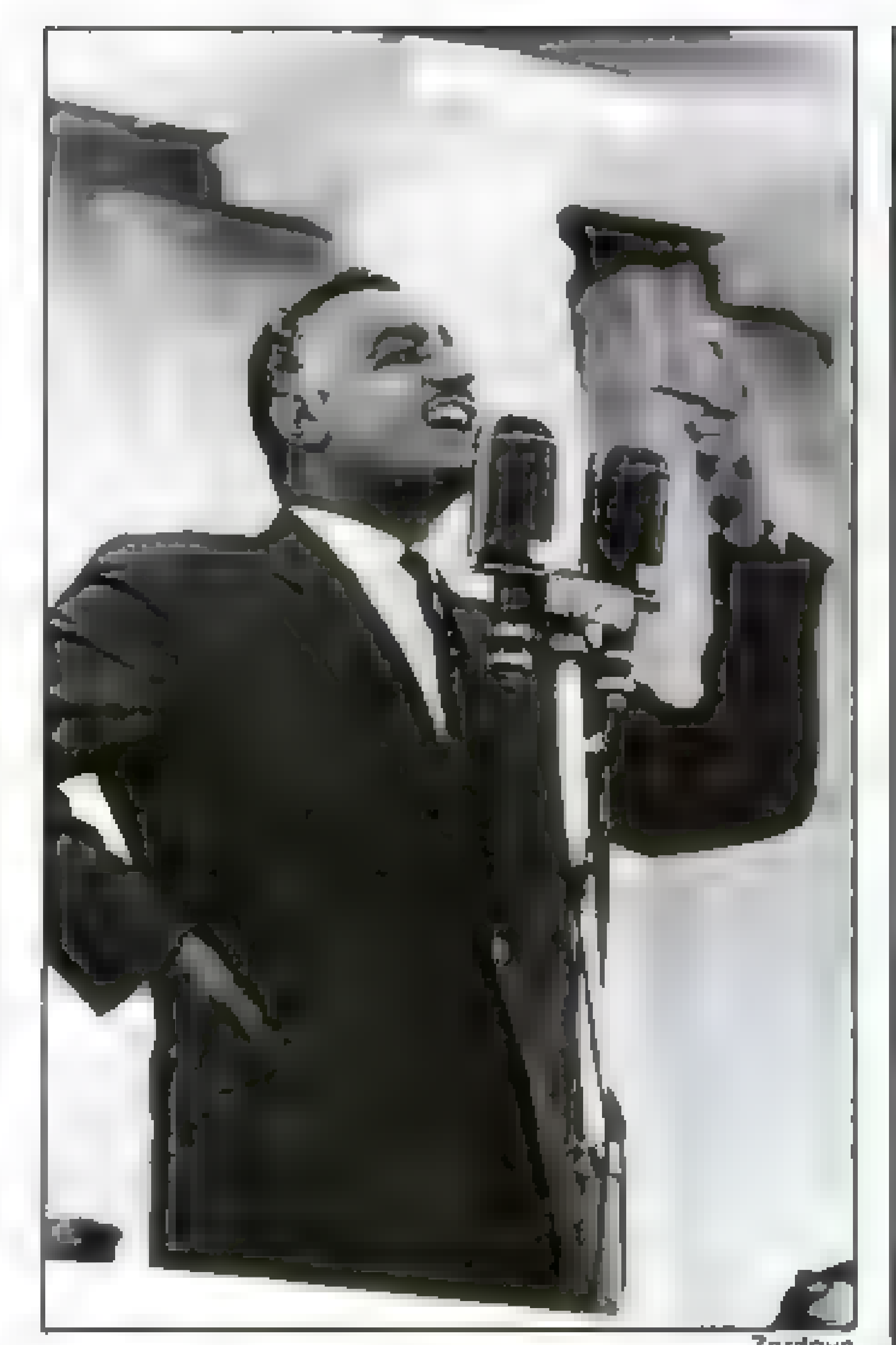
El neutralismo

La posguerra conoció inmediatamente la «guerra fría» y la división en dos bloques, el Este y el Oeste. Cada uno hacía sus ofertas a los nuevos países independientes o a los que aspiraban a serlo: ofertas políticas, dobladas de ofertas de ayuda económica. En Estados Unidos ya no estaba Roosevelt, sino Truman. Del viejo idealismo sólo quedaba la retórica, pero la práctica era distinta. A los Estados Unidos de Truman no sólo les importaba la cooperación de los nuevos países, sino también su utilización como fortalezas antisoviéticas.

Surgió entonces la idea del neutralismo, y la del Tercer Mundo como fuerza al margen de los conflictos entre las grandes potencias. Algunos estadistas de las antiguas colonias calcularon las ventajas que podrían obtener si adoptaban una actitud no beligerante, ajena a los intereses de ambos bloques. Pero se trataba de una apuesta enormemente arriesgada. Requería, sobre todo, una cierta unidad, unos principios que pudieran ser comunes a todos los que se encontraban en esa situación; significaba, también, dar un contenido nuevo a las luchas por la independencia en los países todavía colonizados. Fue así como se preparó la Conferencia de Bandung.

Antes de Bandung

Bandung tuvo antecedentes. Los historiadores de los movimientos de



Zardoya

Sobre estas líneas, Gamal Abdel Nasser. El Rais cumplió en Bandung el papel de principal portavoz del panarabismo, y recabó apoyo para los Estados árabes en pugna con Israel —que no fue invitado a la cumbre— y para los movimientos independentistas de las colonias francesas del Norte de África (los casos de Túnez, Argelia y Marruecos).

En ambas páginas, Chu En-lai y Nehru. Ambos estadistas derrocharon prudencia y habilidad política para que en los debates prevaleciera el espíritu afroasiático de cooperación y neutralismo. Después de Bandung, China relevaría a la India como líder de los países del Tercer Mundo.

En la página siguiente arriba, Léopold Sédar-Senghor. En palabras de este político y poeta senegalés, «Bandung expresa a escala del planeta, la toma de conciencia y la dignidad de los pueblos de color».

Tres gigantes del Tercer Mundo en la cumbre:

La cumbre de Bandung reunió a representantes y jefes de Estado de todos los países participantes, pero entre ellos descollaron por su talla política tres figuras: Nasser, Nehru y Chu En-lai. Cada uno de ellos venía precedido por una aureola de héroe nacional en sus respectivos países, y los tres insuflaron a la conferencia, desde sus peculiaridades ideológicas, un espíritu que serviría de cimiento al movimiento del neutralismo y del Tercer Mundo, y que ha cristalizado en el Movimiento de los países no-alineados.

***Gamal Abdel Nasser**, nacido de modesto origen en Beni Mor, en 1918, pasó a la historia de su país, Egipto, como el auténtico emancipador del poder colonial desde que, en 1952, con un grupo de oficiales presididos por el general Naguib, derrocó a la monarquía corrupta del rey Faruk. A la cabeza del movimiento militar insurrecto desde 1954, Nasser abordó la gigantesca tarea de realizar una revolución nacionalista. Con una ideología socialista y un concepto de reconstrucción e independencia nacional, el régimen nasserista emprendió importantes programas de saneamiento económico y de modernización, entre los que destacan la creación de una amplia red de escuelas primarias de asistencia obligatoria y gratuita. También llevó a cabo una ambiciosa reforma agraria que pretendía modificar las estructuras feudales de la propiedad rural, así como una racionalización de las explotaciones agropecuarias.*

Dentro de un espectacular programa de obras públicas, la presa de Asuán, por su colosalismo, marcó toda la época nasserista. Construida con créditos y tecnología soviéticos —ya que Estados Unidos, que debía financiarla, se echó atrás—, la presa tuvo importantes consecuencias. Como obra de ingeniería, a pesar de su extraordinario coste, no tendría la incidencia positiva en la agricultura que se preveía. Pero la alianza con Moscú firmada por Asuán cambió la relación de fuerzas en Próximo Oriente.

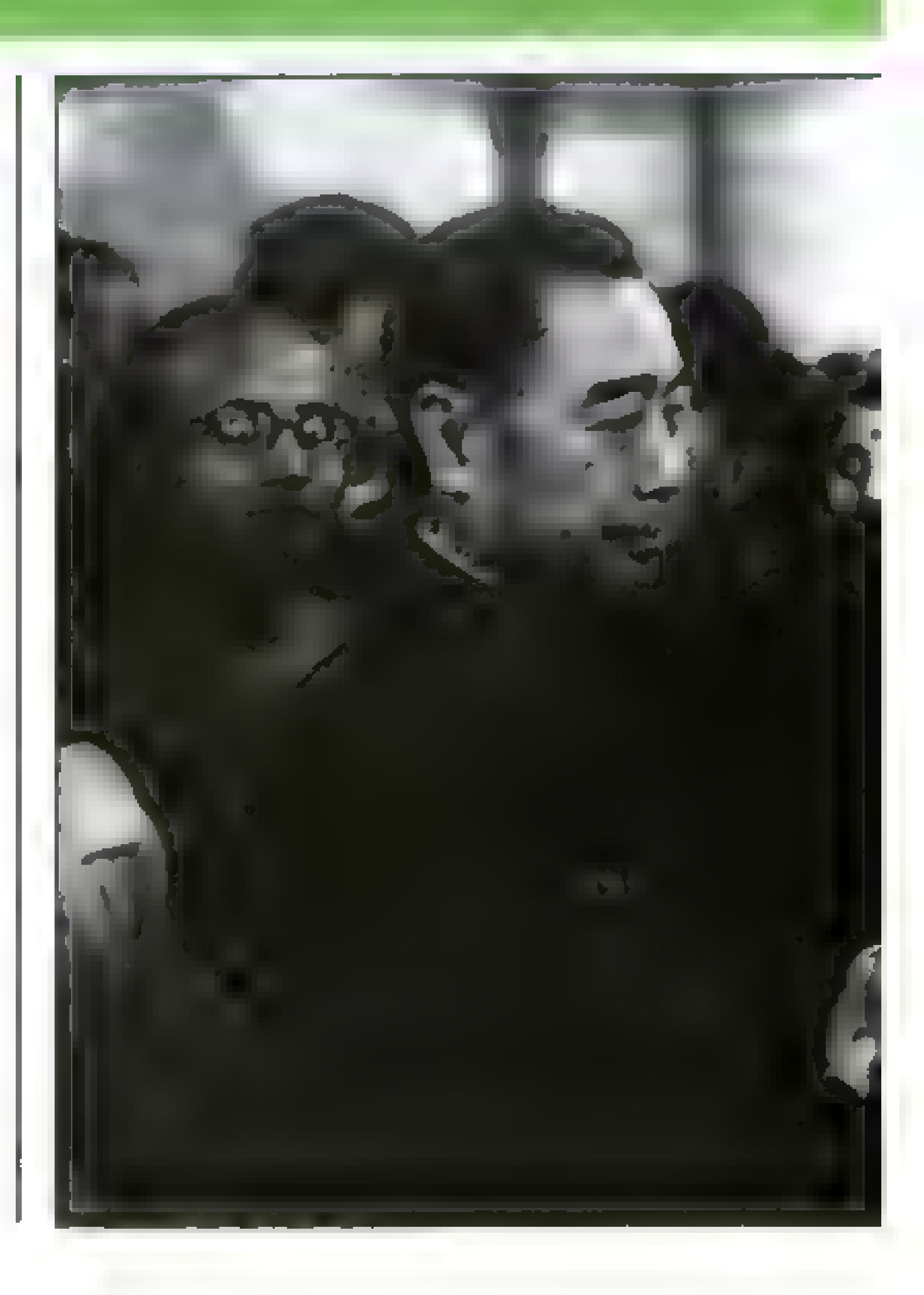
Panarabista convencido y visionario, Nasser, apoyado por la URSS, pensó en una liberación de los territorios palestinos ocupados por Israel y se embarcó en la guerra de 1967, conocida como la de los Seis Días, en la cual Egipto conoció una amarga humillación militar que dio al traste con sus ambiciones. Nasser murió tres años después, en 1970.

***Jawāharlāl Nehru.** El Pandit Nehru representa para la historia de la India la figura complementaria del apóstol de su independencia, el Mahatma Gandhi, pues gracias a su empuje y su realismo político, el proyecto más espi-*

independencia señalan las reuniones de Berlín de 1926 como uno de ellos. En la capital de una Alemania que había perdido en la Primera Guerra Mundial todo su imperio, se encontraban entonces los dirigentes exiliados de las colonias de Francia, Holanda y Gran Bretaña. Al año siguiente, en Bruselas, se celebró también una conferencia en la que se denunció al imperialismo como factor permanente de guerra. Una idea que se encuentra en Marx y en Lenin. No es de extrañar, por tanto, que la Unión Soviética entrase como pudiese en esa nueva brecha desde el principio, aunque nunca pudo hacerlo de forma absoluta. Los movimientos independentistas tenían, y tienen una impregnación muy fuerte de nacionalismo, en el que hay componentes muy diversos, y a veces hasta antagónicos, de tradición y de modernidad. Una gran parte de los dogmas del comunismo internacionalista en estado puro, como el que la URSS trataba de exportar, chocaban de frente con esta concepción del mundo. Para muchos dirigentes tercermundistas se trataba, sobre todo, de acercar a la URSS a su terreno, sin perder de vista la fascinación que ejercía —aumentada después por el ejemplo de China— un sistema político que había arrancado de un atraso secular a un país que sólo era una enorme extensión de barrizales y nieve.

El grupo afroasiático

En 1927, Jawaharlāl Nehru había afirmado que la señal de que el mundo colonizado iba a despertarse tendría lugar cuando la India consiguiera emanciparse del Imperio Británico. Entre los líderes del denominado «bloque neutral», Nehru ocupa un primerísimo lugar. En efecto, aún antes de la proclamación de la independencia de la India, el 23 de marzo de 1947, Nehru reunió en Puram Quila, Nueva Delhi, a 250 delegados de 25 países asiáticos que querían subrayar su entrada en la política mundial.



Nasser, Nehru y Chu En-lai

ritual de éste pudo convertirse en realidad. Nacido en 1889 en Allahâbad de una familia brahmánica, el joven Nehru realizó sus estudios universitarios de abogado en Gran Bretaña. Su paso por la metrópoli le confirmó en sus ideas anticolonialistas; al regresar a su país, ingresó en el partido del Congreso y, por su militancia independentista, fue encarcelado en diversas ocasiones. En 1927 asistió al Congreso de las Naciones Oprimidas en Bruselas, y un año después ya era secretario general de su partido. En 1934 presidió la Conferencia Panhindú. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial empezó, junto con Gandhi la campaña de desobediencia civil, y ambos fueron encarcelados al rechazar las propuestas de Londres de independencia para la India, juzgadas insuficientes. Cuando India logró la independencia en 1947, Nehru fue designado primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores. En su política exterior hizo gala desde el primer momento de su voluntad de independencia respecto a los dos bloques y se negó a alinearse con ninguno de ellos en los primeros conflictos de la "guerra fría", Corea e Indochina. Su neutralismo, como doctrina para los países del Tercer Mundo, obtuvo un gran éxito al imponerse sus tesis en la Conferencia de Bandung.

Chu En-lai. *Es indudablemente, junto a Mao Tse-tung, una de las figuras legendarias de la Revolución china, desde sus inicios heroicos hasta la culminación del régimen maoísta. Perteneciente a una familia de mandarines, Chu En-lai (Zhu Enlai) nació en 1889 en Huaian y estudió en la Universidad de Tientsin. Militante comunista desde esa época estudiantil, tras haber pasado algunos años en Europa se incorporó a la revolución nacionalista del doctor Sun Yat-sen. Fue nombrado posteriormente director político de la Academia Militar de Whampoa, que dirigía Chiang Kai-shek. En 1927, ya miembro del Comité Central del partido comunista organizó la revuelta de Shanghai, ciudad de la que huyó cuando se perpetró una matanza de comunistas poco después. Tras un período en la clandestinidad, participó en la Larga Marcha en calidad de comisario político del Ejército Rojo. En 1949, al instaurarse la República Popular China, fue nombrado jefe de Gobierno. Desde entonces hasta su muerte, en 1976, Chu En-lai estuvo siempre en la cúspide del poder y sobrevivió a todos los avatares de la azarosa y compleja historia del régimen comunista chino, incluida la Revolución Cultural. Él fue el artífice del prestigio de China en el Tercer Mundo.*



Zardoya

Una nueva conferencia, en enero de 1949, contó ya con representantes de Australia y de Nueva Zelanda, y de dos países africanos: Egipto y Etiopía. Al mismo tiempo, en las Naciones Unidas se formaba el embrión de un «grupo afroasiático». Los acontecimientos internacionales tendían a radicalizar y a aglutinar estos movimientos frente a Occidente. Algunos países africanos luchaban por su independencia; en Asia estallaba la guerra de Indochina (luego, la de Corea; luego, la de Vietnam); Estados Unidos sellaba pactos defensivos —ANZUS, SEATO— y rearmaba a Taiwan contra la República Popular China. Mientras, la situación social y económica de los países que habían alcanzado la independencia era cada vez más alarmante. Una serie de reuniones —Colombo, Bogor, Nueva Delhi— mostraron la necesidad de una institución afroasiática: la reunión de todos los países ya independientes que comenzaban, en África y en Asia, a definir su propia política y que se



Keystone/F. X. Rafols

encontraban con un buen número de problemas comunes.

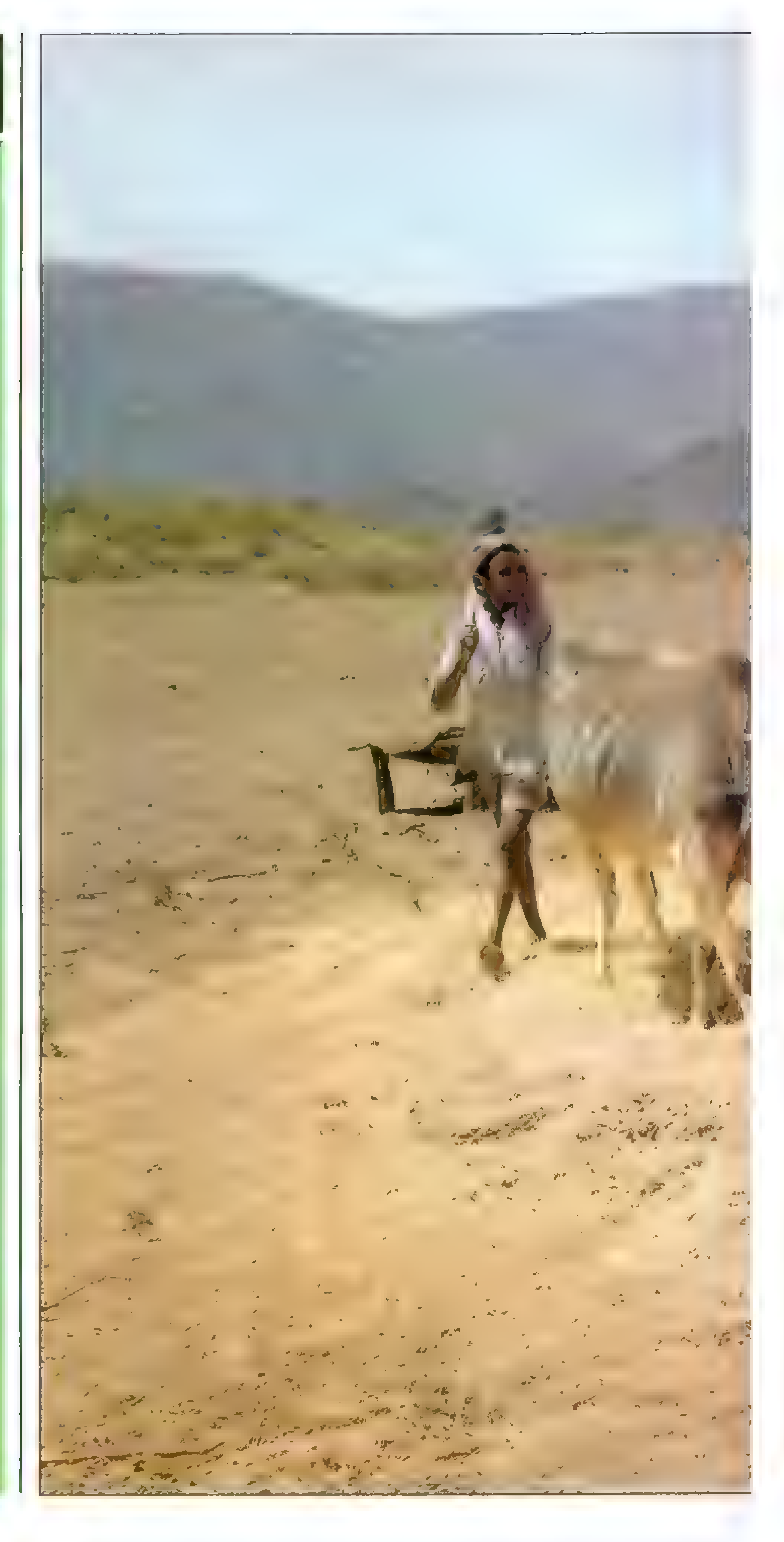
Los líderes del Tercer Mundo

Entre el 18 y el 24 de abril de 1955, los representantes de 29 países afroasiáticos se reunieron en Bandung, la capital de la provincia de Java Occidental (Indonesia), convocados por el presidente Sukarno. Hubo grandes figuras políticas en la conferencia. El más atractivo y misterioso, el ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular China, Chu En-lai, cuya vieja aristocracia y prudente exquisitez había estado batida por los mil oficios del exilio en la pobreza, por las rudezas de la guerra civil; era una figura alta y delgada, impregnada de marxismo-leninismo, que a su vez representaba a otro mito asiático, Mao Tse-tung. Frente a él, los recelos ante el comunismo y el posible imperialismo chino, que quizás aspirase a la hegemonía asiática y a la dirección del movimiento. Ghamal Abdel Nasser era otra leyenda viva; había emergido de una doble revolución, la que derribó al último monarca, Faruk, y ahuyentó después al coronel Naguib. Egipto tenía el prestigio de su milenaria civilización, y ahora pretendía construir una «nación árabe». Nasser era un panarabista fanático, y su retrato estaba en todas las casas musulmanas del mundo, desde los aduares de Marruecos a los palacios de Bagdad. Nasser traía, además, otra aportación en la que insistía: la del yugoslavo Tito, casi vecino de su país (al otro lado del Mediterráneo), que, a su vez, trataba de formar un movimiento de no-alineados que no se limitase a los países afroasiáticos. Nehru, primer ministro

Retrato del colonizado

«(El aparato colonial es) esa pesada máquina construida al final del Segundo Imperio, bajo la Tercera República, que después de haber servido satisfactoriamente a los colonizadores se ha vuelto contra ellos y amenaza con liquidarlos. De hecho, el racismo está inserto en ese sistema: la colonia vende baratas las mercancías de alimentación y los productos en bruto y compra muy caro a la metrópoli los productos manufacturados. Ese extraño comercio sólo es provechoso si el indígena trabaja por nada o por casi nada. Este subproletariado agrícola no puede ni siquiera contar con la alianza de los europeos menos favorecidos: todos viven a costa suya incluyendo esos "pequeños colonos" que los grandes propietarios explotan pero que, comparados a los argelinos, todavía son unos privilegiados: la renta media del francés en Argelia es diez veces superior a la del musulmán. La tensión viene de ahí. Para que los salarios y el coste de vida sigan lo más bajos posible es necesaria una competencia muy fuerte entre los trabajadores indígenas y, por tanto, que aumente la tasa de natalidad; pero como los recursos del país están frenados por la usurpación colonial y por los salarios mismos, el nivel de vida musulmán desciende sin cesar y la población vive en un estado de perpetua subalimentación. La conquista se hizo por la violencia: la superexplotación y la opresión exigen el mantenimiento de la violencia y, por tanto, la presencia del Ejército. No habría contradicción si el terror reinara en toda la Tierra, pero el colono goza, allá en la metrópoli, de derechos democráticos que el sistema colonial niega a los colonizados; es, efectivamente, el sistema el que favorece el crecimiento de la población para rebajar el costo de la mano de obra, y es también el que prohíbe la asimilación de los indígenas: si tuvieran derecho al voto, su superioridad numérica desintegraría todo en un momento. El colonialismo niega los derechos del hombre a hombres que ha sometido por la violencia y a los que mantiene por la fuerza en la miseria y en la ignorancia y, por tanto, como diría Marx, en estado de subhumanidad.»

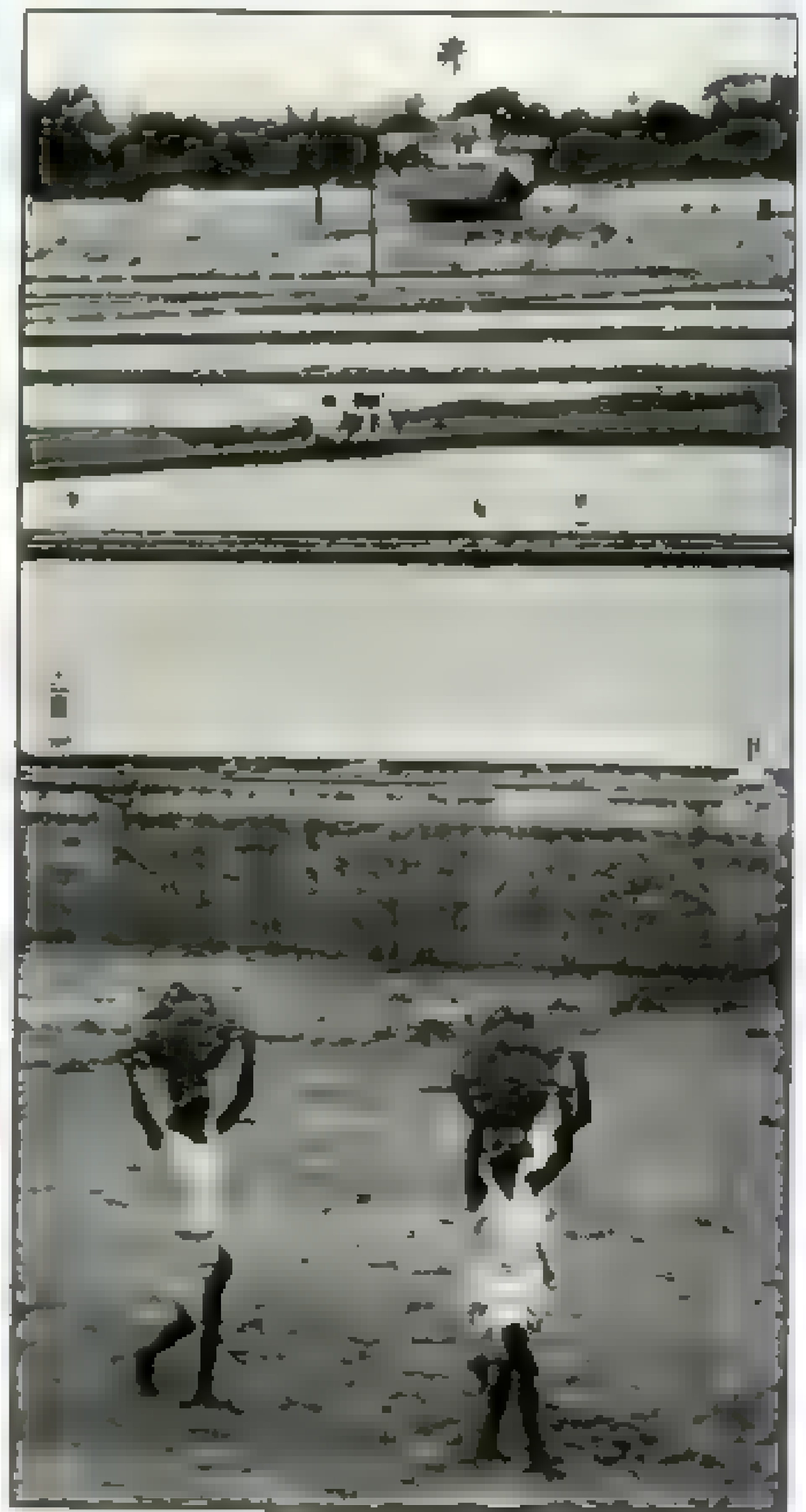
(FUENTE: *Prólogo de Jean-Paul Sartre* a Retrato del colonizado, *de Slmert Memmi.*)



A.G.E



Keystone/F. X Ratols



Camera Press/Zardoya

La presencia de un sector agrario mayoritario, uno de los indicadores clave del subdesarrollo, es característica de las antiguas colonias del Tercer Mundo. Su dependencia económica las ha convertido en productores «baratos» de materias primas

Los indicadores del subdesarrollo

1. Baja renta por habitante.
2. Subalimentación, alta mortalidad infantil, endemias o enfermedades de masa.
3. Alto crecimiento demográfico.
4. Predominio mayoritario del sector agrario, nula mecanización, cultivos rutinarios.
5. Escasa densidad de la infraestructura.
6. Industrialización mínima.
7. Analfabetismo; corta y clasista difusión de la cultura.
8. Carencia de cuadros dirigentes adecuados

(FUENTE: Subdesarrollo y liberación, *Enrique Ruíz García; Alianza Editorial, Madrid 1972.)*



Camera Press/Zardoya

En esta página, arriba, mendigos pidiendo en Benarés: los parias de un mundo de pobres.

En ambas páginas, arriba, mapa del área afroasiática en el que puede observarse la oposición entre las regiones que disponen de abundantes recursos naturales, humanos y técnicos, y las zonas deprimidas que forman el bloque de los países que viven en la miseria. Las naciones representadas en Bandung, con la única excepción del Japón, pertenecían todas al Tercer Mundo. Su población sumaba 1 500 millones de seres humanos, pero producían sólo el 8 % de la renta mundial.

Abajo, un rústico cigoñal usado aún para el riego en la India. La casi inexistente mecanización mantiene en permanente estado de subdesarrollo la potencial riqueza agrícola de los países considerados «pobres»

de la India, era otro aristócrata, de la casta de los brahmanes, un filósofo educado en Harrow y en Cambridge. El general Giap estaba revestido por otra aureola: había vencido al ejército francés en la batalla de Diên Biên Phu, demostrando, una vez más, que el valor y la astucia de los desheredados eran más poderosos que los grandes ejércitos europeos. Pero no era Giap el jefe de la delegación vietnamita, sino Pham Van Dong, que tenía fama de hábil diplomático, seguro y resistente, y que a su vez representaba a otra gloriosa figura: la del venerable Hô Chi-Minh. Sukarno era el hombre fuerte que había conseguido hacer de una nación de tres mil islas (Indonesia), de docenas de razas y religiones, un país unido, capaz de explotar por sí mismo sus riquezas (caucho, petróleo). Había inventado los «cinco principios» que todos acogían con entusiasmo: nacionalismo, internacionalismo, democracia representativa, sociedad justa y próspera, gobierno monoteísta. Estaba también el poeta Léopold Sédar-Senghor, presidente del Senegal, que había inventado el término «negritud», y había explicado la belleza, la inteligencia, la cultura popular de la raza negra en sus libros, y que en su mundo africano estaba considerado como un profeta, casi como un santo.

Posiciones contrapuestas

Grandes hombres, grandes palabras. También demasiados problemas entre ellos. Bandung no fue una conferencia fácil. Si Nasser alzaba la voz de cientos de millones de musulmanes humillados y ofendidos, Nehru había luchado para contener a los musulmanes de la India. El comunismo, representado por Chu En-lai y por los vietnamitas, inquietaba a quienes creían que el camino a seguir era el de la democratización al estilo occidental o a los que optaban por una forma de socialización más contenida. Las cuestiones religiosas también influían en el recelo ante las doctrinas comunistas. Se planteaban



Regiones con tecnología avanzada y bajo índice de población-recursos

Regiones con tecnología avanzada y alto índice de población-recursos

Regiones con tecnología deficiente y alto índice de población-recursos

Regiones con tecnología deficiente y bajo índice de población-recursos

Regiones con tecnología deficiente y recursos insuficientes para la subsistencia

Archivo Orbis



A.G.E.

a su vez cuestiones de antiguas fronteras; odios ancestrales entre razas y naciones. Algunos pretendían que la amistad con los países que habían sido sus colonizadores era imprescindible. La larga ocupación había creado costumbres que no se debían abandonar; se suponía que había que mantener la continuidad dentro de la independencia. Por el contrario, otros sentían un desprecio profundo por la metrópoli, y querían barrer enteramente sus huellas; consideraban que la cultura europea había destruido a las autóctonas, que deseaban restaurar.

La actitud de las grandes potencias

Además, estaban presentes las influencias, las presiones, los intereses de las dos grandes potencias. En principio, la Unión Soviética estimaba favorable el movimiento de los no-alineados: el simple hecho de que los países del Tercer Mundo se hubieran separado ya de las antiguas metrópolis y quisieran construir por sí mismas un sistema propio le parecía una prueba positiva. Para el marxismo-leninismo, el colonialismo y el imperialismo eran una fase del capitalismo; por lo tanto, cualquier movimiento de independencia, fuese cual fuese su ideología o su afiliación, tendía a debilitar al capitalismo. La enorme masa de «parias de la tierra», reclamando sus derechos y su parte en los bienes del mundo, podría minar enteramente el sistema occidental. Por las mismas razones, Estados Unidos, que había auspiciado y patrocinado las independencias, veía la reunión de Bandung con desconfianza.

Por otra parte, fueron inevitables las cuestiones de celos y ambición entre los dirigentes. En el fondo, todos querían ser los protagonistas del Tercer Mundo, y todos querían que sus países ganasen algo concreto: una hegemonía en su zona geográfica, idiomática, cultural... Mohammed Alí, representante del Pakistán, advirtió que convenía tener cuidado de «no abrir las puertas

Las naciones de Bandung

La conferencia de Bandung fue convocada por los primeros ministros de Indonesia, Ceilán, India, Birmania y Pakistán, reunidos en Colombo (Ceilán) en abril de 1954. A finales de diciembre de aquel año, los representantes de estos cinco países, reunidos de nuevo en Bogor (Indonesia), decidieron no restringir la invitación a los Estados afroasiáticos miembros de la ONU, con el propósito de incluir el mayor número posible de participantes. Veinticinco naciones fueron convocadas, de las cuales acudieron veinticuatro: Afganistán, Arabia Saudita, Camboya, China, Costa de Oro (que luego tomó el nombre de Ghana), Egipto, Etiopía, Irak, Irán, Japón, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Nepal, Filipinas, Siam, Sudán, Siria, Turquía, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y Yemen. La nación que no aceptó fue la Federación de África Central (formada por las dos Rhodesias y Niasalandia), que sabía que su política racista iba a ser condenada.

No se invitó a las repúblicas asiáticas que formaban parte de la Unión Soviética, porque no se las consideró independientes; lo mismo sucedió con Mongolia, Malasia, el Tíbet, el Congo belga, Goa y la China nacionalista. Se advirtió que, deliberadamente, no había sido invitada la Unión Sudafricana por considerarla racista.

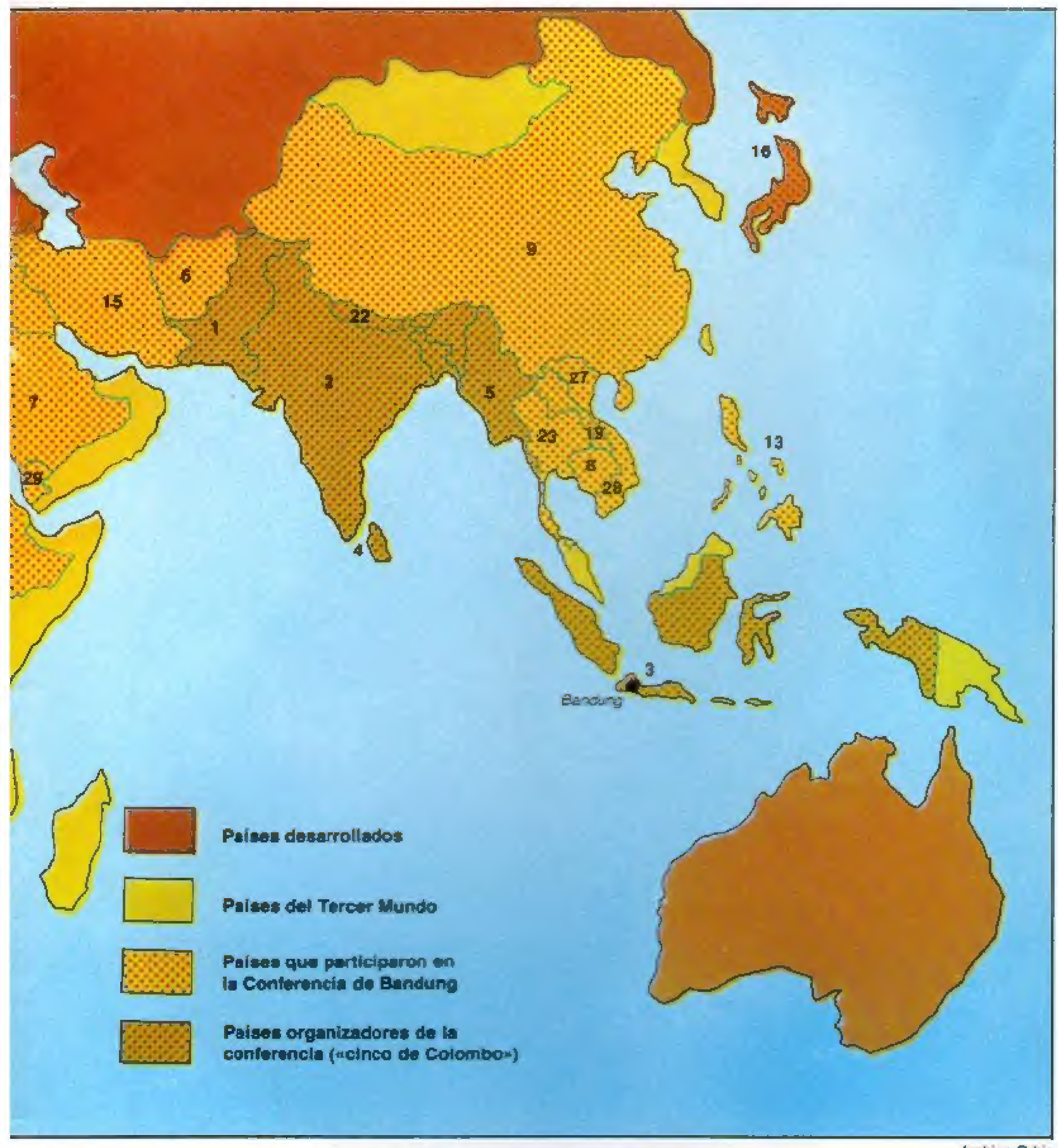
Como, recientemente, había terminado la guerra de Corea y algunos de los invitados habían participado directamente en ella, no fueron convocados ni Corea del Norte ni Corea del Sur. Tampoco participó Israel, pues de lo contrario muchos países árabes y musulmanes se hubieran negado a asistir. Representantes de los movimientos independentistas de Argelia (FLN), Marruecos y Túnez asistieron en calidad de observadores.




Keystone/F. X Rafols

a una forma nueva de imperialismo, aún más insidiosa que la anterior». Era evidente que se refería a la India y a Nehru; pero quienes le oían pensaban también en algunos de sus vecinos.

Sin embargo, había en aquel momento una voluntad de cooperación real, de búsqueda de puntos comunes. Chu En-lai, sabiéndose temido por muchos en tanto que representaba lo que podría ser un inmenso imperio y una nueva forma de sociedad y de convivencia, se esforzó en mostrarse moderado: en sus dos discursos habló de la necesidad de mantener el principio de no ingerencia en los asuntos internos de otras naciones y de no tratar de forzarlas a ninguna clase de régimen, y propuso la cooperación entre todas las naciones. Puso a la misma China como ejemplo de tolerancia: un país con libertad de cultos, con multiplicidad de grupos étnicos... Consiguió, no obstante, condenas colectivas a la OTAN y, sobre todo, a la SEATO, el pacto que pretendía repetir en el Su-



Archivo Orbis

deste de Asia la alianza militar del Tratado del Atlántico Norte.

Resoluciones

No fue difícil llegar a un comunicado conjunto, emitido el 24 de abril. Estaba dividido en siete partes esenciales: cooperación económica; cooperación cultural; derechos del hombre y autodeterminación; problemas de los pueblos bajo colonización; otros problemas; promoción de la paz y de la cooperación en el mundo; declaraciones de la promoción de la paz y de la cooperación en el mundo. Como anejos, un documento condenaba la política racista de África del Sur, y otro las explosiones nucleares. En el contexto del largo comunicado se indicaba la necesidad de ayuda mundial para el desarrollo económico de los países subdesarrollados, y la creación de entes bilaterales o multilaterales para que los países pactantes se ayudasen entre sí. También se manifestó la oposición a que los precios de las materias primas estuviesen fijados por centros de decisión ajenos, que podían arruinar países enteros. Se proponía la creación de bancos comunes, de intercambio de informaciones que pudieran ayudar a salir del subdesarrollo; se intentaba revalorar los profundos tesoros culturales de los países africanos y asiáticos que habían sido enterrados por el dominio extranjero. Y se emitieron diez principios esenciales para conservar la paz, mantener la coexistencia y consolidar los derechos humanos.

Los pueblos de color recobran su dignidad

Pero la Conferencia de Bandung no llegó a configurar una estructura de organización, un sistema para mantener continuamente las relaciones y defender los principios enunciados. Sédar-Senghor llegó a decir que había muerto el complejo de inferioridad de los pueblos de color. Palabras demasiado inconcretas.

En 1957 se celebró la Conferencia

Los diez principios de la coexistencia

El comunicado final de la Conferencia de Bandung terminaba con la enumeración de diez principios para la coexistencia:

1. Respeto de los derechos humanos fundamentales de acuerdo con los principios y objetivos de la Carta de las Naciones Unidas.

2. Respeto a la soberanía y a la integridad territorial de todas las naciones.

3. Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de la igualdad de todas las naciones, pequeñas o grandes.

4. No intervención y no ingerencia en los asuntos internos de los otros países.

5. Respeto al derecho de cada nación de defenderse individual y colectivamente conforme a la Carta de las Naciones Unidas.

6. A) Rechazo de recurrir a acuerdos de defensa colectiva destinados a servir a los intereses particulares de las grandes naciones, sean las que sean. B) Rechazo por parte de una potencia, sea cual sea, a ejercer presión sobre otras.

7. Abstención de actos o de amenazas de agresión o del empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de un país.

8. Arreglo de todos los conflictos internacionales por medios pacíficos, como la negociación o la conciliación, arbitrio y arreglo ante los tribunales, así como otros medios que podrán escoger los países interesados, conforme a la Carta de las Naciones Unidas.

9. Cooperación y promoción de intereses comunes en los terrenos cultural, económico, etc.

10. Respeto a la justicia y a las obligaciones internacionales.

En la página anterior, a la izquierda, Sukarno es recibido cordialmente por el mariscal Tito a su llegada al aeropuerto de Belgrado. La doctrina de la no-alineación, alentada por Tito, y el espíritu antiimperialista de Bandung confluyeron en la Conferencia de Belgrado (septiembre de 1961), a la que ya asistieron delegaciones europeas y latinoamericanas. En esta ocasión, los principales temas de debate fueron la situación mundial, el desarme, la lucha contra el imperialismo, la coexistencia pacífica y el papel y estructura de la ONU.

En ambas páginas, mapa de la región afroasiática representada en la Conferencia de Bandung. De todos los países asistentes, sólo China y Vietnam del Norte eran comunistas.

Keystone/F. X Rafols

de El Cairo, en un momento en que la crisis del Canal de Suez había colocado a Egipto en una difícil situación. Después hubo nuevas conferencias y reuniones: en Accra, en Conakry. La de Belgrado, en 1961, configuró la participación europea y la de los países latinoamericanos. En Moshi (Tanganika) ya había cubanos, portorriqueños, mexicanos, brasileños... Nuevas naciones habían alcanzado la independencia, y sumaban sus problemas, sus puntos de vista y sus esfuerzos.

Los efectos de Bandung

La evolución del Tercer Mundo no ha seguido el camino de Bandung; el intento de neutralismo, de equidistancia, no se ha conseguido. Han estallado revoluciones de muy distinto signo, y guerras. Las influencias exteriores no han cesado. Pero sería erróneo decir que el movimiento ha fracasado, y probablemente tampoco sería justo afirmar que, sin la Conferencia de Bandung, todo habría sido lo mismo. La historia reciente ha experimentado los efectos de aquella toma de conciencia. Toda la economía occidental depende ahora de la energía que producen los países del Tercer Mundo, rápidamente encarecida. Podría decirse que la política de fuerza de Estados Unidos es una respuesta a la situación creada por los grandes desafíos del Tercer Mundo; que Europa, por su parte, con los diálogos Norte-Sur, está intentando una manera distinta de aproximarse al problema, y que la política internacional de la Unión Soviética tiene primordialmente en cuenta aquellos acontecimientos que ocurren en el Tercer Mundo y parecen ir en contra del bloque capitalista.



Magnum/Zardoya

Arriba, algunos de los más destacados líderes no-alineados, en la Conferencia de Belgrado. El propósito de Bandung fue el intento de crear una tercera fuerza que permaneciera al margen de los conflictos entre las grandes potencias. Antes de Bandung, los países occidentales y la URSS habían menospreciado el papel del Tercer Mundo en la política internacional; después de Bandung, nadie dudó de su fuerza.

Abajo, Nehru y Nasser, el líder de las naciones no comprometidas militarmente y el militar que soñó la unidad árabe.

No se puede hacer ninguna profecía en cuanto al futuro político del mundo. Pero parece indiscutible que, con todas sus irregularidades y contradicciones aparentes, muchos de los problemas actuales son consecuencia del espíritu que comenzó a manifestarse en Bandung: si el idealismo de entonces ha muerto, es porque le ha sucedido la práctica realista.